



GERALDINE BROOKS

Un mundo bajo el velo

Vida oculta de las
mujeres musulmanas

Círculo de Lectores

GERALDINE BROOKS

UN MUNDO BAJO EL VELO

Vida oculta de las mujeres musulmanas

Texto de solapa y contrasolapa.

Geraidine Brooks, australiana, estudió en las universidades de Sidney y de Columbia (Estados Unidos). Periodista, corresponsal de The Wall Street Journal, es una profunda conocedora del Oriente Próximo, donde ha residido largos años. Esta obra es fruto de sus experiencias en la Vida oculta de las mujeres musulmanas

Más que ningún otro fenómeno, el auge del islamismo ha puesto de relieve ante el mundo la trágica condición de la mujer musulmana: condenada a una perpetua minoría de edad, en buena parte por su supuesta influencia corruptora sobre los hombres («Dios dividió el deseo sexual en diez partes, y de ellas dio nueve a las mujeres», dijo Alí, yerno de Muhammad y primer imam shií), la mujer musulmana no tiene el menor control de su vida: siempre habrá algún hombre - padre, marido o en su defecto cualquier varón de su familia-que decida por ella, desde el afecto o muchas veces desde la brutalidad. La casa, el velo, son sólo manifestaciones de su estatus: diferente en teoría, inferior en la práctica.

Un mundo bajo el velo es un viaje por la geografía de las mujeres musulmanas: iraníes, saudíes, egipcias, jordanas, palestinas; mujeres del hogar, trabajadoras e incluso reinas configuran una misma opresión con distintos matices. Y Geraldine Brooks ha sabido describirla con conocimiento y comprensión, con ecuanimidad pero sin eludir el dramatismo de una condición femenina que, con raíces en una lectura torcida del texto sagrado y una tradición que interesadamente se considera inmutable, clama hoy a la conciencia universal.

UN MUNDO BAJO EL VELO

Vida oculta de las mujeres musulmanas

GERALDINE BROOKS

Traducción de Ana Herrera

grijalbo

grijalbo mondadori

Título original :

NINE PARTS OF DESIRE.

The Hidden World of Islamic Women

Traducido de la edición de Anchor Book, Nueva York, 1995

Cubierta: SDD, Serveis de Disseny, S.A.

1995, GERALDINE BROOKS

1996 de la traducción castellana para España y América:

GRIJALBO (Grijalbo Mondadori, S.A.)

Aragó, 385, Barcelona

Publicado por acuerdo con Doubleday, una división

de Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc.

La canción de la página 107 se ha reproducido de

Middle Eastern Muslim Women Speak, editado por Elizabeth Warnock
Fernea y Basima Qattan Bezirgan.

Copyright 1977. Con licencia de University of Texas Press

Primera edición

ISBN: 84-253-2927-2

Depósito legal: B. 193-1996

Impreso en Novagraftk, S.L., Puigcerdà, 127, Barcelona

A Gloria, que convenció a sus hermanas de que podían hacer algo.

Y a Tony, por supuesto.

Agradecimientos

Quiero darle las gracias a Lee Lescaze, por su voz tranquila al otro extremo de las débiles líneas telefónicas; a Paul Stei-ger, por tolerar una ausencia que duró tanto tiempo; a Karen House, por confiar en que yo podría cubrir Oriente Próximo mucho antes de hacerlo; a Mary Ellen Barker, John Fitzgerald y Elinor Lander Horwitz por sus comentarios sobre el manuscrito; a Melissa Biggs por sus minuciosas comprobaciones, a Michael Lewis por su amistoso consejo e inspiración; a Debo-rah Amos, Christiane Amanpour, Nora Boustany, Jacki Lyden y Milton Viorst por su excelente compañía en zonas de guerra; y a David Chalfant, agente y defensor, sin el cual este libro no podría existir.

Finalmente, quiero también dar las gracias a las muchas mujeres musulmanas que, por encima de numerosos obstáculos, me acogieron en su mundo.

Dios Todopoderoso creó el deseo sexual dividido en diez partes; de ellas, dio nueve partes a la mujer y una al hombre.

Alí ibn Abu Taleb, marido de Fatima,

hija de Muhammad, y fundador del movimiento shíí.

Prólogo

«Di: “Me refugio en el Señor del alba ante el daño de lo que creó, ante el daño de la oscuridad, cuando se extiende el daño de las que soplan en los nudos y el daño de un envidioso cuando envidia” .»

El Corán Azora CXIII: «El alba»

El recepcionista del hotel tenía la tarjeta de mi reserva en la mano.

—Señor Geraldine Brooks —leyó en voz alta—. Pero usted es una mujer.

Sí, asentí, eso era.

—Lo siento, pero nuestro empleado de reservas ha cometido un error.

—Está bien —dije—. Añada una «a» a señor, y tendrá «señora».

—No —dijo—. No lo entiende. No podemos darle una habitación. Va contra la ley dársela a las mujeres.

Eché una mirada en torno al resplandeciente vestíbulo del hotel.

—¿Y qué pasa con ellas? —pregunté, señalando con la cabeza en dirección a dos mujeres saudíes cubiertas con mantos negros que se dirigían al ascensor.

—Están aquí con sus maridos —explicó el recepcionista—.

En Arabia Saudí, una señora no viaja sola. No hay motivos para que lo haga. A menos que sea una prostituta.

En otra época, un año o dos antes, yo hubiera perdido la compostura. En ese momento, me limité a suspirar y me aparté del mostrador. Eran las once de la noche. No conocía a nadie en la ciudad de Dhahran. Podía coger un taxi de vuelta al aeropuerto y pasar la noche sentada en una de aquellas sillas de plástico. Pero a la puerta del hotel no había taxis. Los lujosos sofás del vacío vestíbulo del hotel parecían lo suficientemente acogedores. Me puse cómoda frente a una jardinera

con plantas y saqué mi chador negro de la bolsa para usarlo como manta. Ya cerraba los ojos cuando el recepcionista carraspeó junto a mí.

—No puede quedarse aquí.

Señalé con calma que no tenía ningún otro sitio adonde ir.

—Entonces —dijo él—, tengo que llamar a la policía.

La comisaría de policía de Dhahran tenía los mismos bancos duros y luces crudas que las comisarías de cualquier otro sitio. La única diferencia era que los trajes de los detectives eran largas y blancas thobes. Todas las veces anteriores que había estado en alguna comisaría fue para denunciar un delito. Esta era mi primera visita como delincuente.

Un joven teniente de policía situado detrás de un mostrador que atravesaba la habitación barajaba mis documentos de identidad. Yo tenía credenciales de prensa de Australia, Gran Bretaña, Egipto, Irán, Irak, Jordania, Estados Unidos y Yemen. Tenía pases para las reuniones de la cumbre árabe y los palacios presidenciales. Incluso una credencial de prensa plastificada, emitida por el propio ministerio de Información de Arabia Saudí. El teniente escudriñó todos los documentos. Primero los alineó verticalmente, luego horizontalmente. Después los apiló cuidadosamente, como si fuera a evaluarlos por la altura.

Finalmente levantó la vista, dejando vagar la mirada por un fragmento de pared que se encontraba justo encima de mi cabeza. Como la mayoría de los musulmanes estrictos, no quería arriesgarse a contaminarse mirando a una mujer extranjera. Cuando habló, se dirigió a mí en tercera persona.

—Creo que la señora no lleva mucho tiempo en Arabia Saudí. No conoce nuestras costumbres —resumió su lectura cuidadosa de mis documentos. Extrayendo uno de mis pases de la pila, lo balanceó entre el pulgar y el índice—. Este —dijo, con una sonrisita de triunfo—, caducó ayer.

Ya de madrugada, el teniente me devolvió mis documentos, añadiendo un permiso para que pudiera permanecer durante las horas siguientes en un hotel. Detrás del mostrador principal, el recepcionista llamó a un botones, un filipino, para que me acompañara a mi habitación. Estaba en un piso completamente vacío. Un guardia armado rondaba junto al ascensor.

—Deben de pensar que soy peligrosa —refunfuñé.

El botones no sonrió.

—Piensan que todas las mujeres son peligrosas —replicó, dejando caer mi maleta junto a la puerta y retirándose bajo la mirada vigilante del guardia.

Me eché en la cama y miré la calcomanía pegada en el espejo, que mostraba a los musulmanes la dirección en la que debían situarse para rezar. Casi todas las habitaciones de hotel en las que me había alojado durante los últimos tres años tenían una flecha similar, adherida a la mesilla de noche, sujeta en la cortina, pegada al techo. Faltaban pocos minutos para que amaneciera. Me dirigí hacia la ventana y esperé. Cuando un pálido disco de luz subió lentamente sobre un brumoso horizonte azul, la calma se rompió, como sucedía cada amanecer, y como había sucedido durante los últimos mil trescientos años.

—¡Venid a rezar! —ululaban los muecines de los centenares de mezquitas de la ciudad—. ¡Es mejor rezar que dormir!

Cuando el sol se alzase en su camino hacia el este, mil millones de musulmanes harían lo mismo que los habitantes de Dhahran estaban haciendo en ese momento: levantarse de sus lechos e inclinarse hacia la ciudad de La Meca, mil cien kilómetros al oeste de la habitación del hotel.

La razón de mi noche de insomnio se encontraba en esa ciudad desierta. No podía coger una habitación en un hotel saudí en la década de los noventa porque mil trescientos años antes un hombre de La Meca llamado Muhammad” tenía problemas con sus mujeres.

Al profeta del Islam le gustaban las mujeres. Se casó con su primera esposa cuando tenía veinticinco años. Inculto, huérfano y pobre, difícilmente podía esperar recibir una proposición de matrimonio de su jefa, Jadiya, una rica mujer de negocios de La Meca diez años mayor que él, y que le contrató para que dirigiera su empresa de comercio internacional. Aunque no era muy habitual entre las mujeres declararse a los hombres en la cultura de La Meca, Jadiya se encontraba entre las que tenían suficiente poder e influencias como para hacerlo. Ella le dio dinero, posición social y cuatro hijas (las únicas que sobrevivieron a la primera infancia). El ayatollah Ruhollah Jomeini, el rey Hussein de Jordania y los miles de jeques y mullahs que hoy en día visten el turbante negro como señal de que descienden del profeta, todos trazan su linaje a partir de una de aquellas cuatro hijas.

La primera vez que oyó la voz del ángel Gabriel pronunciando la palabra de Dios, Muhammad se arrastró, temblando, hacia Jadiya. Temiendo por su cordura, Muhammad repetía las primeras palabras del Corán... que significa simplemente «relato». Entonces fue hacia su mujer apoyándose en las manos y las rodillas y se arrojó en su regazo.

—¡Protégeme, protégeme! —gritó, suplicándole que le protegiera del ángel. Jadiya le aseguró que no estaba loco, le animó para que creyera en su visión y se transformó en la primera conversa de la nueva religión, cuyo nombre, Islam, significa «la sumisión».

El mensaje del Islam llegó en el siglo VII de nuestra era a Arabia, donde las niñas, de valor limitado en una dura cultura de pastores y guerreros, se abandonaban en la arena para que muriesen. En el mercado de esclavos de La Meca, los soldados vendían a las mujeres cautivas que habían conquistado como botín de guerra. Pero unas pocas mujeres, como Jadiya, tenían el suficiente dinero y la suficiente influencia como para elegir a sus maridos y moldear sus propias vidas.

* En castellano, tradicionalmente, Mahoma. Se ha preferido Muhammad, transliteración aproximada del nombre árabe. (N. del E.)

Durante veinticuatro años, Jadiya fue la única esposa de Muhammad. Tras su muerte, ocurrida nueve años después de la primera visión, Muhammad empezó a recibir revelaciones de Dios sobre la situación de las mujeres. Por lo tanto a Jadiya, la primera mujer musulmana, nunca se le requirió llevar velo o recluirse, y nunca vivió para oír cómo la palabra de Dios proclamaba: «Los hombres tienen a su cargo a las mujeres, porque Dios ha hecho a los unos para aventajar a las otras, y porque gastan sus propiedades (para mantenerlas)». Tal revelación no hubiese salido de los labios de Muhammad si Jadiya todavía hubiera estado viva y pagándole las facturas.

Seis años después de la muerte de ella, y tras una batalla entre los musulmanes y la tribu dominante de La Meca, que había dejado sesenta y cinco viudas musulmanas, Muhammad tuvo la revelación que le permitía tomar hasta cuatro mujeres. «Despóstate con las mujeres que quieras: dos, tres o cuatro; y si crees que no puedes satisfacer (a tantas), entonces toma sólo una.» Como necesitaba establecer alianzas por medio de matrimonios con los enemigos vencidos, tuvo una revelación posterior en la que se eximía él mismo del límite de cuatro mujeres. Cada vez que tomaba una nueva esposa, se añadía una habitación

más a sus aposentos, junto a la primera mezquita del Islam. Las habitaciones aumentaron gradualmente, hasta que llegaron a albergar a ocho o nueve mujeres.

Pronto aparecieron los celos, intrigas y escándalos. Los parientes de las esposas menores conspiraban para desacreditar a las favoritas. Los enemigos de la nueva religión acosaban a las mujeres del profeta. Se produjo algún pequeño incidente debido a las murmuraciones. Una mujer rozó la mano de un huésped mientras le tendía un plato de comida; otra formuló un rudo comentario mientras se dirigía por la noche a una letrina exterior; una tercera causó todo tipo de controversias porque su primer marido, Zaid, había sido un hijo adoptivo de Muhammad.

Después de todos estos incidentes, Dios envió un mensaje a su profeta diciéndole que debía recluir a sus mujeres. Algunas de ellas habían sido enfermeras en el campo de batalla, otras habían orado en la mezquita por la nueva fe. Ahora tenían que esconderse detrás de una cortina en sus habitaciones, y sólo podían salir cubiertas de los pies a la cabeza.

Gradualmente, las normas establecidas para la salvaguarda del prestigio de las mujeres del profeta se fueron aplicando a otras mujeres musulmanas. Al extenderse el mensaje islámico fuera de Arabia y sus países vecinos, la idea de la reclusión encontró buena acogida.

A diferencia de los árabes, los persas habían segregado desde hacía mucho tiempo a las mujeres: en la antigua Asiria, las mujeres de los nobles llevaban velo como símbolo de su posición social, mientras las clases bajas se veían obligadas a ir descubiertas. Si se encontraba a una esclava poniéndose el velo, podía ser castigada vertiéndole pez derretida en la cabeza. Estas costumbres derivaron fácilmente hacia el corazón de las tierras árabes y arraigaron allí. En Arabia Saudí, la mayoría de las mujeres hoy en día viven todavía aisladas del mundo.

Una mujer no puede tomar una habitación en un moderno hotel saudí porque, como las mujeres del profeta, debe estar recluida en su casa.

Pero unos kilómetros más allá, cruzando una invisible frontera en el desierto, esas normas han dejado de aplicarse. En el estado vecino de Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos, las mujeres soldados musulmanas, con el cabello envuelto en velos islámicos, suben en helicóptero y usan rifles de asalto. Un poco más allá, al otro lado del Golfo Pérsico, los estrictos musulmanes de Irán votan a mujeres para el Parlamento y las mandan a otros países como diplomáticas.

Paquistán fue el primer país islámico en elegir a una mujer como primer ministro; Turquía tiene a una economista como primer ministro, mientras que Bangladesh tiene dos mujeres como primer ministro y como líder de la oposición. En lugar de adherirse a las normas establecidas para las mujeres del profeta, estas mujeres proponen como ejemplo otros modelos de la historia del temprano Islam. Las soldados hablan de Nusaybah, que salvó la vida de Muhammad en la batalla, permaneciendo en pie a su lado mientras los demás soldados huían. Las políticas aluden a Fatima, la tímida hija de Muhammad, que encabezó una lucha por el poder político tras la muerte del profeta.

Islam no significa necesariamente opresión de la mujer. ¿Por qué entonces tantas mujeres musulmanas se hallan oprimidas?

Fui a vivir entre las mujeres del Islam una cálida noche de otoño de 1987. Llegué como reportera occidental, viviendo para las noticias de cada día. Me costó casi un año entender que había llegado en un momento en que los acontecimientos del siglo VII habían empezado a importar mucho más a la gente con la que vivía que cualquier cosa que leyera en el periódico de la mañana.

Una mujer musulmana, Sahar, me dio la primera pista.

Sahar llevaba dos años como auxiliar administrativa en The Wall Street Journal de El Cairo cuando yo llegué como corresponsal a Oriente Próximo. Mi primer año en Egipto se había acomodado al sincopado tabaleo de sus zapatos de tacón, que marcaba su rápido y precario camino por los rotos pavimentos de El Cairo. Tenía veinticinco años, seis menos que yo, pero diez años más en aplomo, serenidad y sofisticación. Su inglés era formal y preciso, y también su aspecto. No importaba el tema que estuviéramos cubriendo (el derrumbamiento de un edificio en un suburbio, filtraciones de las alcantarillas en las pirámides), Sahar siempre vestía como para una recepción. Su maquillaje era tan espeso que se hubiera requerido una excavación arqueológica para determinar qué aspecto tenía verdaderamente. Sus peinados necesitaban andamios. Cuando andaba torpemente a su lado con mis zapatillas de lona, me sentía como un gorrión junto a un pavo real.

El padre de Sahar trabajaba para una empresa americana de automóviles de El Cairo. Ella había pasado un año en Estados Unidos en un intercambio de estudiantes de secundaria, y se había graduado con el número uno de su promoción en la Universidad Americana de El Cairo.

Quería ir a Harvard. Sahar era al mismo tiempo tranquilizador amenté familiar y deprimentemente normal. Yo me había imaginado el Oriente Próximo muy diferente. Emires con chilabas blancas. Persas de ojos almendrados. Camellos dibujándose en el horizonte como garabatos de caligrafía árabe. Una yuppie egipcia no formaba parte del cuadro.

Tampoco en el trabajo podía encontrar el Oriente Próximo que había imaginado. Me hallé atrapada en el papel atrapamoscas de los círculos oficiales árabes, sentada en los dorados salones de segundos secretarios ayudantes de ministros de información, bebiendo a sorbos tacitas de café aromatizado al cardamomo y oyendo mentiras. Esos hombres (urbanos, educados en el extranjero) no tenían inconveniente en hablar con una mujer occidental. Pero afuera, en las calles, entre la gente corriente que yo deseaba conocer, muchos hombres sólo hablaban a aquellas mujeres con las que tenían algún parentesco. Para ellos, aproximarse a una mujer sola, y reportera además, era una ocasión de vergüenza y turbación, o una oportunidad para comprobar la idea ampliamente asumida de que todas las mujeres occidentales son unas prostitutas. Yo odiaba los reportajes que me veía obligada a hacer: entrevistas con el jefe del estado, pomposos artículos de opinión sobre la política de Estados Unidos en Oriente Próximo... Había solicitado ese destino buscando riesgo y aventura. Pero al parecer el mayor peligro con el que me enfrentaba era el de morir de aburrimiento. Tony, mi marido, que había abandonado su trabajo en un periódico para acompañarme como profesional independiente, no tenía ese problema.

Pocas semanas después de nuestra llegada, miré por encima de los hombros de Sahar mientras ella recortaba mi último artículo («La reconciliación entre Irak y Siria parece tibia») y lo colocaba en una carpeta junto al de Tony: «El cuerpo de camelleros egipcio vaga por el desierto persiguiendo contrabandistas». Tony explicaba su travesía junto a una de las últimas patrullas del cuerpo de camelleros egipcio.

El ejército no hubiera aprobado que fuese una mujer. En las minadas aguas del Golfo Pérsico, Tony se enroló en un barco de suministros y volvió a casa contando cuentos de pescadores omaníes con turbante, barcos al estilo de Simbad y contrabandistas de alfombras persas. No pude reunirme con él: el transportista no hubiera aceptado llevar a una mujer por mar.

Durante casi un año, yo me impacienté y llamé a todas las puertas cerradas del Oriente Próximo. Y entonces, gracias a Sahar, levanté la vista y encontré la única ventana que estaba abierta para mí.

Sahar y yo trabajábamos juntas en una gran habitación iluminada de mi apartamento en Nileside. Cuando yo no viajaba, nos sentábamos en mesas una junto a la otra. Mientras yo escribía mis artículos, Sahar traducía algunos de la prensa árabe, concertaba citas o preparaba mis visados. Después de un año entero de trabajar junto a ella, creía que ambas nos conocíamos bastante bien.

Y entonces, una mañana, al principio del Ramadán, el mes sagrado durante el cual los musulmanes ayunan desde el amanecer hasta la puesta del Sol, abrí la puerta y me encontré con una extraña. Los rizos elaborados habían desaparecido, envueltos en un severo pañuelo azul. Había eliminado el maquillaje y había reemplazado su vestido bien cortado por un informe saco. Sahar había adoptado el uniforme de las fundamentalistas musulmanas.* Era como ver una película sobre la naturaleza marcha atrás: sus brillantes alas se habían arrugado y ella se había envuelto a sí misma en un feo capullo.

* El término «fundamentalismo», inequívocamente anglosajón, no describe sino parcialmente el fenómeno, más amplio, del islamismo, término que se usará a partir de ahora. (N. del T.)

Hubiera sido imposible vivir durante un año en Oriente Próximo y no oír el ruido de fondo del resurgimiento religioso. A lo largo de la península Arábiga y el norte de África, muchas mujeres se estaban cubriendo el pelo, y muchos hombres se dejaban crecer la barba y se encaminaban a la mezquita. Yo había dado por hecho que la vuelta al Islam era la elección desesperada de pobres gentes en busca de consuelo celestial. Pero Sahar no era ni pobre ni desesperada. Ella pertenecía a algún lugar en la estratosfera de la meticulosamente regulada sociedad de Egipto.

Esa mañana de Ramadán me quedé en la puerta mirándola, aturdida. Las mujeres egipcias habían sido las primeras de Oriente Próximo en «librarse» del velo. En 1923, a su vuelta de una conferencia en Roma sobre el sufragio femenino, las pioneras feministas árabes Huda Sharawi y Saiza Nabarawi se quitaron los velos en la estación de tren de El Cairo, y muchas de las mujeres que habían ido a recibirlas las imitaron. La madre de Sahar, que había crecido bajo la influencia de Sharawi y sus seguidoras, nunca llevó velo.

El vestido islámico —hijab— que Sahar había optado por llevar en el calor bochornoso de Egipto significaba su aceptación de un código legal que valoraba su testimonio como la mitad del de un hombre, un sistema de herencias que le otorgaba la mitad del legado de un hermano, una futura vida doméstica en la que su marido podía pegarle si le desobedecía, obligarla a compartir sus atenciones con

tres esposas más, divorciarse de ella a su antojo y quedarse con la custodia total de sus hijos.

Durante aquellas semanas del Ramadán, hablé durante horas con Sahar acerca de su decisión. Como réplica, Sahar recitaba la consigna de Yihad Islámica y los Hermanos Musulmanes:* «El Islam es la respuesta».

* Movimientos islamistas Los Hermanos Musulmanes (fundados en 1929) es la organización islamista más importante de la actualidad. Yihad Islámica fue la responsable del atentado mortal contra Sadat. (N. del T.)

La pregunta, ciertamente, era bastante clara: ¿cómo iba ese país, desesperadamente pobre, a continuar alimentando, educando y dando empleo a una población que aumentaba en un millón de personas cada nueve meses? Los flirteos con el socialismo y el capitalismo no habían conseguido atajar el declive económico egipcio. El movimiento islamista deseaba abandonar esas ideologías recientemente importadas y seguir el sistema establecido desde hacía largo tiempo por el Corán. Si Dios se había tomado tanto trabajo para revelar un código completo de leyes, ética y organización social, argüía Sahar, ¿por qué no seguir ese código?

Sahar se había unido a un grupo de mujeres estudiantes de la mezquita local, y se había dejado influir por la joven instructora que llevaba velo.

—Si me siento allí y leo en el sagrado Corán que las mujeres deben ir cubiertas, y luego salgo a la calle con los brazos desnudos —dijo ella—, me parecería que iba así vestida porque era occidental. ¿Por qué imitarlo todo de Occidente? ¿Por qué no intentar algo nuestro?

Ese «algo» tomaba muchas formas. Los extremistas alborotaban en el camino de las pirámides, quemando clubes turísticos en los que se servía alcohol. En el Egipto rural, un jeque prohibió la venta de calabacines y berenjenas, porque rellenar los largos y carnosos vegetales podía provocar en las mujeres pensamientos lascivos. En El Cairo, un escritor que se burlaba de esa prohibición fue asesinado a tiros en su despacho. Además, cuando un terremoto convulsionó la ciudad, los islamistas instalaron tiendas y cocinas de campaña, cuidando de los afligidos con una rapidez y compasión que el gobierno había descuidado. Según pasaban las semanas, Sahar se iba sumergiendo más profundamente en su nueva identidad. Empecé a ajustar mi vida secular para acomodarme a la de ella: no tomaba café las mañanas de Ramadán para que el aroma no le hiciera más pesado

el ayuno, pisaba sin hacer ruido mientras ella cumplía sus devociones de mediodía en una alfombra que extendía en el vestíbulo. Había campos de minas por todas partes.

—¿Qué es una guinda marrasquina? —preguntaba con recelo, examinando la lista de ingredientes de una caja de bombones—. No puedo comer nada que contenga alcohol.

Lentamente, me familiaricé con los ritmos y tabúes de su nueva vida. Los evocadores nombres de sus festivales empezaron a desfilar en su calendario: La Noche del Poder, la Fiesta del Sacrificio, el Hajj.

Sahar parecía sentirse cómoda con su nueva identidad.

—He pasado casi toda la noche despierta, cosiendo —dijo una mañana que llegó al trabajo con los ojos hinchados. Ahora que había adoptado el hijab, había desechado la mayoría de sus brillantes vestidos. Pero no había querido abandonar todo su guardarropa—. Todos los vestidos tienen algo que falla —una abertura en la espalda, un cinturón ajustado—, y realmente es mucho trabajo para aprovechar sólo algunos.

El hijab, decía, le daba seguridad en las calles bulliciosas de El Cairo.

—Nunca habrás oído hablar de que hayan violado a una chica con velo —dijo. En efecto, era raro oír que nadie había sido violada en El Cairo, donde los crímenes violentos de todo tipo eran pocos comparados con los de las ciudades occidentales. Pero los comentarios insinuantes y los pellizcos en el trasero seguían siendo un riesgo, sobre todo en los barrios más populosos, y especialmente para las mujeres vestidas a la occidental.

Sahar se dio cuenta también de que el hijab le daba acceso a una curiosa red femenina. Los permisos de investigación y citas de los departamentos gubernamentales eran más fáciles de conseguir si escogía a otras mujeres con velo entre los burócratas que trabajaban allí.

Deseosas de ver que una hermana islámica tenía éxito en su trabajo, ellas daban un trato preferente a sus peticiones. Al mismo tiempo, se sentía más cómoda al tratar con los hombres.

—Tienen que tratar con mi alma, no con mi cuerpo —decía ella.

La ropa era sólo el principio, decía. La creciente tasa de criminalidad de Occidente, la cantidad de familias monopa-rentales y ancianos desatendidos probaban a Sahar el fracaso de nuestras costumbres. En la raíz de esto, para ella, estaba la insistencia del feminismo occidental en la igualdad de sexos que, según ella, ignoraba la esencial naturaleza de la mujer.

—El Islam no dice que las mujeres sean inferiores a los hombres; dice que son diferentes —aducía, tratando de explicar la prohibición de que las mujeres sean jueces en algunos tribunales islámicos—. Las mujeres son más emotivas que los hombres, porque Dios las ha designado para que se ocupen de los hijos. Por lo tanto, ante la ley, una mujer podría mostrar misericordia cuando la lógica pediría dureza.

Hablar con Sahar me daba una sensación de deja vu. Cuando yo tenía catorce años y estudiaba en una escuela católica de Sydney, la madre superiora nos convocó en asamblea y nos leyó la cartilla. Algunas de nosotras habíamos salido a la calle llevando los jerséis del uniforme sin chaqueta encima. Los jerséis, dijo, eran indecentes, porque los chicos podían ver a su través la forma de nuestros senos. El uniforme del colegio incluía una chaqueta, y si alguna de nosotras se aventuraba por las calles con el jersey y sin llevar la chaqueta puesta, ya sabría ella qué tipo de chicas éramos. Esa misma monja insistía en que llevásemos sombreros en la iglesia. Citando a San Pablo, nos dijo que las mujeres, como instrumento de la caída del hombre en el Edén, no podían aparecer con la cabeza descubierta en la casa del Señor.

Yo pensé que la monja era un fósil. Dejé de ir a la iglesia tan pronto como me di cuenta de la forma en que las normas católicas de control de natalidad y divorcio podían arruinar las vidas de las mujeres.

Sahar, una mujer de mi propia generación, había hecho una elección exactamente opuesta a la mía. Algo estaba ocurriendo, y me propuse tratar de entender qué era.

Empecé con el árabe, el idioma del Corán. Sólo uno de cada cinco musulmanes es árabe, aunque el árabe es el idioma en que la mayoría de los mil millones de musulmanes que hay en el mundo (una quinta parte de la población mundial) le hablan a Dios.

El idioma árabe es tan tribal como la cultura desértica que lo creó. Cada palabra lleva unidas una multitud de palabras afines, con el mismo grupo de tres

consonantes que forman su raíz. Usad cualquier palabra en árabe, y un cúmulo de sentidos no deseados se entrometerá en la conversación. Aprendí que una de las palabras para decir mujer, hormah, viene de la misma raíz que las palabras «sagrado, santo», y «pecado, prohibido». La palabra madre, umm, es la raíz de palabras como «fuente, nación, misericordia, principio, buena cosecha; estúpido, iletrado, parásito, débil de carácter, sin opinión». En el principio fue la palabra, y la palabra, en árabe, es magníficamente ambigua.

La propia naturaleza de la lengua árabe implica que es imposible una traducción precisa del Corán. Yo misma me encontré con dos versiones inglesas muy diferentes (la de Geor-ge Sale, que da una interpretación poética del trabajo, y la de Mohammed Marmaduke Pickthall que ofrece un sentido más claro de lo que el texto dice realmente sobre sexo y matrimonio, trabajo y guerra santa). Pero incluso cuando el lenguaje es claro, el mensaje a veces está confuso. «Respetar a las mujeres, que te han dado la vida», dice el Corán. Pero si las mujeres son desobedientes: «amonéstalas, mándalas a otro lecho, y castígalas». Para tratar de reconciliar estas confusas instrucciones, asistí a clases de las nuevas escuelas religiosas para mujeres, que surgían por toda la región, y aprendí cosas sobre docenas de mujeres que conformaron la historia temprana del Islam. Otra vez ambivalencia. Las mujeres tras la cortina de la reclusión, y al frente de la guerra santa islámica.*

Mientras tanto, en Afganistán, Algeria y Sudán, los islamistas luchaban por el poder. En Egipto y Jordania, poderosas minorías empujaban a sus gobiernos hacia la shaña (literalmente, el camino hacia el agua, o el sendero recto de la ley islámica). Los musulmanes que emigraban a Occidente también hacían peticiones: prohibid los libros ofensivos, dejad a nuestras hijas llevar velos a la escuela, segregad las clases por sexos.

* Para las citas de esta obra se ha utilizado la competente versión castellana del Corán realizada por Joan Bernet. (N. del E.)

¿Sería posible reivindicar los mensajes positivos del Corán y la historia islámica, y trazar al mismo tiempo algún tipo de feminismo musulmán? ¿Podrán los islamistas vivir con los occidentales liberales, o acomodarnos unos a otros nos costaría a ambos nuestros principios?

Para encontrar las respuestas, hice algo tan obvio que no podía creer que me hubiese costado todo un año encontrarlo. Empecé a hablar con las mujeres.

1

El velo sagrado

«Di a las creyentes que bajen sus ojos, oculten sus partes y no muestren sus adornos más que en lo que se ve. ¡Cubran su seno con el velo!»

El Corán Azora XXIV: «La luz»

Yo era la única pasajera que no lloraba en aquel autobús lleno de mujeres que chirriaba, en su lento camino entre el tráfico de Teherán, hacia el hogar de Jomeini. Avanzamos cautelosamente y nos detuvimos junto a una avenida con banderolas negras. La excitación llegó a su punto culminante, como una tetera que silba al hervir el agua. Al final de la avenida estaba la casa de Jomeini y la pequeña husseinyya adjunta donde él rezaba y predicaba justo hasta el momento de su muerte, cinco semanas atrás. Empapada de sudor y tratando de no tropezar con el chador, bajé del autobús y desfilé junto a la apretada escuadra negra, que caminaba por la avenida abajo con sollozantes cánticos de «¡Oh, Jomeini! ¡Oh, imam!» Delante de nosotras, un grupo de hombres entró en la husseinyya. Eran trabajadores de una fábrica de la ciudad de Mashad, que se restregaban los rostros mojados de lágrimas con unos puños encallecidos. La galena desde la que solía hablar Jomeini había sido encristalada a toda prisa cuando él murió, ya que algunos miembros de la comitiva fúnebre habían trepado por encima de la balaustrada para besar y acariciar su carne. Nuestro grupo se desvió de la husseinyya hacia una entrada encortinada flanqueada por Guardias Femeninas Revolucionarias.

Bajo sus chador (los grandes rectángulos negros de tela que tapan la cabeza y caen hasta los tobillos) las guardias vestían el mismo uniforme color amarillo verdoso con los emblemas de un rifle, el Corán y un puño cerrado que sus colegas

masculinos. Detrás de la cortina, la viuda de Jomeini nos esperaba para ofrecernos un té.

En un rincón de un patio de cemento cuarteado, se sentaba, flanqueada por su hija y su nuera. Con los chador apretados en torno a sus figuras acucilladas, parecían como un trío de bolos esperando que les lanzasen el boliche. Jadiya, la esposa de Jomeini, de setenta y cinco años, tenía una cara arrugada, de abuelita agradable. Miraba a través de unas gafas con montura metálica, sonreía y alargaba una mano nudosa para saludarme. Cuando sostuvo mi mano y le dio unas suaves pal-maditas, su chador se deslizó hacia atrás y reveló un centímetro de raíces plateadas coronadas por un montón de rizos pelirrojos. Hasta la muerte de su marido, Jadiya se había teñido el pelo.

De cualquier manera, yo nunca había imaginado que el ayatollah de cara pétrea tuviera una mujer... ciertamente, no con ese cabello rojo de vampiresa. Y tampoco me lo imaginaba con unas atractivas y sonrientes biznietas como las que retozaban a nuestro alrededor en el patio salpicado de alfombras.

—Sé que cuando le veías parecía muy serio, incluso enfadado —dijo Zahra Mostafavi, la hija de Jomeini, de cuarenta y siete años—. Pero no era así con nosotras. Con los niños hacía muchas bromas. Les dejaba que se escondieran debajo de su ropa cuando jugaban al escondite.

Según Zahra, Jomeini había sido una persona muy sensible, de la era moderna, que se levantaba por la noche cuando sus cinco niños eran pequeños para darles el biberón por turnos, y que nunca le pedía nada a su esposa... ni siquiera un vaso de agua.

Las fotos familiares mostraban al ayatollah riendo alegremente mientras un bebé de puños rollizos trataba de meter una cucharada de comida en la boca de su abuelo.

Nos acucillamos junto a las mujeres de la familia de Jomeini en las rojas alfombras persas extendidas por el cemento.

—Las alfombras son todas prestadas. La familia no tiene cosas tan buenas como éstas —explicó una de las guardias revolucionarias que había trabajado en el servicio de la casa, así como de guardaespaldas de Jadiya durante seis años. Alargándonos unos platos de plástico con dibujos de patos, nos ofreció dátiles y rodajas de sandía.

—Siento haberlas recibido de una forma tan sencilla —dijo Jadiya—. Pero durante sus ochenta y siete años de vida, mi marido insistió en la sencillez.

Ruhollah, un estudiante de religión muy pobre del polvoriento pueblo de Jomein, tenía veintisiete años cuando pidió la mano de Jadiya Saqafi, de quince años. El padre de ella, un importante ayatollah (la palabra significa «reflejo de Dios», y se aplica a los más letrados de los clérigos shiís), no consideró demasiado el enlace. Pero Jadiya pensaba de forma diferente. Ella había echado un vistazo a su pretendiente cuando, envuelta en un chador, le llevaba un vaso de té.

Convenció a su padre de que aceptara la unión después de relatarle un sueño en el que los profetas proclamaban a Ruhollah de Jomein como destinado a convertirse en un gran líder religioso.

Fue su única esposa. Su perfil público había sido tan discreto que muchos iraníes ni siquiera sabían su nombre real.

—Algunos se equivocaron y escribieron que su nombre es Batul, que realmente era el nombre de su sirvienta —explicó Zahra—. Mi madre odia el nombre de Batul.

El nombre todavía se confundía, porque el ayatollah habría desaprobado llamar la atención hacia su esposa, al pedir una corrección. A pesar de su anonimato público, los más cercanos sabían que la influencia de Jadiya contaba mucho. Los hombres que buscaban la atención de Jomeini, incluso en temas de política estatal, debían dejar que sus mujeres hablasen del asunto con Jadiya.

La cuadrada casa de dos pisos de Jomeini contrastaba agudamente con el palacio de opulento mármol verde del anterior sha, ahora abierto como Museo de Reversión y Admonición. En la casa de Jomeini, la pintura verde se desprendía de las paredes y una mampara rota colgaba de una ventana. En una habitación vacía, enrolladas y apiladas en un rincón, estaban las delgadas colchonetas que servían de lechos. En la cocina, los únicos electrodomésticos eran un hornillo pasado de moda y un samovar eléctrico.

—Una vez, cuando el imam vio que dos semillas de granada habían caído en la fregadera, me recordó que no debía desperdiciar la comida —dijo la guardia revolucionaria que nos había estado esperando—. Siempre nos decía que debíamos apagar las luces cuando salíamos de una habitación.

Cada pequeño recuerdo traía un nuevo río de lágrimas de las otras

invitadas. Una de las que sollozaba más fuerte, una mujer del Hezbollah (Partido de Dios) libanes se puso de pie y se lanzó a un emotivo discurso de gracias a la viuda del imán por admitirnos en los sagrados recintos de su hogar.

—Oh, Señor, danos paciencia —sollozaba—. Hemos venido a este lugar donde el gran imam vivía y respiraba. Estamos reunidas aquí, en este sagrado lugar, para mostrar nuestra fidelidad a su camino.

La llamada a la oración del crepúsculo, traspasando la pared del patio desde la cercana mezquita, fue la señal de que la recepción había concluido. En el rincón, Jadiya se puso de pie, camino a sus abluciones. Cuando volvimos a subir al autobús, que se adentró de nuevo entre el tráfico, la mujer de Hezbollah aún declamaba:

—Debemos dividir nuestras vidas en dos partes... antes y después de la muerte del imam —sollozaba—. Todavía no hemos tenido tiempo de comprender la gran pérdida que hemos sufrido.

Yo, personalmente, no había tenido tiempo de entenderlo. Después de la ocupación de la embajada americana en 1979, Irán había estado virtualmente cerrado a los reporteros de la prensa estadounidense. Los raros visados concedidos servían usualmente para treinta y seis horas de permanencia en el país como máximo, para cubrir un acontecimiento concreto. Después de la muerte de Jomeini, sólo se me permitió entrar una vez, en 1988, para cubrir los funerales de los 290 civiles iraníes asesinados cuando el crucero XJSS Vincennes disparó a un Airbus iraní que hacía un vuelo regular a través del Golfo Pérsico.

Pero yo tenía que comprenderlo. Lo que estaba sucediendo entre las mujeres musulmanas desde Argelia hasta Afganistán tenía allí sus raíces, en esa austera casa cuadrada en el norte de Teherán. De alguna manera, Jomeini había persuadido a las mujeres de que llevar una vestimenta medieval era un acto revolucionario. Algo en ese mensaje había llevado a miles de mujeres a las calles para enfrentarse al ejército del shah y arriesgar sus vidas pidiendo el retorno de un código de leyes que permitía el matrimonio infantil, la poligamia y los malos tratos a las mujeres.

Jomeini hablaba con una voz que remontaba su autoridad a los primeros días del Islam. Jomeini era shií, miembro de una rama minoritaria del Islam que se había desgajado de la corriente mayoritaria en los años que siguieron a la muerte del profeta Muhammad. La mayoría de los primeros musulmanes estuvieron de

acuerdo en que su jefe debía ser elegido por consenso de los ancianos, tal como era tradición en el desierto. Como la palabra árabe para tradición es sunna, fueron conocidos como musulmanes sunníes. Una minoría, sin embargo, pensó que el sucesor de Muhammad debía provenir de su propia familia, y eligieron a su yerno y primo, Alí. Eran los shiat alí, o Partidarios de Alí, conocidos hoy en día como shiíes. A causa de sus orígenes como disidentes, los shiíes consideran una obligación cuestionar a los que se hallan en el poder, y levantarse contra ellos si fuese necesario. Y como su origen viene de la derrota de Alí y sus hijos, la identificación más profunda de los shiíes es precisamente con el derrotado y el pobre. Jomeini aprovechó esas hondas convicciones cuando impulsó la revolución contra el sha en 1978.

Cuando Jomeini murió en junio de 1989, Irán abrió sus puertas a cualquier periodista que quisiera entrar. Después del histórico funeral, Hashemi Rafsanjani concedió una excepcional conferencia de prensa para periodistas extranjeros. Yo asistí, vistiendo un chador negro. Como estos acontecimientos eran siempre televisados en Irán, comprendí que los organizadores de la conferencia de prensa no me permitirían acercarme a un micrófono con un solo cabello a la vista.

Pero cuando finalmente conseguí plantear mi pregunta acerca de la forma de la estructura de poder posterior a Jomeini, Rafsanjani me miró, con una leve sonrisa jugueteando en su cara redonda como una luna llena.

—Tengo que preguntarle una cosa —dijo—. ¿Por qué lleva ese velo tan tupido cuando un simple pañuelo sería suficiente?

Las enormes y anticuadas cámaras de la televisión iraní se volvieron hacia mí. ¿Qué debía decir? ¿Que el chador era un camuflaje estupendo para colarme en sitios donde se suponía que yo no debía estar? ¿Que encontraba sus ondulantes pliegues menos insoportablemente calurosos que la alternativa del pañuelo-y-abrigo? ¿Que sólo un día antes la misma ropa había sido juzgada inadecuada por uno de los funcionarios del ministerio de Guía Islámica? (yo corría para subir a un helicóptero en el que iría a la tumba de Jomeini, y el viento del motor había levantado momentáneamente el chador hacia arriba, revelando mis pantalones y la blusa que llevaba debajo. «¡Cúbrase!», gritó el oficial, con la cara llena de repugnancia).

La pregunta de Rafsanjani no era ingenua. No bastaba con un simple pañuelo para escapar a los ochenta latigazos con los que en Irán se castigaba a las mujeres, incluso extranjeras, que burlaban el código islámico de vestimenta. Junto

con el cabello, toda la piel, excepto la cara y manos, y las curvas del cuerpo debían permanecer ocultas. Por un segundo, me pregunté si debía hacer como la periodista italiana Oriana Fallad, en una entrevista a Jomeini, y quitarme de golpe la vestimenta que ella había calificado como «asqueroso trapo medieval».

—Lo llevo —dije— como prueba de mutuo respeto.

Rafsanjani pareció desconcertado. Las otras dos mujeres occidentales de la conferencia de prensa pusieron los ojos en blanco. Después, deseé haber expresado más claramente lo que quería decir: que si yo estaba preparada para respetar los requerimientos de la sociedad iraní, Irán también debía estar preparado para respetar los míos. Pero para la mayoría de los iraníes, millones, que veían la televisión desde sus casas, buscando una pista de cómo serían sus vidas después de Jomeini, lo que yo había dicho no importaba. Lo que importaba era que Rafsanjani les había enviado un mensaje de moderación. En el bazar, el riyal subió frente al dólar cuando se empezó a comentar que Rafsanjani había dicho a una mujer periodista que se podía quitar el chador. Para los comerciantes, cualquier señal de liberalismo significaba buenas noticias en lo que se refiere a los negocios.

Para una o dos personas, lo que yo había dicho «sí» importaba. Esa noche, una miembro de la pequeña comunidad cristiana iraní me llamó a mi hotel, riñéndome por perder una oportunidad así de hablar en contra del hijab en nombre de todas las mujeres que odiaban verse obligadas a llevarlo. Pocos días después, la hija de Jomeini, Zahra, me invitó a una conferencia patrocinada por la Sociedad de Mujeres de la República Islámica de Irán titulada «Aspectos de la personalidad de Su Alteza el Imam Jomeini». Estudié el título con perplejidad. Los únicos aspectos de la personalidad de Su Alteza el Imam Jomeini que conocía eran sus tendencias a condenar novelistas a muerte, a enviar a los muchachos a la guerra como dragaminas humanos y a permitir que las niñas se casaran a la edad de nueve años.

El escenario de la conferencia fue el Hotel Revolución de Teherán. Un prerrevolucionario ascensor de paredes de cristal, diseñado para ofrecer una vista de la piscina, había sido forrado de papel mientras durase la conferencia, para que las mujeres religiosas no se sintieran ofendidas por la visión de los relucientes torsos masculinos. Desde la revolución, sólo se permitía nadar en público a los hombres.

Me costó sólo cinco minutos darme cuenta, tras el primer cóctel de la noche para romper el hielo (sólo zumos de frutas; nada de alcohol antiislámico), de que

yo era una extraña entre todo el «Quién es quién» de la revolución exportada de Irán. La delegación del Líbano incluía a las esposas de los hombres más renombrados como jefes de los tomadores de rehenes. Entre el contingente turco estaba una estudiante que se había hecho famosa tras ser expulsada de la escuela de arquitectura por insistir en vestir el pañuelo islámico en clase.

Había también militantes islámicas de Paquistán, Sudán, Guinea, Tanzania, la India y Suráfrica. Era un grupo con muchos enemigos, y el hotel estaba rodeado por un cordón de Guardias Revolucionarios armados. Nadie podía salir ni entrar sin autorización.

La norma del vestido en la fiesta era básicamente el negro, capas y capas de negro. Los chador eran sólo el último toque sobre los largos pantalones, calcetines, túnicas hasta la pantorilla y capuchas llamadas magnehs: un redondel de tela como una toca de monja que cae sobre la cabeza y espaldas, dejando sólo un agujero para la cara. Con todas esas figuras forradas de negro que se arremolinaban a mi alrededor, empecé a sentirme como encerrada por error en algún tipo de infernal convento.

Las conversaciones de la fiesta me dejaron un poco perdida.

—Por supuesto, a la gente de Hong Kong le han lavado el cerebro los colonialistas-sionistas, y no sienten ninguna pena por la muerte del imam —decía una diminuta mujer china llamada Jatima Ma, que se presentó como una compañera reportera que trabajaba para el Muslim Herald de Hong Kong—. Los enemigos del Islam, dirigidos por los americanos, quieren ver a la nación iraní sin líder. Todo el mundo espera disturbios aquí pero, gracias a Dios, no los tenemos. Aunque la prensa de Hong Kong está completamente controlada por los sionistas, no han sido capaces de inventar ninguna historia acerca de problemas en Irán.

Le pregunté a la estudiante turca de arquitectura, ahora velada excepto los ojos y la nariz, por qué en un país musulmán como Turquía se insistía tanto en el traje secular.

—Ya sabe usted, por supuesto, que hay dos clases de Islam: el Islam americano y el Islam de Muhammad, y en Turquía tenemos un Islam americano. En éste, la religión se separa de la política, porque así conviene a los intereses del poder. Nuestro gobierno teme mucho a la revolución islámica, porque quiere rebajarse y arrastrarse hacia el Occidente.

Me habían asignado una intérprete para la conferencia, una joven alta y pálida llamada Hamideh Marefat. La felicité por su excelente inglés y me dijo que lo había perfeccionado durante su estancia «en el nido».

—¿Cómo dice?

—En el nido. El nido de espías... La embajada americana —dijo. Hamideh era parte de la horda con velos negros que ocupó la embajada y mantuvo prisionero a su personal durante 444 días. Su trabajo era traducir el correo de los rehenes. Le pregunté si alguna vez había sentido simpatía por ellos. A veces, dijo, cuando leía las cartas que los escolares americanos enviaban para animar a los rehenes—. Pero yo sabía que eran espías que habían venido a arruinar este país. Me sentí muy decepcionada cuando los liberaron. Personalmente, pienso que debieron ejecutarlos.

Una estudiante surafricana de la Universidad de Cape Town asintió con vehemencia. Y entonces dijo, contenta:

—Por lo menos, seguro que ejecutaremos a Rushdie.

Había ayudado a fundar una mezquita en Cape Town dedicada a enseñar «la línea del Imam». Pero recientemente habían sufrido un contratiempo cuando dos de los talentos dirigentes de la mezquita fueron sometidos a juicio por traición. La surafricana miraba incómoda a su hermana islámica de Guinea. Esa alta y estatuaria mujer habría sobresalido en cualquier multitud, pero en ésta resaltaba particularmente. En lugar de un color negro informe, vestía una pieza de tela lila envuelta apretadamente en torno a sus sinuosas curvas. El final de la tela colgaba suelto sobre su cabeza, dejando al descubierto la mayor parte de un suave hombro cobrizo desnudo. Sus pies descalzos asomaban por debajo del borde de su precioso vestido. Durante los siguientes días vi a unas y otras de las hermanas islámicas que se ponían de puntillas, tratando de tapar con la tela ese hombro o de envolver el final más apretado en torno a su pelo. Las guineanas y las iranés tienen claramente un concepto diferente de hijab.

La palabra hijab significa literalmente «cortina», y se usa en el Corán como una instrucción para el día en que los creyentes deban relacionarse con las mujeres del profeta: «Cuando pidáis un objeto a sus mujeres, pedídselo desde detrás de una cortina. Esto es más puro para vuestros corazones y para sus corazones.» La revelación del hijab vino a Muhammad una de sus noches de boda, justo cuando iba a acostarse con Zeinab, la más controvertida de sus esposas.

Los eruditos islámicos generalmente están de acuerdo en que el matrimonio de Zeinab causó el más serio de los escándalos que rodearon al número creciente de esposas del profeta. Visitando la casa de su hijo adoptivo, Muhammad había visto de refilón a la mujer del joven, a medio vestir. La mujer era hermosa, y Muhammad rápidamente se volvió, murmurando una plegaria contra la tentación. Creyendo que Muhammad deseaba a su esposa, el joven se divorció de ella. El consiguiente matrimonio de Muhammad con Zeinab provocó conmoción en la comunidad, ya que violaba todas las leyes del incesto ya establecidas en el Corán. El alboroto cesó sólo cuando Muhammad tuvo una nueva revelación proclamando que las adopciones no eran válidas, y por lo tanto excluyéndose a sí mismo de la norma que prohibía a un padre casarse con la mujer de su hijo.

La revelación del hijab puso a las esposas del profeta, incluyendo a Zeinab, en una reclusión que las situaba a salvo del escándalo. Las instrucciones del Corán para las mujeres fuera del hogar del profeta no eran tan severas: «Di a las mujeres creyentes que bajen la mirada y sean modestas, y que enseñen de sus adornos solamente lo que se debe, y que cubran sus pechos con velos.»

En El Cairo, cuando Sahar empezó a vestir el hijab, yo desempolvé esta cita y le argumenté que no había ninguna referencia a cubrirse el cabello. Lo que me parecía que se pedía allí a las mujeres era que se sometieran a las normas conservadoras de vestir de la época (en nuestros días, por ejemplo, evitar las blusas transparentes y las minifaldas demasiado cortas). Pero Sahar me replicó que era necesario ir más allá del Corán para guiarse en estas materias. Dijo que la sunna, el «sendero hollado» de Muhammad (esas cosas que él había dicho, hecho o permitido que se hicieran en su presencia) dejaba claro que «lo que se debe» significa la cara y las manos de la mujer. El resto de sus «adornos» (incluyendo tobillos, muñecas, cuello) deben esconderse de todos los hombres excepto de su marido y de una cuidadosamente especificada lista de parientes con los cuales el Corán prohíbe el matrimonio. Esto es: el padre, hermanos, suegro, sobrinos, hijos e hijastros. También se podía permanecer sin velo, el Corán lo dice, ante niños prepúberes y «auxiliares masculinos sin vigor», que en la época de Muhammad significaba probablemente eunucos o esclavos.

Pero la interpretación de Sahar no era universal. Algunas mujeres musulmanas creían, como yo, que la religión sólo les requería vestir dentro de los límites contemporáneos de la modestia. Otras insistían en ir más allá de la cabeza cubierta y se enguantaban las manos y se velaban las caras, arguyendo que la corrupción del mundo moderno hace necesarias medidas más extremas ahora que en los días del profeta.

En el aeropuerto de El Cairo, la gran encrucijada del mundo islámico, era posible ver casi todas las interpretaciones del vestido islámico.

Las mujeres de Paquistán, de camino a sus trabajos en el Golfo, flotaban en sus deliciosamente cómodas salivar kameez (túnicas de seda sueltas, sobre ondulantes pantalones y largos chales de tela a juego, envueltos flojamente en torno a la cabeza). Las saudíes caminaban cuidadosamente detrás de sus maridos, escudriñando desde detrás de velos de gasa y mantos negros de 360 grados que las hacían parecer, como escribió una vez Guy de Maupassant, «como si la muerte saliera a pasear».

Las mujeres afganas también llevaban capas de 360 grados llamadas chadris, mantos ondulantes de colores con un rectángulo de celosía bordada ante los ojos. Las mujeres de Dubai llevaban rígidas máscaras negras y doradas en forma de pájaro que cubrían la nariz pero dejaban sus luminosos ojos color miel al descubierto. Algunas palestinas y egipcias llevaban abrigos de colores apagados, largos hasta el suelo, abotonados, y blancos pañuelos a la cabeza; otras llevaban brillantes faldas hasta la pantorrilla con pañuelos a juego sujetos por diademas sembradas de perlas.

La más extraña interpretación del vestido islámico que encontré fue en la árida extensión del Sahara argelino, donde las tribus nómadas conocidas como tuaregs mantienen la tradición de que son los hombres los que deben cubrir su cara con un velo después de la pubertad, mientras que las mujeres van a cara descubierta. En cuanto son lo bastante mayores para afeitarse y guardar el ayuno del Ramadán, los hombres deben cubrirse todo, excepto los ojos, con un velo hecho con metros y metros de tela color índigo.

—Nosotros, los guerreros, nos cubrimos la cara para que el enemigo nunca sepa qué estamos pensando, si en la paz o en la guerra, pero las mujeres no tienen nada que ocultar.

De este modo me explicó un tuareg la costumbre.

Los tuaregs son musulmanes, pero su interpretación de la fe da a las mujeres una considerable libertad sexual antes del matrimonio, y permite amistades platónicas muy íntimas con los hombres antes de casarse. Un proverbio tuareg dice: «Los hombres y las mujeres entre sí son para los ojos, y para el corazón, y no sólo para la cama». Otros musulmanes encuentran las costumbres de los tuaregs cercanas a la herejía. De hecho, la palabra «tuareg» viene del árabe «el

abandonado por Dios».

Allí donde las mujeres lleven velo, hay dinero que ganar para la moda islámica. En El Cairo está el Centro de Compras Salam para Mujeres Veladas, un gran almacén de tres pisos que vende solamente ropa islámica correcta. La mayor parte de la tienda está dedicada a lo que la dirección considera como «hijab de aprendizaje» (largas faldas y pañuelos coordinados, chaquetas largas salpicadas de diamantes de imitación e hinchadas con hombreras exageradas) que cubren los mínimos islámicos. En teoría, explicaba un vendedor, las dientas que empiezan llevando este tipo de ropas se van aligerando paulatinamente y acostumbrando a colores menos atractivos y vestidos más largos e informes, para acabar completamente envueltas en los negros mantos, guantes y velos. Pero estas ropas sencillas, que cuestan alrededor de diez dólares, eran difíciles de encontrar entre las hileras de hijab «modernos» más productivos, como, por ejemplo, vestidos de noche islámicos correctos cuyo coste podía ser de tres o cuatro veces el salario mensual de un empleado.

En Beirut, en la base de la Gran Mezquita, el Hezbollah estableció una fábrica de moda islámica para sacar provecho de la creciente demanda de hijab.

—Mi Islam no es un montón de guerreros. Es una revolución de cultura, de ideas —decía con entusiasmo la jefa de la fábrica, una rotunda mujer que se presentaba como Hajjia Zahra. Hojeando un catálogo alemán de costura, me enseñó cómo las últimas tendencias en bolsillos, cremalleras y mangas se podían aplicar a los largos vestidos que ocultan la silueta, que la fábrica producía a cientos. Alrededor de nosotras, los rollos de tela se amontonaban hasta el techo. Ella explicaba que las telas de colores vivos, rojas y amarillas, se iban a usar para la reciente línea de venta de ropa de niños del Hezbollah. Los colores apagados, pardos, grises y verdes musgosos eran para la ropa femenina.

—Son colores tranquilos —decía ella—. Parte de la filosofía de los vestidos islámicos es que, con ellos, la mujer proyecte un aura de calma y tranquilidad.

El hijab era el signo más obvio del resurgimiento islámico que había arrastrado a Sahar y a otras muchas jóvenes. Todo empezó en 1967, después de la catastrófica derrota de Egipto por Israel en la Guerra de los Seis Días. Para explicar la humillación, los filósofos musulmanes señalaron el secularismo del gobierno de Gamal Abdel Nasser, y urgieron a los egipcios a volver a las leyes islámicas que habían abandonado. Lentamente, el número de mujeres con velo empezó a aumentar. Pero la oleada real llegó con la revolución teocrática de Irán, cuando

llevar hijab se convirtió en un acto tanto político como religioso. En 1935, el padre del sha prescribió el chador. El Sha Reza quería que su país pareciera moderno y pensaba que los viejos mantos negros no lo eran. Pero las mujeres devotas, especialmente las más ancianas, no pudieron adaptarse rápidamente a un cambio tan brusco. En sus memorias, Hija de Persia, Sattareh Farman Farmaian escribe acerca de la desolación de su madre: «Cuando mi madre supo que iba a perder en la madurez el recato del velo, se puso fuera de sí. Ella y todas las personas más tradicionales veían la ley de Reza como la cosa más terrible que hubiera podido hacer nunca... peor que atacar los derechos del clero; peor incluso que sus confiscaciones y asesinatos». Temiendo el disgusto del sha, su esposo le ordenó ir sin velo en público. «Al día siguiente, llorando de ira y humillación, ella se encerró en su dormitorio... Mientras lloraba, luchaba inútilmente para esconder su hermosa mata de pelo negro largo hasta la cintura bajo la inadecuada protección de un sombrero francés».

Para otras, el así llamado «edicto liberador» supuso una forma de aprisionamiento. Los hombres que empezaban a permitir a sus hijas asistir al colegio revocaron su permiso cuando eso supuso que las chicas tenían que ir a clase descubiertas. Las mujeres que desobedecieran la orden del sha y se aventurasen a ir con velo por las calles se arriesgaban a que los soldados les arrancasen los mantos y los cortasen con unas tijeras. Las mujeres con chador no podían usar los transportes públicos y se les prohibía la entrada a muchas tiendas. Antes que arriesgarse a semejante humillación, muchas mujeres simplemente se quedaban en casa. Jadiya, la mujer de Jomeini, por ejemplo, no salía de su casa en absoluto. Ese confinamiento fue una penosa privación en una época en que la mayoría de los hogares no tenían baño y las mujeres se reunían para bañarse y relacionarse socialmente durante las horas femeninas en los baños públicos o hamams. El edicto fue obligatorio desde 1935 hasta 1941, cuando se mitigó un tanto la coacción draconiana, aunque se continuó estimulando, a las mujeres que querían llevar el velo se las ridiculizaba como atrasadas.

Cuando la presión revolucionaria creció a fines de los años setenta, llevar chador se convirtió en un símbolo de protesta contra el sha y sus partidarios occidentales. Algunos religiosos lo defendían por razones predecibles. Si todas las mujeres lo llevasen, razonaba el clérigo iraní Ibrahim Amini, las esposas «podrían estar seguras de que sus esposos, cuando no estuvieran en casa, no encontrarían a una mujer lasciva que pudiera atraer su atención». En Gran Bretaña, el estudioso musulmán Shabbir Ahtar dio una alternativa racional. El propósito del velo, escribió, «es crear una cultura verdaderamente erótica en la que no sea necesaria la excitación artificial que proporciona la pornografía». En ambos casos, se supone

que las mujeres deben sacrificar su comodidad y su libertad al servicio de los requerimientos de la sexualidad masculina: para reprimir o para estimular el apetito sexual masculino.

Ninguno de estos argumentos pesaba demasiado para las jóvenes intelectuales como mi intérprete iraní, Hamideh Marefat. Para ella, llevar el chador fue, ante todo, un acto político. Criada en un hogar de clase media, nunca había pensado en llevar velo hasta que empezó a asistir a lecturas clandestinas de un carismático joven intelectual llamado Ali Shariati. Shariati, nacido en Irán y educado en la Sorbona, unió su conocimiento del marxismo a su propio Islam shíí iraní, con sus raíces en rebelión contra el status quo después de la muerte de Muhammad, y elaboró una doctrina revolucionaria pensada para levantar a las masas y desafiar a los tiranos. La ropa occidental, decía, es una forma de imperialismo que convierte la belleza de la mujer en un producto del capitalismo para ser comprado o vendido, al mismo tiempo que hace a las mujeres del Tercer Mundo consumidoras dependientes de moda que caduca velozmente. La mujer musulmana, apremiada, debía afirmar su libertad adoptando el vestido islámico.

Para las mujeres jóvenes como Hamideh Marefat, el chador servía al mismo propósito que los monos de dril que llevaba la feminista militante americana Andrea Dworkin. Para Hamideh, el chador simbolizaba liberación. Se lo puso un año antes de la revolución iraní de 1978, y cuando ocupó la embajada de Estados Unidos, lo llevó como una bandera.

Pero cuando la conocí, diez años después, la emoción revolucionaria había empezado a declinar. Cada vez que nos alejábamos de la vista de los hombres, apartaba la ropa negra con alivio.

—Me gustaría no habérmelo puesto nunca —me confió un día—. Al principio era importante para probar nuestras ideas revolucionarias. Pero ahora ya no tenemos que probarlas. Se puede ser revolucionaria con sólo un pañuelo y un abrigo.

Cuando fui a visitarla a su casa, Hamideh parecía una adolescente con falda plisada, blusa de seda y discretas joyas de oro. Pero cuando salía, vestía el uniforme completo del Islam revolucionario. Para mí era más fácil tratar con Hamideh cuando llevaba el chador. Las cosas que decía a veces parecían menos desconcertantes proviniendo de esa anónima oscuridad. En el salón de su familia, decorado con buen gusto, mientras hablaba de temas neutros como poesía persa o la dificultad de encontrar hombres libres, era fácil empezar a verla como cualquier

chica de mi edad, con la que tenía muchas cosas en común.

Y entonces ella se pasaba la mano por el corto cabello castaño y expresaba una opinión devastadora en su extremismo.

—Israel debe ser arrasado —decía, tomando su taza de té y bebiendo un pequeño sorbo—. Estoy preparándome para tomar parte en la guerra para su destrucción.

Mientras los musulmanes sunníes aceptan una relación directa entre los creyentes y Dios, los shiíes creen en la mediación de un clero altamente cualificado. Normalmente, cada shií elige un pensador religioso de alto rango y sigue todas las normas religiosas ofatwa que provienen de esa persona. Hamideh había elegido a Jomeini, lo cual significaba que ordenaba cada detalle de su vida de acuerdo con las opiniones establecidas en sus dieciocho volúmenes de interpretación religiosa.

—Algunos ayatollah dicen que las mujeres deben llevar guantes —explicaba ella—, pero el imam Jomeini dice que la mano puede permanecer descubierta.

Otros ayatollah consideraban incitante la voz de la mujer y prohibían a las mujeres hablar en reuniones mixtas a menos que se pusieran una piedra en la boca o distorsionaran el sonido. Jomeini, citando los encuentros del profeta con grupos mixtos de hombres y mujeres, no tenía problemas con la voz femenina.

Le pregunté a Hamideh si Jomeini podría estar equivocado en alguna norma religiosa.

—Por supuesto —dijo ella—. Nosotros no creemos que ningún ser humano sea infalible. Pero si yo sigo su fatwa y está equivocada (si dice que mate a alguien, y ese alguien es inocente), la persona que yo mate irá al paraíso, y el pecado del asesinato recaerá en la persona que emitió la fatwa, no en mí.

Ahora que Jomeini había muerto, Hamideh sentía que no podía abandonar el chador. Si dejaba de llevarlo de pronto después de su muerte, podía parecer como si su compromiso con su línea hubiera desfallecido. Los artículos en la prensa recordaban constantemente a las mujeres que el chador era «una trinchera contra los valores occidentales». Y los hombres en posiciones de poder lo creían así. Una amiga fue a una entrevista para un trabajo en el gobierno cubriendo su cabello y sus curvas con un pañuelo y un abrigo impecablemente islámicos. «Va usted desnuda», refunfuñó el entrevistador, y no la contrató.

Al principio, yo había asumido ingenuamente que al menos el hijab liberaba a las mujeres de la tiranía de la industria de la moda. Pero en la Conferencia de Mujeres Iraníes, encerrada día y noche en un hotel lleno de radicales musulmanas, pronto supe que me había equivocado.

Le había pedido a Hamideh que me preparara una entrevista con las mujeres del Hezbollah de Líbano. Las plazas fuertes del grupo eran el valle de la Bekaa y los suburbios del sur de Beirut, áreas prohibidas para los periodistas europeos desde el secuestro del jefe de la oficina de Associated Press, Terry Anderson. Quería preguntar por Anderson, que pasaba los días encadenado a un radiador en un sótano sin luz de Beirut. Conocer a las mujeres que decían estar casadas con sus raptos me parecía la mejor oportunidad que jamás hubiera tenido para obtener información que poder dar a la desesperada familia. Al final no pude averiguar nada de su difícil situación, pero conocer a esas mujeres fue de todos modos instructivo. Me invitaron a reunirme con ellas esa tarde para tomar el té en su suite, a condición de que prometiera no nombrarlas en ninguno de los artículos que escribiera.

Cuando llamé y se abrió la puerta, pensé que me había equivocado de habitación. La mujer que tenía enfrente lucía una mata de pelo rubio que ondeaba hasta la cintura. Llevaba una negligée de seda con un pronunciado escote. En la cama que estaba a sus espaldas, otra mujer yacía lánguidamente con un traje de noche de satén escarlata ajustado en el pecho y con aberturas laterales. A través de los sutiles tejidos, se veía con claridad que sus cuerpos estaban completamente depilados, como muñecas Barbie. Era, según me explicaron, sunnat, o islámicamente recomendado para las mujeres casadas, depilarse todo el cuerpo cada veinte días. El depilatorio tradicional consistía en una pasta de azúcar y limón que arrancaba el pelo de raíz. Los hombres musulmanes, dijeron ellas, también debían depilarse el cuerpo. Para los hombres, el tiempo recomendado entre cada depilación es de cuarenta días.

Me costó algunos minutos reconocer en la rubia teñida a la misma mujer que había sollozado el emotivo panegírico en casa de Jomeini. Cuando mencioné mi sorpresa por su aspecto, ella rió.

—Así es como vamos por casa —dijo, adoptando una pose seductora—. El Islam nos empuja a mostrarnos hermosas para nuestros maridos.

De pronto comprendí por qué Jadiya, la viuda de Jomeini, se había teñido el cabello de color zanahoria con henna, y por qué le había crecido un centímetro de

pelo gris desde que dejó de hacerlo, a la muerte de su marido.

Su hija Zahra, en cambio, no era del tipo de mujer que lleva rizos pelirrojos, o negligees de escote vertiginoso. Bajo su chador llevaba dignos jerseys con chaquetas a juego y faldas de tweed, ropas serias para una mujer erudita que enseñaba filosofía en la Universidad de Teherán.

Me costó tres años y muchas reuniones que ella se relajara lo suficiente como para permitirme verla sin su chador. Incluso en una habitación llena de mujeres, raramente dejaba caer el chador desde su puño cerrado que lo mantenía sujeto sobre las cejas y cubriendo los labios. Esto llevaba a ilustraciones confusas en las publicaciones de la Sociedad de Mujeres. La Sociedad quería promover a sus mujeres importantes (miembros del Parlamento, artistas y autoras). Pero en las fotografías todas venían a parecer exactamente lo mismo: un pequeño triángulo blanco con el vértice hacia abajo, dentro de un gran triángulo negro con el vértice hacia arriba.

Una vez, durante la conferencia de Teherán, Zahra dejó resbalar momentáneamente su chador, revelando parte de los labios y el mentón.

Un flash relampagueó. Consternación. ¿Podía por favor entregarles el rollo la que hubiera tomado la foto? La Sociedad de Mujeres lo revelaría, quitaría la fotografía ofensiva y devolvería el resto de las fotos del rollo, junto con una foto adecuada de la señora Mostafavi.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia mí. Como periodista, yo era la principal sospechosa. Agitando el chador para demostrar que no tenía nada en la manga, expliqué que no guardaba ninguna cámara. Una avergonzada Jatima Ma confesó ser la criminal. Cuando les dio el rollo, parecía un poco cabizbaja por la exclusiva perdida del Hong Kong Muslim Herald.

Zahra Mostafavi era una mujer corpulenta, pálida y mofletuda, con el mismo perfil orgulloso y expresión intensa que su padre. Unas austeras gafas de montura metálica cabalgaban sobre su nariz y en su mano relampagueaba un elaborado anillo de oro con diamantes incrustados.

Como jefa de la Sociedad de Mujeres, era la más activa políticamente de las tres hijas vivas de Jomeini. Sedigheh, viuda, vivía tranquilamente con sus siete hijos. Farideh, erudita teóloga, estaba casada con un comerciante de alfombras en Qum.

La posición de Zahra como profesora de filosofía era casi una proeza para una mujer que nunca había ido a la escuela. Como muchos religiosos iraníes antes de la revolución, Jomeini rehusó llevar a ninguna de sus hijas a lo que él pensaba que era el sistema educativo corrupto del Estado.

Zahra fue educada en casa por hombres religiosos seleccionados cuidadosamente. Cada día, a petición de ella, su padre la instruía durante media hora. Zahra se sentía atraída por la metafísica y por filósofos occidentales como Bertrand Russell y Emmanuel Kant.

Jomeini, decía ella, era un padre fácil de tratar la mayor parte del tiempo, pero inflexible en los aspectos islámicos.

—Si yo quería jugar en una casa, y él sabía que allí había un chico, decía: «No vayas, juega en casa» —recordaba—. No podías decir: venga, papá, déjame ir, porque lo que él decía estaba basado en el Islam, no en su propia opinión.

Una vez acabados sus estudios, Jomeini empezó a buscarle potenciales maridos. Zahra rechazó a tres pretendientes que él le había sugerido antes de aceptar al cuarto.

—Mi padre venía y me decía: «He elegido a uno que creo que no es malo, tiene tal y cual característica, pero tú debes decidir».

Todos eran hombres que había conocido a través de la familia.

—No era como si fuesen extraños. Sabía cómo eran todos ellos, y esperé hasta que llegó el que pensé que me convenía.

Eligió a un académico, que ahora dirige un instituto educativo. Como mujer casada, Zahra se quedó cuando el sha envió a su padre al exilio.

Pero le visitaba cada año, volviendo con folletos y cintas revolucionarios escondidos entre sus ropas. De vuelta a Teherán, salía por la noche para distribuirlos.

—Llevaba a mi hijo y le hacía trepar a los árboles y echar las octavillas por encima de las vallas de las casas —recordaba.

Su propia hija, crecida después de la revolución islámica, no se enfrentó a las restricciones que habían mantenido a Zahra casi siempre en casa. Una vez que

los revolucionarios ganaron el control y purgaron instituciones como escuelas, universidades, bancos y empresas, Jomeini no tuvo objeción en la participación de las mujeres (correctamente veladas) en política y economía. Por lo tanto su nieta fue a la escuela de derecho, se casó con un cirujano del corazón y acabó viviendo en Londres mientras su marido completaba su educación.

En el verano de 1993, cuando Jadiya necesitó cuidados médicos especializados, Zahra no dudó en llevarla a Londres. Yo me había trasladado de El Cairo a Londres por entonces, y me sorprendió recibir una llamada invitándome a almorzar con ella en el consulado iraní. Era la semana del cuarto aniversario de la sentencia de muerte de su padre a Salman Rushdie, y para mostrar el disgusto británico, el secretario de Exteriores se había reunido con el escritor. Los iraníes, ofendidos, habían establecido de inmediato la tasa del visado para todos los viajeros ingleses a Irán en nada menos que 504 libras.

Pero Zahra desechó todo esto con un gesto de su rolliza muñeca. Nunca había sido una persona con la que conversar fácilmente: cada conversación que tenía con ella empezaba con las palabras «Bismillah al rahman al rahim... (En el nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso...)» que son siempre una disuasión para la charla trivial. Al mismo tiempo, la combinación de su educación en la casa de un predicador y su trabajo como profesora de la universidad le habían dejado una cierta tendencia al monólogo. Una vez que empezaba, era difícil intercalar una pregunta, y mucho menos mantener algo que se pareciera a una conversación.

Pero durante aquel almuerzo en Londres parecía mucho más relajada.

Animándome a que tomara más arroz, más pollo, más ke-bab, y llenando su propio plato con generosas porciones, me habló alegremente de los placeres de Londres: los árboles, las anchas avenidas, la gente educada. Yo sabía que Jomeini, cuando fue al exilio en Francia, bajó los ojos en el camino desde el aeropuerto a su residencia, para no contaminarse con el entorno occidental. En su casa de las afueras de París hizo quitar el inodoro de pedestal e instalar una versión a ras de suelo, al estilo oriental, más humilde. Zahra sonrió cuando le pregunté si la atmósfera no islámica de Londres la molestaba.

—No tengo problemas aquí —dijo. El único incidente desagradable había ocurrido cuando un exilado iraní que la había reconocido en la calle gritó un injurioso comentario sobre su padre—. Por supuesto, no me gusta que insulten a mi padre, pero él siempre estaba dispuesto a perdonar a cualquiera que le atacase

personalmente. Lo que no podía perdonar eran los ataques al Islam.

Llevando chador, Zahra destacaba mucho en las calles de Londres.

Muchas mujeres iraníes devotas no llevaban su chador en Occidente por esa misma razón. Uno de los objetivos principales del hijab es hacer a la mujer «menos» atractiva a los ojos de los hombres. En Londres, un chador atraía muchas más miradas de las que hubiera atraído un pañuelo y un abrigo.

Pero para Tsdhxa, el chador era como una segunda piel de la que no se podía desprender.

Una de las razones por las que me había invitado al consulado era para alardear de las mujeres diplomáticas que trabajaban allí. Una manejaba leyes internacionales, otra estudiaba la situación de las mujeres en Gran Bretaña. Su presencia era un triunfo para la Sociedad de Mujeres, que había presionado para tener mujeres asignadas en el extranjero.

Esas mujeres formaban un grupo completamente diferente de la minoría moderna, de clase media y media alta, que había prosperado bajo las liberalizaciones del sha, muchas de las cuales habían sido aniquiladas por la revolución. Una de ellas, Es-fand Farrokhrou Parsa, la primera mujer que formó parte de un gabinete iraní, había sido metida en un saco y ametrallada por los crímenes de «corrupción de la tierra, expansión de la prostitución y guerra contra Dios». Su pecado fue decir a las colegialas que no llevaran velo y revisar los libros de texto para presentar una visión más moderna de las mujeres.

Cientos de mujeres habían sido encarceladas por negarse a seguir los dictados de la revolución; miles huyeron al exilio.

Pero otras, de familias pobres, rurales y conservadoras, salieron por primera vez de detrás de las altas vallas del andarun (las habitaciones reservadas a las mujeres de los hogares tradicionales, donde la inmensa mayoría de las iraníes pasaban toda su vida). Jomeini animó a esas mujeres a que salieran a la calle, donde nunca se las había recibido bien, para manifestarse por la revolución. Incluso dijo que no necesitaban permiso de sus guardianes masculinos para salir de casa con ese propósito. Sus opiniones en este tema no eran, según dijo, unas opiniones «propias», sino las leyes literales del Islam. Si la sunna de Muhammad era que las mujeres podían casarse a los nueve años, entonces, por supuesto, podrían casarse a los nueve años. Si decía que no podían ser jueces, estarían

desterradas de los tribunales. Pero si decía que podían hacer otras cosas (tener negocios, como fue el caso de la primera mujer del profeta Muhammad), por supuesto, a las mujeres iraníes se les permitiría hacer lo mismo.

De pronto, como había hablado el imam, los padres, maridos y hermanos conservadores tuvieron que escuchar. Para las mujeres que habían pasado toda su vida reclusas, llevar la cabeza cubierta era un pequeño precio que debían pagar a cambio de las nuevas libertades.

Pero todavía me intrigaba que, mientras la presión pública y las leyes estatales podían aplicarse para obligar a las mujeres a llevar el hijab, nadie pareciera prestar demasiada atención al código de vestido islámico para los hombres. El Corán requiere la modestia tanto a los hombres como a las mujeres. La sunna de Muhammad era clara y nada ambigua en esta materia: al igual que las mujeres deben cubrir todo su cuerpo excepto manos y cara, los hombres están obligados a cubrirse la zona del cuerpo que va desde el ombligo a la rodilla. La ropa debe ser tupida y lo bastante suelta como para disimular el bulto de los genitales masculinos.

Pero a lo largo de todo el mundo islámico los hombres infringen ese código. La moda entre los jóvenes del Golfo son los vaqueros estrechos por la entrepierna. Los jugadores de fútbol (héroes nacionales) compiten en pantalón corto. En los combates de lucha televisados, de gran audiencia, aparecen hombres sudorosos con suspensorios. En el mar Caspio, donde las mujeres iraníes deben nadar con el chador puesto, nadie insiste en que los hombres lleven trajes de baño que les cubran el ombligo.

La hipocresía es especialmente evidente en los partidos de fútbol iraníes, adonde las mujeres vestidas con chador no pueden llevar a sus hijos porque los jugadores no van vestidos de acuerdo con el Islam.

Mientras tanto, los mismos partidos se transmiten por la noche en la televisión estatal, que se llama a sí misma la Voz y la Visión de la República Islámica. Cuando preguntaba a los iraníes acerca de este tema, simplemente se reían o se encogían de hombros.

—Se supone que las mujeres salen de la habitación cuando sus maridos quieren ver el fútbol —me dijo una amiga—. Incluso este gobierno sabe que hay un límite. Puedes pedirle a un país que haga algunos sacrificios, pero esperar que los hombres dejen de ver el fútbol podría ser llevar las cosas demasiado lejos.

La respuesta, por supuesto, va mucho más allá. En las sociedades musulmanas, los cuerpos de los hombres no representan el mismo tipo de amenaza a la estabilidad social que los de las mujeres. Adentrarse en la verdad acerca del hijab es un poco como llevarlo: hay un montón de capas superpuestas que se van quitando, una pieza cada vez. Al final, bajo todos los dispositivos de ocultación (el chador, jalabiya o abaya, el mag-neh, roosarie o shayla), está el cuerpo. Y bajo toda la charla a propósito de que el hijab libera a las mujeres del comercio o la explotación sexual, toda la discusión del potencial del hijab como símbolo político y revolucionario de individualidad, está el cuerpo: el peligroso cuerpo femenino que en la sociedad musulmana, por la razón que sea, soporta la pesada carga del honor masculino.

Antes de ellos no las habrá tocado ni hombre ni demonio

«A la adúltera y al adúltero, a cada uno de ellos, dadle cien azotes. En el cumplimiento de este precepto de la religión de Dios, si creéis en Dios y en el último día, no os entre compasión de ellos.»

El Corán Azora XXIV: «La luz»

El quirófano era una caverna de paredes encaladas, excavada en la ladera de una colina africana. La carne de la paciente, iluminada por aquella luz blanquecina, parecía un montón de masilla. Con las manos hundidas hasta las muñecas en una incisión abdominal, la cirujana asía el resbaladizo y reluciente útero de la mujer como si fuera un enemigo.

La paciente, de cuarenta años, era una mujer vieja para el cómputo implacable de aquella provincia etíope. Era una superviviente de hambrunas, guerras y violencias cotidianas libradas contra las mujeres por las antiguas costumbres del país. A la edad de ocho años, la sujetaron y le extirparon el clítoris con un cuchillo sucio, y sellaron después la carne viva con pinchos de acacia de dos centímetros de largo. En su noche de bodas, su marido tuvo que usar un puñal para abrirse camino en sus genitales, convertidos en una dentada cicatriz. Ese dolor había sido el preludio de recurrentes agonías al dar a luz a cuatro hijos a través de un conducto de alumbramiento obturado por su propio tejido cicatricial. Allí, uno de cada cinco nacimientos termina con la muerte de la madre.

Ese riesgo, al menos, se acabaría pronto. Rodeando con sus dedos enguantados el útero enfermo de la mujer, la cirujana desgarró con inesperada fuerza los últimos jirones de tejido que lo sujetaban en su posición, y apoyó el pie contra la mesa de operaciones mientras tiraba con fuerza para dejar el órgano libre. El olor en la pequeña habitación de paredes de piedra era una acre mezcla de éter, desinfectante y carne recién cortada.

Manejando unas grapas de forma inadecuada para la cirujía pélvica y unas torcidas agujas de sutura, la doctora hacía una pausa de vez en cuando para

empapar la sangre de las torundas que envolvían el abdomen de la paciente.

—Hay escasez de gasas —explicó.

Abrehet Gebrekidan estaba acostumbrada a la escasez de casi todo, excepto de pacientes. En 1977 dejó su trabajo en el Centro Médico de Syracuse, en Nueva York, para unirse a un movimiento secesionista multitudinario que libraba la guerra más larga de África. Como obstetra y ginecóloga, sabía que sus conocimientos serían necesarios en los escondites montañosos en los que su pueblo, los eritreos, luchaban contra la anexión a Etiopía desde 1962 hasta que cayó el gobierno etíope en 1991.

Cuando la conocí, a fines de 1989, la doctora Abrehet trabajaba en un hospital cuyas «salas» (refugios de paja con los sueros gota a gota colgando de las ramas de los árboles) eran ambulantes y se desplazaban a lo largo de seis kilómetros, a través de un valle montañoso rodeado de paredes escarpadas. La mayoría de su trabajo no tenía nada que ver con la guerra. Básicamente, consistía en salvar a las mujeres de las peores consecuencias de la mutilación genital. En Eritrea se somete a las niñas a la clitoridectomía (ablación del clítoris) e infibulación (la extirpación de los labios y el sellado de la herida para dejar sólo una pequeña abertura para la orina y la menstruación).

Si las desnutridas niñas no se desangran hasta la muerte debido al procedimiento mismo, a menudo mueren como consecuencia de infecciones posteriores o anemia debilitante. En otras, el tejido de la cicatriz absorbe orina o fluido menstrual, causando infecciones pélvicas. Las mujeres con conductos de alumbramiento estrechados por las cicatrices sufren peligrosos y agónicos partos. Algunas veces, la cabeza del niño queda atrapada y lleva a una hemorragia fatal o rompe la vejiga, causando una filtración de orina que hace que las mujeres huelan a letrina y se envenenen los siguientes fetos.

Con un equipo anticuado, cada operación tarda mucho más de lo que debería. La histerectomía, una operación que cuesta una hora y media en el Centro Médico de Syracuse, se prolongó tediosamente hasta la noche. Desde la primera incisión hasta el final, la desmañada sutura costó a la doctora Abrehet casi cinco horas. Afuera, el siguiente caso, una niña de trece años, esperaba pacientemente la operación que le reconstruiría las paredes vaginales. La niña, una nómada musulmana, se había casado a los diez años. El rudo coito de su marido había sido demasiado para su cuerpo inmaduro, y le había desgarrado el tejido que separa la vagina del recto. La niña escapó de su marido y se unió a las guerrillas eritreas.

Ellos la llevaron por primera vez a la escuela, y también a la doctora Abrehet.

Por encima de su máscara verde quirúrgica, la sudorosa frente de la doctora Abrehet tenía una cruz burdamente tatuada. Eritrea, una cuña de tierra a lo largo de la costa de Etiopía del tamaño de Inglaterra, tiene tres millones y medio de habitantes divididos casi equitativamente entre los cristianos de las montañas y los musulmanes de las tierras bajas costeras. La doctora Abrehet atendía a pacientes de las dos comunidades. La práctica de la mutilación de los genitales femeninos en Eritrea precedía a la llegada de ambas religiones, y durante cientos de años ninguna fe la había cuestionado. El movimiento de guerrilla eritrea estaba entre las pocas organizaciones africanas que trataban de erradicarla. La campaña era parte del objetivo más amplio de promover los derechos de las mujeres, que incluía reformar la distribución de la tierra para dar a las mujeres una cuota y una presión para la representación política.

—No los podemos forzar, sólo podemos enseñarles —decía Amina Nurhussein, una de las seis mujeres elegidas para el cuerpo de planificación política eritreo de setenta y un miembros. La infibulación había empezado a declinar en las tierras altas, donde la población predominantemente cristiana veía la costumbre más como un legado cultural que como un mandato religioso. Pero en las tierras bajas musulmanas, el problema continuaba siendo extremadamente delicado. Como musulmana, la propia Amina entendía los obstáculos.

—A las mujeres les han dicho que está escrito en el Corán que deben hacer esas cosas —decía. Ella podía decirles que no era así, pero, como extranjera y como mujer, su palabra significaba muy poco frente a la palabra del jeque del pueblo.

Educar a las mujeres para que puedan leer el Corán por sí mismas es la clave de la paciente campaña eritrea contra la mutilación genital. Un año antes de conocerla, Aset Ibrahim le habría dicho a todo el mundo que le preguntase, que la clitoridectomía y la infibulación eran esenciales para la belleza y el bienestar de las mujeres.

—Mi madre, mi abuela y mi bisabuela me decían que estaba bien, que sin eso una mujer no podría controlarse a sí misma, y que acabaría convirtiéndose en una prostituta —decía Aset, una bella mujer de veintiocho años cuyos propios genitales habían sido mutilados cuando tenía siete años—. Incluso aprendí a creer que tenía un aspecto mucho más bello. Crecimos recitando el dicho: «Una casa no es hermosa sin una puerta».

Tal como resultó luego, la infibulación no la había salvado de la prostitución. A causa de su belleza, Aset había sido obligada a servir en el ejército de Etiopía, trabajando como empleada doméstica y en ocasiones como prostituta en los barracones de los soldados. Cuando la ciudad cayó en manos de los eritreos, los guerrilleros ofrecieron a Aset la oportunidad de aprender durante cuatro meses a asistir partos, nutrición, higiene, planificación familiar y obstetricia. Parte del curso trataba de los peligros de la mutilación genital, una información que Aset transmitía después a cada una de sus pacientes.

El trabajo de Aset no era fácil: tenía que decir a las mujeres que abandonasen viejas prácticas como colocar pesadas piedras sobre los cuerpos de las parturientas para acelerar el parto, o disparar rifles junto a sus oídos para «asustar» al niño y que saliera del útero.

Tradicionalmente, a las mujeres infibuladas se las vuelve a coser después de cada parto, un procedimiento dolorosísimo que prolonga la recuperación y aumenta los riesgos de infección.

—Ahora sé que eso no tiene sentido, y tal como yo estoy convencida espero convencer a otras. Pero es un trabajo difícil —decía Aset.

Algunas veces, las mujeres pedían ser cosidas de nuevo porque temían el rechazo de sus maridos. Otras simplemente no creían la afirmación de Aset de que se tratara de una práctica perjudicial. Si una mujer insistía, Aset volvía a infibularla, esperando por lo menos que los instrumentos estériles que usaba causarían menos daño que los de la partera tradicional, a los que la mujer recurriría seguramente si ella la rechazaba.

Debido a que algunos animistas y cristianos también practican la mutilación genital, muchos musulmanes toman a mal que se asocie más estrechamente con su propia fe. Pero una de cada cinco niñas musulmanas vive hoy en día en una comunidad que autoriza algún tipo de interferencia con sus genitales.

La difundida costumbre de la mutilación se originó al parecer en la Edad de Piedra en África central, y viajó luego hacia el norte, por el Nilo, hasta el antiguo Egipto. Durante la conquista de Egipto por los ejércitos musulmanes árabes en el siglo VIII, las prácticas se extendieron fuera de África de una forma sistemática, paralelamente a la expansión del Islam, alcanzando lugares tan lejanos como “Paquistán e Indonesia. Estas prácticas derivaron también hacia algunos lugares de la península arábiga: en el oasis de Buraimi, en los Emiratos Árabes Unidos, era

tradicional hasta hace unos pocos años extir-‘ par un fragmento de unos milímetros del clítoris de todas las niñas de seis años. Preguntadas por las razones de esta práctica, las mujeres de Buraimi no podían dar ninguna. Bien versadas en su religión, sabían que no se apoyaba ninguna práctica semejante en el Corán, y sabían también que muchas tribus vecinas no lo hacían. Pero sabían que lo que se esperaba de esta operación era salvaguardar la castidad de sus hijas, porque de esa castidad dependía el honor de los padres y hermanos de la niña.

Mientras algunos musulmanes rechazan la vinculación de la mutilación con su fe, pocas figuras religiosas hablan en contra de esta práctica, y numerosos textos islámicos todavía la apoyan. En Australia oí una vez a una educada y elocuente joven musulmana expresar gratitud por la extirpación de parte de su propio clítoris. «Me recuerda que mi matrimonio es para algo mucho más importante que el placer», dijo.

En Londres, en 1992, Donu Kogbara, una reportera investigadora del Sunday Times, no tuvo ningún problema para encontrar un doctor que accediera a extirparle el clítoris, aunque la operación estaba prohibida en Gran Bretaña desde el Acta de Prohibición de la Circuncisión Femenina en 1985. La reportera simplemente le dijo al doctor de Harley Street, Fa-rouk Siddique, que su novio insistía en que se hiciera la operación antes del matrimonio.

En muchos países musulmanes las mujeres son custodias del honor de sus parientes masculinos. Si una mujer comete adulterio o una hija tiene relaciones sexuales antes del matrimonio, o incluso si se sospecha que ha podido hacerlo, deshonra a su padre, sus hermanos y a veces a la familia entera que lleva su nombre. Disminuir o eliminar el placer sexual es disminuir la tentación; un recurso en caso de que los preceptos religiosos sobre el velo y la reclusión fallen de algún modo en su cometido.

Y sin embargo, la disminución del placer sexual de las mujeres contradice directamente las enseñanzas de Muhammad.

Para los musulmanes, cada palabra del Corán es sacrosanta. «No hay dudas en este libro», dice el Corán, y cada uno de los musulmanes cree que sus 6.000 versículos constituyen la instrucción directa de Dios.

Pero de hecho hay debates acerca de la segunda fuente islámica de instrucciones religiosas: el extenso cuerpo de hadith (ha-dices) o tradiciones anecdóticas sobre la vida y dichos del profeta, compiladas por los primeros

musulmanes en un formidable esfuerzo de investigación en los dos siglos posteriores a la muerte de Muhammad. Ya que los musulmanes creen que el ideal es la emulación de Muhammad, cada detalle de sus hábitos, no importa lo aparentemente trivial que sea, ha sido preservado a partir de los relatos de los que le sobrevivieron. El resultado es una colección de anécdotas, cada una con una genealogía que documenta la fuente de la historia y exactamente cómo y a través de quién se recogió. Cada tradición establece diferentes categorías para los hadith: «verdadero», «bueno» o «débil». De ese modo los eruditos musulmanes pueden tener sus propios criterios sobre si la cadena de transmisión es o no fiable.

Para el estudio del hadith han surgido varias escuelas de pensamiento islámico, y entre estas escuelas, algunos profesores en particular han desarrollado un amplio seguimiento. La mayoría están de acuerdo en lo que es haram, o prohibido, como por ejemplo comer cerdo o beber alcohol, o en lo que es wajib, u obligatorio, como el contenido y el tiempo de duración de las cinco plegarias diarias. Un musulmán peca de las dos formas: o cometiendo un acto prohibido o descuidando uno obligatorio. En medio, sin embargo, se encuentran los mak-ruh o actos desaconsejados o impropios, y los sunnat o actos que son deseables pero no obligatorios.

Para la mayoría de los hombres musulmanes, dejarse crecer la barba es sunnat (un acto deseable que expresa humildad y emula al profeta). Un hombre puede ser recompensado por hacerlo; no será castigado por no hacerlo. En las comunidades musulmanas que practican la mutilación genital femenina, extirpar el clítoris es un acto comparable al de dejarse barba, un acto sunnat. Algunos musulmanes creen que la sunna (tradicción o sendero hollado) de Muhammad aconsejaba la extirpación de un tercio del clítoris de las niñas. La mayoría de los musulmanes dicen que no existe una sunna semejante. La evidencia apoya esta segunda opinión, ya que hay un inmenso corpus de hadith en el que Muhammad y sus más cercanos discípulos ensalzan la sexualidad de las mujeres y su derecho al placer sexual.

Muchos hadith revelan que Muhammad sentía aversión por la represión sexual ejercida por las tradiciones monásticas cristianas. Una noche, una mujer llegó a casa de Muhammad para quejarse de que su marido, Utman, estaba demasiado ocupado rezando para tener relaciones sexuales, y Muhammad se irritó tanto que ni siquiera esperó a ponerse los zapatos. Fue directamente a casa de Utman, con los zapatos en la mano, y le riñó: «¡Oh, Utman! Alá no me envió para el monacato, antes bien, me envió una ley simple y recta. Ayuno, rezo y también tengo relaciones íntimas con mi esposa». Compárese con la es-pístola de San Pablo

a los corintios: «Es bueno para un hombre no tocar a ninguna mujer... Pero si no pueden ejercer el propio control, dejemos que se casen: es mejor casarse que quemarse». Los musulmanes ven la revolución sexual de Occidente como una inevitable reacción a las iglesias que trataban de suprimir y convertir en vergonzoso el impulso sexual otorgado por Dios.

Para Muhammad, el sexo dentro del matrimonio debe ser disfrutado conjuntamente por marido y mujer. Especialmente alentó el juego erótico: «Cuando cualquiera de vosotros tiene relaciones sexuales con su mujer, no debe proceder con ella como los pájaros; contrariamente, debe ser lento y dilatorio», decía. Una vez, discutiendo sobre la crueldad, citó la relación sexual sin juego previo como una forma de crueldad hacia la mujer. '\

El Islam no establece límites a las formas en que pueden disfrutar del sexo las parejas casadas. «Vuestras mujeres son vuestra campiña», dice el Corán. «Id a vuestra campiña como queráis...» La mayoría de los estudiosos islámicos interpretan que esto significa que cualquier clase de relación, incluyendo el sexo oral, está permitida. En cuanto a las posiciones para la relación, hay pocos tabús para los amantes entusiastas. Está makruh o desaconsejado hacer el amor de pie, o con la cabeza o el trasero levantado hacia la Meca. Los pocos e inequívocos «no» en la vida marital islámica (por ejemplo, no hacer el amor a tu mujer después de muerta) revelan la buena voluntad religiosa a la hora de contemplar la gama de posibilidades sexuales.

El Islam es una de las pocas religiones que incluye el sexo como una de las recompensas del más allá... aunque sólo para creyentes masculinos. Una de las muchas descripciones del paraíso en el Corán se lee casi como propaganda de un burdel celestial. En un jardín fértil con fuentes y sombra, los creyentes serán atendidos por encantadores seres sobrenaturales «como rubíes y coral», cuyos ojos serán incapaces de mirar a ningún otro hombre y que «antes de ellos no las habrá tocado ni hombre ni demonio.»

Si las mujeres musulmanas no son mencionadas como participantes en una vida sexual ultraterrena, al menos se les proporciona en la tierra. En muchos países musulmanes, una de las pocas bases por las cuales una mujer puede iniciar el procedimiento de divorcio bajo la ley islámica es la incapacidad de su marido para tener relaciones sexuales con ella al menos una vez cada cuatro meses. La razón: una mujer sexualmente frustrada está más fácilmente tentada a cometer adulterio, lo cual lleva a la fitna, el caos social o guerra civil.

«Dios misericordioso creó el deseo sexual dividido en diez partes; después dio nueve partes a la mujer y una al hombre», dijo Ali, el marido de Fatima, la amada hija de Muhammad y fundador del Islam shíí.

En mi escuela católica nos enseñaban todo lo contrario: las chicas, el género menos activo sexualmente, tienen que vigilar su conducta porque los chicos, arrastrados ciegamente por la lujuria, son incapaces de moderar la suya. En ambas culturas, las mujeres de alguna manera se las arreglan para estar en el lado equivocado. Las mujeres cargan con el peso de mantener a raya los desórdenes sociales en la tradición católica porque «no» son consideradas sexualmente activas, y en la tradición musulmana porque «sí» lo son. Es esa noción de la apenas controlable lascivia de las mujeres la que a menudo subyace bajo las justificaciones de la clitoridectomía, la reclusión y el velo.

—Ustedes creen que escondemos a nuestras mujeres porque estamos confundidos acerca del sexo —me decía un día un amigo saudí llamado Abdulaziz—. Por el contrario. Las escondemos porque «no» estamos confundidos.

Pero esto continúa confundiéndome. En Arabia Saudí, conocí a una pareja que se había enamorado hablando por teléfono. Él editaba una revista; ella envió un poema. El la llamó para discutir su publicación, y los dos empezaron pronto a sostener largas e íntimas discusiones sobre poesía y política. Acordaron casarse antes de haberse visto.

Como la mayoría de los hogares saudíes, el de ellos tenía dos entradas, una para hombres y otra para mujeres. Una noche, llegué a la casa rodeada de altos muros para asistir a una fiesta. Los hombres, vestidos de blanco, iban hacia la puerta principal. Sus mujeres, cubiertas de negro y llevando de la mano a niños pequeños vestidos de colores, se encaminaban hacia una entrada lateral.

Cada puerta se abría a un amplio salón con sofás alineados, el de las mujeres decorado con telas de algodón estampado de flores y una mullida alfombra; el de los hombres más austero y formal. Los dos grupos no se mezclaban. Pero había un invitado varón que los huéspedes especialmente querían que conociera: un académico que había sido encarcelado por sus ideas políticas, que le enfrentaban a la monarquía saudí. Para hablar con él, tuve que romper las convenciones y sentarme con los hombres. Cuando volví al salón de las mujeres, la esposa del hombre me guiñó un ojo.

—Me ha hecho usted un gran favor —dijo—. A mi marido le encanta hablar

de política. Y hablar de política con una mujer seguro que le ha excitado muchísimo. Ahora esperaré para llevármelo a casa. Sé que esta noche hará el amor entusiasmado conmigo. —Yo enrojecí. La mujer se rió—. Los occidentales son muy tímidos con el sexo. Aquí estamos hablando de eso continuamente.

Aunque las mujeres saudíes quieren tener grandes familias, ninguna de ellas entendería la noción católica de que el sexo sirve únicamente para la procreación. El profeta Muhammad tuvo hijos solamente en su primer matrimonio, pero disfrutó de relaciones sexuales con sus posteriores esposas, algunas de ellas ya lejos de la época de fertilidad. También aprobó el *coi-tus interruptus*, el método de control de natalidad más corriente de la época.

El tema de la anticoncepción apareció cuando los soldados musulmanes empezaron a ganar batallas. Las mujeres eran parte del botín de guerra, y el Corán daba a los hombres derechos sexuales sobre sus cautivas. Pero Muhammad introdujo nuevos límites a esos derechos.

Primero, el Corán incitaba a los musulmanes a liberar a sus esclavos, «si ves alguno bueno en ellos», una nueva y altamente impopular idea en una economía que había medrado gracias al comercio de esclavos. El Corán también impuso a los musulmanes que no forzaran a las esclavas para tener relaciones sexuales, si las mujeres deseaban preservar su castidad.

La contracepción se hizo importante porque cualquier esclava de los musulmanes que tuviera un hijo de su propietario no podía ser vendida y era automáticamente liberada a la muerte del hombre. Su hijo, mientras tanto, se convertía en heredero del dueño. Para un soldado que no quería perder el potencial de venta de sus cautivas, o ver sus posesiones dispersadas entre la prole de sus esclavas, prevenir el embarazo era esencial para preservar la riqueza. Muhammad le dijo a un soldado que podía seguir practicando el *coitus interruptus*, ya que si Dios realmente deseaba crear algo, ninguna acción humana podría impedirlo.

La jurisprudencia islámica trata de ir al paso de los modernos dilemas sexuales aplicando antiguos razonamientos a circunstancias contemporáneas. Por ejemplo, los eruditos islámicos han legislado que la inseminación artificial es permisible, pero sólo con el esperma del propio marido de la mujer inseminada. Citando el precepto coránico de que los creyentes deben «conservar sus partes privadas, excepto para sus esposas», muchos musulmanes descartan el uso de esperma de donantes. Pero, ¿y si una pareja, desesperada por un hijo, transgrede

esta norma y concibe un hijo a través de una donación de esperma? ¿De quién es el hijo, a efectos de la custodia islámica o de las leyes de herencia?

Cuando al jurista shíi Mohamed Jawad al-Mughniyah se le pidió que dictaminara en un caso semejante, se refirió a una antigua pelea por una herencia en la que una mujer tuvo relaciones con su marido, e inmediatamente después fue con una esclava suya y tuvo relaciones lésbicas con ella. El semen del marido de esa mujer supuestamente pasó a la vagina de la esclava, impregnándola.

Después de hablar del castigo que debía administrarse a las dos mujeres por tener ilícitas relaciones lésbicas, los imames concluyeron que el hijo de la esclava era el heredero del propietario del semen.

Siguiendo este juicio, el jeque al-Mughniyah dictaminó que el hijo de una inseminación con donante de esperma debe siempre considerarse como hijo del donante. Nunca puede considerarse pariente o heredero del marido de su madre.

Cuanto más tiempo pasaba en los países musulmanes, más me asombraba la paradoja entre permisividad sexual y represión. Un cálido día de verano en Irán, una estudiante de medicina que había abandonado sus estudios en Londres para volver y tomar parte en la revolución islámica, viajaba al centro religioso de Qum con Nahid Aghtaie. Una mezquita de cúpulas doradas domina el plano horizonte desierto de Qum, y su interior embaldosado de espejos alberga los restos de una mujer santa shíi, Fatima Massoumah (Fatima la Casta). Los iraníes generalmente no permiten a los no-musulmanes entrar en lugares sagrados importantes, pero Nahid, diciendo que la norma no provenía del Islam, sino de la estrechez de miras, había insistido en que yo lo ignorase.

Mientras Nahid hacía sus abluciones, yo paseaba a través del amplio patio de entrada de la mezquita, viendo cómo las familias hacían picnic en sus rincones embaldosados de azul. Finalmente me di cuenta de que un hombre con turbante me seguía. Era un hombre joven con una pequeña barba, que vestía la túnica verde pálido y el manto negro de los estudiantes de teología iraníes. Qum está lleno de jóvenes así.

Cuando me di la vuelta, se acercó y me susurró algo urgente en farsi: «Honim sigbeh mishi?» Yo temía que me hubiera reconocido como no musulmana y estuviera pidiéndome que me fuera. Tiré de mi chador apretándolo sobre la cara y caminé vivamente alejándome de él con los ojos bajos. Cuando encontré a Nahid, nos unimos a la multitud de cuerpos que se dirigían a oleadas hacia la entrada de

mujeres. En la puerta nos quitamos los zapatos y pasamos al brillante interior del santuario.

Dentro, las lenguas de luz de un candelabro danzaban sobre los mosaicos vitrificados y se derramaban sobre intrincados medallones de esmalte incrustados en mármol cincelado. Nahid pasó entre la multitud de mujeres y rodeó con sus manos las columnas de plata batida que formaban una alta jaula alrededor de la tumba de Fatima. Se quedó allí de pie, entre una vieja desdentada y una chica embarazada, ofreciendo plegarias a esa santa mujer que seguramente simpatizaría con los problemas de las mujeres.

Meses después, describiendo la belleza del lugar a una amiga iraní, le mencioné cuánto me había alegrado de ver aquello, y lo cerca que estuve de ser desalojada por un mullah. Mi amiga rió.

—No creo que dudara de que eras musulmana. Te estaba pidiendo que te casaras con él. —Lo que había preguntado era: «¿Desea usted un matrimonio temporal conmigo?». Había sido una invitación a un contrato exclusivamente shíí llamado sigheh o muta—. Probablemente llevabas el chador mal puesto —explicó mi amiga—. Es una de las señales que usan las mujeres si van en busca de sigheh.

El sigheh, acuerdo entre un hombre y una mujer sancionado por un mullah, puede durar desde unos minutos a noventa y nueve años. ;:

Habitualmente el hombre paga a la mujer una suma acordada de dinero a cambio del matrimonio temporal. El motivo habitual es el sexo, pero algunos matrimonios temporales se establecen para otros fines. Cuando el motivo es el sexo, la transacción difiere de la prostitución en que la pareja debe ir ante un mullah para registrar su contrato, y cualquier niño nacido de esa unión es legítimo. Por otra parte, el sigheh está libre de las responsabilidades del matrimonio: la pareja puede hacer los acuerdos que quiera concernientes al tiempo que pasarán juntos, cuánto dinero está implicado y qué servicios, sexuales o no sexuales, proveerá cada uno.

Los shiíes creen que Muhammad aprobó el sigheh. Los sun-níes, la rama mayoritaria del Islam, no están de acuerdo. Incluso en el Irán shíí el sigheh ha decrecido en popularidad desde que Rafsanjani lo fomentara después de la guerra Irán-Iraq que acabó en 1988. En un sermón de 1990, afirmaba que la guerra había dejado muchas viudas jóvenes, algunas de ellas sin esperanza de volverse a casar. Esas mujeres, dijo, necesitaban soporte material y satisfacción sexual. Al mismo

tiempo, muchos jóvenes que no podían afrontar establecer una casa para una esposa iban posponiendo el matrimonio. La tensión sexual necesitaba expansión saludable, dijo, y ya que el sigheh existía en el Islam con ese propósito, ¿por qué no usarlo?

Sus observaciones incitaron un candente debate entre las mujeres iraníes, algunas de las cuales se oponían agriamente a esta práctica considerándola explotadora. Argüían que el Estado debería mantener a las viudas de guerra adecuadamente, y así ellas no tendrían que vender sus cuerpos en el sigheh. Pero otras opinaban a favor. El sigheh, decían, no era sólo una cuestión de dinero. Las viudas y divorciadas tenían necesidades sexuales y deseos de compañía masculina, y el «marido» sigheh era una presencia masculina bienvenida para los niños en sus hogares. La revista satírica semanal iraní Golagha publicó una caricatura ridiculizando los probables efectos de la idea de Rafsanjani. Se veían dos mostradores para licencias matrimoniales, uno para sigheh y otro para matrimonios permanentes. El empleado del mostrador para bodas permanentes no tenía clientes; la cola para el sigheh se extendía hasta la puerta. En su mayor parte, son las mujeres más pobres las que consienten al sigheh. Una amiga abogada me contaba acerca de su asistenta, cuyo marido murió joven y la dejó con dos hijos que mantener.

—Durante mucho tiempo, fue una persona muy amargada —decía mi amiga—. Venía a mi casa y me veía disfrutar de la vida con mi marido y mi hija, mientras en su vida no había más que trabajo. Entonces la asistenta contrató un matrimonio temporal. Su personalidad cambió de la noche a la mañana. No era sólo el dinero. De repente, tenía un hombre con el que pasar el tiempo, que la llevaba a sitios. En nuestra cultura, un hombre y una mujer no pueden salir juntos y disfrutar de la compañía mutua, pero con el sigheh sí que pueden.

Algunos shiíes también usan el sigheh para crear una relación que permitirá a una mujer aparecer sin velo frente a un hombre ante el cual de otro modo lo tendría prohibido (por ejemplo, un pariente lejano que comparte la misma casa). Estos contratos sigheh especifican por escrito que no se implican las relaciones sexuales. En Occidente, algunas familias shiíes usan el sigheh como un medio para posibilitar que las parejas jóvenes se conozcan antes del matrimonio. Un contrato sigheh que prohíbe las relaciones sexuales puede permitir a un chico y una chica salir juntos durante la duración de su compromiso, sin contravenir la religión ni la tradición.

El sigheh también proporciona una solución para los problemas de

infertilidad que los occidentales están tratando de resolver ahora con contratos legales para maternidad sustitutoria. En la rama sunní del Islam, si una mujer no es fértil, su marido usualmente se divorcia de ella o lleva a casa a una segunda mujer. En Irán, se puede redactar un contrato sigheh especificando que el objetivo del matrimonio temporal es tener un hijo que criarán el marido y su esposa permanente.

El sigheh es también la única manera en que un hombre shií puede casarse con una mujer no musulmana. A diferencia de los sunníes, que permiten a los hombres musulmanes casarse con mujeres monoteístas, los shiíes exigen la conversión para las mujeres no musulmanas, así como para los hombres no musulmanes, antes de que un matrimonio permanente sea válido.

El restablecimiento del sigheh por Rafsanjani fue como una bendición para los iraníes no religiosos, cuyas vidas privadas habían sido desbaratadas por las intrusiones revolucionarias. Amantes no casados, por ejemplo, no podían salir y pasar juntos un fin de semana (los hoteles no les daban una habitación doble sin licencia de matrimonio, y la Guardia Revolucionaria podía detenerlos en cada control de carretera). Para Lou, una mujer europea que se había enamorado de la cultura persa y adoptado la nacionalidad iraní, esto planteaba numerosos problemas. Aunque tuvo que convertirse al Islam para permanecer en Irán, sus tendencias religiosas eran una mezcla de zen, yoga y espiritualismo. Bohemia de corazón, sin ninguna intención de ajustarse a las normas sexuales islámicas, tuvo muchos amantes y corrió muchos riesgos hasta la revalidación del sigheh. Ahora, cuando toma un nuevo amante, simplemente le hace firmar un sigheh por unos meses y tiene un papel que esgrimir ante cualquier fanático revolucionario. Probablemente no era esto lo que Rafsanjani proyectaba...

Con todo, para ambos, sunníes y shiíes, cualquier licencia que permite su fe viene vallada y rodeada con espantosos castigos para la transgresión sexual. Los límites de la libertad sexual en el Islam están delineados estrictamente en torno al lecho matrimonial, sea éste temporal o permanente. El sexo extramarital y la homosexualidad están prohibidos, y ambos delitos pueden acarrear los más horribles castigos en el código legal islámico.

En la ley islámica, la pena de muerte es opcional para el asesinato, pero obligatoria para los adúlteros que hubieran podido satisfacer su apetito sexual legalmente con un cónyuge. Se conmuta la sentencia por cien latigazos si el adúltero no está casado, o si la esposa o esposo estaban enfermos o ausentes cuando se cometió el adulterio. En Irán todavía se llevan a cabo lapidaciones en

casos de adulterio. En Arabia Saudí también se especifica la lapidación como castigo para los adúlteros casados. Algunos de los victoriosos muyahiddin afganos, apoyados con tanto entusiasmo por el gobierno de Estados Unidos durante su guerra con la antigua Unión Soviética, quieren reintroducir la lapidación en Afganistán. Sin embargo, la lapidación nunca se especifica como castigo para el adulterio en el Corán. El Corán dice que las esposas adúlteras deben ser confinadas «en sus casas hasta que la muerte las sorprenda». Durante los años de Muhammad en Medina, sin embargo, las lapidaciones por adulterio eran aplicadas a menudo en la amplia comunidad judía de la ciudad, y algunos hadith muestran a Muhammad prescribiendo este castigo también para los musulmanes. Pero fue después de la muerte de Muhammad, durante el reinado del segundo califa, Omar, un hombre notoriamente duro con las mujeres, cuando la lapidación vino a ser establecida como el medio de ejecución para las adúlteras.

Hoy en día, en Irán, los hombres que van a ser lapidados son enterrados hasta la cintura, y las mujeres hasta el pecho, y la medida de las piedras es cuidadosamente regulada. No se pueden usar ni grandes piedras ni guijarros pequeños, para que la muerte no sea ni misericordiosamente rápida ni se prolongue indefinidamente la agonía.

En noviembre de 1991, una mujer de treinta años llamada Zahra, que pudo escabullirse del pozo en el que había sido enterrada, vio su sentencia de muerte conmutada: el juez pensó que su evasión había sido la voluntad de Dios.

Aquellos que han presenciado lapidaciones recientemente describen a multitudes de hombres, muy diferentes de los grupos mixtos que asisten a las decapitaciones. El estado de ánimo habitualmente es de rabia y sed de sangre. Parte del ritual del Hajj (el peregrinaje santo a La Meca) es el apedreamiento de los pilares que representan a Satán. Los testigos dicen que las mujeres ejecutadas a veces se vuelven tan deshumanizadas como esos pilares... un desfogue quizá para la culpabilidad masculina ante su propia sexualidad incontrolable. Aunque las piedras en este caso hieren la carne. Debido a la forma en que están enterradas las mujeres, cada impacto hace chasquear el cuello hacia atrás en una serie de dolorosísimos latigazos. La muerte sobreviene a menudo cuando la cabeza está ya completamente desprendida.

Es difícil imaginar una forma peor de morir. Aunque los castigos establecidos para la sodomía homosexual están descritos como más crueles todavía. Si los implicados son hombres casados, se les quema o se les arroja desde una altura hasta morir. Si no están casados, el sodomizado, aunque sea un menor,

es ejecutado, y el sodomizador recibe cien latigazos. La variación en las penas refleja la repugnancia musulmana ante la idea de un hombre que toma el papel femenino de ser penetrado. El sexo lésbico, si las mujeres son solteras, acarrea cien latigazos. Las lesbianas casadas son lapidadas.

«¿Por qué el Islam es tan severo en temas como el adulterio, la homosexualidad y el lesbianismo?», pregunta Mohammed Rizvi, un clérigo de la Fundación Educacional Islámica de Vancouver, que escribe sobre el sexo y el Islam. «Si el sistema islámico no hubiera permitido la gratificación del impulso sexual por medios legales sin asociarlos a la culpabilidad, entonces sería acertado decir que el Islam es muy severo. Pero ya que ha permitido la plena satisfacción de los instintos sexuales por medios legales, no está preparado para tolerar ninguna conducta pervertida.»

Pero la conducta «pervertida» se da, incluso entre los más mojigatos de los musulmanes. En otoño de 1990, cuando las tropas americanas llegaban en abundancia para defender Arabia Saudí de Sadam Hussein, yo fui para informar acerca de la reacción de los saudíes. Durante mi primera noche en el país, entrevisté a un ejecutivo de una compañía petrolífera influyente. Educado en la Universidad de Georgetown y la Whar-ton School, esperaba que me diera una visión liberal e influida por Occidente. Por el contrario, me dijo que esperaba que los americanos permanecieran secuestrados en sus bases para prevenir «ramificaciones impías» de contaminaciones como el alcohol y las mujeres conductoras. Dijo que pensaba que era «ofensivo» que la CNN hubiera enviado a una mujer reportera, la veterana corresponsal Christiane Amanpour, para cubrir el despliegue de tropas. Para él, la obsesión americana de la igualdad sexual no era sino un frente para la inmoralidad. «En cualquier empresa, dígame si no es verdad que el jefe está siempre mirando a su secretaria y pensando cómo poseerla. Si esto no ocurre, es sólo por interés... porque él tiene demasiado que perder si los cogen.»

Su estudio acristalado daba a una piscina iluminada con reflectores y un patio lleno de flores. Si las paredes no hubieran sido de cristal, me dijo, no habría podido sentarse conmigo. «Cuando un hombre y una mujer están solos y juntos, la tercera persona presente es Satán», dijo. Después de casi una hora cerré mi bloc de notas y le di las gracias por la entrevista. Mostrándome la salida, hizo una pausa, como si se le acabara de ocurrir una idea, y me preguntó si me gustaría conocer a algunos amigos suyos. Por supuesto, dije yo.

Caminando a través del vestíbulo, abrió una puerta que daba a una

habitación débilmente iluminada llena de música de rock que sonaba a todo volumen y cuerpos entrelazados. Una encantadora filipina con un minivestido negro de tejido elástico bailaba restregándose rítmicamente contra su pareja vestida de blanco. Otro hombre sentado en el suelo con las piernas cruzadas le iluminaba a ella las piernas con una linterna de colores. Una hermosa turca rubia acariciaba a una mujer egipcia para el disfrute de un sonriente mirón masculino en un mullido sofá. En el bar que había en un rincón, los huéspedes se servían whisky Johnie Walker a 135 dólares la botella en el mercado negro, y cuyo consumo está castigado con flagelación en la plaza pública.

Moviendo un vaso con whisky escocés y hielo, el anfitrión parecía no darse cuenta de la contradicción entre lo que acababa de decir y lo que ahora me estaba enseñando. Después de su segunda copa, empezó a hablarme de su matrimonio fracasado con una americana.

—Ella insistía en conducir mi Rolls sin cubrirse la cara. Por supuesto, todo el mundo la miraba —decía, disgustado. Después del divorcio él se quedó con los niños, tal como era su derecho según la ley saudí. No tenía planes de volver a casarse—. Puedo tener mujeres cuando quiera —dijo, haciendo un gesto en dirección a la filipina—. El último invierno le pagué a una modelo para que pasara conmigo quince días en Suiza.

Yo estaba desconcertada por la hipocresía de ese hombre hasta que leí la novela de Naguib Mahfuz Palacio del deseo, en la que el protagonista es un hombre de gran fe que secuestra prácticamente a las mujeres de su familia, pero que cada, noche sale con famosas cantantes de El Cairo.

Cuando un jeque le castiga por su fornicación, él contesta que «las mujeres de compañía profesionales de hoy son las esclavas de ayer, cuya compra y venta hizo legal Dios».

La tradición saudí consideraba claramente las mujeres que bailaban en esa habitación de una forma semejante. La mayoría de ellas trabajaban para Saudia, las líneas aéreas nacionales. Era uno de los pocos trabajos accesibles para las mujeres extranjeras en Arabia Saudí, que generalmente no concede permisos de trabajo a mujeres que no sean asistentas o criadas. La compañía aérea necesitaba extranjeras, ya que ninguna mujer saudí podía ser empleada en un trabajo que requería viajar sin vigilancia y en contacto continuo con hombres.

Cuando ya me iba, la filipina me preguntó si mi conductor podía

acompañarla a ella también. Cogió su abaya (la versión árabe del chador) y el velo facial. Consciente de que los ojos de los hombres estaban clavados en ella, tiró de la seda negra lentamente, dejando que se insinuara centímetro a centímetro sobre sus senos y se deslizase suavemente hacia abajo por los muslos. Tomando la pieza de gasa que cubría la cara, echó hacia adelante su larga cabellera, inclinándose sugestivamente hacia los hombres durante un momento, y después se volvió ligeramente para proporcionar una vista de su curvilíneo trasero. Sacudió la cabeza hacia atrás, sujetando todo el pelo con el velo.

Fue un strip-tease a la inversa. Al final se quedó allí de pie como un cono negro, el retrato mismo de la probidad femenina saudí.

Al principio me sorprendí de que mi hipercrítico anfitrión se arriesgara a ese estilo de vida en un país con duras leyes contra la fornicación. Pero finalmente me di cuenta de que estaba bastante a salvo tras las altas paredes de sus dependencias. En los casos de ofensas sexuales, las ejecuciones y flagelaciones normalmente sólo tienen lugar si el acusado confiesa. Obtener un fallo condenatorio de otro modo es casi imposible bajo las leyes islámicas de la prueba, que requieren que cuatro testigos masculinos (o, ya que el testimonio de la mujer vale la mitad que el de un hombre, dos mujeres y tres hombres) testifiquen haber visto la penetración. Los acusadores que no dispongan del número adecuado de testigos para respaldar su testimonio, serán acusados a su vez de difamación y sentenciados a ochenta latigazos.

Pero a menudo ninguna de esas normas se aplica para las mujeres, porque las ejecuciones se llevan a cabo mucho antes de que la acusada comparezca ante un tribunal.

—Mi padre murió cuando yo tenía nueve años —dijo Tamam Fahiliya, rascándose la cabeza con las uñas a través de una capa de rizado y corto cabello—. Fue una suerte para mí. Si estuviera aquí, quizás habría sido asesinada hace muchos años.

Tamam estiró el brazo por encima de la baja mesita de café de su apartamento y apagó un cigarrillo. Cuando se inclinó hacia adelante, la carne se asomó por encima del borde de su corpino ajustado sin tirantes. Tamam vivía sola, y vivía de una forma peligrosa para una mujer musulmana palestina de treinta y siete años. Durante tres años había tenido un amante: un joven y atractivo médico palestino que proclamaba ser feminista.

—Por supuesto, eran sólo palabras. Al final volvió a su pueblo y se casó con su prima. Un hombre siempre puede volver. Pero yo no. Nadie se casaría conmigo ahora excepto un anciano o un loco.

Tamam no estaba exagerando al decir que su padre podía haberla matado si hubiera sabido algo de su asunto. Cada año unas cuarenta mujeres palestinas mueren a manos de sus padres o hermanos en las llamadas «muertes por honor» que enjugan la vergüenza del sexo premarital o extramarital de una pariente. La mayoría de los asesinatos ocurren en los pueblos palestinos más pobres y remotos. Muchas veces las mujeres son quemadas, para que la muerte pueda pasar por accidente. El asesino usualmente se convierte en un héroe local: un hombre que hizo lo que era necesario para limpiar el nombre de su familia. Los asesinatos «por honor» están algo mejor documentados entre los palestinos que en cualquier otra parte a causa de la ocupación israelí: muchas, aunque no todas las muertes llaman la atención del Ejército israelí o de la policía civil.

Pero las muertes por honor ocurren a lo largo de todo el mundo islámico. Una de las más notorias, la ejecución de la princesa saudí Mishaal bint Fahd bin Mohamed en un aparcamiento de Jeddah en 1977, fue testificada secretamente por un expatriado británico. La proyección de una película sobre el asesinato, un documental titulado Muerte de una Princesa, creó un incidente diplomático que llevó a la expulsión del embajador británico en Arabia Saudí. En los Estados Unidos, cuando la PBC planeó proyectar la película, una compañía petrolífera patrocinadora solicitó que se cancelara. Pocos de los acontecimientos de este suceso se han podido confirmar. La historia que contaron a la televisión británica era que Mishaal era una mujer casada que había huido con su amante, Jalid Muhallal, el sobrino del hombre que es ahora ministro de Información de Arabia Saudí, y había pasado algunas noches con él en un hotel de Yidda antes de tratar de abandonar el país vestida de hombre. Fue capturada en el aeropuerto y devuelta a su familia.

Pero una mujer americana, cuyo matrimonio con un miembro de una importante familia saudí le permitió intimar con las personas implicadas en el caso, cuenta una historia más dura todavía. Mishaal, dijo, no estaba casada. La mataron simplemente por rebelarse contra los deseos de su familia y escapar a un matrimonio de conveniencia para casarse con el hombre que amaba. Su abuelo, el príncipe Mohamed, el patriarca de la rama de Mishaal de la familia reinante, ignoró las súplicas de clemencia incluso de su joven hermano, el rey. Mishaal murió fusilada; Jalid Muhallal fue decapitado. No hubo notificación oficial después de las muertes como sucede con las ejecuciones que tienen lugar después del

debido proceso de la ley sagrada (sharta).

En cualquier versión de la historia, según la sharia, posiblemente ninguno de los jóvenes hubiera podido ser condenado. Si el documental era correcto, y Mishaal era una mujer casada que cometió adulterio, la pena hubiera sido la muerte, pero sólo si cuatro testigos hubieran sorprendido a la pareja en flagrante delito en el hotel. La evidencia circunstancial, como estar juntos en el mismo sitio de noche, no habría sido suficiente. Y si hubiera sido una mujer soltera, Mishaal no hubiera cometido ninguna ofensa capital bajo la sharia.

No es común que se cometa una ejecución extrajudicial por honor en una familia de clase alta como la de los al-Saud. Generalmente son las mujeres de las familias más pobres e ignorantes las que corren más peligro.

El padre de Tamam había sido ignorante y pobre: mantenía a sus siete hijos trabajando como jardinero. La familia vivía en la antigua ciudad de Akko, en un populoso barrio cerca de las murallas de los Cruzados que se alzaban junto al mar. Como su familia estaba entre los 156.000 palestinos que se quedaron y no huyeron durante la guerra árabe-israelí de 1948, Tamam creció en una civilización mezcla de árabe e israelí, hablando hebreo con tanta fluidez como el árabe. Era la última de cinco hermanas; su nombre, que se traduce como «es suficiente» o «ya basta», era la súplica de sus padres para que acabase la larga serie de niñas no deseadas. Su plegaria fue contestada, algunos años más tarde, con el nacimiento de dos hijos varones.

Los hermanos también podían haber representado problemas para Tamam. Pero como eran mucho más jóvenes que ella, y dejaron el hogar paterno cuando todavía eran pequeños, nunca tuvieron la ocasión de sentirse protectores con su hermana.

—Para muchas de nosotras, nuestros hermanos son como grandes perros guardianes que creen que su única misión en la vida es proteger nuestros cuerpos —decía ella—. Para ellos también es una opresión, porque deben vivir con esa responsabilidad y la preocupación de que en cualquier momento les arrebateemos su honor.

Cuando acabó la escuela, Tamam se fue de casa inmediatamente para trabajar enseñando a niños discapacitados. Después estudió enfermería.

Cuando la conocí en 1993, llevaba viviendo sola o con amigos más de diez

años. Era la única mujer musulmana que he conocido en Oriente Próximo que no vivía con su marido o su familia.

En junio de 1991, Tamam cogió el periódico de la mañana y leyó una noticia breve sobre una muerte en el pueblo de Iksal, en Galilea, no lejos del lugar donde ella había nacido. La joven tenía diecinueve años, no estaba casada y estaba embarazada de siete meses. Su cuerpo incinerado había aparecido atado en el interior de un coche quemado.

El asesino había sido el padre de la joven, de setenta y cuatro años.

—Me dije: esa chica soy yo. Es una de nosotras. Todas estamos luchando por ¡nuestras vidas aquí.

Durante los seis meses anteriores al crimen, Tamam y algunas de sus amigas se habían estado reuniendo una vez por semana, leyendo libros feministas y discutiendo los problemas de las mujeres en las sociedades árabes y musulmanas. Incluso habían encontrado un nombre para su pequeño grupo: Al Fa-nar (El Faro).

—Teníamos hermosos sueños de ser una guía para las mujeres con problemas. Por lo tanto, llamé a mis amigas y les dije: «Si no hacemos nada en este caso, ¿qué sentido tiene todo lo que hablamos?»

Tamam y sus amigas prepararon unos anuncios en los que se leía: «Padre, hermano; ayúdame, no me sacrifiques». Llamaron a todos los grupos árabes de mujeres que conocían, pidiéndoles apoyo. No obtuvieron mucho. Ninguno de los periódicos palestinos de Cisjordania tocaría el tema, evitando cualquier crítica a la sociedad árabe que pudiera usarse como propaganda por los israelíes. Los grupos de mujeres de Cisjordania argumentaron que el momento no era propicio, que la lucha por la independencia de las leyes de Israel tenía que anteceder a la cuestión de los derechos de las mujeres. Los partidos políticos árabe-israelíes también se mantuvieron aparte, no queriendo enfrentar entre sí a sus componentes.

Tamam y una docena de amigas pusieron de su bolsillo el dinero para publicar el anuncio de la manifestación en dos periódicos árabe-israelíes. Inmediatamente su teléfono empezó a sonar con hostigamientos y amenazas.

—Los que llamaban nos acusaban de promover la promiscuidad —decía Tamam. Uno de ellos citó el precepto del Corán de que los hombres tendrán a su cargo a las mujeres, y las acusó de rebelarse contra esa idea—. Decían que si

seguíamos con la manifestación acabaríamos todas como la chica de Iksal.

Sin embargo, cuando unas cuarenta mujeres se reunieron para la manifestación en una tarde de lunes en la calle principal de Nazareth, encontraron tantos espectadores a favor como hostiles.

—Algunos gritaban «putas» y otros insultos —decía Tamam—, pero otras mujeres mayores e incluso algunos hombres se unieron a nosotras espontáneamente.

Alentadas por su éxito, las mujeres empezaron a viajar a pueblos remotos, distribuyendo artículos que hablaban no sólo contra los crímenes «de honor» sino también contra los matrimonios de conveniencia y la forma perniciosa en que la murmuración se usa en las pequeñas comunidades para controlar la conducta de mujeres y chicas.

—Nos dimos cuenta de que era mejor ir a los pueblos durante las horas en que se suponía que los hombres estaban trabajando —decía Tamam—, de otra manera, el marido podía abrir la puerta, coger el folleto, mirarlo y romperlo antes de que su mujer lo hubiera visto siquiera.

En noviembre, otra muerte por honor impulsó una manifestación. Esta vez el objetivo era la policía israelí en la ciudad árabe-israelí de Ramle. La policía había cogido a una árabe de dieciséis años conduciendo un coche robado con un hombre casado. La joven suplicó a la policía que no implicaran a sus padres.

—Les dijo que iban a matarla, pero la policía no hizo caso —explicó Tamam—. Ellos llamaron a la familia y dijeron: «Hemos cogido a su hija. Está muy asustada; tienen que prometer no hacerle daño». Por supuesto, la familia dijo que no lo haría, y entonces la policía se la entregó.

Poco después, la joven fue encontrada muerta.

Las actividades de Al Fanar empezaron a atraer la atención de la prensa israelí. Las mujeres acogieron a los reporteros, y después se vieron consternadas por los artículos que aparecieron.

—Nos sentimos utilizadas para hacer propaganda anti-ára-be —dice Tamam.

Decían: mirad cómo matan a sus chicas esos atrasados árabes; mirad cómo

los atrasados musulmanes atacan a las mujeres que luchan. Los reporteros venían y me decían: «Usted no parece árabe». Lo siento, no quiero que los judíos definan lo que es un árabe y me digan que yo parezco diferente.

La atención de la prensa judía sólo consiguió fortalecer la violenta reacción tradicionalista.

—Además de seguir llamándonos putas, empezaron también a llamarnos traidoras —dice Tamam. Pronto las mujeres no podían ir a los pueblos sin ser insultadas o, peor aún, ignoradas—. Incluso las mujeres empezaron a vernos como algo tan extraño a su comunidad que nada de lo que dijéramos podía tener ninguna relevancia para ellas. Creíamos que conocíamos nuestra cultura, pero realmente sólo conocíamos a nuestro reducido círculo de amistades. Ahora, si vas a cualquier pueblo árabe y le preguntas a la gente qué piensa de Al Fanar, se reirán. Somos como una broma: las putas que pensaban que podían cambiar la forma en que funciona el mundo.

El rechazo condujo a discusiones sobre tácticas y planteamientos del grupo, y finalmente a una áspera disolución. Dos años después de fundarse Al Fanar, el grupo dejó virtualmente de funcionar.

—La sociedad no estaba preparada —dice Tamam—. Y nosotras tampoco lo estábamos.

Pero al menos lo han intentado. Y al menos las comadronas de la recientemente independiente Eritrea están tratando de acabar con el daño hecho a las mujeres por perversiones de la enseñanza islámica.

Muchos musulmanes se sienten satisfechos con afirmar que las muertes por honor y la clitoridectomía no son el Islam; que son costumbres que provienen de las culturas nacionales y que no tienen nada que ver con la fe. Con esa afirmación, muchos musulmanes de la corriente principal se lavan las manos de las dos brutalidades que configuran la vida de quizás una cuarta parte de las mujeres del Islam.

Es comprensible que los musulmanes progresistas odien ver su fe asociada con esas prácticas. Pero lo que ya no es tan comprensible es la manera en que vuelven su ira contra los comentaristas que critican las prácticas, y no contra los crímenes en sí mismos. Un ejemplo de esto se encuentra en el libro de la escritora Rana Kabbani Carta a la Cristiandad, que publicó como respuesta a los ataques

contra el Islam que siguieron a la fatwa de Jomeini contra Salman Rushdie. Rana Kabbani nació en Damasco y creció en el extranjero; ahora vive en Londres. Su queja merece ser citada por entero: «Siempre me duelen las falsas ideas occidentales acerca de la vida de las mujeres musulmanas —escribe—. «La ignorancia occidental es a menudo inseparable de una visión paternalista que insiste en vernos como víctimas indefensas, mientras no se distingue apenas entre las culturas muy diferentes de las que provenimos. Recientemente, en Londres, me visitó una novelista que había venido a consultarme para hablarme de un personaje musulmán que quería introducir en su próxima obra. “¿Cómo puede defender el Islam una feminista como usted, me preguntó, cuando propugna la circuncisión femenina?” Por una coincidencia, ese mismo día leí un texto de la historiadora Marina Warner en el que describe al Islam como una religión que practica la clitoridectomía. ¿Es posible que ninguna de esas dos escritoras se haya tomado la molestia de averiguar que esa práctica es africana y no tiene nada que ver con el Islam?»».

¿Es posible que Rana Kabbani no se haya tomado la molestia de saber que una de cada cinco niñas musulmanas vive en una comunidad donde se aprueba y justifica religiosamente alguna forma de clitoridectomía por los líderes islámicos locales? ¿O de advertir los capítulos de «Mujeres y Circuncisión» que aparecen en multitud de nuevas ediciones de los textos islámicos, especialmente en Egipto?

Hasta que portavoces femeninas solventes del Islam como Rana Kabbani no tomen como objetivo a sus correligionarios equivocados con el mismo fervor que pierden en críticas externas, continuará el grave error de asociar Islam con clitoridectomía y asesinatos por honor. Y lo que es mucho más importante, también continuarán las propias prácticas, a costa de la salud y la felicidad de muchas mujeres musulmanas.

Aquí llegan las novias

«Entre sus aleyas está el que creó, sacándolas de vosotros mismos, esposas para que en ellas reposaseis. Entre vosotros ha establecido amor y cariño.»

El Corán Azora XXX: «Los bizantinos»

¡Rata-tata-tat-tat, bum, bum, bum! ¡Rata-tata-tat-tat, bum, bum, bum!

Me puse otra almohada encima de la cabeza, pero no era suficiente. Levantando una esquina del embozo, abrí un ojo y miré el reloj digital del hotel, que titilaba con su luz verdosa en la mesita de noche. Eran las 11,30 de la noche. Por lo menos faltaba una hora, posiblemente dos, antes de que cesase el ruido. Tenía que levantarme a las cinco de la mañana para coger un avión. Pero dormir era un sueño imposible.

Me levanté y me acerqué a la ventana. La calle era una monumental aglomeración de bodas. Conté por lo menos tres limusinas apiñadas en un atasco detrás de la primera, que se había metido en la entrada del hotel. Una novia salía del coche e iniciaba su lenta procesión escaleras arriba, rodeada por una escuadra de tamborileros. Era, según mi recuento insomne, la novena novia de la noche.

¡Rata-tata-tat-tat, bum, bum, bum!

Estaba en Bagdad, visitando Iraq en lo que resultaría ser un breve interregno entre la Primera Guerra del Golfo (la versión extranjera, subtitulada, entre Iraq e Irán) y la Segunda Guerra del Golfo (el gran bombazo internacional made in America). En Iraq, en cuanto las bombas dejaron de caer, empezó un gran auge de las bodas. Hussein había decretado que los iraquíes debían casarse y procrear para reparar el daño demográfico sufrido en el frente de batalla. Para alcanzar este objetivo, prohibió los anticonceptivos y ofreció grandes incentivos en metálico para las bodas y nacimientos.

Como parecía que ya no iba a poder dormir más, decidí salir al vestíbulo y situarme mejor para ver las festividades. Ahora que ya no estaban amortiguados

por dieciséis pisos y cinco almohadas, los tambores, címbalos y cornetas eran ensordecedores. Souha, la joven que se encontraba en el centro de todo ese alboroto, parecía la víctima de un accidente, aturdida y temblorosa. Vestida elaboradamente como una princesa, desfilaba en medio de los músicos hacia una sala de banquetes dispuesta con mesas repletas de comida y un trono hecho con gladiolos rosa. En algún momento, quizás esa misma noche o quizás unos días antes, el novio y el padre de la novia se habían dado las manos debajo de un trozo de tela proporcionada por un experto religioso. El padre le había dicho al novio: «Te doy a mi hija, Souha, adulta y virgen, en matrimonio, de acuerdo con la ley de Dios y de su profeta». El novio le había contestado: «Yo tomo a tu hija, Souha, adulta y virgen, en matrimonio, de acuerdo con la ley de Dios y su profeta». Entonces el padre había preguntado: «¿Aceptas a mi hija?», a lo cual el novio contestaba: «La acepto». El padre decía: «Dios os bendiga a ambos», y el novio replicaba: «Espero en Dios que ella pueda confirmar la bendición». Después, todo el mundo en la habitación recitaba el breve y poético primer versículo del Corán.

El matrimonio es legal una vez que el novio y el padre de la novia firman el contrato de matrimonio o aqd. Normalmente, el objetivo principal del contrato es establecer cuánto paga el novio por la novia, y cuánto más tendría que pagarle a ella si después decidiera divorciarse. Un aqd islámico es semejante a un acuerdo prenupcial occidental (un documento nada romántico, práctico y realista que contempla el hecho de que los matrimonios pueden fallar). Un aqd bien redactado puede contrarrestar algunas de las desigualdades de la ley de familia islámica, estableciendo el derecho de la mujer al trabajo, a continuar su educación, y añadiendo motivos para el divorcio a los poquísimos que le concede la sharia. Hoy en día, por ejemplo, muchas mujeres añaden una cláusula conocida como la esma, que le concede a ella el derecho a divorciarse si lo pide. Otras incluyen unas estipulaciones más precisas, incluso el derecho de la mujer a divorciarse si el marido toma una segunda esposa.

Poniéndome de puntillas miré por encima de los hombros de las mujeres que ululaban y vi al novio, que se reunía ya con la novia a la entrada de la habitación. La novia, Souha, sonrió débilmente cuando él le levantó el velo y la besó en la frente. Debía de tratarse de una familia progresista: en la mayoría de las bodas islámicas, ni siquiera esa modesta muestra de afecto puede darse en público.

Al otro lado del vestíbulo, una de las fiestas que había empezado más temprano estaba a punto de acabar. Dispersándose desde el salón de banquetes, los invitados daban palmas y ululaban mientras los novios desaparecían en el ascensor y se encaminaban a una de las lujosas suites del hotel.

Si se hacen las cosas como es debido, las tensiones de la noche de bodas islámica se pueden aliviar un poco gracias a algunos tiernos rituales. Cuando la novia es finalmente entregada por su familia al marido, el novio debe darle la bienvenida quitándole los zapatos y lavándole los pies. Es una manera inspirada de salvar los obstáculos del primer contacto con un extraño. Después, él debe rezar y bendecirla, usando las siguientes palabras: «Oh, Alá, bendíceme con su afecto, amor y aceptación; haz que me complazca con ella, y llévanos juntos a la mejor forma de unión en armonía absoluta; ya que seguramente te gustarán las cosas legales y desaprobarás las ilegales». Después de la oración del novio, él le pone a ella la mano en la frente y le pide a Dios que los niños que nazcan de su unión estén a salvo de Satán.

Me costaba mucho imaginar a esa pareja nerviosa, ajada, con aspecto exhausto, cumpliendo todo eso. Los dos se hallaban bajo una intensa presión. Para el joven, la continuidad del matrimonio dependía de su exhibición de virilidad; si no conseguía tener una erección, su novia podía repudiarlo. La presión para ella era probar su virginidad. Si no sangraba, podía ser devuelta de forma oprobiosa a su familia, y ésta sentirse tan furiosa que llegara a matarla. Durante generaciones, las mujeres habían recurrido a llenar sus vaginas con esponjas empapadas en sangre o esquirilas de cristal para compensar los hímenes perdidos.

Sólo los campesinos de pueblos muy remotos exhibían todavía la ropa manchada de la novia para la inspección pública. Pero el tema de si Souha era en realidad «una virgen adulta» todavía importaba, incluso en las familias urbanas y modernas.

—Casi todas ellas salen del hotel con una sábana robada en la maleta — decía el recepcionista del hotel, apoyándose exhausto en una columna—. Sus parientes de más edad todavía insisten en verla. —Casi una tercera parte de las habitaciones del hotel estaban reservadas por recién casados—. Habrá mucho ya-sabe-qué arriba esta noche —dijo con una mueca.

Me preguntaba cómo les iría. Muchas de las parejas eran casi de extraños.

Incluso en Bagdad, donde los hombres y las mujeres trabajan juntos, sus vidas personales se hallan muy separadas. Durante la guerra con Irán, cuando a los iraquíes se les prohibió comerciar con el exterior, yo solía ser la única mujer en vuelos interiores y exteriores. En el aeropuerto, camino de mi casa en El Cairo, hacía cola entre los trabajadores egipcios para la minuciosa inspección de seguridad iraquí. Una vez, un joven inspector se fijó en mi neceser de baño y sacó

de él una caja de tampones. Hurgó en el contenido, y entonces llamó al supervisor. Los dos hombres vaciaron la caja en el mostrador y cuchichearon entre ellos. Finalmente, sujetando uno de los tampones envuelto en celofán bajo la luz, el joven inspector gruñó acusador amenté: «¿Para qué sirve esto?» Cuando traté de explicárselo, primero pareció desconcertado, y luego horrorizado. Aunque había leído en el Corán que la menstruación es «una enfermedad», no creo que nadie le hubiera explicado nunca la verdadera naturaleza del período menstrual femenino.

Hasta este mismo siglo, la mayoría de los musulmanes se casaban inmediatamente después de la pubertad. Ahora, con la necesidad de madurez en el matrimonio ampliamente reconocida y el creciente coste de las bodas, muchos jóvenes musulmanes tienen que esperar para encontrar una esposa hasta los veintitantos o treinta años. Hasta que se casa, una chica musulmana devota debe evitar incluso el contacto visual con cualquier chico desconocido. Nunca llegará a estrecharle la mano a un hombre, y mucho menos salir con alguno o darle un beso.

En países como Egipto, donde las mujeres se han abierto camino en el mundo del trabajo, cada vez es más común para los jóvenes encontrar posibles esposas antes de que la familia se vea involucrada. Pero en otros muchos países los matrimonios siguen siendo arreglos entre desconocidos. En Arabia Saudí, un comité de eruditos islámicos legisló finalmente en 1981 que las jóvenes podían conocer a los maridos que tenían destinados sin velo antes del matrimonio.

«Cualquier hombre que prohíba a su hija o hermana conocer a su novio cara a cara, será juzgado como pecador», dijo el comité. Pero algunas mujeres saudíes prefieren no aprovechar ni siquiera esta pequeña concesión. Basilah al-Homoud, una directora de escuela de treinta y ocho años, tenía veintiuno cuando su padre le dijo que había recibido una proposición de matrimonio.

—El dijo: «¿Quieres verle, quieres sentarte con él?». Yo dije: «Si tú hablas con él, ya es suficiente para mí». —Vio a su marido por primera vez desde una ventana superior de su casa cuando él llegaba, la noche de su boda—. Venía andando a casa con algunos de sus parientes. Mis ojos se fijaron en seguida en aquel hombre, y rogué que se tratara de él. —Ella creía que había hecho bien en confiar en su padre—: ¿Quién desea mi felicidad tanto como él? ¿Quién me conoce mejor? De esta manera, mi matrimonio no sólo implica a dos personas. Incluye a toda mi familia, y también a la familia de mi marido. Y como las dos familias están implicadas, debería pensarlo mil veces antes de decir: ¿puedo divorciarme?

Pero algunas mujeres jóvenes no son tan confiadas.

—El matrimonio para nosotras es un riesgo total —decía Arezu Moradian, una estudiante de idiomas de dieciocho años de Teherán—. Un marido tiene tanto poder sobre ti que tienes que estar loca para casarte con alguien a quien no conozcas perfectamente. Pero con el sistema que tenemos aquí, es imposible llegar a conocer perfectamente a un chico. No puedes salir ni estar a solas con él.

Y una vez que te casas, su palabra es ley, tal como el comentarista religioso de la Saudi Gazette señaló a un corresponsal en la edición del periódico del 9 de enero de 1993. «En el mundo liberal de hoy en día, se asume a menudo que la mujer tiene absolutamente los mismos derechos que su marido —escribía «Sin Nombre» de Jeddah—. Creo que sería bueno que pudiera usted explicar cuál es la conducta correcta de una esposa.»

«Sin Nombre» debió de quedar encantado sin duda con la explicación. «La jefatura de la familia la ostenta el marido —escribió el comentarista—. Si una mujer pide igualdad completa y total con su marido, significaría tener dos jefes en la familia, y eso no existe en el Islam.» Más específicamente, el comentarista añadía: «Negarse a ir con su marido cuando él la llama al lecho es un error grave». Y más adelante: «Salir demasiado de casa es un mal hábito para una mujer. No debería salir de casa si su marido no está de acuerdo con ello».

Si todo esto se vuelve excesivo y ella desea irse para siempre, obtener el divorcio puede estar preñado de dificultades. Técnicamente, el Islam desaprueba el divorcio. Un hadith atribuido a Muhammad establece que, de todas las cosas legisladas, el divorcio es la que más odia Dios. El Corán da una lista extensa y desalentadora de requerimientos que deben cumplirse para acabar un matrimonio, empezando por instrucciones de aportar arbitros de las familias de ambos cónyuges para intentar arreglar la ruptura. En muchos países las autoridades musulmanes han gastado muchas energías en debates sobre si el arbitraje es obligatorio o simplemente recomendado. «Ninguno va más allá para preguntarse por qué, sea obligatorio o recomendado, como quiera que sea, no se toma ningún tipo de medida práctica para cumplir con este claro mandato», escribía un exasperado erudito musulmán, Muhammad Rashid Rida, que, hasta su muerte en 1935, encabezó una respuesta intelectual a la intromisión de valores occidentales en los países musulmanes. Tanto él como el influyente comentarista iraní en temas de mujeres, Murtada Mutahhari, empezaron a releer las especificaciones sobre el divorcio del Corán que, si se siguieran al pie de la letra, podrían llevar a la adopción de leyes mucho más igualitarias hacia las mujeres.

Pero por ahora, tanto los shiíes como los seguidores de todas las tendencias

principales de pensamiento sunníes han propugnado una modalidad de divorcio que sólo la más rebuscada y misógina lectura del Corán puede sostener. Es el talaq, o divorcio por parte del marido pronunciando las palabras: «Me divorcio de ti» tres veces. A él no se le requieren motivos, y la mujer no tiene nada que decir. Por su parte, una mujer musulmana no tiene derecho natural al divorcio, y en algunos países islámicos ninguna vía legal para asegurárselo. La escuela Hanbalí, seguida por los saudíes, no da a la mujer casi ninguna salida de un matrimonio desgraciado sin el consentimiento de su marido. Los shiíes y sunníes de la escuela Hanafí le permiten estipular el derecho al divorcio en su aqd o contrato de matrimonio.

Las leyes shií, Hanafí y Malikí permiten la solicitud de la mujer con el fundamento de la impotencia del marido, y los shiíes y Malikíes permiten también la solicitud por imposibilidad de manutención, enfermedad contagiosa incurable o malos tratos con amenaza para la vida. La crueldad mental, los malos tratos físicos sin llegar a la desfiguración, o simplemente la infelicidad, raramente se consideran motivos por los cuales una mujer pueda pedir el divorcio.

—Te lo aseguro, espero no enamorarme nunca —decía la joven iraní Arezu, echando atrás con impaciencia los encantadores rizos negros que escapaban de su magneh—. ¿Sabes por qué? Porque cuando una chica se enamora pierde su buen juicio. Sí, seguro, se pueden establecer todo tipo de condiciones en el contrato de matrimonio, pero ¿quién lo hace? Siempre dices: «Ah, él me quiere, nunca me hará daño». Las he visto. Las he visto ir con esa estúpida sonrisa en la cara a correr el mayor riesgo que se pueda dar en la vida.

Para algunas mujeres, por supuesto, el riesgo valía la pena. La pareja más feliz que conocí resultó ser también la de los más estrictos observantes musulmanes que nunca había visto. Jadiya era una joven shií kuwaití cuyo matrimonio había sido arreglado. Había consentido al enlace sin conocer a su prometido, poniendo la única condición de que él debía permitirle continuar sus estudios. Durante el compromiso, la pareja se las arregló para conocerse en secreto, y vieron que se gustaban enormemente el uno al otro.

El marido de Jadiya era un importador que hacía la mayoría de sus negocios con Irán. Cuando viajaba a Teherán, siempre llevaba a Jadiya y a sus hijos con él. Su idea de una noche de diversión era ir a una de las husseiniyyas de Teherán (centros de estudio shiíes) para oír a un mullah radical leer sobre la revolución islámica. Los dos, por supuesto, se sentaban separados... Jadiya con su tupido hijab negro siempre en la parte de atrás con las otras mujeres, donde su presencia

no podía distraer a los hombres.

Algunas veces había ido a buscar a Jadiya a su habitación del hotel, y encontraba a su marido allí, cuidando a los niños, mientras ella se pasaba el día leyendo en uno de los colegios islámicos de mujeres. El suelo de su habitación siempre estaba cubierto completamente de sábanas recién lavadas, para que los bebés, al revolcarse y jugar en el suelo, no se contagiaran de los gérmenes de la alfombra, que podían haber pisado extraños que no se quitaban los zapatos al entrar en la habitación.

Cuando Jadiya decidió hacer estudios de postgrado en Londres, su marido rápidamente arregló sus negocios para adaptarse a ella. Ninguno de los dos se demostraba afecto físico en presencia de terceros. Pero había electricidad en las miradas que intercambiaban y calidez en la forma en que se hablaban el uno al otro, lo que hacía bastante obvia la intensidad de sus relaciones. Cuando le pregunté a Jadiya por qué su matrimonio funcionaba tan bien cuando tantas otras relaciones parecían vacías, ella sonrió.

—Mi marido es un buen musulmán —dijo—. El sabe la que dice realmente el Corán de las relaciones entre hombres y mujeres, y vive de acuerdo con ello. Es así de sencillo.

Al volver a Egipto, Sahar, mi ayudante, se había comprometido. Pocas semanas después de empezar a vestir el hijab, llegó al trabajo impaciente por contarme sus noticias. Rebosaba de alegría cuando me enseñó la foto de su prometido. Era un pediatra recién licenciado y primo segundo suyo. La foto mostraba un rostro joven, grave y atractivo, con la tupida barba negra de los devotos musulmanes.

Sahar le conocía desde hacía años, y le veía a menudo en las reuniones familiares. Pero nunca le había considerado un posible pretendiente. En la universidad, él había sido muy activo en los grupos islámicos, e incluso se arriesgó a la prisión por sus opiniones en un tiempo en que el gobierno mantenía a los islamistas estrechamente controlados. «Siempre supe que él sólo se casaría con una chica que llevase velo», dijo Sahar. Después de verla con el velo en una fiesta familiar, les dijo a sus padres que le gustaría hacerle proposiciones.

Como muchos jóvenes profesionales egipcios, el prometido de Sahar no había encontrado ningún trabajo bien pagado en Egipto. Por lo tanto, había aceptado un trabajo en Arabia Saudí y tendría que pasar allí varios meses antes de

poder mantener a una esposa.

Antes de su compromiso, la solicitud de Sahar para ir a Harvard había sido aceptada. Ella podía haber usado ese retraso para tomar la plaza que le habían ofrecido en una escuela universitaria. Pero la rechazó.

Para una mujer devota musulmana, explicó, no sería adecuado vivir sola en una ciudad americana. Su nuevo plan era profundizar en los estudios islámicos en una de las escuelas segregadas para mujeres de Arabia Saudí.

Antes de que su novio se fuese a Arabia Saudí, la familia de Sahar dio una lujosa fiesta de compromiso. Sahar se sentó en un trono cubierto de flores y recibió como regalo unas joyas de su futuro marido que formarían parte de su dote.

—Mi tía quería que me quitase el hijab para la fiesta —confesó ella después—. Dijo: «Querrás estar bonita para tu compromiso».

Sahar mantuvo sus opiniones y se sentó en el trono con el cabello envuelto en un pañuelo de satén blanco.

De pronto pareció que los pañuelos de Sahar no iban a ser suficientes para satisfacer a su prometido. Al cabo de unas semanas de llegar a la atmósfera austeramente religiosa de Arabia Saudí, telefoneó a Sahar, sugiriéndole que alargara sus vestidos, que le llegaban a la pantorrilla, hasta el suelo, y que se pusiera calcetines para cubrir sus pies calzados con sandalias.

—Le dije que todavía no estaba preparada para eso. Le dije que quería ir despacio, para estar segura de lo que hacía —dijo—. Vi a otras mujeres ponerse enseguida guantes y velos faciales, y pocos meses después no podían soportarlo. No quiero ponerme nada que luego quiera quitarme.

A medida que pasaban los meses, me preguntaba si su prometido no se estaría dejando arrastrar a un islamismo demasiado estrecho para admitir la mentalidad abierta de Sahar, no importaba lo correctamente velada que fuera.

Mientras tanto, bajo sus informes ropas, ella empezó a engordar. El ascensor de nuestro edificio de apartamentos era tan antiguo que podía estar en el museo egipcio. Estaba averiado con la misma frecuencia con que funcionaba. Sahar empezó a encontrar que los seis tramos de escaleras eran una creciente mortificación. Sudando, se dejaba caer en la silla de su escritorio y me pedía que pusiera el aire acondicionado, incluso las mañanas menos calurosas. Como sus

ropas le hacían sufrir más el calor, ya no disfrutaba acompañándome cuando salía a hacer reportajes. Pronto perdió su forma física hasta el punto de no poder andar más de una manzana sin jadear. Parecía estar haciéndose vieja ante mis ojos.

Las llamadas de Arabia Saudí traían invariablemente malas noticias. El centro médico que había contratado a su novio no tenía pacientes. Tenía que esperar a ver si los negocios mejoraban antes de poder fijar la fecha de la boda. Como no sucedió así, empezó a buscar un trabajo mejor. Pero pasaban los meses y no había encontrado ninguno.

Había otros pequeños desengaños. Una vez, pocos meses antes de que adoptara el hijab, Sahar trajo una cinta de vídeo de la boda de su mejor amiga para enseñármela. Era una típica fiesta de la clase alta egipcia, que tuvo lugar en el Nile Hilton. Unas bailarinas hacían piruetas con candelabros en la cabeza; tambores y gaitas proporcionaban la música. Todo el mundo vestía de forma recargada.

Sahar dijo que se había gastado sesenta libras (el sueldo mensual de un funcionario) para arreglarse el pelo. Miraba la película con la boca abierta y los ojos brillantes. Su expresión me recordaba a la de mi sobrina de cinco años cuando le contaba un cuento de hadas. No podía creer que esa mujer sería, destinada a Harvard, admirase esa muestra de ostentación. Pero así era. «Dios quiera que yo tenga una boda como ésa», dijo.

Pero al parecer Dios, o al menos su devoto novio, tenía otros planes.

Su boda, decidió él, sería sencilla y austera.

—Supongo que él tiene razón —decía Sahar insegura—. En esas grandes bodas, nadie dice nada bueno de la novia ni de su familia. Si no es lo suficientemente lujosa, critican su tacañería. Si es muy lujosa la critican por mostrarlo. —Su novio incluso se había apropiado de la tarea de comprar el vestido de novia—. Los vestidos son mucho mejores en Arabia Saudí —dijo Sahar esperanzada. Podía ser, pero no acertaba a imaginar qué tipo de ropa iba a elegir un islamista para su novia—Ninguno de mis amigos egipcios parecía tenerlo fácil para elegir pareja. Era como una carrera para ver quién se casaría primero: Sahar la islamista, que había arreglado más o menos su propio matrimonio, o mi muy antiislamista amiga, a quien se lo iban a arreglar. En árabe su nombre correspondía a una flor muy bella, por lo tanto la llamaré Rose. Ella era especial, incluso en el refinado mundo de los ricos cairotas educados a la occidental. Como muchas de las egipcias solteras, vivía en casa con sus padres pero, a diferencia de casi todas las

mujeres jóvenes, tenía un trabajo que requería viajar sola al extranjero.

En uno de esos viajes se había enamorado de un americano radicado en París y, cuando la conoció, estaban viviendo un apasionado romance. Él le había pedido que se casaran, pero ella había rehusado. Aunque la rama sunní del Islam permite a los hombres casarse con otras monoteístas como cristianas o judías, no ofrece la misma libertad a las mujeres. Ya que el Islam se transmite a través de la línea paterna, los niños de padres no musulmanes están perdidos para la fe. El amante de Rose venía de una familia cristiana islamista y adujo que su conversión mataría a su madre. Por su parte, Rose creía que casarse con un cristiano causaría una ruptura completa con su familia.

—Viviría en pecado —explicaba—. Y de cualquier forma, quiero casarme con un musulmán. Quiero que mis hijos se llamen Omar y Abdullah. Quiero presentarme ante el jeque y tener un banquete de bodas con bailarinas y tambores. No quiero ir a escondidas ante algún burócrata francés para una furtiva ceremonia civil.

El problema religioso finalmente acabó con el romance. Al mismo tiempo que un corazón roto, Rose tenía la torturadora ansiedad de una mujer egipcia que pasaba de los treinta y se dirigía paulatinamente hacia una irreversible soltería.

—Fui a ver a mi padre y le dije: «Está bien. Estoy de acuerdo. Siempre has querido arreglar un matrimonio para mí, así que mira lo que puedes hacer. Tráemelos».

Rica, inteligente y bella, con los grandes ojos de cierva alabados por los poetas árabes, Rose lo tenía todo. Usando su amplia red de extensa familia y contactos de negocios, sus padres pronto reunieron una larga lista de pretendientes, y Rose la manejó tan enérgicamente como un piloto realizando una revisión antes del vuelo. Su primer encuentro fue con un joven médico que llegó a casa de Rose con su padre, y se sentó junto a ella y casi toda su familia para tomar el té.

—Le pregunté dónde había viajado y me contestó que a Alejandría y a Ismailía ¡Alejandría e Ismailía! ¿Cómo puede alguien llegar a la edad de treinta y dos años y no haber viajado nunca fuera de Egipto? Su familia es rica, podía haber ido adonde quisiera. Nunca podría ser feliz con alguien tan poco aventurero.

Después de eso, ella vetó los encuentros en casa.

—En los primeros cinco minutos podía haberle dicho que todo era inútil, pero tuve que aguantar allí, educadamente, perdiendo la tarde entera. —Ella insistió en entrevistarse con sus pretendientes en sus oficinas—. Normalmente no duran ni media hora —informó después de unos pocos encuentros desearazonadores.

El joven y adinerado hijo de una familia de comerciantes sobrevivió a la primera entrevista y parecía prometedor. Rose incluso pasó unas vacaciones de tres semanas estrechamente supervisadas en Los Angeles, con la familia de él.

—Me enamoré... de América —dijo a la vuelta; pero no de su pretendiente—. Quería que me apeteciera hacer todo lo que a él le apetecía —dijo—. Si no me gustaba la película que él estaba viendo, era un desastre. Y no le gustaba que yo no bebiera alcohol. Dijo que cuando volviera a casa al final de la jornada le gustaría compartir una cerveza conmigo. Yo le dije: «Me tomaré una Coca-Cola y tú una cerveza; así también compartiremos el momento». El dijo: «Sí, pero no compartiremos la cerveza». Era todo bastante ridículo.

En el ministerio egipcio de Asuntos Exteriores, uno de sus aspirantes a esposo, un joven diplomático, se estaba preparando para su primer destino en el extranjero.

—Hubiera sido perfecto —suspiró Rose con añoranza después de su breve cita—. Era ingenioso y cosmopolita. Pero llevaba las uñas sucias.

—Rose —le dije, incrédula—, ¿me estás diciendo que le has rechazado porque llevaba las uñas sucias? ¡Por Dios! Siempre podías hacer que se las limpiara.

Ella levantó la cabeza y me miró tristemente con sus grandes ojos oscuros.

—Geraldine, tú no lo entiendes. Tú te casaste por amor. ¿Qué significan unas uñas sucias en alguien a quien amas? Pero si vas a casarte con alguien que no amas, todo, todo tiene que ser perfecto.

Me preguntaba si mi amiga palestina Rehab había esperado la perfección de su matrimonio arreglado. Si fue así, sólo podía imaginar la hondura de su decepción.

Rehab vivía en la cumbre de una colina al oeste de Jerusalén, en un antiguo pueblo de piedra que parecía prendido a la tierra por el alfiler del alto minarete de

su mezquita. Para llegar allí, había que pasar a través de las grúas y excavadoras de media docena de nuevos asentamientos judíos. El más cercano, un kibbutz, estaba justo al otro lado del valle, con sus modernas espalderas vegetales entrelazadas a través de los antiguos huertos árabes, como los dedos que se entrecruzan para echar un pulso.

Cada vez que iba al pueblo buscaba a Rehab y Mohamed. Rehab era una joven diminuta y llena de animación que trabajaba como peluquera, yendo de casa en casa para embellecer a las mujeres del pueblo para las bodas y los días de fiesta. Ella estaba al día de todas las noticias femeninas de su localidad. Su marido, Mohamed, era un exuberante tendero, macizo, de musculosos antebrazos, con una mata de espesos rizos oscuros y sonrientes ojos castaños. Le gustaba gastar bromas en su colorido y quebrado inglés. Yo había estado en su casa un par de veces con Tony. Compartimos la comida, jugamos con su hija de cuatro años, y admiramos las nuevas cooperativas que habían creado para los «Pollos de la Liberación Palestina» que les liberarían de la dependencia del producto israelí.

A Tony y a mí nos gustaba convivir con los palestinos. Son gente de buen humor, abierta, que parece carecer de la conciencia de clase de los egipcios y la reserva de los árabes del Golfo. Lo que más nos chocaba era la relación tan fluida que hay entre hombres y mujeres.

Las mujeres estaban en las manifestaciones contra la ocupación israelí, en los hospitales tratando a los heridos, y en casa, en torno a la mesa, discutiendo de política con los extranjeros en voz alta igual que los hombres. La casa de Mohamed y Rehab parecía siempre llena de amigos de ambos sexos, y Tony y yo éramos igualmente bienvenidos.

Un precioso día de fines de verano llegué sola al pueblo, y encontré a Mohamed en su tienda de la pequeña calle principal. Parecía distraído y preocupado. Había estado impaciente desde mi última visita, dijo, porque quería preguntarme algo importante.

Necesitaba una segunda esposa. No podía mencionar sus planes a nadie en el pueblo porque sus vecinos, como la mayoría de los palestinos en esa época, consideraban la poligamia como algo atrasado. Además, si Rehab sabía de sus intenciones se pondría furiosa. ¿Conocía yo acaso a alguna mujer extranjera que quisiera casarse secretamente con él? ¿Podría obtener él un visado para salir del país y encontrar a alguien?

No, dije, aturdida por sus preguntas. No conocía a nadie, y los visados eran difíciles de arreglar sin tener parientes en el extranjero. Mohamed pareció encolerizado por mi respuesta.

—¿Crees que soy un hombre pobre? ¡No lo soy! —exclamó, levantándose bruscamente y arrastrándome por el brazo detrás del mostrador de su tienda. Quitando algunas cajas de productos, extendió el brazo en la oscuridad y sacó las manos llenas de oro. Reconocí las joyas: recargados brazaletes y collares hechos por los orfebres de los países del Golfo especialmente para dotes nupciales. Era todo oro puro, sólido, de 22 o 24 quilates, porque los compradores árabes insisten en ello.

—Le daré todo esto a ella. Es que tengo que tener un hijo. A mi mujer, después de tener a nuestra pequeña, tuvieron que operarla y no puede tener más hijos. No soy nada en este pueblo sin un hijo. —Su voz se quebró—. Por favor, tienes que ayudarme. ¿Podrás encontrar a alguien para mí?

«Que tu matriz se seque» es una de las peores maldiciones árabes que se puede pronunciar. Rehab había sido realmente maldita. No había ninguna forma de que Mohamed pudiera haber reunido el dinero para comprar su secreto tesoro sin escatimarle a su familia. Me imaginé las mentiras que habría tenido que decir, al negarle a ella todos los pequeños lujos. Cuatro años de privaciones: el castigo por haber tenido sólo una hija.

Recordé entonces que nunca había oído el kunya de Rehab, su designación como madre. Las mujeres árabes no toman el nombre de sus maridos al casarse, pero ambos, hombre y mujer, toman el nombre de su primer hijo. Son nombrados por sus amigos a partir de entonces como «Umm Faris» o «Abu Aziz» («Madre de Faris» o «Padre de Aziz»). Rehab, ahora estéril, nunca tendría kunya. Mohamed podría tenerlo si una nueva esposa le daba un hijo.

Me asombraba que los musulmanes, que tienen en tanta estima imitar a su profeta, no quisieran emularle en algo tan fundamental como tener hijas. Se sabe que Muhammad tuvo tres o cuatro hijos, dos o tres de Jadiya y uno de una concubina egipcia llamada María. Ninguno sobrevivió a la infancia. En cambio, el profeta tuvo cuatro hijas, a una de las cuales, Fatima, él ensalzó como un ser humano perfecto.

«Fatima —dijo—, es parte de mí. Quienquiera que la hiera, me hiere a mí, y quien me hiere, hiere a Dios.» Fatima fue la única de sus hijas que le sobrevivió.

El Corán, mientras tanto, contiene un mensaje contradictorio sobre las niñas. Ordena el fin del infanticidio femenino. Uno de sus más bellos y poéticos versículos contiene una conmovedora referencia a la práctica, entonces muy extendida en Arabia: «Cuando el sol se oscurezca, cuando los astros se empañen, cuando los montes se pongan en marcha, cuando las camellas de diez meses sean abandonadas, cuando las fieras sean reunidas, cuando los mares entren en ebullición, cuando las almas se emparejen, cuando se interrogue a la víctima acerca del pecado que motivó que se la matara, cuando las páginas sean abiertas, cuando el cielo sea destapado, cuando el Infierno sea atizado, cuando el Paraíso sea acercado, toda alma sabrá lo que presenta».

Pero en otro lugar, en una discusión sobre los adoradores de ídolos, el Corán se burla de la adoración de las gentes de la Meca a tres diosas conocidas como «las hijas de Alá». ¿Por qué, pregunta, hubiera tenido Dios hijas, cuando hasta los insignificantes humanos pueden tener hijos, que son más deseables?

Cuando Mohamed extendió sus manos llenas de oro bajo mi nariz, parecía estar al borde de las lágrimas. Para calmarlo, murmuré algo acerca de conseguir unos visados. Su ánimo se levantó inmediatamente.

—Bien —dijo, sonriendo ampliamente—. Ahora tengo algo más que enseñarte.

Había cosntruido un escondrijo especial encima de la tienda, desde el cual podía espiar a las patrullas de tropas israelíes. Aliviada por volver a lo que yo pensaba era el sólido terreno de los reportajes, subí por la escalera de mano a su escondite y complací su insistencia de que me tumbara en el delgado colchón junto a la mirilla para examinar la clara visión de la calle. Cuando se echó a mi lado para señalar una bandera palestina en el tendido eléctrico, me puse en pie inmediatamente y volví a bajar a la tienda.

Tenía una noticia más para mi artículo, según dijo. Los israelíes habían impuesto restricciones de agua, pero la gente las había soslayado descubriendo algunas cisternas de la época de los romanos en los alrededores del pueblo. Quería enseñármelas. Subimos en su oxidado camión y salimos traqueteando.

Las cisternas estaban bien escondidas, en la base de una hilera de desmoronados bancales de olivares abandonados. Trepé por el suelo rocoso y Mohamed me alcanzó para ayudarme. Su mano aterrizó firmemente en mi trasero. Pensé: es un error. No lo ha hecho a propósito. Sin decir nada, traté de soltar sus

dedos. Pero él rechazaba mi mano, estrechando su apretón en un estrujamiento crudo y nada ambiguo.

Entonces, sujetándome los brazos, me inmovilizó con un súbito abrazo que era más como una presa de lucha libre. Su pesado cuerpo me abrumaba y me hizo caer, dando traspiés, contra la pared de viejas piedras. Él se restregaba contra mí y yo apenas podía respirar bajo su peso. No podía recuperar el aliento para gritar, y no había nadie cerca de aquel sitio que pudiera oírme. Retorciendo un brazo libre, empecé a golpearle con el puño, pero él parecía no darse cuenta. Se esforzaba por coger el borde de mi camisa y trataba de levantarla tirando con fuerza sobre el abdomen. Su otra mano tiraba de la pretina de mi pantalón.

—Deberías ver lo que le hicieron a mi mujer... aquí, justo aquí, la abrieron... es tan feo que no puedo mirarlo. No quiero hacer el amor a un cuerpo como ése.

De repente, un ruido de piedras que caían hizo que Mohamed levantase la vista. Los vacuos ojos de una oveja se le quedaron mirando fijamente. Un rebaño se abría camino lentamente a través de la terraza superior. Detrás del rebaño alguien pastoreaba, quizás algún niño del pueblo. Mohamed no quería que nadie presenciara aquello. Cuando su presa se aflojó yo recuperé el equilibrio, salté de la colina pedregosa y me dirigí hacia la carretera. Nunca más volví a verle.

No sé si Mohamed llegó a encontrar su segunda esposa. Pero a unos pocos kilómetros de allí, en un campo de refugiados palestino, conocí a una familia en la que el hombre había hecho una elección similar y llevó a una segunda esposa al hogar familiar de su primera mujer.

Los conocí en el invierno de 1987, justo unas semanas después de que hubiera empezado el levantamiento palestino. Yo iba conduciendo por entre una espesa y helada lluvia cuando un pedazo de cemento golpeó con estrépito en el capó de mi coche y se deshizo en fragmentos contra el parabrisas. El coche dio un bandazo en el asfalto mojado por la lluvia y luego unas cuantas vueltas hasta detenerse a unos centímetros del ancho tronco de un antiguo cedro. En el espejo retrovisor vi un destello rojo. Un grupo de jóvenes, con las caras envueltas en kaffiyehs a cuadros rojos, estaban en lo alto del montón de grava a la entrada del campamento.

Salí del coche y corrí hacia ellos. Pensando que yo era un colono armado israelí, se dispersaron como pájaros sobresaltados.

—Por favor —dije, en árabe—. No tengo armas. Soy periodista y quiero hablar con vosotros.

Uno de los jóvenes volvió a aparecer encima del montón de grava.

— ¡Fuera de aquí! —gritó en perfecto inglés—. ¡Hay gente en este campamento que podría matarte!

Me quedé allí y le pregunté si podía entrevistarle.

—Estoy demasiado ocupado ahora —dijo, observando la matrícula de un camión que pasaba para ver si era amarilla, para los israelíes, o azul para los palestinos—. Y si empiezo, nunca acabaría. —Se acercaba un Fiat con matrícula amarilla. El muchacho tomó impulso y lanzó el trozo de cemento al parabrisas. Se quedó corto—. No ha sido un buen día para mí —dijo—. He averiado pocos coches.

El aullido de una sirena del ejército que se aproximaba le indicó que el día aún podía empeorar. Gritando órdenes a sus tres cómplices, el chico se volvió y corrió hacia el campamento, con el kaffiyeh enrollado apretadamente en torno a la cara para prevenir la identificación de los informadores. Me volví y caminé lentamente hacia la calle principal del campamento, oyendo a mi espalda la conmoción que se organizó cuando un jeep israelí patinó, se detuvo y vació sus tropas a la entrada del campamento. Unas cuantas manzanas más allá, vislumbré un destello rojo en la ventana de un edificio medio derruido. Era el chico. Con el dedo sobre los labios, me indicó que le siguiera.

Trepando por los guijarros, nos dirigimos por entre callejuelas traseras a una ancha puerta de metal incrustada en una pared de cemento. El chico dio unos golpes suavemente en el metal y la puerta se abrió. Dos pares de manos de mujer lo arrastraron por el cuello de la chaqueta, le quitaron rápidamente la camiseta y la chaqueta y le echaron encima ropa de recambio.

—Es por si alguien me ve —dijo—. Esta es Rahme, mi madre —dijo, presentando a la más menuda de las dos mujeres mientras se arreglaba el cabello despeinado—. Y ésta —dijo, volviéndose a la otra mujer—, es Fatin, también es mi madre. Bueno, no mi madre... perdone, no sé la palabra inglesa... está... casada con mi padre después de mi madre.

—¿Dana? —dije yo. Segunda esposa. La palabra árabe viene de la raíz «dañar», «herir».

—Sí —dijo él—. Segunda esposa.

Con quince años, el chico, Raed, era el mayor de catorce hermanos.

Como las autoridades israelíes habían cerrado las escuelas, todos estaban en casa aquel día húmedo, apretujados en el cuchitril de-cuatro habitaciones. El frío se colaba a través de los desnudos suelos de hormigón y la lluvia se filtraba por el tejado agrietado. La mayoría de los niños tenían la nariz moqueante. Durante los seis años siguientes visité a la familia a menudo, algunas veces incluso me quedé a dormir en una delgada colchoneta en el suelo, encajada entre Rahme y Fatin y las hermanas de Raed. Raed y sus hermanos dormían con su padre, Mahmoud, en otra habitación.

Claro que, dado el número de niños en la casa, los arreglos nocturnos no podían ser siempre así. Ya que era imposible mantener una conversación privada en aquella casa atestada, no podía tocar un tema tan delicado con Rahme o Fatin. Le pregunté a una amiga que vivía en un entorno parecido cómo se las arreglaba la gente en situaciones similares para tener relaciones sexuales. Lo que me describió era deprimente:

—Si hay tres habitaciones, las mujeres duermen en una, los chicos en otra, y el marido y la mujer con la que desee tener relaciones sexuales dormirán en la tercera habitación —dijo—. Pero en algunas casas de los campamentos no hay tres habitaciones, por lo tanto el acto es una rápida y silenciosa manipulación en un rincón, esperando que los niños no estén despiertos. Por supuesto, ninguno de ellos se desnuda jamás.

Al principio visité el campamento para escribir sobre el levantamiento. Pero en seguida me encontré más involucrada en la historia de Rahme y Fatin. Hay una conmovedora canción popular beréber acerca de la llegada de una segunda esposa, y yo pensaba en ella cada vez que los visitaba:

ha extraña ha llegado; ella tiene un sitio en la casa,

Sus tatuajes no son como los nuestros,

Pero es joven, es bella, justo lo que quería mi esposo;

Las noches no son lo bastante largas para su juego,

Desde que ella llegó, la casa no es la misma,

Como si los umbrales y las paredes estuvieran de mal humor;

A veces soy la única que lo nota,

Como una muía ante su pesebre vacío.

Pero debo aceptar mi nuevo sino,

Ya que mi esposo es feliz con su nueva mujer.

Una vez yo también fui hermosa, pero mi tiempo ha pasado.

Para un extraño, la relación entre Rahme y Fatin parecía tener poco que ver con esa triste canción. Las dos mujeres parecían más hermanas cariñosas que amargadas rivales. Mientras Fatin cocinaba, Rahme cosía.

Mientras Rahme hacía el pan, Fatin vigilaba a los pequeños. Cuando finalmente cogieron a Raed después de tirar un cóctel Molotov contra unos soldados israelíes, fue Fatin, y no Rahme, su madre, quien apareció ante el tribunal para apoyarle. Y cuando también Mahmoud fue metido en la cárcel en un control rutinario de seguridad, las dos mujeres se apoyaron la una en la otra para esperar los seis largos meses hasta su liberación. Durante todo el tiempo que estuve en su casa nunca oí una mala palabra entre ambas.

Fue Raed quien me enseñó a mirar con más profundidad. Raed pasó cinco años en la cárcel por su participación en el levantamiento.* Cuando fue liberado, en febrero de 1993, el orgulloso quinceañero que apedreó mi coche se había convertido en un solemne veinteañero que celebraba su nueva libertad dando largos paseos por las colinas pedregosas de Cisjordania. En uno de esos paseos se paró a hablar durante unos minutos con una mujer que conocía un poco.

—Su vida es miserable —dijo, mientras volvíamos. Me contó la historia del matrimonio desgraciado de la mujer, el repudio final de su marido, y su vuelta con sus padres. Los hijos de ella, por supuesto, se quedaron con el padre—. Es la historia de mi madre —añadió Raed—, excepto por el final.

La historia de Rahme empezó en Jordania. En 1972, la madre del padre de Raed llegó allí con su hija, que había sido prometida en matrimonio a un pariente de Ammán. En Jordania, la madre conoció a Rahme, una devota joven de mejillas sonrosadas cuya pequeña estatura la hacía parecer mucho más joven de sus diecisiete años. Llevó a la joven a su casa para casarla con su hijo Mahmoud, de

quince años.

—¿Qué sabía él a los quince años? Nada —dijo Raed—.

* La autora se refiere a la Intifada (9-12-1987 - 11-9-1993). (N. del E.)

Para él, ella era una buena chica, una chica muy agradable. Pero ¿cómo podía amarla?

Ni siquiera la conocía.

Al cabo de un año nació Raed. Su hermano Murad vino un año y medio después, y dos hermanas en los tres años siguientes. Rahme estaba embarazada de su cuarto hijo cuando se enfrentó al hecho de ser la comidilla del campamento. Mahmoud se había enamorado de Fatin, una joven muy hermosa de dieciocho años que acababa de mudarse con unos parientes suyos al campamento.

Las dos mujeres no podían ser más diferentes. Mientras Rahme era tímida y devota, Fatin era extrovertida y políticamente activa. Rahme era apocada e insegura, Fatin era risueña y se hacía valer. Fatin, alta e irradiando seguridad, parecía eclipsar a la menuda Rahme.

Finalmente, Mahmoud vino a casa con la noticia que Rahme había temido. Le había hecho una propuesta a Fatin, y ella había aceptado.

Rahme le dijo que podría divorciarse si quería.

Sabía que divorciarse significaba dejar para siempre Cisjordania y volver a Jordania con su familia. De algún modo, eso habría sido un alivio.

En seis años, el joven Mahmoud se había convertido en un hombre de temperamento violento e impetuoso y a veces les pegaba a ella y a Raed, que ya desde pequeño mostraba un carácter obstinado y un gran coraje. Vivir con él como única esposa había sido bastante duro: no podía ni imaginar las humillaciones y penas que podrían derivar de verse relegada a un segundo puesto por una mujer a la que su marido amaba realmente.

Pero cuando miró a Mahmoud y le dio su respuesta, no era la que él esperaba oír.

—No quiero divorciarme de ti —le dijo, tranquilamente. Bajo la ley islámica,

el divorcio significaba dejar a los niños para que fueran educados por Mahmoud y su nueva esposa—. Quiero conservar mi familia —dijo ella—. ¿Me lo permitirás?

Mahmoud era irascible y egoísta, pero no tan cruel como para obligar a Rahme a abandonar a sus hijos. Si Rahme quería quedarse, dijo, continuaría manteniéndola. Pero tendría que contentarse con ser su esposa sólo de nombre. Aunque el Corán diga que un hombre debe tratar a todas sus mujeres igualitariamente, Mahmoud dejó bien claro que era Fatin, y sólo Fatin, la que le atraía sexualmente. Al elegir quedarse, Rahme, a la edad de veintitrés años, estaría eligiendo una vida de celibato en un cuchitril atestado junto a una mujer por la cual su marido sentía una apasionada atracción erótica. Mahmoud dijo que echaría la culpa a Rahme si la relación entre las dos mujeres no era plácida y amistosa.

Rahme se tragó sus lágrimas y aceptó las condiciones de Mahmoud.

Pocas semanas después se puso su mejor vestido bordado y bailó al son de los tambores en la boda de su marido.

Cuando volví a aquella casa, de repente empecé a ver las cosas de otra manera. Rahme estaba en un rincón, cumpliendo sus oraciones de mediodía, mientras Fatin reía estrepitosamente con Mahmoud. Fatin estaba embarazada de su decimoprimer hijo, y complacida por el obvio orgullo de Mahmoud por su condición.

Raed lo aprobaba menos. Como los trabajos de su padre en la construcción eran irregulares, Raed trabajaba catorce horas al día en una fábrica de zapatos para ayudar a mantener la familia.

—¡Es tonto! —se enojaba—. No puede mantener a todos los hijos que tiene, y sigue teniendo más y más.

Fatin estaba criando a un recién nacido cuando la conocí en 1987.

Mientras hablaba a Raed de la Intifada, ella se sentó en un rincón de la habitación con el niño al pecho. Sólo nos había interrumpido una vez, cuando el inglés de Raed tropezó con la palabra «paz». Yo le había preguntado si los palestinos del campo querían aceptar la paz con Israel. Como no entendía bien la palabra, intenté usarla en árabe, salaam.

—¡La salaam! —exclamó Fatin repentinamente—. ¡No hay paz! ¡La gente de este campamento quiere la guerra!

Entonces me di cuenta de que Fatin podía ser una oponente formidable si alguien le llevaba la contraria.

Los múltiples embarazos de Fatin la habían despojado de su lozanía juvenil. Me mostró los huecos que habían dejado en su boca los dientes que se le habían caído durante el último. Aun así, era un precio que ella parecía estar dispuesta a pagar para retener la atención de su marido, y subrayar su diferencia de estatus con Rahme.

—Mi madre aguanta sólo por nosotros —dijo Raed—. En cuanto mis hermanas hayan acabado la escuela y yo pueda mantenerlas, no tendrá que soportar esto nunca más.

Me pregunté, sin embargo, si los complicados lazos familiares podrían romperse tan fácilmente. El mismo Raed decía que no diferenciaba entre sus hermanos verdaderos y sus medio hermanos y hermanas. Los quería a todos por igual, y se sentía responsable de protegerlos a todos de su caprichoso padre. Sus sentimientos por Fatin también eran complejos.

—No puedo decir que odie a esa mujer —me dijo—. La odio sólo por ser la causa del sufrimiento de mi madre, no por sí misma.

En uno de los escasos momentos privados, cuando intenté preguntarle a Rahme por sus sentimientos, su cara rosada se iluminó con una enigmática sonrisa. Tomó mis manos entre las suyas agrietadas y estropeadas por el trabajo y murmuró simplemente: «Insha'allah (Como Dios quiera)». Entonces volvió a lavar y a hacer sus plegarias, mientras la vida doméstica remolineaba a su alrededor. A los pocos momentos, siguiendo el ritual de la oración, se arrodilló y tocó con la cabeza en el suelo.

Su religión, después de todo, era el Islam... la sumisión. Según creía yo, sus reglas le habían exigido a ella mucha sumisión.

Las mujeres del profeta

«¡Mujeres del Profeta! No sois como las otras mujeres».

El Corán Azora XXXIII: «Los partidos»

Estaba jugando en el columpio cuando su madre la llamó. Viendo que tenía la cara sucia, su madre se la restregó con un poco de agua para quitarle la mugre. El columpio la había dejado sin aliento, así que las dos esperaron unos minutos en la puerta de la casa hasta que se recobró.

Dentro, su padre y sus amigos esperaban. Su madre la puso en el regazo de uno de ellos, entonces todos los demás se levantaron y salieron de la habitación.

Aisha tenía nueve años, y ese día, en la casa de sus padres, consumó su matrimonio con el profeta Muhammad, que tenía unos cincuenta.

Diez años después, él moría en los brazos de ella.

Hoy en día, si se le pregunta a un musulmán sunní sobre Aisha dirá que fue el gran amor de los últimos años de Muhammad, una formidable maestra del Islam, una heroína de la batalla. Pero si le preguntamos a los shiíes, describirán a una intrigante celosa que destruyó la paz doméstica del profeta, conspiró contra su hija Fatima, espió en el hogar y fomentó una trágica lucha de facciones que dejó a la nación musulmana permanentemente dividida.

Aisha («Vida» en árabe) es uno de los nombres de niña más populares en el mundo musulmán sunní. Pero entre los shiíes es un término que se usa como insulto. Cuando una niña shií se porta mal, su madre probablemente la recriminará con el grito de «¡Tú, Aisha!» Aisha se fue a vivir con Muhammad en el año 622 del calendario cristiano (el primer año de la Hé-gira para el cómputo musulmán). Mil trescientos sesenta y seis años después, un entrevistador de «Hello Good Morning», un programa de radio en directo de Irán, abordó a una mujer en una calle de Teherán y le preguntó quién era su modelo como mujer. Ella contestó que era Oshin, la heroína japonesa de una serie televisiva que había sobrevivido a todo

tipo de adversidades desafiando las tradiciones japonesas. El entrevistador preguntó a la mujer por qué no había nombrado a alguna de las mujeres o hijas del profeta como su modelo. Ella le contestó que esas mujeres pertenecían a una época muy lejana que no tenía ninguna relación con la vida moderna. El ayatollah Jomeini, que estaba oyendo la radio, se puso furioso y pidió que los productores del programa fueran azotados.

Se aplacó después, cuando una investigación demostró que los productores no habían obrado maliciosamente.

Por una vez, yo estaba de acuerdo con Jomeini. Las vidas de las mujeres e hijas del profeta son extremadamente relevantes para las mujeres islámicas modernas. La mayoría de las revelaciones del Corán sobre las mujeres llegaron a Muhammad inmediatamente después de los acontecimientos de su propia casa. Como las mujeres musulmanas modernas, sus mujeres tuvieron que enfrentarse a los celos de un hogar polígamo, los traumas de la guerra, las privaciones de la pobreza y los problemas de la reclusión y del hijab.

Para mí las pinturas íntimas de los badith sobre la vida en los apartamentos alrededor de la mezquita de Muhammad eran mejores que cualquier serie televisiva moderna. Nunca me cansaba de esas historias de intriga y romance. Aisha, indudablemente, era la estrella, pero las otras siete u ocho esposas del reparto representaban también vividas tramas secundarias.

Cuando la primera mujer de Muhammad, Jadiya, murió en el año 619, el profeta, de cuarenta y nueve años, quedó transido de dolor. La comunidad musulmana, especialmente las mujeres que cocinaban y lo cuidaban, creyeron que una nueva esposa atenuaría su pena. Pocos meses después de la muerte de Jadiya, la tía de Muhammad, Jawla, sugirió a su sobrino que volviera a casarse.

—¿Con quién debo casarme, oh Jawla? —preguntó Muhammad—. Las mujeres sabéis más de estas cosas.

Jawla le contestó que, si deseaba a una virgen, podía tomar a Aisha, la bella hija de su mejor amigo, Abu Bakr. Si deseaba a una mujer que no fuera virgen, estaba la viuda Saw-da, una mujer mayor que se había convertido tempranamente al Islam y era una seguidora devota.

—Ve —dijo Muhammad—, resérvalas a las dos para mí.

Se casó con Sawda y Aisha en rápida sucesión. Pero como Aisha tenía

entonces sólo seis años, el matrimonio no se consumó, y ella continuó con su familia. Nadie le dijo a la niña que había cambiado de situación. Cuando su madre repentinamente empezó a restringir sus juegos, Aisha recordaba después: «Sentí en mi corazón que estaba casada». En la época en que fue a vivir con Muhammad, los musulmanes habían huido de la persecución que sufrían en La Meca y establecido una comunidad en el exilio en la ciudad de Medina. Muhammad vivía en la mezquita que construyeron allí, una humilde estructura de adobes grises techada con ramas de palmera. Aisha y Sawda tenían una habitación cada una. Cuando Aisha se trasladó allí, se llevó sus juguetes consigo. Algunas veces, Muhammad la encontraba jugando con ellos. «¿Quiénes son estos?», le preguntaba Muhammad. «Los caballos de Salomón», o «mis muñecas vivientes», respondía ella. Si sus compañeras de juego huían, intimidadas, cuando él se acercaba, las llamaba amablemente y a veces se unía a sus juegos.

Muhammad, de acuerdo con numerosas descripciones físicas detalladas, era un hombre atractivo, de mediana complexión y con el cabello negro y ondulado, barba y ojos oscuros con espesas pestañas, y una radiante sonrisa que revelaba un hueco entre sus dientes incisivos. Era muy meticuloso con su cuidado, se perfumaba la barba y se cepillaba los dientes al menos cinco veces al día. Los únicos rasgos poco atractivos que tenía eran una cierta propensión a tener los ojos inyectados en sangre y una vena que sobresalía en la sien, y que decían se hacía más pronunciada cuando se enfadaba.

En el año o dos años siguientes a la llegada de Aisha, Muhammad se casó con tres mujeres más, todas viudas de guerra: Hafsah, la hija de veinte años de su amigo íntimo Omar; una mujer mayor, Zeinab, cuya generosidad le había ganado el sobrenombre de «Madre de los Pobres», y que murió sólo ocho meses después; y Umm Salamah, una famosa belleza cuya llegada causó a Aisha las primeras punzadas de celos que arruinarían el resto de su vida. Cuando Aisha supo del matrimonio con Umm Salamah dijo: «Estaba muy triste, porque había oído hablar mucho de su belleza». Llamó a la nueva esposa y la encontró «dos veces más bella y graciosa de lo que se decía que era».

Muhammad trataba de atenerse al principio divino de que un hombre debe tratar a sus mujeres igualitariamente. Tenía por costumbre ver a cada una de ellas, cada tarde, en una entrevista privada, pero cenar y pasar la noche sólo con una cada vez, en estricta rotación. Aisha encontró insatisfactorio este arreglo.

—Dime —le preguntó a él un día—, si tú acabas de comprar dos camellos, uno que ya ha pastado y el otro no, ¿a cuál alimentarás? —Muhammad replicó

que, por supuesto, al que no había pasado—. Yo no soy como el resto de tus esposas —replicó Aisha—. Todas ellas han estado casadas antes, excepto yo.

A veces, si Muhammad quería pasar un rato con una esposa fuera de turno, pedía permiso a la esposa cuyo «turno» correspondía. Pronto supo que era mejor no pedirle a Aisha que cediera su día. «Por mi parte —decía ella—, siempre se lo rehusé», e insistía en la visita prevista. Sensible a las necesidades de la joven, y quizás a los deseos del profeta, la madura Sawda cedió permanentemente su «día» a Aisha. Pero pronto la llegada de algunas esposas más dispersó la atención del profeta y la hizo más débil si cabe.

Los musulmanes arguyen que los muchos matrimonios de los últimos diez años de vida de Muhammad reflejaron la rápida expansión del Islam, y su necesidad de establecer alianzas con clanes diversos. Otras veces, dicen, sus elecciones reflejan compasión por las viudas necesitadas.

Ya que las mujeres abundan más que los hombres en las sociedades en guerra, afirman, seguramente es mejor para una mujer compartir un marido que no tener ningún hombre en su vida. Muhammad, dicen, estaba dando ejemplo al tomar las viudas a su cargo.

Los no musulmanes, particularmente los críticos más hostiles del Islam, han tomado un punto de vista diferente. Muhammad, dicen, era un hombre sensual, cuyo creciente poder y prestigio le dieron los medios necesarios para abandonarse a sus apetitos después de la muerte de su primera mujer, que había sido su patrona.

Estos críticos parecen pasar por alto la austeridad del hogar del profeta. Las habitaciones de adobe de la mezquita raramente podrían considerarse la morada de una persona sensual. Incluso cuando la comunidad musulmana se hizo más rica con los botines de las victorias militares, Muhammad continuó viviendo con sencillez e insistiendo en que sus esposas hicieran lo mismo. La pobreza que impuso en su propia casa fue la fuente de muchas disputas entre Muhammad y sus esposas.

Sin embargo, la visión devota de Muhammad como asistente social para las viudas necesitadas tampoco es enteramente convincente. Al menos un hadith indica que Muhammad sabía que la poligamia era perjudicial para las mujeres. Cuando su yerno Alí pensó en tomar una segunda esposa, el profeta expresó su preocupación por los sentimientos de su hija Fati-ma. «Lo que a ella le duele me

duele a mí», dijo a Alí, que abandonó la idea de otro matrimonio. (Los shiíes, que veneran a Alí y Fatima, desestiman este hadith. Sostienen que Muhammad nunca hubiera criticado una práctica que el Corán había declarado legal.) No todas las esposas de Muhammad eran casos patéticos o uniones políticamente ventajosas. La bella Umm Salamah ciertamente no era una necesitada. Ella había amado a su primer marido y, relucante a volverse a casar, había rechazado a un montón de pretendientes cuando Muhammad empezó su tenaz persecución. Ella rechazó al profeta al menos tres veces. «Soy una mujer de disposición muy celosa, y tú, oh mensajero de Dios, tienes muchas mujeres», dijo, como excusa para rechazarle. Muhammad replicó: «Rogaré a Dios para que desarraigue los celos de tu corazón».

A pesar de sus intentos de imparcialidad, la comunidad entera pareció haberse dado cuenta de que Aisha era la esposa favorita de Muhammad.

Los musulmanes que querían mandarle regalos de comida empezaron a programar sus presentes para los días que sabían que estaría en los aposentos de Aisha. Como la vida de Muhammad era tan humilde, esos regalos a menudo eran el único lujo con que contaba su hogar. Umm Salamah, por ejemplo, se sintió amargamente agraviada por la preferencia que mostraba por Aisha. «Veo que el resto de nosotras no somos nada», decía cuando llegaba otra cesta de comida el día de Aisha. Enfurecida, fue a quejarse a Fatima, la hija de Muhammad.

El matrimonio de Muhammad con una niña que era un año o dos más joven que ella misma debió de haber sido difícil para Fatima, tan reciente aún la muerte de su madre. Su propio matrimonio con el sobrino de Muhammad, Alí, fue arreglado en cuanto llegó Aisha. Tuviera sus semillas en desconocidas disputas infantiles o en la rivalidad entre el marido de Fatima y el padre de Aisha, Abu Bakr, por el puesto de lugarteniente de Muhammad, el caso es que se fraguó una intensa enemistad entre Aisha y Fatima. Finalmente, se concretó en el cisma sunní-shií que iba a dividir el Islam. Los temperamentos de las dos jóvenes no podían ser más diferentes. Fatima era modesta y tímida; Aisha era ingeniosa y habladora.

En cualquier caso, Umm Salamah supo dónde ir a buscar una alianza contra Aisha. Fatima le prometió a Umm Salamah que hablaría con su padre de su favoritismo. La respuesta de Muhammad debió de haberla chasqueado. «Querida hijita, ¿no amas a quien yo amo?», le preguntó.

«Sí, claro», respondió ella. Cuando continuó exponiéndole el caso, Muhammad la atajó. «Aisha —dijo— es la más amada de tu padre». Esto introdujo en la discusión a Alí, quien increpó a Muhammad por menospreciar a su hija

diciéndole que amaba a Aisha más que a nadie.

La acritud de la discusión debió de haberse intensificado, porque poco después Muhammad ordenó que la puerta entre los apartamentos de sus esposas y el de Alí y Fatima fuera sellada. (Los shiíes niegan que esta discusión incluso tuviera lugar: en su versión, Muhammad elogió a Fatima como una «hurí humana», o «ser casi divino»).

Aisha trató de arruinar subrepticamente a sus quejosas rivales con travesuras infantiles. Un día notó que Muhammad había permanecido más tiempo de lo normal en su visita vespertina a una de sus rivales, y que se tomó una bebida endulzada con miel, su golosina favorita. Aisha reunió a las otras mujeres y urdió una broma. Cuando Muhammad se detenía en los aposentos de las otras mujeres, cada una de ellas simulaba que su aliento olía mal. Muhammad, muy meticoloso sobre su cuidado personal, estaba preocupado y confuso. «¡Si no tomé más que miel!», exclamó. Las mujeres murmuraron que las abejas que hicieron la miel debían de haber sido alimentadas con una planta maloliente.

Después, Muhammad rechazaba la miel cuando se la ofrecían, hasta que la madura Sawda dijo a Aisha que la broma había ido demasiado lejos, y que el pobre profeta se estaba privando de uno de sus pocos placeres.

Una vez, Aisha y sus ayudantes conspiradoras realmente desbarataron uno de los intentos del profeta de añadir otra mujer a su creciente harén. Aisha se sintió herida cuando Asma, la bella hija de un príncipe, llegó con una complicada escolta para casarse con Muhammad.

Aisha y Hafsa, pretendiendo ayudarla, se ofrecieron voluntarias para vestir a la joven para su boda. Revoloteando alrededor de ella, intercambiaban «confidencias» acerca de los gustos y aversiones del profeta. Él se sentiría inflamado de pasión, dijeron, si ella se mostraba renuente. Cuando llegara el momento de consumir el matrimonio, le dijeron que debía rechazar el abrazo del profeta y decir: «Me refugio en Alá de ti».

El profeta, consternado con la idea de imponer su propia compañía a una mujer que no lo deseara, inmediatamente le dijo a Asma que no se casaría, que llamaría a su escolta y la enviaría a salvo a su casa.

Asma se fue, desconsolada, y quejándose amargamente porque había sido víctima de un engaño.

Los múltiples matrimonios alimentaron esas mezquinas rivalidades y se añadieron a la creciente enemistad entre Alí y Abu Bakr que amenazaba la futura política del Islam. También empezaron a conformarse las normas de la emergente fe. Las revelaciones divinas a Muhammad acerca de las mujeres, en número creciente, parecían cada vez más influidas por la necesidad de lograr la tranquilidad en su propia casa. Aisha, por ejemplo, no temió señalar la coincidencia. «Me parece —dijo ásperamente— que tu Dios se apresura a satisfacer tus deseos.»

Una coincidencia de este tipo fue la revelación de que los niños adoptados no podían considerarse como parentesco de sangre. Esta siguió a la visión de Muhammad de la semidesnuda Zeinab, mujer de Zaid, el esclavo liberado al cual Muhammad había adoptado y criado como a un hijo. La comunidad se sintió escandalizada por el divorcio de Zaid y la intención de Muhammad de casarse con Zeinab, que transgredía la prohibición de que un padre se casara con la mujer de un hijo. Muhammad estaba con Aisha cuando tuvo una revelación diciendo que era un error de los musulmanes considerar que la adopción crea los mismos vínculos que el parentesco natural.

A partir de entonces, como dice el Corán, los musulmanes debían proclamar el verdadero parentesco de cualquier niño que hubiesen criado. Dios, como descubría la revelación, había arreglado el matrimonio de Muhammad con Zeinab para mostrar a los musulmanes el error de sus anteriores creencias. Cuando Zeinab se trasladó a la mezquita, pudo burlarse de Aisha proclamando que su matrimonio con el profeta había sido dispuesto por Dios.

La revelación de la reclusión de las esposas del profeta llegó durante la noche de bodas con Zeinab. Sensible a las malas opiniones que había inspirado la unión, Muhammad había invitado a muchas personas a la fiesta de su boda. Tres de los invitados se quedaron mucho rato después de la comida, absortos en la conversación, y parecían ajenos a la impacencia del profeta por estar a solas con su nueva esposa.

Mientras Zeinab estaba sentada tranquilamente en una esquina, esperando que los invitados se fuesen, Muhammad salió dando zancadas de la habitación y paseó por el patio de la mezquita. Aisha salió a verle, y educadamente le preguntó si le gustaba su nueva compañera.

Muhammad le confió que todavía no había tenido la oportunidad de disfrutar de su compañía, y fue a visitar a cada una de sus mujeres antes de volver

a la habitación de su festín de bodas. Para su disgusto, los invitados seguían allí. Irritado, volvió con Aisha y se sentó con ella hasta que finalmente alguien vino a decirle que los groseros invitados se habían ido.

Anas Ibn Malik, un compañero que había presenciado toda la escena, acompañó a Muhammad a la cámara nupcial. Muhammad tenía un pie en la habitación cuando dejó caer una cortina entre él mismo y Anas y, mientras lo hacía, empezó a recitar con la voz que usaba para las revelaciones: «¡Oh, los que creéis! ¡No entréis en las casas del Profeta si no se os da permiso para comer! ¡No entréis sin antes esperar la hora! Pero, cuando se os ha invitado, entrad. Cuando hayáis comido, retiraos sin entregaros familiarmente a la conversación. Esto ofende al Profeta, se avergüenza de decíroslo, pero Dios no se avergüenza de la Verdad. Cuando pidáis un objeto a sus mujeres, pedídselo desde detrás de una cortina (\ '7bhijab). Esto es más puro para vuestros corazones y para sus corazones».

Estas palabras ahora están inscritas en el Corán como la palabra de Dios. Obviamente, este verso se lee de una manera muy diferente por un musulmán creyente que por alguien que no lo es. Para un no creyente, es duro imaginar a Dios molestándose en minúsculos asuntos de etiqueta, como si se tratara de una especie de «Manual de Buenos Modales» celestial. Para los musulmanes, sin embargo, no es demasiado extraordinario ver a Dios tratando una situación que obviamente dejó incómodo e inseguro de cómo actuar a su profeta. En los últimos años de la vida de Muhammad, con la rápida expansión de la comunidad, había que resolver muchos problemas nuevos, grandes y pequeños. Las revelaciones de Medina eran casi siempre mucho menos poéticas y más específicas que las elegantes reflexiones de los primeros versículos revelados en La Meca. A menudo proporcionaban respuestas directas a nuevos dilemas a los que se enfrentaba la comunidad.

Lo que resulta chocante es por qué la revelación de la reclusión, tan claramente rodeada con instrucciones que se aplican sólo al profeta, puede haberse convertido en norma que debe aplicarse a todas las mujeres musulmanas.

En vida de Muhammad, la norma se limitó casi exclusivamente a sus mujeres. Esto cambió sus vidas por completo. Muhammad había autorizado a Aisha, en su ausencia, a dar consejos religiosos, diciéndoles a los musulmanes que «tomaran la mitad de su religión de esta mujer». Pero después de la revelación de la reclusión, ella no volvió a mezclarse libremente con los visitantes de la mezquita. Algunas esposas, como Saw-da, renombrada por la fina artesanía de piel que elaboraba, había trabajado para contribuir al presupuesto del hogar. Las esposas

incluso estuvieron en las batallas junto a Muhammad, arremangándose sus vestidos y llevando agua, o cuidando a los enfermos. Hasta la propia Fatima había asistido al campo de batalla, y una vez cauterizó una herida en la cabeza de su padre aplicándole brasas, un remedio tradicional que demostraba su maestría como enfermera.

Tras la reclusión, Muhammad se llevaba solamente a una o dos esposas a las campañas, sólo como compañeras sexuales, echando a suertes entre ellas el privilegio. Fue después de una de esas batallas cuando Aisha se encontró frente al desafío más grande de su vida conyugal.

El campamento se levantaba antes del alba, y Aisha salió andando al desierto para orinar antes de la partida. Volviendo al campamento, se dio cuenta de que había perdido un collar de ágata y volvió sobre sus pasos para buscarlo. Cuando lo encontró, los hombres se habían llevado el camello con su litera encortinada, creyendo que ella ya estaba dentro. Aisha se sentó pacientemente en la arena, esperando que alguien la echara de menos. Unas pocas horas después, un joven soldado llamado Safwan la encontró allí sola esperando y la llevó de vuelta a la ciudad en su camello.

Su llegada con ese hombre joven y apuesto creó un escándalo. Allí, el marido de Fatima, aprovechó la oportunidad para alimentar las crecientes dudas de Muhammad sobre la virtud de Aisha. Como el escándalo crecía, Aisha dejó su apartamento en la mezquita y volvió en desgracia a casa de sus padres, que parecían tan dispuestos a acusarla como todos los demás. La murmuración se encarnizó durante un mes.

Finalmente, Muhammad tuvo una revelación que rehabilitó su nombre.

— ¡Buenas noticias, oh Aisha! —exclamó—. Dios altísimo te ha exculpado.

—Levántate y vuelve con Muhammad —instaron sus padres.

—Nunca volveré ni le daré las gracias —dijo la joven, decidida—. Ni tampoco os agradeceré nada a vosotros, que escuchasteis la calumnia y no la negasteis. Solamente le daré gracias a Dios.

Lo que fue conocido como «el asunto de la calumnia» se reflejó en el Corán. Dios pregunta a los creyentes por qué, cuando oyeron las alegaciones sobre Aisha, «no formaron en su mente los hombres y mujeres creyentes una buena opinión y dijeron: “Es una mentira manifiesta”. ¿Por qué no llevaron a cuatro testigos que lo

confirmaran?».

Desde entonces, la ley islámica requiere cuatro testigos para sostener un cargo de adulterio: «A la prostituta, y al proxeneta, les azotarás con cien latigazos... Pero a aquellos que acusen a las mujeres de reputación de prostitución, y que no lleven cuatro testigos del hecho, azótalos con ochenta latigazos, y nunca más se reciba su testimonio».

En los dos años siguientes al controvertido matrimonio con Zeinab, Muhammad adquirió cinco nuevas mujeres, incluyendo dos judías y una cristiana copta. (Hay diferencias de opinión sobre si se casó con las tres o simplemente tomó a una o dos de ellas como concubinas.) María, la cristiana, se convirtió en el foco de los intensos celos del harén cuando le dio a Muhammad un hijo. (El niño murió en la infancia.)

Aisha, que no había podido concebir, estaba particularmente desconsolada. Una vez se quejó a Muhammad acerca de su falta de kunya o designación como madre, ya que todas las otras viudas tenían los kunyas de hijos que habían tenido de sus anteriores maridos. Como la palestina Rehab de la actualidad, Aisha sentía vivamente esa falta de distinción. Muhammad le dijo que se llamara a sí misma Umm Abdullah, por el hijo de su hermana, con quien estaba muy unida.

Aisha debió de haber percibido a María y su hijo como peligrosos rivales para la atención de Muhammad. Ciertamente, hubo un gran alboroto al sorprender a Muhammad haciendo el amor con María en la habitación de Hafsa, el «día» de Aisha. La riña que provocó este incidente, unida a la irritación de las mujeres por la agobiante pobreza de sus vidas, movió a Muhammad a apartarse del harén y a permanecer solo durante casi un mes. La comunidad se preguntaba si se divorciaría de todas sus mujeres, echando a perder las alianzas que tan cuidadosamente había tramado.

Finalmente volvió de su retiro y ofreció a cada una de sus esposas un ultimátum divinamente inspirado: podían divorciarse de él y obtener una cuantiosa donación de bienes terrenales, o podían quedarse con él, en los términos de Dios, los cuales incluían no volverse a casar después de su muerte. A cambio, serían conocidas para siempre como las Madres de los Creyentes, y cosecharían una rica recompensa en el cielo. Todas las mujeres decidieron quedarse.

Sería equivocado retratar la vida doméstica de Muhammad como celos y escándalos simplemente. El hadith recoge también momentos de gran ternura en

las pequeñas habitaciones en torno a la mezquita. Un día, mientras Aisha y Muhammad estaban juntos sentados armoniosamente, ella con su hilado y él arreglando una sandalia, Aisha de repente se dio cuenta de que él la estaba mirando con una radiante expresión en la cara. Repentinamente, él se levantó y la besó en la frente. —Oh, Aisha —dijo—, Alá quiera recompensarte bien. Yo no soy para ti la fuente de felicidad que tú eres para mí.

Otro hadith cuenta un incidente en el que varias esposas de Muhammad estaban discutiendo con él sobre las finanzas del hogar. La discusión progresaba y de pronto Omar, el severo lugarteniente de Muhammad y padre de Hafsa, entró en la habitación. Las mujeres, temerosas del violento temperamento de Omar, se callaron inmediatamente y salieron.

Omar salió tras ellas gritando que aquello era vergonzoso y que debían ser tan respetuosas con él como con el profeta de Dios. Una replicó, desde una distancia segura, que el profeta de Dios era mucho más amable con las mujeres que su arrogante amigo.

Cuando Muhammad se puso enfermo y al borde de la muerte, al principio conservó su hábito de equidad entre las esposas, trasladando su lecho de enfermo de una habitación a otra, dependiendo del turno que correspondiera. Pero un día empezó a preguntar a qué habitación iría al día siguiente, y al otro, y al otro. Las mujeres notaron que estaba tratando de calcular cuánto tardaría en poder ir con su amada Aisha.

Todas decidieron ceder sus turnos para permitirle pasar sus últimas semanas con Aisha. Murió entre sus brazos y fue enterrado en su habitación.

Ella tenía sólo diecinueve años. Un futuro de soledad se abría ante sí: sin hijos y con la prohibición de volver a casarse. Todo lo que le quedaba era influencia. Como había permanecido tanto tiempo junto a Muhammad, se convirtió en una autoridad religiosa. Originalmente, 2.210 hadith se atribuían a ella: los estudiosos del siglo XIX, desechando la palabra de una simple mujer, eliminaron unos 174.

A la muerte de Muhammad, Aisha se convirtió en una mujer rica. Ella no heredó nada de Muhammad, que dejó todas sus propiedades para la caridad. Pero la comunidad le pagó por el uso de parte de su habitación (donde ella continuó viviendo) como tumba del profeta. La suma, 200.000 dirhams, era tan importante que se necesitaron cinco camellos para transportarla. El pago debió de ser muy

generoso, porque el sucesor de Muhammad resultó ser el padre de Aisha, Abu Bakr.

La muerte de Muhammad causó la eclosión de la lucha por el poder entre Alí y Abu Bakr, que hasta entonces se había mantenido soterrada.

Fatima, que había vivido de una forma muy tranquila, educando a sus cuatro hijos, apareció brevemente en la vida pública para luchar por los derechos de Alí al califato. Por aquel tiempo todas sus hermanas habían muerto sin hijos, dejándola a ella y a sus hijos e hijas como los únicos descendientes de Muhammad. Ella sostuvo con determinación que Muhammad había elegido a Alí para su sucesión. Fue ella la que proclamó que el deseo de su padre había sido que el liderazgo del Islam debía permanecer entre sus parientes de sangre. Los Shiat Alí, o Partidarios de Alí, se reagruparon para apoyarla. Pero no pudo convencer a la mayoría de la comunidad. Mientras Alí estaba dispuesto a zanjar la desavenencia aceptando el liderazgo de Abu Bakr, Fatima se mantuvo firme con la terquedad que continúa caracterizando a los modernos shiíes. Convencida de que la voluntad de su padre había sido traicionada, rehusó ofrecer alianzas a Abu Bakr. Quizá como resultado de la tensión de esta batalla perdida, cayó enferma y murió sólo seis meses después que su padre.

No todos lamentaron la muerte del profeta del Islam. En la región de Hadramaut, al sur de Arabia, seis mujeres se decoraron las manos con henna, como si fuera una boda, y salieron a las calles tocando panderetas en alegre celebración por la muerte de Muhammad. Pronto, otras veinte más se unieron a la festiva reunión. Cuando Abu Bakr tuvo noticias de la celebración, mandó a la caballería para que se encargara de «las prostitutas de Hadramaut». Llegaron los guerreros y los hombres del lugar salieron en defensa de sus mujeres, pero fueron derrotados. Como castigo, a las mujeres les cortaron las manos pintadas con henna y que tocaban la pandereta.

¿Quién sabe qué llevó a las mujeres a esa vehemente y temeraria celebración? A ellas debió de parecerles que la nueva religión de Muhammad había hecho sus vidas más pesadas, menos libres. Y lo peor estaba por venir todavía. La represión de las mujeres iba a ser ampliamente introducida en la legislación religiosa por el sucesor de Abu Bakr como califa, el violento misógino Omar.

Que Aisha apoyase la candidatura de Omar al califato muestra la profundidad de su aversión por el marido de Fatima, Alí. Su opinión de Omar no

era buena. Conociendo su crueldad hacia las mujeres de su casa, había contribuido hábilmente a frustrar una unión entre él y su hermana.

Omar tomó medidas enérgicas contra las mujeres a través de formas que él debía haber sabido que contradecían las tradiciones de Muhammad. Convirtió la lapidación en el castigo oficial para las adúlteras y presionó para extender la reclusión a otras mujeres aparte de las viudas del profeta. Trató de apartar a las mujeres de los rezos en la mezquita, y como no lo consiguió, ordenó lugares separados de plegaria para hombres y mujeres. También prohibió a las mujeres hacer el Ha]], una prohibición que se levantó sólo el último año de su vida.

A la muerte de Omar, Aisha apoyó a Utman como sucesor. Cuando Utman fue asesinado por miembros de una facción rebelde, Alí, que había tenido que esperar veinticuatro largos años desde la muerte de Muhammad, finalmente tuvo su oportunidad de gobernar. Al convertirse en el cuarto califa musulmán, la bien conocida enemistad de Aisha pronto la convirtió en una bandera para los disidentes. Ella proclamó estridentemente su disgusto por el fracaso de Alí en castigar a los asesinos de Utman.

La oposición a las leyes de Alí crecía, así que Aisha hizo un valiente e imprudente movimiento que, de tener éxito, habría cambiado para siempre el balance de poder entre los hombres y las mujeres musulmanes.

Aisha dirigía a los disidentes en la batalla contra Alí desde un pabellón rojo colocado encima de un camello. Cabalgando • a la cabeza de sus tropas, los exhortaba a gritos a luchar bravamente. Alí, dándose cuenta del efecto que tenía esto en la moral de sus hombres, ordenó que mataran a su camello. Entonces puso en fuga a las fuerzas de Aisha. Centenares de sus partidarios murieron, incluyendo sus mejores amigos y sus parientes.

La derrota resultó desastrosa para las mujeres musulmanas. Sus oponentes podían afirmar que la primera batalla de musulmanes contra musulmanes nunca hubiera ocurrido si Aisha se hubiera mantenido alejada de la vida pública tal como Dios le había ordenado. Después de la batalla, uno de los esclavos liberados de Muhammad explicó un hadith que ha sido particularmente perjudicial para las mujeres musulmanas. El hombre dijo que se había salvado de unirse al ejército de Aisha recordando el comentario de Muhammad ante las noticias de que los persas habían designado a una princesa como gobernador: «Ningún pueblo que coloca a una mujer al cuidado de sus asuntos prosperará». Fuera o no auténtico el conveniente recuerdo del esclavo, lo cierto es que este hadith fue usado contra

muchas mujeres musulmanas que habían adquirido influencia política. En Paquistán lo citaron frecuentemente los oponentes de Benazir Bhutto.

Después de la derrota, Aisha finalmente hizo las paces con Alí. Se retiró de la política pero siguió siendo una eminente autoridad religiosa. Muchos relatos la describen en los últimos años de su vida como una mujer triste y retraída cuyo único deseo era ser olvidada por la historia.

Se dice que lloraba cada vez que recitaba los versos del Corán: «Oh, esposas del profeta... permaneced en vuestras casas».

Conversas

«No desposéis a las asociadoras hasta que crean. Una sierva creyente es mejor que una asociadora, aunque ésta os guste.»

El Corán Azora II: «La vaca»

A la salida del sol, antes de que el calor se desplome sobre la ciudad y el aire se vuelva espeso por los humos de diesel, Teherán huele a pan recién hecho. Junto a las panaderías, las mujeres esperan en fila con sus chador caseros floreados envueltos informalmente alrededor de la cintura. Sus caras no parecen tan crispadas como después, cuando inicien su lucha a través de la ciudad atestada cargadas de paquetes y de niños y de las incontables preocupaciones de las mujeres en los países pobres. Durante esta pausa, disfrutan del breve lujo de mirar cómo trabajan los demás.

Algunas veces, cuando me cansaba de las miradas y preguntas a las que me sometían como única mujer registrada en el hotel Laleh, me encaminaba a los suburbios del norte para alojarme con una familia de la que me había hecho amiga. Vivían en una calle ventosa llena de mezcuitas, tiendas y alojamientos de todas clases, desde villas hasta chozas. Por las mañañas podía encontrar el camino hacia la panadería local sólo guiándome por la nariz. El aire arrastraba el dulce aroma de la corteza tostada y el olor penetrante de humo de leña de los hornos enterrados en el suelo de la panadería. Dentro, un equipo de cuatro hombres en fila se adivinaba borrosamente como un tórrido vislumbre de manos diestras y masa volandera. Los panaderos hacían lavosh (delgadas láminas de pan suave como la tela). Trabajaban como malabaristas: un chico pesaba la masa, otro la aplanaba, un tercero la estiraba entre dos palos para extenderla y dejarla delgada, un cuarto arrojaba la oblea contra la pared del horno. Mirando a las otras mujeres, aprendí a coger el pan caliente con las manos envueltas en un pliegue del chador. Lo llevaba de esa manera a la mesa de desayuno de los Mamoudzadeh.

Como cualquier casa del mundo musulmán, la de los Mamoudzadeh no se veía desde la calle. Su gran cancela metálica la aislaba completamente del mundo, asegurando la intimidad de la familia en su interior. La puerta se abría a un patio con jardines, flores, bicicletas infantiles y una umbrosa morera con cuyos frutos

Janet Mamoudzadeh hacía la mermelada que se extendía deliciosamente sobre el lavosh humeante. Me quité los zapatos en la pila de la puerta principal y anduve sobre las suaves alfombras y kilims hechos a mano. Nada más entrar, dejé el chador en una pila que contenía dos o tres de los pañuelos y abrigos que Janet llevaba para uso corriente, los más cubrientes y monjiles magneh que llevaba al trabajo como profesora de inglés en la escuela primaria de su hija, y el chador que reservaba para las ceremonias religiosas.

Mohamed, el marido de Janet, era un negociante del Ba-zaar-e-Bazorg (el Gran Bazar) que comerciaba con alfombras persas y moneda extranjera.

Se conocieron en la universidad, en Pittsburg, Kansas, donde él estudiaba ingeniería y ella informática. Janet se enamoró de él, se convirtió al Islam y se fue con él a su casa de Irán.

Janet se había casado con Mohamed antes de la revolución, cuando las no musulmanas todavía podían vivir en Irán con sus esposos musulmanes.

Ahora, la conversión es obligatoria, de acuerdo con la perspectiva shií de que el matrimonio permanente (al contrario del sigheh) sólo se puede celebrar entre musulmanes. La sunna del profeta en esta materia realmente no ayuda a aclarar los versículos coránicos.

El profeta tuvo relaciones con al menos dos mujeres judías y una cristiana, pero las fuentes islámicas difieren sobre si las mujeres se convirtieron o no, sobre si conservaron su propia fe y si fueron esposas de pleno derecho. Safiyah, la esposa del jefe de los judíos de Jaibar que murió en batalla contra los musulmanes, se convirtió al Islam y se la menciona en todas las fuentes como esposa legal del profeta. La situación de las otras dos mujeres no es tan clara.

Algunas fuentes dicen que la otra judía, Raihanah, decidió permanecer como esclava/concubina en el harén, para poder mantener su fe y estar libre de las restricciones de la reclusión. María, la cristiana copta, que nunca cambió de religión, se describe como concubina en todas las fuentes salvo las egipcias. Janet se convirtió al Islam porque su marido quería que sus hijos crecieran como musulmanes, y ella creyó que tener la misma religión haría su hogar más armonioso. Contemplaba su conversión de una manera muy práctica.

—Alá, Dios... es el mismo tipo, ¿no? Y si lees el Corán, ahí están María y Jesús... sólo que los llaman Maryam e Isa. La conversión de Janet fue algo muy

sencillo. En el salón de su familia en Kansas, ante dos testigos, ella declamó simplemente la shahada, la profesión de fe musulmana: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta». Como su marido es shíí, también añadió la frase opcional: «Alí es el amigo de Dios». Una vez recitada esta sencilla fórmula, ya era musulmana. Pero para ser una buena musulmana, tenía que vivir de acuerdo con los otros cuatro de los Cinco Pilares de la fe: orar cinco veces al día, ayunar en Ramadán, dar limosna a los pobres (normalmente establecida en un 2,5% de las ganancias netas de la persona) cada año, y hacer el peregrinaje a La Meca al menos una vez en la vida, si podía sufragarlo.

Yo estaba intrigada por la decisión de Janet. Una mañana de invierno de 1984, temprano, hice una elección similar. Fui a una húmeda habitación en un suburbio de Cleveland, sumergí mi cuerpo en una pileta embaldosada llena de agua de lluvia, y salí pronunciando las palabras: «Oye, oh Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor es uno». Después, lo celebré con mi rabino y mi prometido con una sopa de pan ázimo y latkes de patata * en una «delicatessen» judía cercana.

* Latkes de patata: tortas cocidas elaboradas con patata rallada. Especialidad judía. (N. de la T.)

Mi conversión tenía que ver más con la historia que con la fe. Si iba a casarme con un judío, parecía importante compartir la suerte de ese pueblo tan perseguido. Entonces no sabía que iba a pasar la mayor parte de la siguiente década en el Oriente Próximo, donde estar del lado de mi marido me convertía automáticamente en enemiga de muchos de aquellos entre los que vivía.

Janet también quería estar del lado de su marido. Pero en Irán a fines de los setenta, su nacionalidad era un obstáculo que su nueva fe no podía salvar completamente.

—No fueron buenos tiempos para que una esposa de Kansas City estableciera su hogar en Teherán —recordaba con una mueca burlona. Al cabo de un par de meses de su llegada, la ciudad se paralizó con manifestaciones, incendios y tiroteos. Cuando Jomeini regresó del exilio en 1979, Mohamed estaba exultante. Como muchos jóvenes iraníes educados, despreciaba la corrupción del antiguo régimen y admiraba la manera que Jomeini tenía de darle con la puerta en las narices a los grandes poderes que habían rivalizado en explotar las riquezas de su patria.

Janet tuvo que asistir a las reuniones familiares y oír cómo los parientes de

Mohamed ponían en la picota a su país. Según aumentaban sus conocimientos del farsi, empezó a desafiarlos .

—Ellos decían: «Oh, Janet, sabes que nos gustan los americanos, es sólo al gobierno al que odiamos». Y yo decía: «¿Ah, sí? Pues bien, en mi país, amigo, el gobierno es el pueblo».

Cuando los estudiantes iraníes ocuparon la embajada americana en Teherán en 1979, el departamento de Estado dijo a todos los ciudadanos estadounidenses que abandonaran el país. Janet contempló el éxodo que vaciaba la ciudad de miles de estadounidenses expatriados que una vez hicieron fortuna allí. Pronto quedó solamente un puñado de estadounidenses, la mayoría mujeres de iraníes demasiado comprometidos financiera o ideológicamente con su país como para abandonarlo.

—El departamento de Estado decía que no estábamos en nuestros cabales si nos quedábamos. Y quizá no lo estuviéramos. Pero si tu amas a tu marido, te quedas.

Janet también se dio cuenta de que le gustaban muchos aspectos de su vida en Irán. Supo que los iraníes prodigaban gran afecto a los pocos estadounidenses que se quedaron. Algunos iraníes tenían cálidos recuerdos de profesores o técnicos estadounidenses que habían ayudado a su país, mientras todos aquellos que veían a los estadounidenses sólo como explotadores rapaces sintieron que Janet, quedándose, se había puesto de parte de Irán. En lugar de ser recibida con hostilidad, se encontró con que era bienvenida en todas partes... la dejaban pasar al principio de las colas para conseguir comida, obtenía la mejor carne y la ayudaban de todas las maneras posibles. «Me tratan como a una reina aquí», decía.

Pero convencer a sus parientes de Kansas City costó mucho, sobre todo después de que Betty Mahmoody publicara sus memorias, *No sin mi hija*. El libro es una historia de pesadilla de una esposa americana que accede a visitar a la familia de su marido en Teherán, y se encuentra atrapada por las leyes iraníes que prohíben a las mujeres dejar el país sin permiso de sus maridos. Ofrece una visión de la vida en Irán insistentemente sombría, describiendo malos tratos a las esposas, casas inmundas y comida infestada de bichos.

—Mi padre se puso al teléfono y me dijo: «Sé que Mohamed te pega». Y yo le dije: «Papá, él me pega tanto como lo harías tú». Incluso llevé fotografías de mi nevera para enseñarles cuánta comida teníamos.

Janet trató de describirles los lujos de su espaciosa casa, la comodidad que le proporcionaba una asistenta que limpiaba regularmente y su fácil acceso a buenos cuidados infantiles para sus tres hijos.

Era una vida que muchas estadounidenses hubieran encontrado envidiable. Pero sus parientes aún no estaban tranquilos. Así que decidió verse conmigo en la esperanza de que sus padres creyeran el relato de una tercera persona. Invitó a una amiga, una californiana que también estaba casada con un iraní, para que se reuniera con nosotras.

Janet se quedó boquiabierta cuando abrió la puerta a su amiga. Era la semana del funeral de Jomeini, y todo Teherán estaba amortajado de negro. Crespones negros adornaban los edificios públicos, los hombres llevaban camisas negras, las mujeres dejaron sus pañuelos de colores durante los cuarenta días de luto oficial y vistieron los chador negros. En medio de toda esa tristeza, la amiga de Janet destacaba como un payaso en un convento. Medía un metro ochenta de altura y estaba embarazada de siete meses, y vestía un amplio caftán de algodón salpicado de rosas rojas y rosas, y un pañuelo de seda rosa que apenas cubría su cabello descolorido por el sol.

— ¡Dios mío, espero que Hajji Yousefi no te haya visto! —resolló Janet, refiriéndose a su vecina de al lado, miembro del Comité local responsable de hacer cumplir la disciplina islámica. La mujer, a la que llamaré Margaret, se encogió de hombros y se dejó caer en un sillón.

— ¿A quién le importa? —dijo—. Me insultaron por el camino, una vieja bruja con un chador negro se acercó a mí y me dijo: «¿Cómo puedes llevar esa ropa? ¿No sabes que el imam ha muerto?» Y yo le dije: «¡A mí qué me importa! Yo soy americana». Y le dije que sabía mejor que ella lo que dice el Corán que deben vestir las mujeres, y que no dice en ninguna parte que deba ser un viejo trapo negro y enorme.

Margaret sabía lo que decía el Corán porque había pasado muchas mañanas sentada en el suelo con las piernas cruzadas junto a su suegra, estudiando el libro sagrado línea por línea. Margaret se había casado con un vástago de la aristocracia de la República Islámica: el hijo de una larga dinastía de eminentes ayatollahs. La familia toleró la extraña elección de su hijo porque ella había hecho dos cosas para ganar su aprobación: convertirse al Islam y quedarse embarazada enseguida. Su suegra creía fervientemente que ganar un converso era un pasaporte para el paraíso y, como ninguno de sus hijos le había dado todavía un nieto, tenía grandes

esperanzas con el embarazo de Margaret.

Margaret también hablaba francamente del poder sexual que creía ejercer sobre su marido. Criada en la hedonista cultura playera de California, había adquirido un repertorio sexual inimaginable para un chico iraní encerrado entre religiosos.

—Corre detrás de mí como un cachorro —decía con una risita.

Todo eso, según creía ella, la protegía de tener que someterse a las férreas disciplinas de la sociedad iraní que Janet apenas cuestionaba.

En Teherán, todos los edificios del gobierno tenían guardias femeninas que hacían cumplir estrictamente los códigos de vestido islámicos, y Margaret recientemente había sido detenida en la puerta de una oficina de correos por llevar lápiz de labios.

—Pedí un pañuelo de papel, y ella dijo: «Aquí está tu pañuelo», y me abofeteó la cara. —Margaret se quejó a su familia y la guardia fue despedida.

Pocos días después de nuestro encuentro en casa de Janet, invité a las dos mujeres a acompañarme a comer en la ciudad. Margaret eligió su lugar favorito, un antiguo restaurante francés de categoría con manteles de lino y asientos tapizados de rojo. Los camareros la saludaban como a una hermana perdida hace tiempo. Haciéndole cumplidos por su vestido de colores, uno de ellos le preguntó por qué sus dos amigas llevaban esos feos hijab negros. Margaret replicó con una rápida agudeza en farsi. El camarero pareció sobresaltado, luego rió.

! —Le he dicho que erais unas lameculos —dijo ella con una mueca.

Pero incluso Margaret tuvo que aprender que había unos límites. Una vez, su irreverencia fue demasiado lejos. Durante días le había molestado una pintada antiamericana garabateada en una pared al final de su calle. Una noche, cogió una lata de pintura y alteró las letras para volver el insulto contra el gobierno iraní. Por la mañana, el nuevo mensaje causó una gran ira y se desató una caza de brujas.

Margaret, encantada por el frenesí que había creado, se lo confió a su marido, pensando que él apreciaría la broma.

—Nunca pensé que podría ponerse tan furioso —dijo. Enfurecido, él le gritó llamándola loca: «¿Quieres que te maten? Hay algunas cosas de las que ni siquiera

yo puedo salvarte». Al final, nadie pudo identificarla a ella como culpable.

La amistad de Janet me ofreció una ventana a la vida de las mujeres en Irán. La extensa familia de Mohamed incluía pobres y ricos, religiosos convencidos y escépticos. Cada vez que yo me encontraba en la ciudad, se daba por supuesto que estaba invitada a todos los acontecimientos familiares.

Para mí, ser judía se había convertido en una abstracción: algo que había definido el tipo de boda que tuve, y que después representó una fiesta anual familiar en la Pascua hebrea, un ayuno para Yom Kippur, una cierta incomodidad en Navidad y una etiqueta, a menudo inconveniente, que debía escribir en los formularios de visado cuando visitaba los países del Oriente Próximo. Pero, para Janet, la religión conformaba su rutina diaria.

Nadie en la familia Mamoudzadeh vivía una vida secular.

La madre de Mohamed se levantaba cada mañana antes del alba para prepararse para la primera de las cinco plegarias que haría cada día. Mohamed y Janet eran menos meticulosos, pero incluso Janet decía que disfrutaba de los momentos en que se unía a su suegra para rezar.

—Son unos pocos minutos de paz al día —decía—. Si los niños preguntan por ti, o alguien llama a la puerta, sólo tienes que levantar la voz y exclamar «Allah» para indicar que estás rezando y que nadie puede interrumpirte.

Para prepararse para las plegarias, Janet y su suegra debían lavarse cuidadosamente, frotarse la cara, pies y manos, enjuagarse la boca, y pasarse las manos mojadas por el pelo. Las mujeres no podían llevar esmalte de uñas en Irán porque la ley establece que las manos deben estar limpias para rezar, y una capa de esmalte se considera contaminante. En el aeropuerto, incluso a las mujeres extranjeras se les dan trapitos empapados en disolvente para limpiarse las uñas pintadas. Pero perfumarse sí se aconseja para los rezos, por lo tanto Janet y su suegra se rociaban con aromas, se envolvían en sus chador floreados más bonitos, desenrollaban una alfombra especial para la oración, y empezaban las reverencias y prostraciones que acompañan al melodioso poema de la devoción musulmana: «Alabado sea Dios, señor de la creación, el compasivo, el misericordioso, rey del juicio final... Tú solo serás adorado, y a ti solo pedimos ayuda... Guíanos por el camino recto, el camino de aquellos a quienes tú has favorecido, no de aquellos que han incurrido en tu ira...». Los hombres deben recitar las plegarias lo suficientemente audibles para que alguien situado cerca

distinga las palabras. Las mujeres, cuyas voces se consideran sexualmente incitantes, deben murmurarlas solamente.

Cada año Mohamed incluía su nombre en el sorteo que elegía a los peregrinos que harían el Hajj anual. El mes del Hajj seguía inmediatamente después del mes purificador del Ramadán. Durante esos días, alrededor de dos millones de musulmanes de todo el mundo viajan anualmente a La Meca, vestidos ritualmente con sencillas ropas blancas. Como la politizada visión de la religión de los iraníes no cuadra bien con la de los saudíes, Arabia Saudí impone una reducida cuota de peregrinos iraníes admitidos cada año. Finalmente, en 1993, el nombre de Mohamed fue elegido. Planeó llevar consigo a su madre y a Janet durante el largo viaje de un mes de duración. Pero Janet, después de estudiar las obligaciones del peregrinaje, decidió no ir.

—Se trata de algo más que dar vueltas alrededor de la Kaaba rezando para pedir perdón en la llanura de Arafat —dijo. Los peregrinos no sólo tienen que abstenerse de tener relaciones sexuales, según supo—. Incluso pensar en el sexo puede destruir el valor de tu Hajj. —Tampoco podía haber palabras irritadas o pensamientos maliciosos—. No creo que esté lo suficientemente espiritualizada como para hacerlo bien.

En lugar de ir ella, ofreció su plaza a la hermana de Mohamed, que, encantada, se apuntó en un curso especial de estudio del Hajj para prepararse.

Casi cada semana de la vida de los Mamoudzadeh contenía alguna observancia religiosa dedicada a los rituales que rodean nacimientos, compromisos, bodas y funerales. Durante una visita de una semana a la familia, aprendí mucho de la vida iraní a causa de dos muertes diferentes.

Mohamed había perdido a una tía abuela (una matriarca de noventa años). Fuimos juntos para asistir a su Shabba Haft (Séptima Noche), una tarde de apesadumbrado ritual que tiene lugar una semana después de la muerte. Los hijos, nietos y bisnietos de la mujer eran tan numerosos que la reunión se extendía desde su gran casa a la de los vecinos. Las dos casas estaban adornadas con crespones negros, los patios llenos de alfombras y cojines y alumbrados con luces fluorescentes. Mohamed aparcó el coche y nos separamos, él se dirigió con los otros hombres a la casa de los vecinos (los vecinos generalmente prestan sus casas para la reunión de los hombres, mientras que las mujeres a menudo se encargan de los niños pequeños que podrían estorbar). Janet y yo nos unimos a las mujeres y niños que abarrotaban el vestíbulo de la casa de la fallecida.

En la puerta de al lado, entre los hombres, un mullah leía el Corán, y su voz era transmitida a la reunión de las mujeres por unos altavoces. Los mullahs que hacen estas lecturas son elegidos por su buena voz, y después de la recitación del Corán, empezó a cantar una suave y lastimera canción ensalzando las virtudes de las madres. En la habitación atestada, las mujeres sollozaban quedamente. Entonces, al acabar la canción, los ánimos cambiaron bruscamente. Las sirvientas extendieron grandes cubiertas de plástico sobre las alfombras y colocaron encima enormes bandejas de cordero, pollo, arroz y vegetales.

Estas reuniones unen a las familias, pero aquel Shabba Haft también revelaba la forma en que diez años de guerra y revolución habían dividido a esta familia iraní. En el centro de la pared del salón colgaba un cuadro del nieto de la mujer muerta, un «mártir» de la guerra con Iraq. Bajo el retrato se sentaba la hermana del joven, que había salido recientemente de prisión después de sufrir una condena de siete años por gritar: «Muerte a Jomeini». Su hermano, el mártir, la había denunciado a la Guardia Revolucionaria.

—Encontrarás cosas parecidas en casi todas las familias iraníes de clase media, si consigues que te hablen de ello —dijo Janet—. La revolución realmente dividió a la gente aquí: creyentes apasionados y no creyentes, apasionados también, todos bajo el mismo techo.

Nos sentábamos junto a la tía de la joven. La tía había perdido a sus tres hijos (dos luchando por el régimen, el tercero contra él). Una hija murió entrenándose para la milicia voluntaria femenina. En su primera práctica en la línea de tiro, se aturdió tanto por las explosiones de las armas automáticas que se puso de pie en la trinchera y recibió un disparo en la cabeza. Un hijo fue al frente Irán-Iraq y se le dio como desaparecido en combate. No le dije a la madre que yo había estado en el frente de batalla donde había luchado su hijo. Fui por el lado iraquí, ya que Irán no dejaba ir a las mujeres reporteras al frente. Llegué por la tarde después de una gran victoria iraquí, y los iraníes muertos yacían tendidos desordenadamente en sus trincheras y cubiertos de cagadas de mosca, como andrajosos sacos de carne podrida. Los iraquíes habían empezado ya a trabajar reforzando los pocos metros de desierto que habían capturado. Un equipo gigante de excavadoras avanzaba con estruendo sobre los cadáveres, dejando la arena embadurnada con una pasta de carne triturada. No habría identificación para esos cuerpos. Cientos, quizá miles de jóvenes permanecerían para siempre «desaparecidos» en esas arenas.

La peor muerte había sido la de su segundo hijo. Fue ejecutado por la

República Islámica por ser miembro de un grupo de la oposición militante llamado Mujahiddin del Pueblo. Era, según dijo ella, un joven desorientado que había caído en manos de un grupo bien organizado, que vivía de las raciones gratuitas repartidas por los iraquíes y lavaba el cerebro a sus reclutados. Quería preguntarle si culpaba al gobierno iraní por no mostrar misericordia con su hijo, pero Janet, que traducía, sacudió la cabeza levemente y no le hizo la pregunta. En lugar de eso, le preguntó amablemente si creía que todos sus sacrificios habían valido la pena. La mujer asintió dubitativamente.

—Nuestro pueblo fue el primero en derribar la estatua del Sha —dijo— y no hemos vacilado en este camino, no importa lo que penséis vosotros los occidentales.

Hablamos de su trabajo como profesora en la escuela del pueblo. Después de sus pérdidas, dijo, ahora trataba de pensar en sus alumnos como en sus hijos.

Unos pocos días después, Janet y Mohamed asistieron a otro Shabba Haft. A diferencia de la muerte de la matriarca de noventa años, que había ido a reunirse con su Dios dulcemente y a su debido tiempo, esta otra muerte había sido súbita y espantosa.

Annahita tenía sólo trece años. Las semanas anteriores a su muerte había estado sometida a una enorme presión por una profesora que era la subdirectora de su escuela. Primero la profesora le había reprendido por la manera en que llevaba el magneb, diciéndole que la capucha estaba demasiado levantada y dejaba que asomara el cabello provocativamente. Otro día criticó sus zapatos, diciendo que eran demasiado modernos para una modesta colegiala. Luego, la profesora encontró a un grupo de chicas mirando por una ventana de la clase que daba a un área frecuentada por los chicos. Annahita después dijo a sus padres que ella estaba sentada cerca, haciendo punto inocentemente, cuando la airada profesora se abalanzó sobre las alumnas y las hizo salir para reñirlas, y después la eligió a ella para que se quedara de pie, humillada, fuera de la clase. Era Ramadán, y Annahita había ayunado desde el amanecer, sin tomar ni siquiera un sorbo de agua. Se quedó de pie allí, bajo el sol ardiente, durante el resto del largo día de escuela. Esa tarde confió sus penas a un hermano mayor, un estudiante de medicina. «Cada día me atormentan. Si esto sigue así, no podré soportarlo.» Su hermano no tenía ni idea de lo que ella verdaderamente quería decir.

En la escuela, al día siguiente, la subdirectora increpó mordazmente a la madre de Annahita por la conducta de su hija. Annahita, dijo la subdirectora,

estaba en el camino de la expulsión. Con toda probabilidad, al crecer se convertiría en una prostituta. Su madre rechazó airadamente las acusaciones de la profesora, diciendo que Annahita no se había dado cuenta todavía de que existía algo semejante al sexo opuesto: «Es una niña pequeña todavía —dijo a la profesora—. Tengo que sentarla en mi regazo como un bebé y obligarla a que se cepille el cabello, no le preocupa su aspecto».

Todavía estaban discutiendo cuando Annahita, perturbada, salió de la escuela, fue a su casa, se subió al tejado y se tiró desde allí.

Pocos días después, otra jovencita, quejándose también de las presiones sobre el hijab y la sexualidad, se mató de la misma manera.

En su bolsillo encontraron una foto de Annahita recortada de un relato del periódico sobre la suicida temprana. Los dos casos provocaron semanas de examen de conciencia en los medios de comunicación iraníes.

«Mandamos a nuestras niñas a la escuela con miles de esperanzas para su futuro», decían los titulares de un artículo sobre las suicidas en una revista titulada *La mujer de hoy*. ¿Dónde, se preguntaba el artículo, nos hemos equivocado tanto? Como muchos artículos sobre el tema, éste echó la culpa a una profesora excesivamente disciplinada, y pidió más profesores preparados en sicología infantil. Nadie se preguntaba si no se estaría dejando caer la carga islámica demasiado pronto, y demasiado pesadamente, sobre los frágiles hombros de las niñas.

Cuando conocí a Leila, la hija de Janet, acababa de cumplir los nueve años, la edad en que las niñas asumen todas las responsabilidades de su religión. En Irán, una niña de nueve años debe llevar el hijab completo, levantarse para hacer las plegarias y ayunar durante las horas diurnas en el Rama-dán. A los chicos, considerados menos maduros, no se les requiere ayunar ni orar hasta los quince. A su vuelta a Irán, Jomeini abolió la Ley de Protección Familiar del sha de 1975, que había prohibido las novias infantiles y la poligamia. Ahora, en Irán, una niña de nueve años tiene edad legal para contraer matrimonio.

Leila había crecido en Irán pero pasaba las vacaciones cada verano con sus abuelos en Missouri. En Kansas City disfrutaba de los juegos libres de sus camaradas estadounidenses. Pero al volver a casa, las paredes del patio la encerraban en su interior. Cuando abrieron un taller de reparaciones de coches al otro lado de la calle, tuvo que guardar la bicicleta.

—Siempre hay hombres jóvenes allí, hablando de sus coches —explicaba Janet—. Si sale en bicicleta por la calle con sus hermanos, la mirarán.

La conversión de una casa en taller mecánico no le había gustado a Janet, pero no tenía poder para luchar contra ello. En primer término, el joven propietario había sido prisionero de guerra en Iraq y había abierto su negocio con una subvención del gobierno para ayudar a los veteranos.

—Y de todos modos —suspiró Janet—, las autoridades locales no tendrían ninguna simpatía por mí si dijese que quería que mi hija pudiese jugar fuera libremente. A sus ojos, ella debe estar dentro, tanto si hay un taller de reparaciones al otro lado de la calle como si no.

Leila tenía ya su primer chador, cortado a medida y adornado con encajes en el dobladillo. Le gustaba mucho llevarlo. —Le hace sentirse mayor, supongo —decía Janet—. Creo que debo sentirme feliz de que no se rebele contra eso.

A Janet le preocupaba cómo podría afectar finalmente a su hija su propia decisión de abrazar el Islam, y la vigilaba ansiosamente buscando signos de rebelión que harían la vida de Leila más difícil fuera de casa.

Pero mientras Leila crecía y pasaba de ser una linda niña a una encantadora adolescente, la religión se convirtió en una de sus asignaturas favoritas en la escuela. Cuando rezaba, disfrutaba pinchando a su hermano de catorce años, que no había comenzado todavía a hacer sus rezos diarios.

—Mami, ¿por qué no reza Yusef? —preguntaba, lo bastante fuerte para que su hermano la oyera por encima del programa televisivo que estaba absorbiendo su atención.

—No tiene quince años, aún no tiene que hacerlo —suspiraba Janet cansadamente.

—Pero mami, nuestra profesora dice que si él se sabe las oraciones y las entiende, puede rezar, no importa la edad que tenga, y tú sabes que Yusef sabe las oraciones.

Janet dejó de preocuparse por la rebelión y empezó a temer el principio de un estrecho fanatismo que crearía tensiones en la familia. Janet tenía una amiga americana cuya hija se había convertido en una devota tan intensa que había rechazado acompañar a su madre en sus visitas a los «espiritual-mente

contaminados» Estados Unidos.

El día de escuela de Leila empezaba con los rezos seguidos por un recitado ritual: Marg bar Amrika! (¡Muerte a América!)

Su escuela, la Mártir del Conocimiento, era una institución razonablemente progresista dentro de la gama iraní y no requería a sus alumnas llevar el chador. El chador de las colegialas se había convertido en un tema discutido después de varios accidentes de circulación graves en los que los conductores, en la oscuridad, no habían visto las pequeñas figuras veladas de negro tratando de cruzar calles de intenso tráfico.

El uniforme escolar de Leila era una túnica de color gris tórtola encima de unos pantalones y un magneh en la cabeza. Las niñas conservaban las capuchas puestas mientras corrían y jugaban en el patio de la escuela, aunque la escuela estaba fuera del alcance de cualquier hombre... incluso de los padres de las alumnas. Las alumnas pasaban al recinto de altas paredes a través de una entrada con cortinas celosamente vigilada por un guardia de seguridad de edad avanzada.

Dentro, las habituales decoraciones escolares de animales recortados y colecciones de ciencias naturales compartían el espacio con estandartes que decían: «Muerte a América». Pero el oficial fervor antiamericano de la escuela se contradecía con las peleas por entrar en la clase de inglés de Janet. El aprendizaje del inglés decayó sensiblemente en las escuelas gubernamentales durante la primera década de la revolución, pero después de la muerte de Jomeini empezó a remontar lentamente. La escuela de Leila tenía dos profesoras inglesas, pero era la clase de Janet la que tenía siempre exceso de inscripciones, porque los padres presionaban para que sus hijas aprendieran la lengua con un acento del Medio Oeste de Estados Unidos.

This is a pen, This is a desk! I am a girll Veintitrés radiantes caritas de seis años, enmarcadas por sus magnehs grises, cantaban al unísono. Una por una, Janet llamaba a las niñas para que recitaran el abecedario, o para escribir el alfabeto latino, tan extraño, en una pizarra usualmente cubierta con la sinuosa escritura árabe. Para las que se sabían la lección, la recompensa era un caramelo y un aplauso.

Cada vez que veía a Janet parecía más establecida en su comunidad y contenta en su vida privada. Hasta la fecha, Leila se las había arreglado para ser religiosamente devota sin llegar al dogmatismo. En el mundo de Irán centrado en

la familia, Janet y Mohamed se veían más y dividían sus cuidados paternos más igualitariamente que muchas parejas occidentales. El viernes, fin de semana, era para ellos siempre un día familiar, que pasaban llevando a los niños a las montañas cercanas, a una reunión de kebab, visitando a los familiares o simplemente quedándose en casa con los últimos vídeos.

—Al principio, cuando mi marido me trajo aquí, yo lo odiaba —decía una de las compañeras americanas de Janet, que estaba de visita una tarde para tomar el té—. Odiaba cada paso que daba. —La mujer había dejado a su marido y se volvió a Estados Unidos—. De vuelta allí, ya no podía creer en la lucha constante y la competitividad. El trabajo requería hasta la última gota de mi energía. Añoraba la forma lenta en que transcurre la vida aquí, donde el hogar y la familia vienen primero, y el trabajo se hace en los ratos que quedan. Entonces padecí un cáncer, y me sentí muy sola allí. Tenía parientes, por supuesto, pero ellos no podían dejarlo todo por mí. Seguí pensando: si estuviera en Irán, la familia sí que lo dejaría todo. En cuanto estuve curada, volví aquí; ésta sí que es realmente una buena vida.

Pero las historias de felicidad doméstica no son el relato completo, así como tampoco lo era la pesadilla doméstica que vivió Betty Mahmoody. Había perdido el contacto con la amiga de Janet, Margaret.

Dos años habían pasado desde que nos conocimos. Pero un día volvimos a contactar, y me invitó a uno de los *rosees* de su suegra. Para las mujeres devotas, estas reuniones (una mezcla entre el té de la tarde y una clase de estudios religiosos) eran el mejor medio de relacionarse socialmente.

Cuando llegué a la casa, apenas reconocí a la figura que me abrió la puerta, envuelta en un chador negro. Margaret había limpiado completamente su pálida cara de maquillaje, y se había cubierto el rubio cabello para apartarlo de las miradas. Incluso su altura exagerada parecía encogida y fatigosamente inclinada. Mientras caminábamos juntas a través del patio de su suegra, admiré su pieza central, una bonita fuente de mosaicos azules.

—Mi suegra se lava aquí para las plegarias. Mi trabajo consiste en limpiarla y restregarla, baldosa por baldosa, para asegurarse de que está *puk* (religiosamente limpio). También tengo que barrer todas las alfombras, cada día, con esto —dijo, señalando una escobilla de paja con un corto mango—. Tengo un aspirador, pero no puedo usarlo porque mi suegra no está segura de que eso deje las alfombras *puk*. Como soy una conversa, tengo que hacerlo todo mejor que un musulmán de nacimiento para convencerlos de que ya no soy una sucia infiel. —Parecía cansada

y amargada. Toda su alegre insolencia parecía haber sido barrida y eliminada junto con las partículas de moho de las baldosas azules y el polvo de las alfombras.

Me escoltó a un salón desnudo de muebles exceptuando una silla vacía, tallada y forrada de negro. Los otros invitados (alrededor de una docena de mujeres) se sentaban en anchos cojines alineados junto a las paredes. Cuando llegó el mullah, tiraron de los bordes de sus chadores para taparse las caras. Sin un saludo, el mullah tomó asiento en la silla y empezó a salmodiar con una voz triste, hipnótica. Al cabo de unos minutos, la mayoría de las mujeres estaban sollozando. La suegra de Margaret lloraba violentamente, y sus hombros se sacudían bajo el negro chador. Desde debajo de sus velos, las mujeres buscaban a tientas las cajas de pañuelos de papel que se encontraban en el suelo junto a ellas.

El mullah estaba contando la historia de Hussein, el nieto del profeta Muhammad, que fue derrotado en Karbala, mil trescientos años antes. Es una historia que todo shíí conoce de memoria. Me sentí sorprendida de que la repetición de su relato pudiera desatar tanta emoción.

—No están llorando por Hussein —susurró Margaret, sentada en el suelo junto a mí—. Lloran por todas las cosas terribles de sus propias vidas... los bebés que han abortado, los niños que han muerto de enfermedad, el hermano muerto en la guerra, el marido que se divorció de ellas. En un país del Tercer Mundo como éste, las mujeres tienen mucho por lo que llorar.

La cadenciosa voz del mullah subió en un crescendo, luego cesó de repente. Tan abruptamente como había entrado, se levantó y dejó la habitación. Al momento de atravesar la puerta, las mujeres se quitaron el chador. Estaban deslumbrantemente vestidas con trajes de seda adornados con hileras de perlas y oro. Una docena de conversaciones se inició a la vez. Margaret se levantó inmediatamente y fue a la cocina, volviendo una y otra vez con bandejas de fruta, pepinillos crujientes, pasteles dulces y té. Las huéspedes acicalaban sus elaborados peinados y se limpiaban unas a las otras el rímel emborronado de los ojos; después se ponían azúcar en los vasitos de té.

Al cabo de un rato, me levanté para llamar a un taxi. Pocos minutos después sonó el teléfono, y Margaret me dio un ligero codazo e hizo un gesto en dirección a su cuñada, que cogía el receptor cuidadosamente envuelto en un pliegue de su chador.

—Es el tema de la «sucia infiel» que te estaba contando antes —susurró

Margaret—. Como no eres musulmana, no pueden soportar tocar algo que tú hayas tocado hasta que hayan tenido la oportunidad de limpiarlo... o hacérmelo limpiar a mí.

En ese caso, pensé, menos mal que la cuñada de Margaret no sabía que yo era judía, o se hubiera visto obligada a tirar el teléfono definitivamente. El miedo a la contaminación de los judíos es tan fuerte entre algunos iraníes que una vez, mucho antes de la revolución islámica, el gobierno emitió una ley requiriendo a los judíos a permanecer en sus casas cuando llovía o nevaba, no fuera que el agua que hubiera tocado sus cuerpos pasara después a corrientes que los musulmanes pudieran usar para sus abluciones.

Cuando Margaret acabó de servir a todo el mundo obedeciendo las instrucciones de su marchita" suegra, apoltronada entre cojines en un rincón, me indicó por señas que la acompañara para mantener una rápida charla privada en su habitación.

La «habitación» resultó ser un estrecho gabinete, separado del salón principal por una tenue cortina. Compartía la pequeña habitación con su hijo, ahora casi de dos años. No había espacio y apenas intimidad.

Su marido se había ido para un largo viaje de negocios a América y, en lugar de llevarla para que visitara a sus parientes, había elegido dejarla allí para que hiciera las tareas domésticas de su madre y su hermana.

—Mi madre no está demasiado contenta —decía ella—. Me llama por teléfono y dice: «¿Otra vez sirviendo a sus parientes?». Sabe que me están haciendo trabajar como una muía. Quiere que vuelva a casa.

Margaret vino conmigo hasta el callejón de detrás de la casa, mientras yo esperaba mi taxi. Las cocinas de los vecinos daban a ese callejón, y olía bien, a los aromas especiados de la cocina persa. Mientras el taxi se acercaba lentamente a nosotras, le pregunté por qué no hacía caso al consejo de su madre y se iba a casa durante una temporada.

Ella enderezó sus encorvados hombros y se masajeó la parte inferior de la espalda con un puño cerrado.

—No puedo —dijo—. Mi marido no quiere que lo haga.

Dependía de él firmar los papeles que la permitirían dejar el país.

Cuando me decía adiós, vi a su cuñada aparecer en la puerta. Las manos de Margaret volaron a su cabeza y tiraron del pañuelo para ocultar unos desmandados mechones de cabello rubio.

El yihad es también para las mujeres

«¡Oh, los que creéis! Si socorréis a Dios, Éste os socorrerá y clavará vuestros pies. ¡Perezcan quienes no creen! ¡Extravíe Dios sus obras!»

El Corán

Azora XLVII: «Muhammad

(¡Bendígalo Dios y lo salve!)»

Al principio Hadra Dawish tenía problemas al echarse boca abajo en la línea de tiro.

—Siempre me estaba preguntando: «¿Me cubrirá lo suficiente el uniforme? ¿Habrá algún hombre por ahí detrás?»

Pero cinco meses después, cuando se graduó como la primera de su clase en la academia militar de los Emiratos Árabes Unidos, Hadra Dawish había aprendido a abstraer su mente de todo lo que no fuera el blanco.

Entonces, ella ya dominaba el manejo del rifle de asalto M-16, las granadas rusas propulsadas por cohetes, ametralladoras de varios usos, granadas de mano y pistolas de nueve milímetros. Sabía como descender por una cuerda de un helicóptero detenido en el aire y conducir una patrulla nocturna de reconocimiento a través de territorios desérticos. En 1992, fue la primera mujer de un país del Golfo Árabe en inscribirse para un curso de oficial en la academia militar británica de Sandhurst.

Nadie parecía más sorprendido por esto que la propia Ha-dra. Había nacido en 1967 en una de las sociedades musulmanes más conservadoras.

Durante aquellos días, la mayoría de las mujeres de los Emiratos vivían en reclusión estricta. Fuera de casa, llevaban la larga abaya negra y un velo de tela delante de la cara. Incluso en casa muchas mujeres llevaban el burka (una máscara

de piel o cáñamo negra y dorada que tapa todo excepto los ojos). Mandar a una hija a una escuela femenina era considerado un paso arriesgado: menos de una década antes, las familias conservadoras no hubieran permitido a sus hijos casarse con ninguna chica que hubiera visto a alguien, hombre o mujer, fuera del círculo familiar.

La familia de Hadra fue lo bastante progresista como para mandarla a la escuela y permitirle trabajar como terapeuta de niños discapacitados (un trabajo que no implicaba ningún contacto con los hombres). Ella iba y venía del trabajo vistiendo una abaya o manto y un niqab o velo.

—Nunca me cuestioné aquello —decía—. La verdad es que todavía prefiero vestir así cuando puedo. Sólo que no puede ser así para un soldado.

Ahora lleva un traje de faena de camuflaje con una chaqueta larga y ancha que esconde las curvas de su cuerpo. Bajo el sombrero militar, un pañuelo anudado cubre su cabello.

Hadra se hizo soldado por la misma razón que mucha otra gente:

—Yo amo a mi país —dice—. No quiero verlo destruido.

En 1990, Hadra veía con horror cómo Iraq invadía al vecino Kuwait. Las débiles fuerzas de Kuwait, dirigidas en su mayoría por oficiales extranjeros, se vinieron abajo rápidamente. Los refugiados de Kuwait llegaban a los Emiratos con historias de violación y destrucción.

Los Emiratos Árabes Unidos forman una imagen gemela a Kuwait: un país rico, pequeño y tentador para los tiranos. En el palacio del presidente de los Emiratos, el jeque Zayed, los estrategas se devanaban los sesos para encontrar una manera de reforzar su pequeño ejército de 50.000 hombres. Los Emiratos, después de todo, tenían menos de medio millón de ciudadanos a los que recurrir. Fue la esposa de Zayed, Sheika Fatima, quien argumentó que el minúsculo estado no podía permitirse seguir desperdiciando a la mitad de su población. Su solución radical: reclutar a las mujeres.

Sheika Fatima no era la primera esposa de Zayed, ni su única esposa.

El jeque, un jefe tribal en los tiempos anteriores a la unión de los Emiratos para formar un moderno Estado, se había casado muchas veces, como el profeta, para cimentar tratados y alianzas políticas.

Normalmente las esposas permanecían con él unos pocos años antes de que se divorciara de ellas y las mandara de vuelta a sus familias con honor y una considerable fortuna. Pero Fatima había ganado su corazón, y también su respeto, y se convirtió en la primera dama oficial de los Emiratos. Se había casado con el jeque de niña, y tuvo poca educación más allá de los estudios básicos del Corán. Había usado los recursos del palacio para proseguir su educación, y estudió inglés y árabe clásico. En 1973 fundó la Sociedad Abu Dhabi para el despertar de las Mujeres, para erradicar el analfabetismo y enseñar oficios a las mujeres.

En 1990, las mujeres de los Emiratos estaban empezando a acceder poco a poco a los puestos de trabajo. Sólo unas pocas se habían iniciado en trabajos que les requerían contacto con los hombres. Una de ellas era una amiga de la esposa del jeque, una pionera llamada Hessa al-Jaledi, la primera mujer ingeniera civil de los Emiratos.

Con la aprobación de Zayed, su esposa delegó en Hessa para resolver el problema de reclutar a las primeras mujeres soldados de los Emiratos y conciliarlo con la institución religiosa.

Hessa tomó un permiso de un año de su trabajo en el departamento de Obras Públicas y fue directa a los libros de historia islámicos. El tema en discusión era el del yihad o guerra santa para extender la fe y defender a la comunidad musulmana. El yihad es obligatorio para todos los musulmanes, pero puede tomar muchas formas. Para la mentalidad occidental, el yihad se ha convertido en sinónimo de actos de terrorismo llevados a cabo por grupos extremistas islámicos. Pero enseñar la fe, o proclamar la palabra a través de una vida ejemplar también son formas de yihad.

El papel de las mujeres en el yihad era un problema incluso en los tiempos del profeta. Durante los primeros años de la nueva fe, cuando la comunidad musulmana tenía que luchar para establecerse frente a la hostilidad de los grupos religiosos existentes, algunas mujeres quisieron contribuir. Los soldados victoriosos eran heridos de Dios, y se veían enriquecidos con una cuota de los botines del enemigo derrotado. Un hadith consigna esta conversación entre el profeta y una de sus seguidoras: «Yo soy la delegada de las mujeres ante ti. Este yihad es obligatorio para los hombres. Si ganan, tendrán terrenales recompensas, y si mueren estarán vivos con el Señor, que será su sostén. Pero nosotras, las mujeres musulmanas, ¿qué debemos hacer?». Muhammad replicó: «Comunica a las mujeres que te encuentres que obedecer a sus maridos y aceptar sus favores equivale a este yihad». Las autoridades musulmanas de los Emiratos citaban este

hadith en sus argumentos en contra de reclutar mujeres soldados. Pero Hessa al-Jaledi contaba con pruebas históricas que mostraban que las mujeres realmente lucharon junto a Muhammad, y recibieron honores por ello.

Nusaybah bint Kaab es quizá la más celebrada de las muchas mujeres guerreras, puesto que ayudó a salvar la vida de Muhammad en la batalla de Uhud. Cuando el ejército musulmán fue dispersado en una carga enemiga, ella estaba entre los diez guerreros que consiguieron mantener sus posiciones protegiendo el cuerpo del profeta con los suyos propios. La mujer recibió trece heridas durante su valiente resistencia; una de ellas en la espalda, casi mortal, junto al cuello, de la que tardó más de un año en curar. Al día siguiente de la batalla, y mientras yacía moribunda, oyó a Muhammad que pedía voluntarios para perseguir al enemigo y trató de levantarse para responder a la llamada, pero desfalleció por la pérdida de sangre. En una batalla posterior, perdió una mano. Muhammad honró claramente la contribución de Nusaybah. La visitaba a menudo en su casa y comía con ella.

Algunos de los más formidables oponentes de los musulmanes también fueron mujeres. Hind bint Utbah, esposa del jefe de La Meca, fue una temible presencia en la batalla de Uhud, donde gritaba poemas guerreros para arengar a los que luchaban a su lado y humillar al enemigo. Uno de sus cantos anti Muhammad ha sobrevivido, en una tosca traducción. Su texto es el siguiente:

¡Rechazamos al réprobo! ¡Repudiamos a su Dios! ¡Despreciamos y odiamos su religión!

Omar, el lugarteniente misógino de Muhammad, replicó con esta cruda y reveladora respuesta:

Que Dios maldiga a Hind,

Distinguida entre las Hinds,

La del gran clítoris,

¡y que maldiga a su marido con ella!

Hind no se intimidó. Los mequíes derrotaron a los musulmanes, infligiéndoles grandes pérdidas. Hind buscó entre los musulmanes muertos al hombre que había matado a su padre en una batalla anterior.

Cuando encontró el cadáver, le sacó el hígado, le cortó la nariz y las orejas y

las ensartó en los brazaletes que llevaba, mientras se subía a una roca para declamar versos a la victoria; las mujeres de Muhammad y las otras mujeres musulmanas intentaban recoger los cuerpos del campo de batalla antes de que fueran profanados.

Abundan las historias del coraje de las mujeres musulmanas en el campo de batalla. La tía de Muhammad, Safiyah, fue la primera mujer musulmana en matar a un enemigo en batalla; Asma bint Yazid mató a nueve adversarios en la batalla de Yarmuk. Khawla bint al-Azwar cabalgaba en la batalla con su manto envuelto apretadamente en torno a la cara. Cuando cargaba hacia el enemigo, los observadores se preguntaban cuál sería el nombre del bravo soldado que cabalgaba junto al profeta.

Después de la muerte de Muhammad, las mujeres continuaron tomando parte en las campañas. Cuando los musulmanes atacaron un puerto de mar persa, una banda de mujeres, dirigida por Azdah bint al-Harith, convirtió sus mantos en banderas y marchó en formación contra el enemigo, que las tomó por tropas de refuerzo.

Armada con estos ejemplos, Hessa desgastó gradualmente la oposición a la nueva academia militar de mujeres.

Les preguntaba: «Si no estaba prohibido entonces, ¿por qué prohibirlo ahora?».

Hasta los más conservadores no tenían argumentos contra el ejemplo del profeta. Pero una pregunta surgía: ¿quién entrenaría a las mujeres?

Los únicos instructores cualificados de los Emiratos eran hombres, y eso era impensable. Un oficial masculino no podía supervisar el entrenamiento físico de mujeres sin velo, ni irrumpir en barracones de mujeres para hacer cumplir la disciplina; tampoco podía tocar a una mujer para corregir su posición con un rifle.

La respuesta era obvia para cualquiera que hubiese visto a los militares de los Estados Unidos en la cercana Arabia Saudí. Allí, las mujeres del ejército estadounidense pilotaban transportes de tropa, mantenían baterías de misiles, llevaban municiones en camión al frente... Los Emiratos preguntaron al ejército estadounidense si podía prescindir de unas pocas de sus mujeres de alta graduación para dar un curso básico de entrenamiento. Fort Bragg eligió a diez especialistas cuyo promedio de tiempo de servicio eran catorce años. Su

comandante, la mayor Janis Karpinski, todavía está sirviendo en Arabia Saudí.

Antes de que empezaran a trabajar, Hessa hizo que cada una de las soldados estadounidenses pasase dos días viviendo con una familia de los Emiratos para que pudieran al menos dar un vistazo al entorno cultural del cual procedían las reclutas. A su llegada a la enorme casa de un oficial del ejército de los Emiratos, Tracy Borum, una capitana de la policía militar de Nashville, Tennessee, se sentía nerviosa.

—Me preocupaba que me vieran como una mujer occidental que invadía su hogar y se enfrentaba a sus costumbres —decía.

Por el contrario, se encontró tratada como una huésped de honor. Se deleitó con la carne de camello («dulce y algo grasienta»), probó el burka («un sentimiento extraño, misterioso... como si tratara de esconderme de alguien») y vio cómo las mujeres se perfumaban colocando braseros con incienso humeante bajo sus largas ropas («estaba segura de que se iban a achicharrar»).

Mientras tanto, Hessa estaba seleccionando las solicitudes de alrededor de 1.200 mujeres que habían contestado a los anuncios buscando voluntarias. Eligió a 74 mujeres de edades comprendidas entre los diecisiete y los treinta y un años, y una educación desde sexto curso terminado hasta tituladas universitarias.

—Al principio traté de eliminar a las mujeres con hijos pequeños —decía—, pero era imposible.

En los Emiratos, las mujeres todavía se casan muy jóvenes y empiezan a tener familia en cuanto pueden, por lo tanto casi todas las mujeres en el grupo de edad adecuado tenían hijos aún pequeños. Pero como la mayoría vivía en familias muy extensas, había muchas madres y tías en los hogares que cuidarían de los niños. Hessa encontró que muchas de las solicitantes provenían de familias con un hermano o un padre que ya era militar. El grupo elegido incluía unas siete parejas de hermanas. Al principio, las entrenadoras de Estados Unidos dividieron a las reclutas en tres pelotones y pensaron en separar a las hermanas, pero se decidieron en contra cuando vieron que las mujeres parecían trabajar mejor con la ayuda de una hermana. Ninguna de las mujeres había sido activa físicamente, la mayoría ni siquiera habían pasado una noche fuera de su casa. Tracy Borum recuerda su extrema timidez.

Educadas desde la infancia con la admonición coránica de «bajar la mirada

y ser modestas», las mujeres ahora se encontraban con que las obligaban a cuadrar los hombros y mirar cara a cara a sus oficiales.

—Al principio tenía que ir levantándoles la barbilla para que me miraran —recuerda Tracy.

Las estadounidenses tuvieron que revisar algunos aspectos de su entrenamiento.

—Las sargentos instructoras, gritándoles para que se pusieran en formación o para ir a los barracones, asustaban a muerte a esas pobres mujeres —recuerda Janis Karpinski—. Las reclutas estadounidenses ya se lo esperan... lo han visto en todas las películas.

Las sargentos instructoras comprendieron que alabar a las reclutas que lo hacían bien funcionaba mejor que insultar a las que lo hacían mal. Las mujeres habían sido educadas para complacer, descubrió Tracy Borum, «por lo tanto, intentamos ser aquellas personas a quienes ellas quisieran complacer».

Otras modificaciones suponían arreglar el programa de instrucción para incluir las plegarias, y programar el entrenamiento físico pesado para la noche durante el mes del Ramadán, después de que las mujeres hubieran roto su larga jornada de ayuno. Janis Karpinski y algunas de las instructoras ayunaban también durante todo el día con sus tropas.

—Quería mostrar solidaridad con ellas, pero también quería saber exactamente cuáles eran sus condiciones físicas. Si una de ellas decía que no podía con una carrera de seis mil metros, le diría: «Sí que puedes, porque nosotras podemos, y nosotras estamos ayunando también».

Excepto durante el Ramadán, el día empezaba con la llamada a la oración alrededor de las cinco y media de la mañana. Después de las oraciones, las reclutas se alineaban con un chándal negro para el entrenamiento físico.

—Hacíamos el entrenamiento físico antes de que ninguno de los administradores masculinos apareciera —decía Tracy. De esa forma, las reclutas podían trabajar con el cabello descubierto, aunque habitualmente llevaban los pañuelos atados alrededor de la cintura, por si acaso.

Sólo quince mujeres abandonaron el curso. Algunas no podían soportar la presencia de los hombres en la escuela militar. Otras echaban de menos a sus

familias o a sus criadas. Las que se quedaron tuvieron éxito. Al principio las entrenadoras estadounidenses habían revisado sus objetivos de entrenamiento físico a la baja, para acomodarlos a mujeres que nunca habían tenido que caminar siquiera para ir al supermercado, y mucho menos completar una marcha. Pero al cabo de unas semanas los objetivos se habían vuelto a alcanzar, y las mujeres hacían fácilmente un centenar de abdominales al día. Una recluta perdió casi veinte kilos durante el entrenamiento de cinco meses.

Cuando el curso llegaba a su fin en mayo de 1991, «vimos que tenía lugar una metamorfosis», dice Janis Kapinski.

—En los últimos treinta días, siempre que veía a esas mujeres tenían los hombros cuadrados y la cabeza alta.

Hadra Dawish fue de permiso a visitar a su familia y ellos se sorprendieron de los cambios que había experimentado.

—Me dijeron que había cambiado demasiado, desde la manera de caminar hasta la manera de actuar con ellos —decía—. A algunos les gustaba. A otros no. —Hadra encontró que era difícil convencer a sus amigas. Sentadas en sus dorados salones, con criadas extranjeras pasando bandejas de pastelitos, ellas se estremecían cuando Hadra les hablaba de cavar trincheras y pasar toda la noche de guardia en campamentos desiertos—. Ellas continuaban diciendo: «Tienes que dejarlo, has hecho una elección terrible.» Pero yo sabía que había tomado la decisión correcta.

Mientras tanto, algunos oficiales masculinos de alta graduación del ejército de los Emiratos encontraban difíciles de creer los buenos resultados que estaban obteniendo las reclutas. El teniente coronel Mohamed Nasser, el comandante de la academia, había admitido desde el principio que se sintió remiso a la idea de tener mujeres soldados.

—Si tuviéramos más población, preferiría ver que las mujeres permanecen en sus casas —dijo. Pero lentamente tuvo que modificar su opinión acerca de las capacidades de ellas. Al principio se negó a creer las puntuaciones de tiro que habían obtenido las mujeres—. Cuando vi los resultados de treinta y ocho sobre cuarenta, tuve que sorprenderme —decía, con franca admiración.

Después de todo, las mujeres habían crecido en una atmósfera en la que las niñas nunca habían jugado empuñando una pistola de juguete. El teniente coronel

se preguntaba si las altas puntuaciones reflejaban un defecto en el campo de tiro recientemente construido de la academia de mujeres. Para averiguarlo, requisó el campo de tiro de la academia masculina y ordenó a las mujeres que volvieran a hacer la prueba allí.

Y entonces vio con asombro cómo bala tras bala impactaba en su lugar, directamente en el centro del blanco.

Antes de que yo llegara al Oriente Próximo, siempre me había encontrado en el lado más pacifista de cada polémica. A pesar de la evidente prueba de lo contrario (Golda Meir, Margaret Thatcher) creía que un mundo con más mujeres en posiciones de poder sería un lugar más pacífico. Por lo tanto parecía extraño, y un poco triste, que de todos los derechos a los que aspiraba la mujer, aquél que habían ganado Hadra y sus amigas fuera precisamente el derecho a matar y que te maten. Y sin embargo, era imposible no celebrar la fuerza que las mujeres de los Emiratos habían descubierto en sí mismas, la habilidad que adquirieron y la confianza que parecía irradiar de cada rostro que encontré en la base.

Yo había tratado de resolver esta paradoja otra vez antes, en Eritrea, agazapada en una trinchera excavada en la cima de una montaña de África. Pocos metros más allá, los soldados etíopes miraban con los prismáticos, esperando que alguien de nuestro lado hiciera un movimiento. Del centenar poco más o menos de soldados que había del lado eritreo en ese frente, unos quince eran mujeres, incluyendo el oficial comandante.

Esas mujeres guerrilleras eritreas habían presenciado lo peor que la guerra puede ofrecer. Una había visto a una amiga recibir en la cara la andanada de un Kalashnikov, que le voló media mandíbula. Otra sostuvo la mano de un camarada mientras le amputaban sin anestesia la pierna destrozada por una mina. Las mujeres hablaban de esas cosas con un triste pragmatismo. La mayoría había nacido después de que la lucha con Etiopía empezara en 1962, y no había conocido otra cosa que un país en guerra.

Como en los Emiratos, las mujeres eritreas se habían unido a las guerrillas porque creían que debían hacerlo; simplemente, no había suficientes hombres para enfrentarse a la fuerza del ejército más grande del África subsahariana. Su sociedad había sido incluso más reticente a la noción de las mujeres guerreras que la de los Emiratos. En 1960, en los pueblos énteos, la posición de la mujer era tan baja que una mujer sólo se atrevía a hablar a su marido si era absolutamente necesario. A partir de la declaración del Corán de que la menstruación es «una

enfermedad», durante la cual las mujeres deben abstenerse del sexo y rezar, los eritreos habían desarrollado una tradición que obligaba a las mujeres con la menstruación a abandonar sus hogares durante una semana al mes y recluirse, día y noche, en un pozo reservado para las «impuras».

Cuando estalló la guerra con Etiopía, algunas mujeres insistieron en luchar.

—Al principio las necesitaban, por lo tanto no podían permitirse el lujo de rechazarlas —decía Chuchu Tesfamariam, que se convirtió ella misma en soldado a la edad de diecisiete años. El valor de las luchadoras ganó el respeto de los hombres en general y rompió muchos tabúes. Los eritreos, desesperadamente pobres, tenían pocas fábricas.

Pero, como un gesto para la comodidad de sus mujeres soldados, habían dedicado algunos de los recursos de una fábrica de pañuelos a fabricar paños sanitarios.

Las condiciones de vida en el frente eran terriblemente duras. Las tropas, flacas y desnutridas por los años de consumo de raciones desecadas, vivían de un puré de lentejas a cucharadas sobre un trozo de pan. Su trinchera estilo «Primera Guerra Mundial» se extendía kilómetros a lo largo de altas crestas montañosas. Los suministros tenían que ser acarreados a mano por la pendiente rocosa casi vertical, trabajo que las mujeres compartían equitativamente con los hombres. Todo el mundo dormía en el suelo.

Las guerrilleras provenían de un amplio espectro de entornos. Algunas, como las idealistas universitarias que volvían del exilio para alistarse, encontraban natural que hombres y mujeres luchasen juntos.

Otras, simples pueblerinas, tenían dificultades en acostumbrarse a la idea.

Ismail Idriss, un pastor de cabras y devoto musulmán de veintitrés años, nunca había hablado a una mujer fuera de su familia, cuando de repente se encontró recibiendo órdenes de una.

—Conozco a las mujeres soldados desde el principio, incluso cuando iba vagando con mis cabras ya las veía —explicaba Ismail, tomando el sol en un saliente rocoso durante un raro descanso en la lucha—. Pero nunca creí que una mujer pudiera dar órdenes a un hombre.

El comandante de la compañía de Ismail era una mujer rechoncha y

taciturna de su misma edad llamada Hewit Mogenes, una veterana que llevaba desde los trece años combatiendo en el frente y que venía de una familia cristiana.

—Ahora que lo he visto en la práctica, he empezado a aceptarlo —decía él, con una voz que todavía sonaba dubitativa ante la idea—. Cuando hay que subir por un lugar difícil, ella corre montaña arriba; cuando hay batalla, está al frente de las tropas; y cuando hieren a alguien, es ella quien le saca del campo de batalla. —Mostró las palmas de las manos y se alzó de hombros—. ¿Qué puedo decir en contra cuando he visto tales cosas?

Pocas noches después, la guerra tomó un descanso para celebrar una boda. Los soldados siempre se casaban en grandes grupos; una sola pareja no podía sufragar la fiesta tradicional a base de carne de cabra. Una joven bailarina vestida con un traje hecho con sacos de grano marcados «Donación de la República Federal de Alemania» brincaba y daba vueltas en la arena, seguida por 120 novias y novios, todos vestidos igual, con la misma gastada ropa caqui que habían llevado en la batalla que acababan de luchar. Las parejas se unieron y se tomaron de las manos, esperando que su comandante de división leyera los nombres y los declarara maridos y mujeres. Cada pareja recibía un certificado de boda, producido en la imprenta clandestina de los guerrilleros, y que contenía una cita de la Ley de Matrimonio de 1977 que establecía que la unión era «la libre voluntad de dos partes basada en el amor».

Me senté en la arena oyendo la larga lista de nombres. Nura Hussein se casaba con Haile Gabremichael. Abdullah Doud se casaba con Ababa Mariam. Musulmanes y cristianos se casaban entre sí por docenas.

—Es posible que toda esta gente provenga de unos padres a los que les enseñaron que es preferible morir de hambre que compartir la comida del plato de alguien de diferente religión —decía Chuchu, sentada en la arena junto a mí. Pero en las trincheras de esa larga guerra, esos jóvenes hombres y mujeres habían compartido muchas más cosas: miedo, victorias y creencia en una causa. En la oscuridad yo podía vislumbrar el perfil de Chuchu. Una triste media sonrisa jugueteaba en su rostro.

«No todo lo que procede de la guerra es malo», susurró.

Y desgraciadamente, no todo lo que proviene de la paz es bueno. En 1994 volví a Eritrea, que por entonces era ya un estado independiente desde hacía casi un año. La capital, Asmara, había caído ante las guerrillas sin combatir. Indemnes

de la lucha que había reducido una gran parte del país a escombros, sus edificios italianizantes resplandecían en la suave luz invernal, con las paredes de terracota salpicadas de repentinas cascadas de buganvillas escarlata. Las calles estaban limpias y eran seguras para caminar, incluso por la noche.

Durante la guerra, hasta los maestros de escuela llevaban AK-47. Ahora, nadie iba armado, ni siquiera en el aeropuerto o las entradas de los edificios oficiales. Una de las poblaciones más militarizadas del mundo había depuesto las armas.

Por una vez, un movimiento guerrillero había llegado al poder y no se había corrompido instantáneamente. Los dirigentes del movimiento todavía llevaban las sandalias de plástico baratas con las que habían luchado, y ninguno de ellos, incluyendo el presidente, recibían un salario. Como los otros luchadores, donaban su trabajo al esfuerzo de reconstrucción.

Pero para las mujeres soldados la paz había comportado algunos inconvenientes inesperados. El nuevo gobierno ofrecía a las mujeres la participación política y nuevos derechos legales, como el derecho de poseer y heredar las tierras. También prohibió la mutilación genital en los hospitales, y patrocinó series de radio en las cuales tanto el mufti musulmán como el obispo cristiano explicaban claramente que esas prácticas no eran obligaciones religiosas.

Pero las tradiciones del conjunto de la sociedad todavía pesaban más que la cultura que se había desarrollado en el frente. De pronto, las guerrilleras habían vuelto a casa con unas familias que habían pasado la guerra bajo la ocupación de las fuerzas etíopes. A menudo, las costumbres progresistas de las guerrilleras chocaban con los valores profundamente conservadores de sus padres.

—La mayoría nos respetan... entienden que vivíamos de una manera diferente —decía Rosa Kiflemariam, una joven de treinta y tres años que había pasado ocho años en el frente—. Aquello era antes... esto es ahora, y ahora tienes que vivir a tu manera.

En 1989, Rosa se había casado con un compañero de la guerrilla en una de las ceremonias nupciales del frente. La pareja, luchando en diferentes frentes, había pasado en total sólo un mes juntos antes de que llegara la paz. Ahora ella y su marido estaban tratando de acostumbrarse el uno al otro en medio de una enorme presión familiar.

La suegra de Rosa no aprobaba que la mujer de su hijo trabajara fuera de casa y quería que dejara su trabajo como responsable financiero en la Unión de Mujeres Eritreas.

—Cada vez que me ve empieza otra vez: «¿Por qué no tienes hijos? ¿Por qué no te quedas en casa?».

En los pueblos, particularmente, las familias encuentran difícil de aceptar la forma de pensar de mujeres jóvenes que estaban acostumbradas a la igualdad absoluta, o incluso a posiciones de mando en unidades militares. En estos casos, las familias propugnan el divorcio y ofrecen a sus hijos jóvenes a dóciles chicas del pueblo dispuestas a ponerse completamente a su servicio como esposas alternativas. Estas tensiones se exacerban si el marido y la mujer provienen de entornos religiosos diferentes.

Para una joven guerrillera soltera, el futuro es problemático. Por una parte, es una heroína, pero eso no la hace necesariamente casadera en pueblos en los que todavía se valora más la modestia y una virginidad indudable.

Para Rosa y otras muchas mujeres, una nueva lucha acaba de empezar.

—Tenemos que luchar ahora para hacerles entender que todo el mundo tiene derecho a vivir libremente. Y ésta, creo, es otra guerra.

Una Reina

«He encontrado una mujer que los señorea. Se le ha dado toda clase de cosas y tiene un trono enorme.»

El Corán Azora XXVII: «Las hormigas»

Las antiguas rutas comerciales de Arabia son ahora autopistas llenas de baches. Las caravanas de camellos cargados que Muhammad dirigió para Jadiya desde los puertos de la costa a las plazas fuertes de tierra adentro han desaparecido también. En su lugar, los camiones pasan traqueteando y dando tumbos de Aqaba a La Meca a través de una nube de polvo y emanaciones de diesel. Lo que pasa por oasis hoy en día no es sino una parada de camiones de cemento gris, desprovista de palmeras y sin una sola hoja de hierba.

En la primavera de 1989, fui a informar sobre un disturbio en uno de esos lugares, un miserable poblado de chozas llamado Maan en medio del desierto jordano. El primer ministro jordano había subido el precio de la gasolina, y los conductores de camiones de Maan se habían echado a la calle para protestar. Los alborotos se extendieron por todo el país y perturbaron la estabilidad del reinado de Hussein, el monarca que llevaba más tiempo en el poder en Oriente Próximo. Era una historia que yo ya había escrito media docena de veces: un país pobre necesita ayuda, el Fondo Monetario Internacional llega y pide una reforma económica; sus términos son demasiado duros y el pueblo se rebela.

Pero esta vez, mientras yo me encontraba sentada en lo que quedaba de una silla en las ruinas quemadas de una oficina bancaria en Maan, la historia dio un súbito vuelco fuera de lo que esperaba oír. Sentado frente a mí en el cajón de un archivador vuelto del revés, un nervioso beduino con una ropa mugrienta jugaba con los flecos de su kaffiyeh. Había estado con los alborotadores que anduvieron por la ciudad una semana antes.

—Los manifestantes quieren precios más bajos, sí. Ya son bastante pobres, y el aumento quitará la comida de las bocas de sus hijos. Pero esos no eran todos los motivos por los que gritaban —miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie más le escuchaba—. Gritaban para que el rey se divorcie de la reina.

Como muchos corresponsales del Oriente Próximo, sabía vagamente que el rey Hussein se había casado en América, pero sólo pensaba en ella como en una fotogénica carnaza de las páginas de sociedad, no como alguien capaz de aparecer como consigna en una protesta sobre los precios.

—La gente aquí se hace algunas preguntas sobre la reina —dijo el beduino, dejando su kaffiyeh y metiendo las manos en el bolsillo de su vestido para coger una sarta de cuentas. Mientras las cuentas viajaban por sus dedos manchados de grasa, especificó las preguntas una por una—: ¿Era virgen cuando se casó con el rey? ¿Es musulmana de verdad? Y si lo es, ¿por qué no se cubre el cabello? ¿Es verdad que ayuda a las causas cristianas? Su familia es de Halab (el nombre árabe para la ciudad de Aleppo, en Siria, donde su abuelo nació antes de trasladarse a Líbano). En Halab hay muchos judíos. ¿Cómo sabemos que ella no tiene sangre judía? Hemos oído decir que es de la CÍA, que la han mandado para envenenar al rey.

El beduino estaba preocupado por un montón de los fantasmas familiares de Oriente Próximo: América en general y la CÍA en particular, los judíos, y si no eran los judíos, entonces los cristianos; la sexualidad femenina (tanto el miedo de un «pasado» como el temor a una emancipación presente, señalada por la ausencia de velo).

Costaba tomarse en serio semejante desvarío. Aunque lo cierto era que en Irán y Egipto las esposas de los gobernantes habían servido como blanco para la disensión, o al menos criticarlas había sido un barómetro para constatar que se avecinaban problemas. La emperatriz del sha, Farah, y Jehan, la esposa de Sadat, habían sido agresivamente modernas, mujeres notables que habían luchado por las reformas. ¿Qué estaba haciendo la reina Noor para ganar tanto oprobio?

A los cincuenta y cuatro años, su marido, el rey Hussein, era el gran superviviente del Oriente Próximo. A los trece años estuvo a punto de morir bajo la lluvia de balas asesinas que acabaron con su abuelo. En 1951, a la edad de quince años, había heredado un trono vacilante; sobrevivió a la pérdida de Cisjordania (la mitad de su reino) a favor de Israel en 1967, sofocó una insurrección armada de los refugiados palestinos en 1970 y, en 1989, llevaba gobernando treinta y ocho años.

—Ha asistido a los funerales de todos aquellos que decían que no duraría ni una semana —decía Dan Shifton, un analista israelí de asuntos jordanos.

Durante los días de disturbios, el espíritu de supervivencia del rey le dictó

hacer lo que era necesario: cesó al primer ministro, Zaid Rifai, y prometió a sus inquietos subditos que tendrían las primeras elecciones generales en veintidós años. Yo me preguntaba si su matrimonio con Noor, el cuarto y el más largo, tendría que ser también desechado en interés de su supervivencia.

Cuando empezaron los disturbios, el rey y la reina estaban en Washington, comiendo en la Casa Blanca. Las fotos de Noor, resplandeciente con un traje de gasa azul marino, y las noticias de que su hermana había asistido a la cena del brazo del productor cinematográfico George Lucas, sólo consiguieron alimentar los comentarios airados sobre sus valores americanos y su extravagancia.

Yo tenía en curso una petición a palacio para una entrevista con el rey. No esperaba realmente una respuesta, y envié un nuevo télex pidiendo ver a la reina también, para hablar de la forma en que se había convertido en el blanco de los alborotadores. Para mi sorpresa, tuve una respuesta casi de inmediato: ambas Majestades habían accedido a verme, y un coche de palacio me recogería en mi hotel.

Junto con mi chador, cuando viajaba llevaba siempre lo que yo llamaba mi «traje rey» (un digno vestido italiano de seda de rayas finas que metía de cualquier manera en un rincón de mi bolsa de viaje y resurgía decente después de un rápido planchado en la lavandería del hotel). Me puse el traje, junto con un par de zapatos de tacón que no había vuelto a llevar desde mi boda, y fui a reunirme con un soldado armado que estaba al volante de un Mercedes plateado.

El palacio real está situado en la cima de una colina cerca del centro antiguo de Aman, la ciudad cuyo nombre romano era Filadelfia (la ciudad del amor fraternal). La corte trabaja tras unas altas rejas de acero que protegen a los del interior del odio fraternal. Yo había estado antes dentro del recinto del palacio, pero sólo había llegado hasta las oficinas del rey, el diwan, donde los soldados circasianos con altos sombreros de piel hacían guardia y serviles cortesanos esperaban los requerimientos reales. Esperaba que nuestra entrevista tuviera lugar en la oficina del rey, llena de libros. Pero el coche pasó rápidamente junto a la escalinata del diwan y me depositó bajo los atronadores rotores de un helicóptero Black Hawk. El rey estaba en el asiento del piloto.

— ¡Suba a bordo! —gritó, señalándome el asiento detrás de él.

El rey empujó la palanca de mandos hacia adelante y nos levantamos del suelo, dimos unas vueltas volando bajo sobre el palacio y la densa colmena de

casas con azotea que era Ammán. En unos segundos, la ciudad había desaparecido. Pasamos rasando sobre bancales de antiguos olivos y nervaduras de piedra blanca. En Ammán, los restaurantes de comida rápida llamados «New York Pizza» y los supermercados gigantes que vendían rosquillas de pan congelado le daban a Jordania un aspecto familiar, occidental. Pero la capa de modernidad era tan delgada como una capa de arena. Por debajo estaba un antiguo, bíblico paisaje poblado de tribus que vivían de sus cabras, sus olivos y sus alianzas de sangre como siempre habían hecho.

Winston Churchill solía jactarse de que había creado Jordania una tarde de domingo con un trazo de lápiz. En un encuentro en El Cairo en 1921, Churchill y T.E. Lawrence (Lawrence de Arabia) llenaron de garabatos el estado en forma de ameba de TransJordania en el mapa de la península arábiga, para proporcionarle un trono a su aliado, Abdullah, que había ayudado a Lawrence a luchar contra los turcos en la Primera Guerra Mundial. El padre de Abdullah, el jerife Hussein, de la trigésimo quinta generación de descendientes directos del profeta Muhammad, gobernó en La Meca y en la región de Hijaz hasta que los al-Saud lo expulsaron del desierto de Nejd en el norte y lo arrinconaron.

Un palestino asesinó a Abdullah en 1951. Su hijo, Talal, era un enfermo mental y abdicó dos años más tarde. El adolescente Hussein heredó el trono de un estado en cuyo desierto los árabes como él mismo fueron rápidamente sobrepasados en número por refugiados palestinos, que atravesaban la frontera después de cada guerra con Israel.

Jordania fue el único de los estados árabes que dio ciudadanía a los palestinos refugiados de Cisjordania. Pero en el «Septiembre Negro» de 1970, Hussein creyó que los palestinos estaban tratando de tomar el control de su reino. Los reprimió duramente y hubo muchas víctimas.

Miré el casco protector del rey, que tenía su nombre pintado en la parte posterior. En Occidente, era fácil ver al rey simplemente como un hombre diplomado de Sandhurst y educado en Harrow de conversación agradable. Pero aquí era algo mucho más significativo: era la encarnación de su antepasado el profeta Muhammad, líder religioso, señor de la guerra y padre de las tribus. Un líder así tenía que dejarse ver por su pueblo (y no sólo en televisión, hablando en el seco argot de la diplomacia con extranjeros). Hussein, ocupado con la política exterior, había perdido el contacto con su pueblo. Estaba en camino de enmendar el error.

Estados Unidos nunca parece perder su capacidad de sorprenderse cuando uno de sus amigos extranjeros es destronado. En parte, supongo, es porque sólo vemos a esos hombres en cuanto aparecen en sus negociaciones con Occidente. No los vemos como aparecen ante su propio pueblo: ese distrito electoral gigante ante el cual incluso los déspotas más grandes son responsables al cabo.

Hussein hizo aterrizar el helicóptero en las afueras de una ciudad abandonada, y las aclamaciones de la multitud que le esperaba se alzaron incluso por encima del golpeteo sordo de las hélices. «BU rub, bil damm... (con nuestra alma y nuestra sangre... hacemos sacrificios para ti, ¡oh, Hussein!)» A través del polvo arremolinado, las caras se tendían hacia el rey retorcidas, casi doloridas. Los cuerpos se abalanzaban hacia delante, sujetos por cordones de soldados que machacaban cráneos y golpeaban hombros como si estuvieran tratando con los enemigos mortales de la nación. El rey, normalmente una figura gris y grave, rebotaba de alegría al quitarse el casco y colocar un kaffiyeh rojo y blanco sobre su calva cabeza. Entonces se sumergió en la multitud.

Yo salté del helicóptero para seguirle e instantáneamente fui arrastrada y separada de él y su estrecha pina de guardaespaldas. La muchedumbre, moviéndose como una sola y enloquecida entidad, había cerrado filas detrás del rey y lo empujaba hacia adelante. Me sentí arrastrada en la otra dirección. Oí el chillido de la seda rasgada al quedar atrapada la chaqueta de mi «traje rey» en la empuñadura de una daga de beduino.

Tambaleándome con mis desacostumbrados zapatos de tacón, trataba de permanecer de pie. Uno de los fornidos soldados de la guardia del rey me localizó. Maldiciendo y dando golpes violentos se abrió camino entre el amasijo de cuerpos, me agarró por una mano, y sin dejar de repartir golpes a todo el mundo a nuestro alrededor con la otra, me empujó hacia atrás, hacia el ojo del huracán, relativamente tranquilo, donde sus colegas se mantenían en torno al rey.

La marea nos llevaba hacia un grupo de tiendas. Cuando nos acercamos, se oyó un gorgoteante gemido entre las aclamaciones. Justo frente al rey, un camello se tambaleó, sus rodillas vacilaron y entonces, como un muñeco hinchable que pierde el aire, cayó lentamente hacia adelante, con un pequeño chapoteo, en un brillante charco de su propia sangre. A través de la curva del largo cuello del animal, la daga del sacrificio ritual había inscrito una parodia de sonrisa. Como requería la tradición, el rey cruzó de un tranco por encima de la sangre del sacrificio de bienvenida, y los guardaespaldas me empujaron tras él.

Días después, al sacar mis zapatos de la maleta, aún me parecía que podía ver la marca rojiza que llegaba hasta la mitad del tacón.

Llegamos a la sombra de una tienda de piel de cabra negra y un hombre de la tribu vestido con una larga túnica blanca, con manos temblorosas, vertió café de una jarra de pico largo en una tacita sin asa. Temblando violentamente, se llevó la taza a la boca y se bebió el contenido, para probar que no estaba envenenado. Entonces, temblando aún, vertió una segunda taza para su rey.

Ese largo y bochornoso día pasó como un borroso conjunto de cuadros de Las Mil y Una Noches: un poeta descalzo que declamaba sus versos en alabanza al rey; una vieja beduina envuelta en velos negros y con la cara marcada con tatuajes azules que apremió una súplica en la palma del rey; el rey durante el almuerzo, metiendo la mano en una bandeja con humeantes cabezas de cordero colocadas sobre montañas de arroz; hombres de las tribus, lo bastante viejos como para ser su padre, que le besaban reverentemente en los hombros y la nariz, pero se dirigían a él, en la igualitaria forma del desierto, por su kunya de Abu Abdullah.

Perdí la cuenta de cuántos poblados visitamos, volando rápidamente entre ellos en helicóptero, mientras el grave talante del rey iba perdiendo su color gris según pasaba el día. A última hora de la tarde, casi me sorprendió comprobar que el helicóptero volvía otra vez a Aman, y que la suave voz del rey me pedía que me uniera a él en al-Nadwa, su palacio de piedra rosa. «Noor nos espera», dijo.

Una vez pasada la gran puerta de entrada, me señaló el baño discretamente, y después se fue dando zancadas por las alfombras persas, pasó ante los estuches que exhibían pistolas y espadas antiguas, enfiló hacia la gran escalera y subió los escalones de dos en dos como un muchacho.

Me lavé la cara con el agua caliente que salía de unos grifos dorados y ataqué mi pelo enredado por el viento y cubierto de polvo con un cepillo de mango dorado, que se encontraba sobre el tocador de mármol resplandeciente. Cuando salí, la reina bajaba ya las escaleras con un largo vestido palestino con franjas verticales de seda de color morado y oro mate. Su cabello, de un rubio brillante, caía suelto sobre la espalda. Era una mujer llamativa, esbelta y muy alta (por lo menos diez centímetros más alta que su marido). En los retratos oficiales, siempre posaba de forma que parecía más baja que él. Me pregunté si él se subía en una caja, o era ella la que se metía en un agujero.

Ella sonreía y me tendía la mano para darme un apretón firme, al estilo

americano.

—Le he preguntado a Su Majestad cómo estaba usted, y él me ha dicho: «Bueno, un poco polvorienta» —dijo ella—. Pero no me parece nada polvorienta. Vamos al jardín. Es la mejor habitación de la casa. En 1970 tuvieron que poner cristal antibalas en todas las ventanas del piso superior. Creo que eso hace el interior un poco claustrofóbico.

Ella pasó con un crujido de seda a través de las puertas francesas y salimos a una terraza que se abría al césped y los macizos de flores.

La luz de la tarde caía en haces de oro sólido. Caminamos hacia un grupo de sillas cerca de un arriate de fragantes jazmines. Yo coloqué mi cuaderno de notas sobre las rodillas, dispuesta para la entrevista.

—Necesita una mesa —dijo. Avistó una mesa de jardín de hierro forjado al otro lado del césped, caminó a zancadas y la levantó ella misma, apartando con un ademán a la sirvienta de aspecto consternado que se apresuraba a ayudarla. Siempre había sido atlética: fue animadora y miembro del equipo de hockey en la primera clase mixta de Princeton en 1969, y una apasionada esquiadora durante un semestre que pasó trabajando como camarera en Aspen. Ahora hacía equitación, jugaba al tenis y hacía ejercicios aeróbicos dos o tres veces por semana.

Un camarero me trajo zumo de naranja fresco en un vaso fileteado de oro. La reina tomó un sorbo de un té de hierbas de olor astringente, clavó sus verdes ojos en los míos, con sencillez y franqueza, y expuso sus ideas sobre los disturbios, su significado y sus consecuencias.

—Volamos enseguida a casa desde Washington cuando nos enteramos —decía ella—. Y, tan pronto como llegamos aquí, una de mis amigas me contó lo que había estado pasando... los disparates que corrían por ahí sobre mí.

La amiga era Leila Sharaf, la única mujer jordana en el Senado y una de las confidentes de la reina.

—Algunas de esas cosas son tan descabelladas que hay que tomárselas con sentido del humor, o de lo contrario te agobian. Quiero decir que alguien en mi posición siempre será objeto de comentarios, haga lo que haga.

Yo sabía que los ricos de Aman hubieran deseado que el rey se casara con una de sus hijas en lugar de elegir a una extranjera. Su primera mujer fue Dina

Abdul Hamid, una intelectual universitaria de origen egipcio, siete años mayor que él. Después de dieciocho meses de matrimonio y el nacimiento de una hija, se divorciaron súbitamente.

Dina, que estaba de vacaciones en Egipto cuando recibió la noticia de la ruptura, dijo después que sólo se le había permitido ver a su hija una vez en los siguientes seis años. La segunda elegida por el rey fue Toni Gardiner, de diecinueve años de edad, hija de un militar británico. El rey la conoció en un baile y desdeñó todas las advertencias acerca de los posibles peligros en esa unión. La rebautizó Muña al-Hussein (en árabe, «el deseo de Hussein»). Tuvieron dos hijos y dos hijas gemelas, pero en 1972 sus deseos cambiaron, y él se divorció de ella para casarse con una jordana de origen palestino llamada Alia Toucan.

Alia fue la primera de sus mujeres a la cual otorgó el título de reina. Ella era la elección perfecta para curar las heridas del Septiembre Negro y unir el reino en la forma tribal tradicional, consagrada por el tiempo. Su hijo, el príncipe Alí, nacido en 1975, pasó ante los hijos mayores de la princesa Muña para tomar el segundo lugar en la sucesión después del hermano de Hussein, el príncipe heredero Hassan. Alia también tuvo una hija y adoptó a un niño cuya madre había muerto en un accidente aéreo. Alia sufrió también su cuota de comentarios maliciosos mientras vivió, pero su repentina muerte en un accidente de helicóptero en febrero de 1977 le aseguró ser Te-cordada como el gran amor del príncipe y la perfecta reina del país.

Por lo tanto, Lisa Halaby, de veintiséis años, tenía un papel difícil cuando el rey se casó con ella dieciséis meses después. Había pocas cosas en su origen que pudieran prepararla. Había crecido en una familia rica e influyente de Washington. Su madre, hija de un inmigrante de Suecia, se casó y después se divorció de Najeeb Halaby, hijo de un inmigrante sirio. Na-jeeb fue un ejemplo del éxito del crisol de razas americano: recibió toda su educación en inglés y llegó a la cumbre en los negocios y la administración; se convirtió en jefe ejecutivo de la Pan Am y dirigió la Agencia Federal de Aviación bajo los presidentes Kennedy y Johnson. Sus intereses estaban en la política interna, no en la exterior, y su hija raramente podía recordar una discusión sobre el tema de Oriente Próximo en casa. Sin embargo, ella clamaba una obstinada adhesión a su herencia árabe.

—Los años cincuenta fueron muy conformistas, y supongo que yo me rebelaba contra eso —dijo—. Cuando todo el mundo quería ser igual, yo me aferraba a las cosas que me hacían diferente.

Durante un tiempo, incluso intentó persuadir a sus perplejos compañeros de estudios de la escuela Washington Cathedral de que la llamaran Lisa Man-of-Halab, ya que ésta era la traducción literal de su apellido árabe.

Se licenció en Arquitectura y Urbanismo en Princeton y, los cuatro años siguientes a su graduación, trabajó como diseñadora de planificación urbana en Teherán, y en proyectos arquitectónicos en Sydney. En Jordania, trabajó como diseñadora para las líneas aéreas nacionales. Hubo una recepción para celebrar la entrega del primer «jumbo jet» para las líneas aéreas jordanas y Najeeb Halaby presentó a su hija al rey Hussein. El rey la invitó a almorzar en palacio y la agasajó durante cinco horas, le enseñó el palacio y le presentó a sus hijos. Durante las siguientes seis semanas cenaron juntos casi cada noche. Después, recorrieron las colinas de Aman en la motocicleta del rey, con los guardaespaldas protegiéndolos a una prudente distancia.

Lisa, que trabajaba en las líneas aéreas y vivía en el Hotel Intercontinental, mantuvo el romance en secreto. Rebecca Salti, una estadounidense casada con un jordano, había llegado a conocerla bastante bien. Recuerda haberse encontrado con ella en la parte exterior del hotel ese verano.

—Hacía mucho calor, y las dos nos sentamos en el suelo y hablamos de esto y de lo otro. Al recordar aquello, me parece que ella estaba un poco distraída.

Ese mismo día, más tarde, el palacio real anunció oficialmente el compromiso del rey Hussein con la mujer que desde entonces sería conocida como Noor al-Hussein, la luz de Hussein. El anuncio oficial establecía que Noor había adoptado la religión islámica.

—Cuando me propuso matrimonio, yo me lo pensé mucho antes de aceptarle —dijo Noor—. No porque no estuviera segura de mis sentimientos hacia él. Mis sentimientos eran tan fuertes que pensaba en él quizá más que en mí misma. Yo me daba cuenta de que no sería una esposa tradicional. No quería ser una fuente de problemas y controversias para él.

Y ahora lo era. No era difícil determinar con precisión lo que había fallado. Al principio, el pueblo jordano se había mostrado muy cálido.

—No había esperado esa efusión de afecto —dijo ella, pensando en los primeros días de su matrimonio.

Otros en Jordania lo recordaban también.

—Ella trató de hacer un discurso en árabe, y hacia la mitad se puso un poco nerviosa y parecía que se iba a echar a llorar —recordaba Metri Twall, una joven mujer de negocios de Aman—. Todo el auditorio se puso de su parte. La gente gritaba: «No te preocupes, te queremos, lo estás haciendo muy bien».

El nacimiento de cuatro hijos en seis años también había complacido a una población obsesionada por la familia.

Esos fueron los años del boom del petróleo, cuando los jordanos listos podían hacer una fortuna trabajando en el Golfo. Al volver a casa, construyeron villas con buganvillas en las que gruesas alfombras amortiguaban los pasos de los sirvientes filipinos, y el único sonido que se oía era el gorgoteo de las fuentes decorativas.

En esa era de llamativo consumo, al principio Noor sobresalía por ser bastante menos ostentosa que la élite de sus nuevos subditos. Su boda, en junio de 1978, fue discreta para los criterios regio, y se celebró en los jardines del palacio de la madre del rey. Las fotos del compromiso y la boda mostraban a una novia de aspecto poco regio, con una cara limpia, sin maquillaje y un cabello lacio. Pero ese estilo informal de colegiala pronto desapareció. Con la necesidad de los medios de comunicación de una nueva Grace Kelly, los fotógrafos internacionales como Norman Parkinson se trasladaron a Jordania y llevaron tras ellos a famosos artistas del maquillaje. Anthony Clavet, especializado en crear una imagen propia para celebridades como David Bowie y Sofía Loren, dio a Noor un aspecto de elegante glamour real, acentuado por fina joyería y ropa de alta costura francesa. El rey y su hermosa mujer se convirtieron en habituales del circuito de viajes de los ricos y las realezas. Se los podía encontrar en su domicilio de Londres, frente a Kensington Palace, o en su retiro de las montañas de Viena, o entre los riquísimos de Palm Beach, en Florida.

Pero los tiempos se habían hecho más difíciles para Jordania desde entonces. El boom del petróleo se esfumó, y los jóvenes e inteligentes jordanos que podrían haber hecho antes sus fortunas en el Golfo se quedaron en casa, subempleados. Las privaciones produjeron frustración, y la frustración llevó al islamismo. El apoyo de Estados Unidos a Israel, incluso durante la violencia de la Intifada, había inflamado los omnipresentes sentimientos antiamericanos.

En Aman, después de los disturbios, todo el mundo parecía dispuesto a atacar a la reina y considerarla como un maniquí de extravagantes ropas.

—Se ha convertido en nuestra Imelda Marcos —decía despectivamente un joven hombre de negocios.

Incluso los funcionarios del gobierno se unieron a los ataques.

—La gente se acuerda de la jovencita que llegó aquí vistiendo vaqueros. Esperaban a una persona práctica, realista, no recubierta de joyas, que viajase en avión a Europa —decía un político importante.

La ciudad, según decía él, estaba llena de rumores a causa del último ultraje. Mientras el rey estaba en Kuwait buscando ayuda para recomponer la devastada economía jordana, la reina se había ido de compras.

—Compró una joya que costaba tres cuartos de millón de dólares —dijo—. Un periódico de Kuwait consiguió el cheque y publicó la foto debajo de un titular: «Mientras el rey pide, la reina gasta».

Le pregunté si podía prestarme su copia del artículo. —Bueno —dijo entonces—, en realidad yo no lo he visto. Fue un amigo mío el que lo hizo.

Durante los siguientes días anduve a la caza de ese artículo por todo Aman. El amigo me remitió a un vecino que me envió a un tendero que juró que su hijo podía enseñarme una copia. Pero no pudo. Traté de conseguirlo en el servicio árabe de información y comprobarlo con los agregados de prensa de las embajadas extranjeras. Nada. Finalmente cogí el listín telefónico de Kuwait y llamé a todos los periódicos del emirato, uno por uno. En cada uno de ellos la respuesta fue la misma: nunca había aparecido un artículo semejante. Pero en la mente de los jordanos esto era tan real como si ellos hubieran tenido en sus propias manos el gastado recorte de prensa.

El rey se había reunido con nosotras en el jardín. Entonces intervino educadamente, con su voz suave y profunda: —Es natural que alguien cercano a mí se convierta en blanco.

Los antiguos vínculos entre los beduinos y su jefe, especialmente uno que descendía del profeta, creaban fuertes tabúes contra las críticas directas. Las mujeres, por otra parte, eran blancos fáciles.

Cada vez que las cosas empezaban a ir mal en Oriente Próximo, las mujeres eran las primeras que sufrían. Una revolución islamista no podía arreglar instantáneamente la economía nacional, pero podía ordenar a las mujeres que

llevasen velo. Si los jordanos eran infelices, no podían castigar a su rey. Pero podían amargarle la vida a sus esposas.

El rey Hussein siempre había sido un gobernante accesible que entendía a la prensa occidental y raramente huía de la oportunidad de expresar su opinión sobre los asuntos de Oriente Próximo. Pero a fines de los ochenta, las cosas empezaron a cambiar. Durante la época en que yo era corresponsal en Oriente Próximo en 1987, empezó a hacerse difícil entrevistarle, aislado como estaba por una línea defensiva impenetrable de consejeros de palacio. Todos eran hombres de mediana edad y del mismo tipo: inteligentes y elitistas, aunque respetuosos, hasta el punto de humillarse ante el rey. El primer ministro cesado, Zaid Rifai, era un astuto diplomático capaz de analizar los comportamientos, llenos de trampas y ardidés, de los peligrosos vecinos de los jordanos: Siria, Iraq, Israel y Arabia Saudí. Pero su política interior era un desastre. Su carácter autoritario le llevaba a desconfiar del pueblo de Jordania y no tenía en cuenta la opinión pública. Bajo su dirección, el control de la prensa y televisión era total, y cualquier murmullo de disensión, especialmente de los ciudadanos de origen palestino, a menudo conducía a una celda. Yo encontraba irónico que en 1987 y 1988, con Israel comprometida en una virtual guerra civil con los palestinos, yo pudiera ir a un campo de refugiados en cualquier zona de Cisjordania o Gaza y hablar con quien quisiera. Pero en cambio, al otro lado del río, en Jordania, un viaje a un campo palestino requería un permiso y una intimidatoria escolta de policía secreta cuya presencia ahogaba cualquier posibilidad de discusión franca. Los tumultos fueron la reacción contra la represión de Rifai, y el rey había facilitado ya los cauces de la libertad de expresión.

Hussein miraba a su mujer como disculpándose por lo que ella tenía que soportar por culpa de él.

—Es triste y difícil para Noor, que ha hecho tantas cosas aquí y en otras partes del mundo por Jordania.

Noor sabía que algunas de las críticas debían ser asumidas, y estaba tratando de establecer diferencias entre las conductas que estaba dispuesta a cambiar y las que no iba a sacrificar. Más o menos había decidido que su estilo podía cambiar, pero no su sustancia. Después de los disturbios empezó a vestir ropas que eran casi todas hechas en Jordania, desde los trajes de noche hasta los vaqueros. Las grandes joyas se guardaron en alguna cámara acorazada y fueron reemplazadas por piezas de artesanía del país, como una encantadora pulsera con ornamentos que le habían regalado sus hijos. Tras nuestro primer encuentro, me

invitó a ir con ella a Jerash para inspeccionar los preparativos del festival anual de las artes. Llevaba una falda caqui hasta media pierna; la mía llegaba justo hasta las rodillas. En el periódico del día siguiente me divertí verme a mí misma en una foto de pie, justo detrás de la reina. La fotografía había sido retocada para ponerme unos modestos pantalones. La sensibilidad era tan grande, obviamente, que incluso alguien que estuviera en el entorno de la reina tenía que cubrirse.

Pero la reina no pensaba someterse a las demandas de que llevase pañuelo y abrigo islámico.

—No he participado en el juego de uno u otro grupo, y no pienso empezar a hacerlo —dijo—. Creo que es posible, y pienso que yo lo hago, lograr un equilibrio razonable entre el respeto por las tradiciones de esta sociedad y lo que es práctico para el papel que yo represento.

Ese papel (sus proyectos) continuarían, aunque, dijo ella con esperanza, «algunos de ellos tarden años en llevarse a cabo». Cuando se casó con el rey, le preguntó a él qué podía hacer.

—El dijo: «Cualquier cosa que decidas, estoy seguro de que estará bien». —Recordaba. Noor se sintió muy animada por su confianza en ella. Pero sus primeras visitas a los funcionarios del gobierno fueron menos alentadoras. Un ministro le indicó con rudeza que debía limitar su papel público a cortar alguna cinta en ceremonias inaugurales.

—Hay que entender esto —decía Ranya Jadri, una licenciada en leyes jordana—. Si te quedas en tu casa y tienes niños, a todo el mundo le parece bien. En cuanto intentas hacer algo diferente como mujer en esta sociedad, te expones a todo tipo de murmuraciones y críticas.

Pero Noor no podía imaginar una vida sin algo semejante a un trabajo.

—Siempre había trabajado —dijo ella. Al principio se comprometió en proyectos ligados a su carrera anterior: planificación urbanística, leyes de construcción y temas de medio ambiente. Después de nacer sus hijos, se fue involucrando cada vez más en temas de salud y educación materno-infantil, después de educación y empleo para las mujeres, y después deportivos y culturales. En 1985 ella encabezaba una amplia fundación con oficinas en un palacio reconstruido que había pertenecido al rey Abdullah. Sus proyectos tenían como objetivo las mujeres, especialmente las de las áreas rurales aisladas. Muchas

tribus beduinas ya no vagaban según las estaciones y se habían establecido en asentamientos provisionales que carecían de transporte, agua potable y asistencia sanitaria. Lisa Halaby, la planificadora de ciudades, miraba esos lugares y se los imaginaba diferentes. Noor, la reina de Jordania, estimulaba a los políticos para hacerlos así. Los hombres que gobernaban Jordania no estaban acostumbrados a recibir órdenes de una mujer joven.

Y a los hombres a cuyas esposas ella estaba ayudando tampoco les gustaban los efectos de su ayuda. Un proyecto de fabricación de alfombras en una colina barrida por el viento llamada Yebel Bani Hamida había sido un éxito clamoroso, porque las mujeres podían hacer el trabajo en casa en simples y tradicionales telares hechos de palos y piedras. La reina había ayudado en el diseño y organización, y compraba las alfombras como regalo para los visitantes oficiales de Jordania. También visitaba a las mujeres, se ponía en cuclillas junto a ellas en el polvo y escuchaba sus problemas. El dinero de las alfombras iba directamente a las mujeres, y les daba una cierta independencia por primera vez en sus vidas. Una de ellas usó el dinero de la primera alfombra que cobró para comprar un billete de autobús e ir a la ciudad a divorciarse.

Noor tenía otros intereses que no casaban demasiado bien con los religiosos extremistas. Hubo amenazas para interrumpir el festival de las artes en Jerash, del que ella era la principal promotora. El festival crecía cada año, atrayendo a artistas tradicionales, como poetas árabes, pero también cada vez más a artistas europeos, como compañías extranjeras de ballet, cuyas actuaciones eran consideradas libidinosas por los islamistas. Ellos también se oponían a la creación de un internado que la reina había patrocinado. La escuela iba a ser mixta (anatema para los islámicos recalcitrantes). Las «causas cristianas» que tanto preocupaban al beduino de Maan entrañaban trabajar con creencias como los mennonitas, anglicanos y católicos romanos que tenían programas de ayuda a los refugiados de Jordania.

Dondequiera que hablaba Noor acerca de convertirse en musulmán, ella siempre recalca la compatibilidad del Islam con los valores de la tradición judeo-cristiana en la que había sido educada, y la necesidad de «promover una imagen adecuada» del humanismo islámico y su carácter universal. Ella criticaba a los «extremistas» por dar a entender que lo que ella decía era una pintura tergiversada de la fe.

Su súbito regreso desde Washington en medio de los disturbios la había dejado ante un calendario de días vacíos y sin programar. Tenía que decidir cómo

llenarlos: esconderse de las críticas o salir y encararse a ellas. Ella salió.

—Hubiera sido más fácil retirarse o retractarse discretamente —dijo, mirando cómo se apagaba gradualmente un rayo de sol que iluminaba un bancal de suaves rosas de color rosa—. Hubiera tenido más tiempo para mis hijos —tenían entonces nueve, ocho, seis y tres años respectivamente—. Podría hacer más ejercicio o incluso leer libros. Pero yo siento que tengo una responsabilidad con todos esos jóvenes que creen en los mismos ideales que yo, pero no tienen poder para llevarlos a término. Si yo me retracto, los estoy abandonando... especialmente a las mujeres.

Sus primeras apariciones públicas habían ido bien.

—Me sentí muy aliviada al ver que las tonterías que corrían por ahí no habían tenido ningún impacto, gracias a Dios. Me hubiera preocupado si los rumores hubieran afectado a la forma en que la gente se relaciona conmigo. Fue una situación que llegó y pareció pasar... aunque nunca olvidas que esa gente puede pensar así.

Después, cuando la conocí un poco mejor, ella me confió que había considerado una respuesta alternativa para sus críticos: tener otro hijo.

—Pensé: «Es algo que puedo hacer y que gustará a todo el mundo».

Pero al final se decidió en sentido contrario.

—Me gustaría mucho tener otro hijo, pero también quiero ser un buen modelo de planificación familiar —dijo.

Yo reí y dije que los once hijos del rey difícilmente militaban a favor de eso. Ella apuntó que las tasas de fertilidad (Jordania tiene una de las más altas del mundo) están calculadas en descendientes por mujer, no por hombre.

—Para los patrones jordanos, cuatro hijos se considera todavía una gran pequeña familia. Si tuviera cinco, sería una pequeña gran familia.

Esa tarde en el jardín ella insinuó que los disturbios no habían sido para ella la calamidad que yo pensaba. Yo le había preguntado al rey si pensaba que los tumultos eran una explosión de emoción aislada, o si los desórdenes podían volver a producirse.

—Creo que sólo fue una vez —dijo él.

La reina movió la cabeza.

—No creo que puedas dar por sentado eso, Sidi —dijo.

Sidi, que significa señor, es la forma en que llaman al rey sus allegados. Me preguntaba yo si ella era la única lo suficientemente valiente como para contradecirle. Ella volvió a decir que dependía mucho de si la gente creía que los cambios prometidos eran genuinos. Habló cálidamente de la decisión del rey de convocar elecciones y establecer la libertad de expresión en la prensa local. Pocos días antes, un periodista palestino muy abierto a quien el gobierno de Zaid Rifai había confiscado el pasaporte, acabando así con su carrera, había sido invitado a palacio para un encuentro de reconciliación.

—Me sentí muy contenta —dijo Noor—. Estas son las cosas que yo he estado impulsando y Su Majestad siempre ha querido para Jordania. Pero algunas de las personas de su entorno han tratado insistentemente de evitar que pasaran.

Entre líneas, lo que había sucedido estaba claro. Los valores occidentales de la reina habían entrado en conflicto con el autoritarismo de Zaid Rifai. Los disturbios habían probado la razón de la reina y el error de Rifai. Rifai se había ido; la reina se quedaba.

A fines de ese mismo año, la iniciativa democrática del rey dio fruto en unas elecciones que condujo a que los islamistas de línea dura dominasen el Parlamento. Justo antes de la elección, una delegación de liberales jordanos había acudido a palacio para explicar la persecución de Toujan Faisal, una candidata cuya campaña por los derechos de las mujeres la había convertido en blanco de las amenazas y acosos de los islamistas. La noche antes de la votación, Hussein apareció en televisión e hizo una advertencia en contra del extremismo religioso. La división de su país en líneas religiosas, advirtió, nunca sería tolerada mientras él viviese. Los extremistas parecieron captar el mensaje y detuvieron bruscamente la violencia contra Toujan o sus seguidores.

Hasta agosto de 1990, Jordania funcionó así: los parlamentarios islamistas presentaban proposiciones como la prohibición de los peinados masculinos para las mujeres, y el resto de la comunidad criticaba severamente la idea y la llevaba a cabo mucho más de lo que lo había hecho siempre. La libertad de expresión estaba aireando los planes de los islamistas de una forma saludable, y la mayoría de la

gente, según parecía, no estaba de acuerdo con esos planes. Una iniciativa que costó la credibilidad del bloque islamista, incluso entre los jordanos más religiosos, fue la propuesta de prohibir a los padres asistir a los acontecimientos deportivos en las escuelas de sus hijas.

— ¿Están diciendo que soy tan pervertido que ni siquiera se me puede dejar que vea a mi propia hija jugar al baloncesto? —se indignaba un padre intensamente religioso que antes había simpatizado con el bloque islamista.

Entonces Saddam Hussein invadió Kuwait, los Estados Unidos enviaron tropas a Arabia Saudí, y Jordania estalló en una efusión de apoyo a Iraq. Asistí a un sermón en una de las mayores mezquitas de Aman y oí al predicador fustigar a la desbordante multitud en un frenesí antiestadounidense, advirtiéndole al gobierno de Estados Unidos que «vuestros cerdos sólo volverán a casa en ataúdes, si Dios lo quiere». Era el momento de la reina. De repente, ella podía servir a su país de adopción de una manera que ninguna consorte nativa árabe podía haberlo hecho. Cuando Washington desairó al rey, mandando al secretario de estado James Baker y otros representantes del gobierno a todos los demás países de la región excepto Jordania, ella fue en avión a su ciudad natal y procuró la aprobación de senadores y congresistas, pidiéndoles que entendieran la petición del rey de un acuerdo negociado. Fue muy interesante comparar la cobertura en prensa que ella cosechó en estos viajes con los artículos que habían aparecido en su primera visita a Washington después de su matrimonio. «Me sentiré encantada de tener un hijo suyo», decía melosamente el titular de un artículo de la revista People de 1978, que contenía sus ideas sobre deporte y compras. Esta vez, ella habló en la Brookings Institution y apareció en el programa Nightline, y no se le volvió a preguntar sobre su peinado y la educación de los niños, sino que debió contestar satisfactoriamente a difíciles preguntas sobre la política exterior de Jordania. Ella lo hizo muy bien, con aplomo y claridad.

De vuelta a casa en Aman, exhortó al rey para que hablase a los reporteros que pasaban a toda prisa desde y hasta Bagdad a través de Jordania, la única puerta a Iraq que las sanciones de las Naciones Unidas habían dejado abierta. Preparó comidas ligeras en un salón de su oficina para que diez o doce reporteros pudieran cada vez verse con el rey y oír su versión de los acontecimientos.

La vi muchas veces mientras yo iba y venía entre Arabia Saudí y Bagdad. Algunas veces me invitaba a cenar en palacio. Era un intento de conciliación, llevado a cabo con exquisito tacto. Y funcionaba. Era imposible sentarse con ellos dos durante horas y no acabar entendiendo mejor el delicado equilibrio de la

actuación del rey entre Iraq y la dura posición de la desaprobación estadounidense.

Había un placer culpable en esas visitas. Mi habitación del hotel en Jordania estaba desordenada, llena de envases vacíos de comida preparada, bidones de gasolina y una caja de agua embotellada: el equipo que necesitaba para los viajes al frente en Arabia Saudí o a las ruinas de Iraq. Colgados en el armario estaban mis pantalones caqui, jaspeados con manchas de judías en conserva de mi último trabajo con los «marines» de Estados Unidos, agazapados en la arena, comiendo nuestras raciones precocinadas en platos desechables de cartón.

El palacio de Nadwa era todo lo contrario a mis viajes de guerra. Noor se excusaba para «ir a ver cómo está la cena», y lo que seguía a continuación era un batallón de criados que traía un surtido de dos sopas, tres primeros platos y cuatro segundos (siempre incluía las cosas ligeras y saludables que a ella le gustaban, como sopa de algas, pescado a la plancha o lentejas especiadas con yogur). El rey raramente comía nada de lo que llamaba despectivamente en broma «la comida sana» de Noor. Cada noche tomaba lo mismo: una brocheta de cordero asado sobre un lecho de arroz. Cuando la etiqueta lo permitía, apartaba su plato y encendía un cigarrillo. Noor, preocupada por su salud, fruncía el ceño si encendía más de uno.

—Si la gente me dice: «¿Te importa que fume?», siempre contesto: «Me importa por ti» —decía ella—. Odio pensar que la gente le hace eso a su cuerpo.

Su hijo mayor, Hamzah, de diez años, era también un aliado que reñía sotto voce a su padre en árabe.

En las cenas, incluso las menos formales alrededor de una mesa circular de caña en los aposentos familiares, siempre se encendían velas en cuencos de cristal adornados con hojas verdes. La conversación era el sueño y la pesadilla de un periodista, todo al mismo tiempo. Por una vez, había una fuente que realmente sabía lo que estaba pasando, y preparada además para hablar de ello. Por otra parte, la mayoría de lo que se decía allí era extraoficial. Oír hablar así es peligroso si le da a uno la sensación de tener la verdad, cuando uno lo único que realmente puede tener es una cierta autocomplacencia.

Sin embargo, el rey había conocido a todos los presidentes de Estados Unidos desde Truman, y había sido amigo de la mayoría de ellos. Podía ser ingenioso y a veces mordaz, al hablar de los dirigentes árabes. Pero no dominaba completamente la conversación. Al contrario que muchos maridos, parecía realmente interesado en lo que Noor tenía que decir.

Ni siquiera excluían a Hamzah. Aunque el chico dominaba perfectamente el inglés, prefería hablar árabe, y obligaba a su padre a actuar como intérprete.

Un día volé con la reina hasta los campamentos de la frontera, donde una multitud de egipcios, nativos de Sri Lanka y de Bangladesh y sudaneses salían a montones de Iraq, dejando atrás sus empleos y el fruto de muchos años de trabajo. Era una escena patética: hileras e hileras de tiendas atestadas de gente desesperada. Noor fue a las tiendas hospital, habló con todo aquél que supiera árabe o inglés, sacó un pañuelo de su bolsillo para consolar a una mujer de Sri Lanka que lloraba, tocó la frente de un niño para ver si tenía fiebre. Con los administradores del campamento, deliberó sobre los planes para las tiendas de campaña, e intentó mejorar algunos servicios como los puntos de distribución de agua potable y comida. De vuelta a su oficina en palacio, se puso al teléfono y llamó a Richard Branson, el jefe de las líneas aéreas Virgin, para pedirle más aeroplanos para transportar a la gente a su casa; también buscó otros contactos entre los ricos, para ayudar a pagar una montaña de mantas. De repente, su agenda de escritorio llena de celebridades era un bien nacional.

Llegó a casa tarde y se derrumbó, ajada y exhausta, en los sofás de caña forrados de algodón de las habitaciones familiares del piso de arriba del palacio. A lo largo de Jordania, su trabajo de los últimos doce años se estaba desmoronando. Jordania había hecho su agosto como punto de tránsito para el comercio con Iraq, pero el boicot de las Naciones Unidas había dejado los aeropuertos inactivos y a los pilotos sin empleo.

—Estamos viendo un incremento en las tasas de abandono escolar de las niñas, porque los ingresos de sus familias disminuyen y el colegio de las niñas es lo primero que ahorran —suspiró ella. Se empezaban a apreciar los primeros signos de desnutrición en los centros de salud infantiles—. La gente está bajando el nivel de proteínas en su dieta y eso empieza a afectar el desarrollo de los niños.

A menudo sonaba el teléfono de palacio y sus ayudantes o amigos la llamaban a casa y le pedían ayuda para atajar el prolijo papeleo oficial. A veces veíamos las noticias de la guerra en la CNN, bebiendo nuestra sopa de algas en unas jarras. Si Hamzah estaba todavía despierto, se sentaba con nosotros en el sofá, inclinado sobre su consola de videojuegos, luchando contra imaginarios enemigos mientras la CNN mostraba filmaciones de los preparativos de una guerra real justo al otro lado de la frontera. Algunas veces el rey cogía prestada la consola para calmar sus nervios. Había montones de vídeos apilados junto al televisor (películas del oeste de Clint Eastwood para el rey; melodramas para la reina). Y tenían

también vídeos que habían grabado ellos mismos durante la crisis, incluida una aparición de Ross Perot en el programa de Larry King, en el cual Perot, entonces un hombre de negocios texano poco conocido, desentrañaba la política de Bush en el Golfo.

Hussein ponía la cinta de Perot para mí y se reía con ganas ante el relato del texano sobre los misteriosos preparativos de la diplomacia árabe. Mucho de lo que decía Perot no era muy halagador. Con su lenta e informal forma de hablar, Perot estaba diciendo a Larry King que los árabes, si los dejaban solos, irían a una tienda, se repartirían la arena y saldrían con algún tratado que los estadounidenses nunca podrían entender. Era una escena extraña: el rey, un diplomático experto que se enfrentaba al desafío negociador de su carrera, riéndose a mandíbula batiente mientras Perot reducía sus dilemas mortales a una serie de extravagancias.

Pocos días después, Hussein recibió noticias del primer bombardeo de Bagdad en una nocturna llamada telefónica. Noor, que estaba en la cama a su lado, notó cómo su cuerpo se ponía rígido al coger el auricular y oír las malas noticias. El se levantó, se puso su traje de faena y fue a visitar a sus tropas.

Desde esa mañana, el rey se mostró visiblemente relajado. Parecía como si lo hubiera intentado todo para prevenir la guerra, lo hubiera hecho lo mejor que podía, y ahora estuviera listo para dejárselo todo al destino. Visité el palacio dos noches después de que él hubiese aparecido en la televisión jordana y hecho un discurso que encolerizó a la Casa Blanca de Bush. Hussein acusaba a Estados Unidos y a sus aliados de tratar de «destruir Iraq» y había alabado la valentía del pueblo iraquí frente a ese ataque furioso. Esa noche en palacio, el rey, viendo la CNN, supo que Estados Unidos estaba considerando cortar el paquete de ayudas a Jordania de 50 millones de dólares. El se encogió de hombros, y pulsó el mando a distancia.

—El lazo se está estrechando —dijo—. Pero yo no estoy preparado para someter cada palabra que diga a la censura o la crítica, de cualquier fuente que provenga.

De hecho, él sabía que no tenía que hacerlo: los estadounidenses necesitaban al rey para mantener Jordania estable, y a pesar de sus duras palabras en la colina del Capitolio, mantendrían un clandestino flujo de asistencia.

Abajo, en el comedor de etiqueta, yo me había fijado en una mesita auxiliar llena de fotos enmarcadas en plata de dirigentes mundiales.

Desde el principio de la crisis del Golfo, las fotos se habían movido constantemente. Saddam Hussein había desaparecido de la fila delantera después de su invasión de Kuwait. El presidente de Egipto, Hosni Mubarak había desaparecido completamente, mientras que George Bush había ido a parar detrás de una lámpara. Esa noche George Bush había vuelto a aparecer, puesto codo a codo con Saddam, como para enviar el mensaje de que Jordania era, después de todo, una parte neutral en el conflicto. Delante había una foto que yo no había visto nunca antes: el papa Juan Pablo II, que acababa de hacer un llamamiento para el inmediato fin de la guerra.

Arriba, Noor, vestida con vaqueros, llamaba a sus amigos de Estados Unidos y les ofrecía enviarles por fax copias del discurso del rey, para que pudieran leer sus comentarios dentro del contexto. En la calle, en Jordania, sus esfuerzos ganaban alabanzas en los salones y las mezquitas. Incluso los islamistas pensaban que ella estaba haciendo un buen trabajo al exponer la causa de Jordania contra un hostil mundo exterior. Era la primera vez que había oído a la gente en la mezquita alabar a una mujer por tomar un papel activo.

Sin la crisis del Golfo, era imposible saber si ella hubiera sido capaz de vivir bajo la murmuración y la crítica. Pero la guerra le había ganado una popularidad inimaginable un año antes. Un joven taxista que me llevó una vez tenía una foto suya pegada en la visera para el sol del coche. Ella vestía un traje de faena militar, como si estuviera literalmente a punto de entrar en batalla con América. ¿Sabía él, le pregunté, que ella era estadounidense?

—Ella es árabe —dijo él orgullosamente—. Es una de las nuestras.

Pero justo un año después de la guerra sonaban de nuevo las murmuraciones, con rumores de divorcio. Esta vez la mayoría de los jordanos esperaban que no fuera verdad. El rey, decían los rumores, se había enamorado de una periodista jordano-palestina de veinticinco años y le había prometido matrimonio. La joven había trabajado para la CNN durante la guerra y recientemente había sido nombrada secretaria de prensa del rey, como parte de un esfuerzo para introducir personal más joven al servicio de la corte real.

—Si pones jóvenes en palacio, y algunos de ellos son mujeres, y alguna de ellas además es hermosa, entonces estás condenado a tener ese tipo de rumores —decía un periodista de Aman.

Un cínico hombre de negocios árabe tenía un punto de vista diferente:

—Todos los matrimonios del rey han sido matrimonios de Estado —dijo—. Cuando necesitaba estar cerca de Nasser, se casó con una egipcia. Cuando necesitó a Inglaterra, se casó con una rosa inglesa. Cuando tenía que arreglar las fronteras con los palestinos, eligió a una mujer de una familia de Cisjordania. 1980 era la época de Estados Unidos, por lo tanto el matrimonio de los ochenta fue con una estadounidense.

En los noventa, decía él, el rey podía sentir la necesidad de una alianza diferente.

Pero la mayoría de los jordanos no daban crédito a la historia. Ellos razonaban que, incluso aunque Hussein estuviese enamorado de una mujer más joven, un divorcio a su edad podía parecer muy frívolo. Lo que se acepta, e incluso se espera en un joven de veinte años, es inapropiado para un hombre de cincuenta y siete, aunque sea un rey. Algunos achacaban el rumor de divorcio a la rivalidad profesional de los hombres que habían puesto sus ojos en el trabajo de secretaría de prensa. Tradicionalmente, un escándalo era la manera fácil de desembarazarse de una mujer inconveniente.

Noor tenía entonces cuarenta y un años, había estado casada con el rey durante quince años, y era mucho mejor entendida y respetada en Jordania a causa de su papel durante la guerra. Sus hijos habían aparecido en televisión en fiestas religiosas, leyendo el Corán en impecable árabe clásico. Algunos jordanos habían empezado incluso a murmurar acerca de la sucesión, diciendo que si el rey vivía lo bastante para criar a esos chicos hasta la edad adulta, no había razón para que uno de ellos no pudiera ser considerado para el trono. Quince años viviendo junto al gran superviviente de Oriente Próximo habían enseñado a Noor un par de cosas acerca de asegurar su propia posición.

Sin embargo, los rumores se probaron inusualmente duraderos, y cuando aparecieron reportajes de prensa sobre un inminente divorcio en Estados Unidos e Inglaterra, las embajadas jordanas tomaron la iniciativa sin precedentes de emitir una nota desmintiéndolo. En Washington, un amigo que vio a Noor en una pequeña recepción dada en su honor la encontró nerviosa y susceptible, como si la hubiera abandonado completamente su habitual encanto y compostura.

Pocas semanas después se conoció otra posible explicación para sus nervios. El rey había sido llevado a toda prisa a un hospital de Estados Unidos para ser operado de cáncer. La enfermedad le había atacado el aparato urinario, y aunque se dijo que la cirugía había tenido éxito, su estado requeriría revisiones especiales.

En Jordania los ánimos eran sombríos e inciertos. Cuando el rey volvió después de su operación, la multitud que atestaba la carretera que conduce al palacio era la mayor jamás congregada en la historia del país. Sus gritos de Aish Hussein (larga vida a Hussein) tenían una desesperada intensidad. Era difícil imaginar otro país en Oriente Próximo donde la efusión de apoyo a un líder fuera tan espontánea y sincera.

No hubo más murmuraciones. Nadie entonces, ni siquiera los extremistas, se arriesgarían a un solo murmullo de crítica hacia el rey, incluso indirectamente a través de ataques a la reina. Fuera cual fuera el tiempo que su marido fuese a vivir, la reina Noor parecía ciertamente segura en su trono.

Si hubo una desavenencia matrimonial, no se advirtió cuando la pareja fue a Estados Unidos en 1994. Después de un chequeo en la Clínica Mayo en el cual el rey obtuvo un resultado positivo, la pareja fue descubierta en Washington, comprando motocicletas Harley-Davidson y BMW. Juntos eligieron tres nuevas motos para que fueran enviadas a Jordania, y se gastaron cerca de 2.000 dólares en ropas de motociclista a juego para la pareja. El gasto extraordinario les ayudaría a volver a emprender sus paseos en moto por las colinas de Aman.

La recuperación del rey de una enfermedad mortal también parecía reforzar en él al hombre arriesgado. Quizá sentía que el tiempo era corto. En 1993, justo después de que Israel y la Organización para la Liberación de Palestina firmaran sus controvertidos acuerdos de paz en Washington, Hussein permitió que se llevaran a cabo unas elecciones programadas en Jordania tal como se había planeado. Los diplomáticos extranjeros y la mayoría de los ministros de su propio gobierno habían advertido en contra, temiendo que una campaña política podría convertirse en un frente de agitación para los extremistas islámicos y los palestinos intransigentes que no querían la paz con Israel. Jordania, decían, sería desestabilizada.

En lugar de eso, las elecciones tuvieron lugar sin un tropiezo. Detrás de la resolución del rey, yo estaba segura de ver la influencia callada de la reina en el trabajo, y que su visión del mundo se iba haciendo gradualmente idéntica a la de ella. No mucho después de las elecciones, en invierno de 1994, se estrenó en Ammán un espectáculo musical que ridiculizaba la pomposidad de los líderes árabes. A algunos de los jordanos no les hizo gracia, y trataron de que se cerrara. El rey se mantuvo firme pese a la presión y dijo que el espectáculo debía continuar, incluida la sátira que parodiaba su propio estilo, a veces tediosamente retórico.

Jordania fue uno de los primeros países que yo visité cuando me trasladé a Oriente Próximo en 1987. En seis años lo vi transformarse de un tenso estado policial en la más prometedora cuna de libertad política en la región. Los islamistas estaban allí todavía, pero también las feministas. Ningún derecho de grupo había sido pisoteado por favorecer al de otro. La lucha continuaba, pero estaba teniendo lugar abiertamente. Y las armas eran palabras, no bombas ni disparos ni arrestos masivos.

Para mí, estaba claro que gran parte del crédito de esta transformación pertenecía a una mujer.

La adquisición de sabiduría

«¡Predica en el nombre de tu Señor, él que te ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo. ¡Predica! Tu Señor es el Dadivoso que ha enseñado a escribir con el cálamo: ha enseñado al hombre lo que no sabía.»

El Corán Azora XCVI: «El coágulo»

En Arabia Saudí, la carretera del norte desde Riyad es una impecable cinta de seis carriles de asfalto que corta las dunas de arena esculpidas por el viento. Cada pocos kilómetros, a través de la neblina que produce el calor, se pueden vislumbrar las ruinas de torres de vigilancia de barro amarillo con troneras abiertas. Están erosionadas como los castillos de arena de los niños.

Mi amigo saudí apartó una mano del volante, la metió en el compartimento-nevera de la guantera de su lujoso vehículo cuatro ruedas y me arrojó una helada lata de gaseosa. Luego sacó otra para el estadounidense que iba en el asiento trasero, un colega que había reclutado ese día, para que hiciese el papel de marido mío.

Mi amigo saudí, un profesional urbano y educado en Occidente, quería que conociese a su tío, un hombre viejo que vivía entre las dunas cerca de la ciudad natal de Mohamed Ab-dul al-Wahhab, el predicador que había enseñado una forma de Islam tan severa que prohibía incluso silbar. El tío era un verdadero wahhabí, estricto y austero. No era seguro que accediera a hablar conmigo («nunca habla con una mujer que no sea de su familia», dijo mi amigo), pero pensó que valía la pena intentarlo para que yo pudiera entender las fuerzas .acumuladas contra el progreso de las mujeres en Arabia Saudí. El «marido» del asiento trasero era esencial.

—Mi familia está acostumbrada a cosas muy raras de mí, pero mostrarme solo en mi coche con una mujer extranjera podría ser llevar su comprensión un poco demasiado lejos.

El tío, Mohamed al-Ghazi, vivía en una casa de tejado plano cerca de un bosquecillo de palmeras. Grandes dunas de arena naranja guardaban su frágil y

pequeña granja. Cuando abrí la puerta del jeep con aire acondicionado, un chorro de aire caliente me golpeó como la vaharada de un horno crematorio. Los globos de los ojos se me secaron como pasas. T.E. Lawrence describió el calor de estas arenas de Arabia: «El sol se alzó como una espada desenvainada y nos dejó sin habla». Y eso que él no llevaba una abaya negra encima de unas medias opacas. Yo miré de soslayo, envidiosa, a mi amigo y su tío que se abrazaban con sus frescas túnicas blancas y sus sandalias. Se me ocurrió un pensamiento irreverente: si a Dios realmente le gustasen las mujeres, habría revelado el Corán a un comerciante de pieles inuit, antes que a un jefe de caravanas de camellos árabe.

Después de llamar a su mujer, Mohamed al-Ghazi me indicó que la siguiera hacia las habitaciones de las mujeres. Mi amigo puso una mano en el brazo de su tío y le explicó que quería que yo me sentara con ellos, en la habitación de recepción de los hombres, para hablar de historia local. Yo me quedé de pie a una pequeña distancia, con la abaya ondeando en el aire caliente, mientras seguía un diálogo rápido en árabe. Finalmente el tío se encogió de hombros displicentemente y, sin mirarme, hizo señas de que pasara al interior.

La majlis de los hombres, o habitación de recepción, se extendía a lo largo de la casa. Mohamed al-Ghazi era un hombre importante en ese pueblecito. Cinco veces al día dirigía las plegarias en la mezquita local. Como director de oraciones, o imam, era el guía espiritual del pueblo, y por realizar este servicio recibía un estipendio del gobierno. Antes de que la riqueza del petróleo permitiera al gobierno afrontar estos gastos, Mohamed se había ganado la vida a duras penas con sus dátiles, levantándose antes de amanecer cada mañana para regar a mano los árboles, tan escasos y preciosos que les había dado un nombre a cada uno. Tenía quince años cuando empezó a aprender a leer el Corán, tan exigente era el trabajo requerido para arrancarle la subsistencia al desierto. Ahora, el petróleo había llevado la electricidad para una bomba de agua, y suficientes ingresos para emplear a un trabajador. Cada viernes, después de las plegarias de la comunidad, el imam sacrificaba ovejas y cubría el suelo de su majlis con bandejas de cordero y arroz. Los hombres del pueblo se reunían con él para comer y discutir los temas del día.

Yo pregunté cómo, si no había hablado nunca con mujeres fuera de su familia, era capaz de servir como consejero espiritual a las mujeres del pueblo. Mi amigo me miró extrañado.

—Ellas le plantean los problemas a través de sus maridos, por supuesto — dijo.

—Pero, ¿y si el problema es precisamente el marido?

Esa posibilidad no había siquiera asomado a la mente del hombre.

El viernes anterior a nuestra visita, el majlis de Mohamed se llenó de rumores acerca de las mujeres que se habían manifestado por el derecho a conducir un coche, despedido a sus conductores y tomado los volantes de sus vehículos en el centro comercial de Riyad. El viejo estaba consternado ante la perspectiva de que las mujeres condujesen. Se golpeó el pecho sobre el corazón con una mano huesuda y miró hacia el cielo:

—Espero no ver eso nunca en mi vida —dijo.

Pero una vez, muchos años antes, él mismo se había convertido en un radical en su pequeña comunidad rural. Pidió al gobierno que abriese una escuela para niños en el pueblo. Algunos de sus vecinos se sintieron escandalizados por la idea de una educación secular. Los imanes de las ciudades vecinas sermoneaban contra la educación, sustituyendo la palabra escuela o madrassa por inmundicia o mingissa.

Para ellos, el único tema merecedor de estudio era el Corán, y sus chicos ya lo aprendían en las mezquitas locales. ¿Para qué servían la historia, geografía y lenguas extranjeras, argumentaban, si esos estudios proporcionaban conocimientos de países y gentes impías?

Pero Mohamed al-Ghazi sabía que los lugartenientes del profeta habían hablado muchas lenguas extranjeras, y que las usaron para extender el Islam. ¿Y qué peligro hay, argüía, en enseñar la geografía e historia de los países islámicos? En las ciudades, los ulema, teólogos y juristas, habían librado ya esas batallas, asegurándose de que las enseñanzas escolares no incluyeran temas como la música, que los wahhabís consideran demasiado sensual, o arte, que puede llevar a la creación de imágenes talladas. La campaña de Mohamed al-Ghazi finalmente ganó una escuela para el pueblo. Dos de los hijos del imam que estudiaron allí habían ido después a la universidad; el tercero se había unido al ejército.

Sus hijas eran otro asunto. Para el nudoso viejo imam, mandar a sus hijas fuera de casa (andar por las calles, aunque fuese veladas, para sentarse entre extraños, aunque fuesen otras chicas) era inicuo, vil.

Sus hijas aprendieron lo que él creyó que necesitaban saber, que era a recitar el Corán, en la reclusión de las habitaciones de mujeres de su casa.

Hoy en día, en Arabia Saudí, padres como Mohamed al-Ghazi pueden todavía hacer una elección semejante para sus hijas. La escolaridad de las niñas, aunque extendida, nunca ha sido obligatoria si sus padres la desaprueban. Muchos hombres creen en el dicho de que educar a las mujeres es como permitir a la nariz del camello entrar en la tienda: finalmente el animal se meterá dentro y ocupará toda la habitación.

Arabia Saudí no tuvo una escuela de niñas hasta 1956. Su apertura fue lograda por Iffat, la mujer del rey Faisal, y la única esposa de un gobernante saudí a la que se refieren siempre como reina. Iffat, que había sido educada en Turquía, quería extender la educación para incluir más ciencias y más temas occidentales, pero tuvo que proceder cautelosamente incluso en la apertura de una escuela semejante para sus propios hijos. La escuela de niñas fue un tema infinitamente más delicado. Dar al-Hanan, la Casa del Afecto, se abrió en Yidda en 1956 en forma de orfanato. Ya que el Corán ordena repetidamente a los musulmanes cuidar de las niñas huérfanas, una institución semejante estaba más allá de cualquier reproche. Funcionó durante todo un año antes de que Iffat se sintiera capaz de arriesgarse a explicar la real intención de la institución.

En un artículo de un periódico local titulado «La madre puede ser una escuela en sí misma si la preparamos bien», se decía que el objetivo de Dar al-Hanan era producir mejores madres y amas de casa a través de la instrucción guiada islámica.

Iffat, a través de Faisal, basó su tesis de la educación de las mujeres en un famoso grupo de versículos del Corán que se había conocido como los versos de Umm Salamah. Umm Salamah, la bella viuda cuyo matrimonio con el profeta había preocupado tanto a Aisha, se dice que preguntó a Muhammad un día por qué, cuando Dios enviaba sus revelaciones, el lenguaje que usaba en ellas iba siempre dirigido a los hombres.

De acuerdo con el hadith, Umm Salamah estaba en su habitación junto a la mezquita, peinándose el pelo, cuando oyó la voz del profeta desde el minbar o pulpito. «Me apresuré a arreglar mi cabello y corrí a uno de los aposentos desde el cual se podía oír mejor. Acerqué mi oído a la pared, y esto es lo que el profeta dijo: «¡Lo! Hombres que se rinden ante Dios, y mujeres que se rinden, hombres que creen y mujeres que creen, hombres que obedecen y mujeres que obedecen, y hombres que dicen la verdad y mujeres que dicen la verdad, hombres que perseveran y mujeres que perseveran, hombres que son humildes y mujeres que son humildes, hombres que siempre dan limosna y mujeres que dan limosna,

hombres que ayunan y mujeres que ayunan, hombres que guardan su modestia y mujeres que guardan su modestia, hombres que se acuerdan mucho de Dios, y mujeres que se acuerdan... Dios ha preparado para todos ellos el perdón y una vasta recompensa».

Lo que los versículos dejan claro es que las obligaciones de la fe recaen sin diferencias sobre hombres y mujeres. Para llevar a cabo estas obligaciones, sostenía Iffat, las mujeres tienen que ser educadas e informadas. Hacia 1960 los ulema habían sido obligados a aceptar de mala gana este principio, y accedieron cautelosamente a la expansión de escuelas de chicas a través del país. Las condiciones eran que las escuelas permanecerían bajo el control de los ulema y que ningún padre que objetase a las escuelas sería obligado a mandar a sus hijas a ellas.

Pero para algunos saudíes, esto no era suficiente. En la ciudad de Burayda, no lejos de Minsaf, los hombres se alzaron en una protesta ante la apertura de una escuela de chicas en 1963. En la misma época más o menos en que Estados Unidos llamaba a su Guardia Nacional para imponer la integración racial en las escuelas estadounidenses del sur, el rey Faisal tuvo que llamar a la Guardia Nacional para mantener la escuela de Burayda abierta por la fuerza. Durante un año, la única alum-na en la escuela fue la hija de la directora.

Muchos padres continuaron ejerciendo su opción de mantener en la ignorancia a sus hijas. Hacia 1980, sólo el 55 % de las niñas saudíes asistía a la escuela primaria, y sólo el 23 % estaba matriculado en la educación secundaria. Sólo el 38 % de las mujeres sabía leer, comparado con el 62 % de los hombres.

Sin embargo, algunas chicas se las arreglaban para tener la mejor educación que el dinero puede comprar. En Dar al-Fikr, una escuela privada para chicas de Yidda, el campus, de construcción alemana, es un edificio escolar tan magnífico como se pueda imaginar. Dentro de la privacidad de una alta valla blanca con torres, las puertas de cristal se abren suavemente a un vestíbulo de piedra pulida, refrescado con aire acondicionado. El diseño es en forma de estrella, con aulas radiales desde amplias zonas interiores de recreo. Altos techos y grandes ventanales de cristal dan una sensación amplia y ventilada a los estudios de arte, el gimnasio, los laboratorios de ciencias y una sala de ordenadores hirviendo de Commodore y Macintosh.

Ninguna clase tiene más de veinte alumnas. Hay una guardería, que se usaba cuando yo la visité para los niños de las profesoras, pero disponible también para las estudiantes en un país en el que el matrimonio temprano y el embarazo

son aceptados y estimulados. Además de un curriculum académico que hacía hincapié en los idiomas, las chicas podían elegir cursos de cocina o diseño, karate o ballet, autoedición o mecánica de motores. El curso de mecánica de motores me dejó perpleja, ya que a las mujeres saudíes no se les permite conducir.

—Si su conductor les dice que algo no funciona en el coche, quiero que ellas sepan si les está diciendo o no la verdad —explicó la directora, Basilah al-Homoud.

Las alumnas tenían el aspecto bien cuidado de las muy ricas. Eran altas, con el brillante cabello atado en espesas trenzas. La directora, una esbelta mujer de treinta y ocho años vestida de seda, tenía la piel lisa de una adolescente y el cuerpo espigado de una adicta a los ejercicios aeróbicos.

—El gimnasio es la habitación más importante de mi casa —dijo.

Veinte años antes, su hermana mayor quiso estudiar odontología, inaccesible entonces para las mujeres en Arabia Saudí. El padre de Basilah trasladó a toda la familia a Siria para que su hija pudiera estudiar en la Universidad de Damasco. Ella volvió al país como la primera mujer dentista saudí y abrió una clínica para tratar tanto a hombres como a mujeres. Pero pronto comprobó que algunos hombres saudíes acostumbrados a una segregación estricta no podían soportar que una mujer extraña los tocara, incluso con una broca de dentista.

Cansada de proposiciones y malentendidos, dividió su clínica en dos secciones: una para hombres y otra para mujeres, y contrató a hombres dentistas para que trataran a los hombres.

Basilah también prefería la segregación profesional. Dar al-Fikr tenía una escuela vecina para chicos y una junta directiva masculina. Cuando Basilah tenía que reunirse con la junta, o con sus compañeros de la escuela de chicos, usaba un circuito cerrado de televisión.

—Puedo necesitar la ayuda de un colega, pero no tengo por qué estar sentada en una habitación con él —decía—. Si los hombres pudieran venir aquí y estar con nosotras, acabarían dominándonos y diciéndonos cómo llevar las cosas. Prefiero llevarlo todo a mi manera.

Basilah usaba también el circuito cerrado de televisión en la universidad, donde estudió su master en administración de empresas. Las primeras mujeres admitidas en la universidad en Arabia Saudí lo fueron en 1962, y todas las facultades de mujeres permanecen estrictamente segregadas. Las salas de lectura

están equipadas con circuitos cerrados de televisión y teléfono, para que las mujeres estudiantes puedan escuchar a un profesor y preguntarle por teléfono, sin tener que contaminarse siendo vistas por él. Cuando la primera docena de mujeres se licenciaron en la universidad en 1973, se sintieron desoladas al comprobar que sus nombres no habían sido impresos en el programa de graduación. La vieja tradición de que se deshonra a las mujeres si se las nombra, las estaba privando de un reconocimiento que creían que se habían ganado. Las mujeres y sus familias protestaron, y por lo tanto se imprimió un programa aparte y se realizó una ceremonia de licenciatura segregada para las estudiantes y sus familiares. Dos mil mujeres asistieron. Su ulular se alzó hasta el techo.

Pero mientras la apertura de universidades femeninas amplió el acceso a las enseñanzas superiores para las mujeres, también hizo la experiencia educacional mucho menos profunda. Antes de 1962, muchas familias progresistas saudíes enviaban a sus hijas al extranjero para que se educaran. Ellas volvieron al reino no sólo con un título, sino también con una experiencia del mundo exterior, sea de Occidente o de países árabes más progresistas como Egipto, Líbano o Siria, donde habían respirado el aire de la integración e incluso tomaron un hábito de cultura secular. Ahora, una generación entera de mujeres saudíes había completado su educación enteramente en el país. Mientras miles de hombres saudíes se beneficiaban de una educación superior en el extranjero a expensas del gobierno, a las mujeres no se les habían facilitado esas becas desde 1980. La posición del gobierno era que las oportunidades de educación de las mujeres se habían incrementado en el reino hasta el punto de que todas las necesidades de una mujer se podían satisfacer dentro de sus fronteras. Sus necesidades de educación, como establece el documento de política del ministerio de Educación Superior, son «promoverla en un saludable camino islámico para que pueda cumplir su papel en la vida como ama de casa con éxito, esposa ideal y buena madre, y para prepararla para otras actividades que convengan a su naturaleza, como el profesorado, la enfermería y la medicina».

El resultado es un conjunto de profesoras saudíes que son mucho más liberales que las estudiantes más jóvenes a las que están enseñando ahora. Cuando algunas de las profesoras tomaron parte en la manifestación para poder conducir, fueron sus propias estudiantes las primeras que se volvieron contra ellas. Una estudiante irrumpió en la oficina de una profesora suya y empezó a tirarle del pelo e insultarla por haberse manifestado. Las jóvenes que protestaban contra las conductoras dirigieron una airada manifestación desde la mezquita del cam-pus. Entre las peticiones de los fanáticos que seguían la manifestación estaba la de que la universidad femenina se cerrase para siempre.

La falta de oportunidades para la educación en el extranjero significa que las mujeres saudíes están atrapadas en los confines de un sistema educativo que todavía las sitúa por detrás de los hombres. Temas como la geología y la ingeniería del petróleo (pasaportes para trabajos influyentes en la economía petrolífera de Arabia Saudí) permanecen cerrados para las mujeres. Tres de las siete universidades saudíes (la Universidad Islámica Imam Mohamed bin Saud de Riyadh, la Universidad del Petróleo y Minerales y la Universidad Islámica de Medina) no aceptan mujeres. Pocas facultades femeninas tienen su propia biblioteca, y las bibliotecas compartidas con los hombres están totalmente fuera del alcance de las mujeres o se abren para ellas solamente un día por semana. La mayoría del tiempo las mujeres no pueden hojear los libros sino que tienen que especificar los títulos que quieren y hacer que alguien se los proporcione.

Pero mujeres y hombres celebran los mismos exámenes de aptitud. Los profesores comprueban que las puntuaciones de las mujeres habitualmente sobrepasan las de los hombres.

—No es una sorpresa —dijo una profesora—. Fíjate en sus vidas. Los chicos tienen coches, pasan las tardes paseando por las calles con sus amigos, se sientan en los cafés, compran alcohol en el mercado negro y beben toda la noche. ¿Qué tienen las chicas? Cuatro paredes y sus libros. Para ellas, la educación lo es todo.

Cuando las mujeres saudíes salían al extranjero para educarse en los años cincuenta y sesenta, uno de los lugares que elegían a menudo era la Universidad Americana de Beirut. En 1866, un misionero de Vermont llamado Daniel Bliss puso la primera piedra del colegio universitario masculino que después se convertiría en la AUB, y declaró que ese colegio era para «todas las condiciones y clases de hombres sin distinción de color, nacionalidad, raza o religión. Un hombre blanco, negro, o amarillo, cristiano, judío, mahometano o pagano, puede entrar y disfrutar de todas las ventajas de esta institución... y puede salir creyendo en un dios, en muchos dioses o en ningún dios». La AUB abrió una escuela universitaria para mujeres enfermeras en una época tan temprana como 1905, y aceptó a la primera estudiante en el campus general en 1921. Ella llegó completamente velada y acompañada por su marido. Hacia mitad de los sesenta, el último bastión exclusivamente masculino, la ingeniería, también cayó ante la educación mixta.

De momento el trasplante del liberalismo estadounidense parecía funcionar bien. Leila Sharaf, una libanesa drusa, presenció el nacimiento de docenas de movimientos políticos y filosóficos en el campus en los años cincuenta, y participó en el surgimiento del nacionalismo árabe.

—Había muchos clubes —dice Leila—. El Club Cultural Árabe, el Club de la Pérdida de Palestina, el Baathists.

Las mujeres se sentaban con los hombres en los cafés que rodeaban el campus y discutían apasionadamente por las noches. Leila Sharaf conoció a su futuro marido, un musulmán jordano, en uno de los clubes, y volvió con él a Jordania, donde ella finalmente se convirtió en ministra de Información en el gobierno jordano y consejera cercana de la reina Noor.

Pero a mediados de los sesenta el resurgimiento del islamismo empezó a emerger como ideología en competencia con el nacionalismo árabe. El liberalismo de la universidad y su nombre americano empezaron a hacerla blanco de los extremistas.

El corazón del programa liberal de la AUB había sido siempre un curso de estudios culturales que conduce a los estudiantes desde la épica de Gilgamesh, pasando por Homero y Virgilio, a Locke, Descartes y Hobbes.

En 1966 los imames de algunas mezquitas de Beirut consiguieron un texto obligatorio del curso que citaba la teología cristiana medieval de Tomás de Aquino, diciendo que la veloz expansión de la fe islámica no era señal de la verdad inherente de dicha fe. La policía irrumpió en el campus para arrestar al autor herético.

—Les dije que el señor Aquino no se encontraba allí en aquel momento —recuerda Tarif Jalidi, un historiador medieval que ayudó a desarrollar el programa de estudios culturales.

Se lo llevaron para ser interrogado en su lugar. Fue una de sus estudiantes, Hanan Ashrawi, quien dio la voz de alarma y acudió al presidente de la universidad y al ministro de Interior del Líbano para que lo liberasen.

A partir de 1980, los ataques no eran cosa de risa. En 1984, un día una multitud de activistas de Hezbollah irrumpió en el campus y colocó una bandera islámica verde en lo alto de uno de los edificios. El jeque Fadlallah, el líder espiritual del Hezbollah, dio un discurso sobre la hija del profeta, Fatima, y su importancia como modelo para las mujeres musulmanas.

—Lo que dijo no fue particularmente controvertido, pero se puede hablar del tiempo y hacer que todo el mundo sepa lo que eso significa —dice Wolfgang Köhler, un estudiante alemán que se encontraba en el campus ese día. Para él, el

mensaje era que el poder del Hezbollah se extendía incluso dentro de los recintos de la institución estadounidense más importante del Líbano.

Ese mensaje fue transmitido brutalmente en enero de 1984, cuando el rector de la universidad, Malcolm Kerr, fue asesinado junto a su oficina por pistoleros que llevaban armas con silenciador. El cuerpo docente y el personal de la AUB fueron también víctimas de un secuestro. En 1985, en el aniversario del asesinato de Kerr, el programa de estudios culturales se convirtió en blanco otra vez. Esta vez el tema fue la enseñanza de textos sagrados (uno de los evangelios, una epístola de San Pablo, partes del Corán) que llevaba a cabo un miembro de la universidad cristiano.

—Al crecer el número de islamistas en la facultad de Humanidades, cada vez más y más estudiantes encontraban objetable que un cristiano les hablase del Corán —recuerda Tarif Jalidi—. Por lo tanto, decidimos eliminar los textos sagrados, para mi gran disgusto. ¿Cómo se puede entender, por ejemplo, a San Agustín, si no se ha leído el Antiguo y el Nuevo Testamentos?

En su mayor parte, la universidad resistió a las presiones sectarias. Los hombres y mujeres continuaron mezclándose libremente en los campus sombreados por los árboles junto al mar, y todavía había más mujeres que llevaban pantalones vaqueros que velo. Esto era una espina clavada para los extremistas. En 1991, una potente bomba destruyó el centro del campus y dejó un montón de escombros junto a la puerta en la que estaba inscrito el lema de la universidad: «Que tengan vida y la tengan abundantemente».

Tarif Jalidi no tenía ninguna duda del punto en el que él y sus colegas gozan del favor de los islamistas, tanto cristianos como musulmanes.

—Tengo razón en creer que odian nuestro valor. Yo mismo sé que les ataco a sabiendas, para sembrar la duda en sus mentes.

Un área en la cual le gustaba sembrar dudas era en el papel de las mujeres. Su madre fue una de las primeras mujeres árabes en aparecer en público sin velo. «Siempre estaba leyendo el Corán y sacudiendo la cabeza —recuerda—. La frase acerca de que los hombres tienen a su cargo a las mujeres la ponía realmente furiosa.»

Ir desde el tolerante y liberal campus de la AUB hasta las puertas de la Universidad Islámica de Gaza es como viajar hacia atrás en el tiempo. De hecho, el

campus de Gaza es el que ofrece la visión más fiel del futuro a medida que los grupos islamistas adquieren influencia creciente.

El campus de la Universidad de Gaza está dividido por la mitad, con una sección para hombres y otra para mujeres. Cuando visité el campus de mujeres hacia fines de la primavera de 1993, yo llevaba un pañuelo y un vestido suelto, de manga larga y largo hasta el tobillo, ya que sabía que la institución obligaba estrictamente a llevar hijab. Pero de todos modos mi llegada a la puerta de las mujeres causó una conmoción.

—Tenemos que encontrar un jalabiya para usted —me explicó Asya Abdul Hadi, una recién licenciada, y señaló su propio abrigo abrochado desde el cuello hasta los pies—. Incluso en el campus de mujeres, tenemos profesores.

Finalmente, alguien encontró un holgado vestido de sarga azul que pertenecía a una estudiante por lo menos diez centímetros más alta que yo. Agarrando con una mano la tela para poder andar, fui detrás de Asya hacia el campus rodeado de altas paredes y pasé junto a un montón de cobertizos bajos con tejado de asbesto.

Lo que fue Berkeley para el movimiento antibelicista de los sesenta, es la Universidad Islámica de Gaza hoy en día para la gente de la guerra santa de los noventa. La mayoría del campus apoya a Hamas, el grupo islamista partidario de la guerra a muerte contra Israel. La militancia de la universidad era tan amenazadora para los israelíes que el ejército declaró el campus zona militar desde 1987 hasta 1991, y llevó a la mayoría de los docentes y una amplia muestra del cuerpo estudiantil a la prisión.

Fuimos hasta la sala común de las estudiantes, donde algunas mujeres estaban sentadas bebiendo Coca-Cola y charlando. Todas ellas llevaban jalabiyas de apagados matices de marrón, verde oliva o azul marino. Asya me presentó a algunas de sus amigas que trabajaban en la administración de la universidad. Le pregunté si podía conocer también a alguna de las profesoras.

—No tenemos muchas profesoras ahora —dijo Majida Anan, una administradora de treinta años—. La prioridad es dar los puestos de profesor a los hombres, porque el hombre es el que necesita una carrera. La mujer se casará y su marido cuidará de ella. Y además, si la universidad contrata a una mujer, ella sólo puede enseñar aquí, en el campus de mujeres, mientras que un hombre puede enseñar aquí y en el otro, en el de hombres. Cuando consigamos nuestro estado

islámico, no habrá ninguna mezcla más en absoluto.

La hija de Jomeini, Zahra, enseñaba filosofía en clases mixtas en la Universidad de Teherán. Le pregunté a Majida su opinión sobre eso.

—No hay opiniones en el Islam —respondió bruscamente—. El Islam dice que los hombres y las mujeres no deben mezclarse si no es absolutamente necesario. Si no hay necesidad, no debemos hacerlo.

Había esperado encontrar algo diferente en la Universidad de Gaza, quizá la aparición de un cierto feminismo islámico. Los palestinos habían estado siempre entre los más progresistas en temas de mujeres, y yo pensaba que la fusión de ese espíritu con el Islam militante podía producir algo de gran interés.

Pero en Gaza las militantes se habían encerrado con llave tras un radicalismo islámico que amenazaba con ser peor para las mujeres palestinas que un simple retroceder en el tiempo. Lo que Majida estaba proponiendo nunca había formado parte de la cultura palestina. Por el contrario, sus ideas eran importadas: tenían el sello «made in Arabia Saudí» estampado por todas partes.

El Hamas dedica dos artículos de su carta constitucional de treinta y seis artículos al papel de las mujeres musulmanas. Las mujeres, dice, «fabrican hombres y juegan un importante papel en la guía y educación de la (nueva) generación. Los enemigos han entendido ese papel, y por lo tanto se dan cuenta de que si pueden guiar y educar (a las mujeres) de forma que se distancien del Islam, habrán ganado esta guerra. Por lo tanto, se les puede ver haciendo considerables esfuerzos mediante la publicidad y las películas, las materias educativas y culturales, usando como intermediarios a sus artistas, que forman parte de las varias organizaciones sionistas que toman toda clase de nombres y formas como: los Francmasones, los Rotarios, las bandas de espías y similares... Por lo tanto, debemos prestar atención a las escuelas y los programas escolares en los que se educa a las muchachas musulmanas, para convertirlas en madres rectas, virtuosas, que sean conscientes de sus deberes en la guerra de liberación. Deben ser plenamente capaces de llevar sus hogares. La economía y el ahorro de gastos en los desembolsos del hogar son requisitos previos para nuestra capacidad de proseguir nuestra causa...».

Cuando visité Gaza por primera vez en 1987, las chicas, sin velo y vestidas con pantalones vaqueros, tiraban piedras a los soldados israelíes en la calle, junto a los chicos. Las madres estaban tras ellos, preparadas con ropas húmedas o cebollas

cortadas para contrarrestar los efectos de los gases lacrimógenos. Las mujeres habían ganado posición social desde su actuación en esas protestas. Ahora, gracias a Hamas, se enviaba a las mujeres de vuelta a casa, para «fabricar» niños y ahorrar en los desembolsos del hogar.

—La lucha ha cambiado —decía Asya, una alta y vehemente mujer de grandes ojos oscuros y espesas cejas—. Tirar piedras es cosa de niños. Los activistas que ahora usan armas reales no se quedan en su casa; siempre se están trasladando de un sitio a otro, durmiendo hoy aquí y mañana allí. Una mujer no puede hacer eso.

La lucha había cambiado, y también Gaza. Conduciendo desde el gran parapeto militar que divide la Franja de Gaza de Israel, no había visto a una sola mujer sin velo.

—No es obligatorio —decía Majida. Yo bajé los ojos y miré mi desaliñado saco de sarga—. Por supuesto, podemos imponerlo aquí, dentro de la universidad. Pero fuera no se puede imponer. La relación es con Dios, y cada mujer puede decidir por sí misma.

Me bebí la Coca-Cola y no dije nada. Yo estaba en la sala de emergencias de un hospital de Gaza cuando llegó una joven enfermera palestina temblando, con el uniforme cubierto de húmedas manchas marrones.

—Fueron los niños en el mercado —dijo ella—. Me dijeron que me cubriera la cabeza. Les dije que yo era cristiana, pero ellos dijeron que eso no importaba. Dijeron: «La Virgen María también se cubría la cabeza, ¿por qué no lo haces tú?». Me tiraron fruta podrida y me dijeron que la próxima vez sería ácido.

La mayoría de las clases habían acabado ese día. Si quería asistir a una clase de religión para mujeres, me dijo Asya, tenía que volver al día siguiente por la mañana.

—¿Por qué no te quedas conmigo esta noche? —me preguntó.

Yo dudé.

—Será mucha molestia para ti alojarme —dije.

—¿Qué pasa? —rió ella—. ¿Tienes miedo de quedarte en el campus? Somos gente hospitalaria.

Yo estaba un poco intranquila. Esa semana, un abogado israelí que trabajaba en un proyecto de desarrollo en Gaza había sido atacado y asesinado con un hacha cuando se reunió con sus clientes palestinos. Mis colegas periodistas en Jerusalén me habían advertido incluso en contra de permanecer en un hotel en Gaza.

—Corre la voz de que estás aquí... si te quedas más de una noche, es peligroso —me dijo un periodista.

Le dije a Asya que estaría encantada de quedarme con ella.

Ella me acompañó a la caseta del guardabarrera, donde yo debía devolver mi largo vestido.

—Por cierto —me preguntó por encima del hombro—, ¿de qué religión eres?

—Soy judía.

Asya se volvió rápidamente. Su boca se estrechó en una línea delgada. Sus ojos asietaron mi cara, después se dirigieron hacia el horizonte. Traté de leer su expresión. ¿Ira? ¿Ofensa? No podría decirlo.

Yo sólo había mentido acerca de mi religión una vez, justo después de llegar a Oriente Próximo. Me sentí tan avergonzada y cobarde que decidí no volver a hacerlo nunca más. Desde entonces mi política había sido decírselo a todo el que me preguntara. Normalmente, la gente a quien se lo decía se mostraba intrigada más que hostil. A menudo, seguía un interrogante: ¿qué pensaba yo acerca del sionismo? ¿Alguien en mi familia aportaba dinero a Israel? Pero Asya no dijo nada.

Yo la cogí del brazo.

—Si prefieres que me quede en el hotel, lo entenderé —dije.

—No —dijo ella, saliendo bruscamente de su trance—. Debes dormir en mi casa.

Anduvo a zancadas delante de mí, llamó a un taxi y salimos saltando sobre los baches hacia el campamento de refugiados de Dier el Balah.

Cuando el taxi salió a toda velocidad de la ciudad de Gaza a través de bosquecillos de fragantes naranjos floridos por la primavera, Asya cambió el tema

de la religión por los libros. Su licenciatura era en literatura inglesa. Me habló de las novelas que más le habían gustado durante sus estudios: Tess d'Auber-ville de Thomas Hardy y Orgullo y prejuicio de Jane Austen. Era difícil pensar en dos libros occidentales más en consonancia con la visión islámica del mundo que la historia de Hardy sobre una mujer arruinada por el deshonor sexual o la de las hermanas Bennet y sus investigaciones de salón en busca de maridos adecuados.

La casa de Asya no era como los angostos cuchitriles de los campamentos. Se levantaba en el límite del Dier el Balah, donde las claustrofóbicas y mal drenadas avenidas se abrían a los terrenos de cultivo con el dulce olor del mar al fondo. La casa era sólida, bien construida, y separada de la calle por una alta pared de ladrillo cubierta de pintadas. Asya vivía con su madre viuda, una mujer encorvada, ignorante, de figura abotargada, que parecía separada por más de una generación de su alta e intelectual hija. Dos hermanas más jóvenes, un hermano y su mujer también compartían la casa. El hermano pequeño de Asya estaba en prisión, acusado de ser activista del Hamas. Los otros estaban diseminados por el mapa de la diáspora palestina. Uno era militante de la Organización para la Liberación de Palestina en Iraq, otro era profesor en Arabia Saudí, otro trabajaba en Grecia.

Los envíos de dinero proveniente de la diáspora habían edificado la casa.

El hermano con el que vivía trabajaba como obrero en Israel, pero durante unas semanas, debido a una serie de asesinatos de los palestinos, Israel había impedido a los palestinos de Gaza y Cisjordania que acudieran a sus trabajos en Israel. Eso dejaba a Asya, que trabajaba como ayudante de un periodista palestino, como principal sostén de la familia. Cuando entró en la habitación, su madre y sus hermanas pequeñas revolotearon a su alrededor, le trajeron té, ropas de recambio, un cepillo del pelo, y se afanaron a servirla con una atención respetuosa que yo normalmente sólo había visto prodigar a los hombres.

Asya se quitó su hijab, se puso unos pantalones ajustados y sacudió la melena que le llegaba por los hombros. Su hermana le trajo un jersey de punto y ella lo rechazó, y le pidió en árabe otro más bonito. La hermana volvió con una camisola de algodón negro con flores granate pintadas a mano alrededor del borde.

—Como puedes ver —dijo—, tengo un aspecto muy diferente ahora.

Sí que era cierto. Tenía altos pómulos que antes casi ocultaba por completo

el pañuelo, y una figura ágil, atlética. Me di cuenta de que yo la había desilusionado. Había esperado un cumplido como los de las películas en blanco y negro, cuando la secretaria se suelta el pelo y se quita las gafas: «¡Pero cómo, señorita Asya, si es usted encantadora!». Pero yo ya me había acostumbrado demasiado a ese tipo de transformaciones como para sorprenderme una vez más.

Su cuñada sirvió la cena, que era un conjunto de especialidades egipcias: fowl, tamiyya y molokiyya (puré de judías, garbanzos fritos y okra verde).*

* Okra: Quingombó. Planta herbácea originaria de África, de la familia de las malváceas, de tallo recto y velludo, hojas grandes y flores amarillas. Su fruto (alargado, casi cilíndrico y lleno de semillas que al madurar toman un color oscuro) se utiliza en algunos guisos, produciendo una especie de gelatina que los espesa. (N. de la T.)

Egipto había gobernado Gaza entre 1949 y 1967, y la influencia egipcia continuaba siendo muy fuerte. De cuclillas en unos cojines, pusimos los vegetales variados en unas tortas de pan planas que Asya había preparado esa misma mañana antes de ir a trabajar.

Asya solía dormir en la habitación de mujeres, que compartía con sus hermanas más jóvenes, pero esa noche decidió que tendríamos una habitación para nosotras solas. Arrastró dos delgadas colchonetas al amplio salón, vacío excepto por una alacena pegada a una pared. Mi impulso natural hubiera sido extender separados los colchones para dar a cada una una cierta privacidad y espacio personal. Pero Asya los colocó juntos en un rincón, pegados uno al otro, casi tocándose.

Asya cogió su aparato de radio e hizo girar el dial. Sonreí al reconocer mi propio hábito: lo último que hacía por la noche y lo primero por la mañana era poner la radio para oír las noticias. A través de las interferencias encontró, por turno, el servicio árabe de la BBC, la Voz de El Cairo de los árabes y Radio Montecarlo. Frunció el entrecejo cuando encontró una voz que conocía: el locutor de los activistas de Hamas, deportado al Líbano por los israelíes. Con acaloradas inflexiones, estaba denunciando la reanudación de las conversaciones de paz entre Israel y Palestina. Un acuerdo de paz, decía, abriría la bab al-fitna, la puerta a la guerra civil. Asya asintió.

— Tiene razón. Hamas nunca aceptará tal acuerdo.

Pero cuando Arafat en efecto firmó un acuerdo de paz ese otoño, no estalló ninguna guerra civil entre Hamas y la OLP. Aunque se oponía al pacto, Hamas se comprometió solemnemente a no verter sangre palestina. En lugar de eso, los islamistas aumentaron sus ataques a los israelíes, esperando que el tratado se fuese a pique.

Cuando acabaron las noticias, Asya se levantó y apagó la luz de cabecera. Dejó una pequeña luz encendida en el rincón. En la semioscuridad, hablamos en susurros, como adolescentes que duermen juntas.

Asya se había vuelto religiosa debido al ejemplo de su hermano más joven, el activista de Hamas encarcelado. Empezó a llevar hijab diez años antes, a la edad de diecinueve.

—Todo el mundo se sorprendió mucho —explicó—. Decían: «¿Por qué llevará eso Asya?» Sabes, pasó bastante tiempo antes de que los movimientos islamistas se hicieran fuertes aquí, como lo son ahora.

»Antes de que yo me pusiera el hijab, todo me daba miedo: los fantasmas, estar sola en una habitación. Cuando me lo puse, todos los miedos desaparecieron. Ahora sé que la vida no es más que un juego, un lugar para probar a la gente. Una vez aceptado eso, no hay nada en esta vida que pueda asustarte.

Asya acababa de ganar una beca del British Council para estudiar periodismo en Londres.

—¿Conoces a alguna periodista que lleve hijab? —me preguntó.

El hecho de estar soltera a los veintinueve años convertía a Asya en algo inusual en Gaza. Había pasado ya por los trámites iniciales de algunas proposiciones.

—Primero, su madre y su hermana vienen de visita, para echarme un vistazo sin el hijab. Si les parezco bien, dicen que les gustaría traer a su hijo para que me conozca. Pero yo digo: «No tan rápido». Primero debo saber: ¿es religioso?, ¿en qué trabaja? Si es devoto y tiene un buen trabajo, mando a alguien para que pregunte a sus vecinos por él; los amigos me traen informes detallados. En la mayoría de los casos es suficiente; le digo a su madre: «No traiga a su hijo, no estoy interesada».

Como ella trabajaba, tenía oportunidades de conocer hombres por sí misma,

sin pasar por la pejiquera del casamentero. Pero ella descartaba cualquier cosa parecida a un romance al estilo occidental.

—La primera vez que un hombre me diga que yo le gusto, será también la última —dijo—. Le diré: «No me lo digas a mí. Aquí está el nombre de mi hermano. Ve a verle y dile lo que le tengas que decir».

Después de la entrevista de Asya para su trabajo con el periodista palestino, sus hermanos tuvieron su propia entrevista con el posible empleador para asegurarse de que él y su oficina serían adecuados para su hermana. Lo eran. Su jefe, un devoto musulmán, iba a todas partes con su mujer y sus hijos, que se entrometían constantemente, actuando como carabinas.

Asya estaba echada con las manos enlazadas detrás de la nuca, y continuaba su monólogo.

—Realmente, no estoy demasiado interesada en los hombres. Sólo en tener hijos.

¿Era ése, entonces, el final lógico para los ideales de la segregación? ¿Un profundo rechazo del sexo opuesto? Mientras yo estaba allí echada, escuchando a Asya, pensé en todas aquellas inteligentes jóvenes islámicas que conocía: Hamideh, mi traductora en Irán; Nahid, la antigua estudiante de medicina y una de las cuatro o cinco mujeres más bellas que había conocido; Hadra, la soldado de los Emiratos; una activista política kuwaití, una periodista jordana, una profesora kurda... Todas ellas estaban solteras, mucho después de la edad normal de matrimonio para las mujeres en sus sociedades. Y todas, ahora que pensaba en ello, hablaban de los problemas para encontrar hombres con los que poder hablar, que las entendieran, en los que pudieran confiar.

—Sí, sí —estaba diciendo Asya, como si hubiera seguido mis pensamientos—. Sería muy bonito tener una buena relación con el hombre con quien te vas a casar, pero no es fácil con los hombres de Oriente. —No era, recalco, la parte islámica de su herencia lo que lo hacía difícil—. Me gustaría casarme con un predicador islámico... un predicador islámico occidental.

—Buena suerte —dije, y las dos soltamos una risita.

Asya se volvió hacia la pared. Yo pensé que estaba disponiéndose a dormir. Me volví también y ya casi me estaba adormeciendo cuando ella habló otra vez, con la cara vuelta de nuevo hacia mí.

—Cada vez que alguien viene aquí para hacer investigaciones sobre el Islam, resulta que es judío. ¿Qué piensas tú de eso?

—No lo sé —respondí. Realmente, no lo sabía. Mi interés por el Islam tenía que ver con el hecho de ser mujer, no con el hecho de ser judía.

Pero yo entendía lo que ella quería decir. Muchos de los reporteros occidentales en el Oriente Próximo eran judíos.

—Quizás es porque los judíos se interesan más por los temas de Oriente Próximo —dije—. O tal vez porque judíos y musulmanes están luchando aquí unos contra otros, y los judíos piensan que entender el Islam quizá les ayude a encontrar formas de solucionar el conflicto. —Asya callaba—. Quizás —musité—, algunos de ellos están convencidos de que el Islam es peligroso, y vienen aquí para encontrar pruebas que demuestren su opinión.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo—. Buenas noches.

En la universidad, a la mañana siguiente, fuimos a un aula de la facultad de religión, donde las mujeres en los regímenes islámicos debían asistir a clases.

—Lo encontrarás muy activo —dijo Asya—. Muchas preguntas y discusiones.

Pero cuando llegamos, el aula estaba desierta. Una estudiante con velo le dijo a Asya que las mujeres habían decidido protestar por el anuncio del día anterior de una reanudación de las conversaciones de paz con Israel, y habían ido a hacer una sentada frente a la casa del doctor Haider Abdul Shafi, el representante palestino en las negociaciones de paz. La única clase que se estaba dando era una tutoría de matemáticas.

Asya y yo nos dirigimos al campus de hombres en busca del portavoz de la universidad. Los pasillos estaban llenos de estudiantes con barba, que desviaban cuidadosamente los ojos cuando nosotras nos deslizábamos junto a ellos con nuestras jalabiyas. Ahmad Saati, el portavoz, era un hombre bajo, corpulento, que, como la mayoría de los profesores de la universidad, había pasado un tiempo en una prisión israelí, sospechoso de ser activista de Hamas. Se disculpó por no darnos un apretón de manos.

—Tenemos un dicho: «Es mejor clavarse uno mismo un cuchillo en la mano que tocar la mano de una mujer».

—¿Pero no es la intención lo que cuenta? —preguntó Asya—. Pensaba que era correcto dar la mano si uno iba con buenas intenciones.

Ahmad, también licenciado del Instituto Islámico de Altos Estudios en Egipto, la corrigió cortésmente:

—Tu intención puede ser buena. Pero, ¿y la mía? ¿Cómo puedes saber cuáles son las intenciones de otra persona?

Cuando le pregunté por la educación mixta, Ahmad casi explotó de indignación.

—¡La educación mixta está prohibida en el Islam! Sabemos cuáles son los desastrosos resultados que tiene. Tenemos nombres y números.

Había tenido lugar el Zina o sexo fuera del matrimonio en Birzeit, una universidad palestina mixta de Cisjordania, según dijo él.

—Es desastroso, especialmente para las chicas jóvenes.

Podía ser desastroso, acordé, ya que los padres y hermanos todavía mataban a sus adolescentes si sospechaban que habían tenido relaciones sexuales.

—No estamos a favor de esos crímenes extrajudiciales —dijo él—. El Islam no está por ellos. El Islam pide pruebas. No sólo un testigo: cuatro. No sólo una confesión: una confesión creíble.

Entonces, ¿por qué los eruditos islámicos, como los profesores universitarios, no hablaban más vehementemente en contra de estos crímenes, en lugar de hacer la vista gorda? ¿Por qué los universitarios no se manifestaban en contra de la clitoridectomía, que se había extendido hacia Gaza cuando la Franja estaba bajo la dominación egipcia?

—Es un tema muy delicado. Algunas personas dicen que eso tranquiliza a las mujeres. Pero el Islam está en contra, por supuesto. Cada parte del cuerpo que ha sido creada tiene su función. Es como las amígdalas: sólo se deben extirpar por razones de salud; si no constituyen una amenaza, hay que dejarlas. Quizás haya mujeres predicadoras que estén hablando ya en contra de eso... Por supuesto, no existen semejantes operaciones aquí. En Egipto sí, pero aquí no.

—Entre las mujeres mayores... —empezó Asya, pero Ahmad la

interrumpió.

—Aquí, no. Nunca entre los palestinos.

Asya calló. La noche anterior me había dicho que a su madre le habían extirpado el clítoris.

—Esta es una sociedad oriental —continuó él—. Hay muchas cosas en las sociedades orientales con respecto a las mujeres que no están de acuerdo con el Islam. Pero se necesita un tiempo para cambiarlas. Primero debemos conseguir un estado islámico. Todos los desastres del mundo vienen de no adoptar el Islam. Cuando se adopta, todo va bien.

Ahmad se excusó un momento para hablar con un colega y Asya me dijo que iba a ir al lavabo del campus de mujeres.

—Podría ir aquí, pero no me siento cómoda.

Cuando volvió Ahmad y me encontró sola, retrocedió hasta la puerta.

—¿Dónde está Asya? Tengo prohibido sentarme a solas con usted.

No estábamos completamente solos. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par, y daba a un pasillo atestado de estudiantes.

—¿Incluso con la puerta abierta? —pregunté.

—Sí, sí, lo siento. Debe usted traer a Asya —dijo, saliendo al corredor como si yo tuviera la peste. Cuando volvió Asya, continuamos la discusión, volviendo al papel de la mujer en la política. Ahmad explicaba que, mientras las mujeres no pueden dirigir una comunidad musulmana, tienen la obligación de hacer comentarios y quejarse al guía si creen que él está equivocado.

—Es exactamente lo mismo en el papel de las mujeres durante las plegarias familiares —dijo—. Una mujer no puede dirigir a su marido (o a ningún otro hombre) en sus rezos, pero si él se equivoca (se deja alguna palabra), debe hacérselo saber dando unas palmadas.

—¿Y no puede intervenir la mujer diciendo las palabras correctas?

—No, porque su voz es seductora. No debe alzarla nunca.

Asya interrumpió.

—Por supuesto, si se trata de su familia, ella puede levantar la voz para decir: Subhan Allah.

—No, no —dijo él—. No la puede alzar nunca. Sólo debe dar unas palmadas. Las mujeres deben tener mucho cuidado con sus voces. Si alguien viene a mi casa y pregunta por mí, mi mujer puede decir: «Sí, espera», o «No está». Breve y formalmente. No debe hablar con un tono delicado. Esto viene en el Corán. Se empieza por unas pocas palabras y se continúa con otras cosas.

Yo dejé Gaza esa noche y conduje, al día siguiente, a través de las rocosas colinas y olivares de Cisjordania, para reunirme con algunas profesoras de una universidad palestina muy diferente, Birzeit.

Esas mujeres se llevaban menos de una generación de diferencia con Asya... mujeres de los treinta y pico a los cuarenta años que podían haber sido sus hermanas mayores. Pero algo había pasado en los años que separaban su educación de la de ella, y el océano que se abría entre ellas parecía casi insalvable. Sin embargo las profesoras de Birzeit, aunque percibían el problema, me pareció que negaban su amplitud.

—El problema es que esa gente no entiende su propia cultura —dijo Islah Gad, mientras bebía una naranjada natural después de sus clases.

Estábamos sentadas en la galería de su casa, un gran edificio de piedra de estilo otomano con un pórtico y techos abovedados. Los ojos de Islah se dirigieron hacia el jardín, donde los árboles frutales cuidadosamente atendidos prosperaban en el rojo suelo. Miró a la pequeña tortuga que seguía su vacilante camino entre los surcos de tierra cultivada. Había encontrado al animal en la carretera cuando conducía de vuelta de la universidad y la había rescatado de ser aplastada bajo las ruedas de un coche.

Islah había crecido en Egipto y conoció a su marido, un destacado activista palestino, allí, en la universidad. Había regresado con él a El Bireh, el pueblo de Cisjordania donde su padre era alcalde hasta que los israelíes lo deportaron como activista de la OLP.

—Los israelíes hicieron bastante por desarraigar la cultura tradicional palestina aquí, pero no tanto como están haciendo los movimientos islamistas —dijo ella.

Enumeraba los problemas con sus largos y elegantes dedos. Primero, estaba el problema que había creado el Hamas con el vestido tradicional palestino... los bellos caftanes largos negros o granates que las mujeres palestinas habían llevado siempre, elaboradamente bordados con punto de cruz por delante y en los bordes, junto con un delicado pañuelo blanco envuelto en torno a la cabeza.

—Es un vestido islámico... pero no para ellos. En su opinión, los colores de los bordados son haram. ¿Dónde dice eso en el Corán? Miles de mujeres palestinas se ganan el pan haciendo esos vestidos. Pero ellos no piensan en eso. Ellos acusan a los izquierdistas de haber importado ideas. Pero todas sus ideas son importadas. En la feria del libro de Birzeit de este año conté un centenar de títulos sobre las mujeres y el Islam... todos de Egipto y Arabia Saudí.

En Birzeit, la universidad palestina más liberal y secular, los movimientos islámicos como Hamas y Yihad habían tenido menos seguimiento que en cualquier otra universidad, pero también se estaba notando su influencia.

—Son como champiñones —dijo Lily Feidy, una de las colegas de Islah—. Crecen en determinadas condiciones, pero si las condiciones cambian, mueren. Ahora, su resurgimiento es un signo de pesimismo.

Como la gente está desesperada, recurre a lo sobrenatural. Lily Feidy, que enseñaba lingüística en Birzeit, nunca había puesto los pies en la Universidad Islámica de Gaza.

—No puedo ir allí porque no quiero ponerme el velo. Y de todas maneras, no me interesa discutir con ellos. Lo que era verdad hace cuatrocientos años ya no es verdad ahora. Lo siento, pero ya no vivimos en el desierto, ni en tiendas.

Islah Gad, por su parte, agradecía la oportunidad de discutir sus ideas.

—Es fácil romper su lógica —dijo—. En un debate que tuvimos sobre la educación mixta, los chicos de Hamas decían que la educación mixta es haram, y que debíamos cerrar las escuelas mixtas. Yo les dije: «Espera: en todos nuestros pueblos las escuelas son mixtas. Los que viven en los pueblos no pueden permitirse construir dos escuelas. Por lo tanto, ¿qué pasará según vuestros planes? Todas las niñas tendrán que dejar de ir a la escuela. ¿Es eso lo que queréis?» Ellos, por supuesto, dijeron: «No, no... no habíamos pensado en el gasto de las nuevas escuelas». Entonces les dije: «Id, ved la realidad. Olvidaos de esas ideas preconcebidas de Arabia Saudí».

Tanto Islah como Lily parecían reacias a aceptar que el ascenso de la ola islamista pudiera suponer una amenaza para sus propios puntos de vista liberales. Para mí, su análisis parecía más bien un deseo. Yo había oído hablar mucho de las mujeres educadas de su generación... mujeres como la jordana Leila Sharaf, que había crecido en los días embriagadores del movimiento nacionalista árabe, cuando las figuras carismáticas eran todas izquierdistas seculares que propugnaban la emancipación de la mujer. Para ellas, la visión que tenía Hamas de las mujeres era risible. Y ya que no podían sentir el atractivo de esa visión por sí mismas, estaban sordas al atractivo que ejercía para sus estudiantes.

Los movimientos islamistas están en ascenso en casi todas las universidades del Oriente Próximo. Y las facultades en las que están más representados son los bastiones de los más dotados: las escuelas médicas, los departamentos de ingeniería. Las estudiantes que escuchan la llamada islámica son de todas las tendencias, no sólo los casos desesperados: las Sahar y las Asya, junto con las becarias de Harvard y Londres. Son las élites de la siguiente década: la gente que configurará el futuro de su nación.

Una década o dos antes, los mismos dotados intelectuales podían haber sido nacionalistas árabes, pero esa idea había fracasado al no proporcionar nada excepto derrotas militares y economías que se desmoronaban. Para un observador externo, es difícil que esta nueva «gran idea» haga las cosas mejor. Pero el retorno a las raíces y el rechazo de la influencia extranjera es siempre una idea atractiva; yo misma había sentido su llamada como adolescente australiana que vivía a la sombra de la influencia de Estados Unidos y veía a mi país avanzar a marchas forzadas hacia el atolladero de Vietnam. Para las jóvenes musulmanas inteligentes que se enfrentan a futuros limitados por los fallos de tantas ideologías importadas, el aliciente del Islam es que se trata de algo muy «casero». Sahar lo había dicho desde el principio: «¿Por qué no intentar algo nuestro?».

Lo que más me preocupaba era que el control del Islam en tantas universidades no era algo suyo; no respondía a la tradición tolerante de Egipto ni a las prácticas progresistas de Palestina, sino a la torcida interpretación promovida por la riqueza de los saudíes. Temía pensar en una generación que dilapidara su talento al servicio de ese credo represivo.

Cuando mi amigo saudí me llevó a través de las dunas al norte de Riyad para conocer a su tío, yo di por sentado que el anciano era una reliquia de una época pasada, cuyos valores se erosionarían tan seguro como las viejas fortalezas de arena por las que habíamos pasado junto a la carretera.

Mi amigo parecía haber viajado una vasta distancia en el lapso de la mitad de una vida. Nacido bajo una palmera en la granja de su tío, le habían llevado a lomos de camello a casa de su padre. Veinticinco años más tarde, cruzaba el Atlántico en el Concorde. Educado en los mejores colegios de Estados Unidos, con su vida profesional dividida entre Londres, Washington y Riyad, tenía una inteligencia iconoclasta que se deleitaba en desenmascarar la hipocresía y oponerse a la ortodoxia.

Me parecía claro que él era el futuro: su tío, con la triste historia de las hijas secuestradas y privadas de escuela, era el pasado. Me costó un poco darme cuenta de que no estaba tan claro como yo pensaba.

Mi amigo se sentía más cómodo cuando criticaba las peculiaridades de la OPEP o lamentaba la dominación de la voz levantina en la literatura árabe que hablando sobre su vida privada. Una vez, cuando se lo pregunté, me describió de una forma ligeramente autodisculpatoria cómo había dejado a su liberada mujer occidental para casarse con una novia saudí que «se las arregló para ver» sólo una vez antes de la boda. Nunca la llevaba en sus viajes de negocios ni le ofreció presentarme a ella cuando yo estaba en Arabia Saudí. Tenía hijas con las que se sentía muy feliz, pero nunca hablaba de ellas a menos que yo le preguntara.

Una noche en Londres, mientras cenábamos, le pregunté cómo pensaba educarlas. Miró su plato de pasta y jugueteó con el tenedor.

—Las educaré como mujeres saudíes. No quiero cometer el mismo error que otras personas, de llevarlas mitad aquí y mitad allá, para que nunca sepan adonde pertenecen —dijo él.

—Pero ¿y si alguna de ellas tiene dotes para la física o las matemáticas? —le pregunté—. ¿Y si necesitan salir al extranjero para estudiar? —Yo pensaba que él iba a decir: «Bueno, en ese caso, claro, estudiarán en Harvard, o Princeton, o Cambridge». Pero no dijo nada sobre el particular.

En lugar de eso, suspiró. Fue un largo y profundo suspiro que me recordó a su tío cuando le pregunté acerca de las mujeres que conducían.

—Eso —dijo—, sería un problema. Y deberé resolverlo cuando se presente.

Entonces me di cuenta de que la distancia entre tío y sobrino no era tan grande como yo había pensado.

Como muchos occidentales, yo siempre me había imaginado el futuro como un lugar inevitablemente mejor, con una especie de geología moral que hubiera erosionado los bordes crueles del pasado y los errores del presente. Pero lo que advertí en Gaza y Arabia Saudí me dio una visión diferente del tema.

Desde allí, el futuro es un lugar que se ve cada día más oscuro.

Negocios peligrosos

«Su Señor los ha escuchado favorablemente, y dice: “No dejaré extraviar la acción de aquel de vosotros, varón o hembra, que obra bien; dependéis unos de otros” .»

El Corán Azora III: «La familia de Imrán»

En la oficina del Arab News de Yidda, una reportera llamada Faiza Ambah tenía un dibujo clavado con una chincheta en el tablón de anuncios sobre su escritorio. «Fijaos en la tortuga», decía el epígrafe bajo un caprichoso dibujo de la criatura. «Sólo avanza cuando saca el cuello». De vez en cuando, Faiza se enderezaba desde su posición encorvada sobre el teclado y tiraba pensativamente del pañuelo de tela negra que llevaba atado en torno a la cabeza.

Faiza estaba sacando su propio cuello. Sus artículos eran audaces para los criterios saudíes. Después de la invasión ku-waití, ella realizó un sondeo del nuevo talante de las mujeres saudíes y la delicada cuestión de la censura de prensa. Incluso con el velo, corría un riesgo cada día cuando iba a la oficina del periódico no segregada, donde los hombres trabajaban en despachos junto a ella.

—Cuando el editor me contrató, pensé que debería trabajar en casa: hacer mis reportajes por teléfono y enviar una copia electrónicamente —dijo—. Pero un reportero no puede trabajar así. Tienes que ver lo que está pasando en el mundo.

Al final del día, después de presentar su artículo, se ajustó el pañuelo y la abaya y se dirigió hacia el aparcamiento. Allí, como la ley saudí le prohibía conducir, la esperaba su chófer yemení para llevarla a casa. Cuando conocí a Faiza, ella me regañó por un artículo que yo había escrito acerca de las dificultades a las que se enfrentaban las mujeres saudíes. Faiza se sentía orgullosa de sus logros y los de sus amigas, que trabajaban como médicas o dirigían sus propias empresas. Ella pensaba que yo no había prestado demasiada atención a las mujeres saudíes que sí trabajaban y marcaban una diferencia en la sociedad.

Lo que mujeres como Faiza y sus amigas estaban haciendo era simplemente reclamar el terreno perdido durante los siglos posteriores a la muerte del profeta.

Todos los saudíes saben que la primera mujer de Muhammad, Jadiya, dirigió una compañía de comercio internacional.

Sawda, su segunda mujer, fue famosa por su artesanía en piel, que vendía para ayudar al hogar. Fatima, la hija del profeta, trabajaba hilando hasta que le sangraban las manos, y alternaba el trabajo con el estudio. Mientras ella trabajaba, le daba a su esclava tiempo para estudiar, entiendo que todo el mundo tiene derecho a aprender.

Faiza era la más visible del puñado de mujeres saudíes trabajadoras, ya que su nombre aparecía con frecuencia en el periódico. Había otras pocas mujeres saudíes periodistas, pero Faiza era la única que yo conocía que se arriesgaba trabajando en las propias oficinas del periódico. El riesgo era que la mutawain (policía religiosa del Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio) irrumpiera un día en la oficina y la descubriera rompiendo las normas de la segregación. Los mutawain son los cabos sueltos del sistema de justicia saudí; voluntarios fanáticos que patrullan las calles y comercios gritando a la gente. Las mujeres con la cara descubierta son un objetivo para ellos; los hombres que tardan en cerrar las tiendas durante el tiempo de oración, otro. Algunos mutawain empuñan largas cañas con las cuales azotan a los ofensores. El gobierno no alienta los excesos de los mutawain, pero tampoco los refrena. La familia saudí reinante está aterrorizada por el rápido ascenso islamista, que podría barrerlos del poder igual que los iraníes habían destronado al sha. Por lo tanto, compran a los mutawain con flotas de coches lujosos para que los usen en sus patrullas, y con una política de no interferencia con sus actividades. Como resultado, los mutawain no tienen miedo a nada, ni siquiera a insultar a una princesa de los al-Saud cuando la sorprendieron con una criada que no llevaba velo.

Quizá lo más humillante de los mutawain es que, además de insultar a las mujeres en las calles, no se dignan a tratar con ellas directamente las llamadas «ofensas». Si una mujer transgrede la norma de vestido o de segregación, el mutawain habla de este tema con su marido, padre o hermano (el «responsable masculino» que se considera que la tiene a su cargo), como el director de un colegio que trata de un niño travieso. Una mujer, no importa lo vieja que sea, tiene que enseñar un permiso firmado por su marido, hijo o nieto para que se le permita viajar, incluso dentro de su propio país.

Una vez, Faizg se dejó el permiso en El Cairo. Su marido estaba de viaje mera del país y era ilocalizable. Tuvo que viajar por su cuenta, pero al no llevar permiso, fue detenida en Yidda. «Yo me tiraba de los pelos», decía. Su padre no

podía ayudarla porque una vez que una mujer se casa, para las autoridades saudíes sólo cuenta la palabra de su marido. Al final, tuvo que esperar a que un primo suyo fuese a El Cairo y recogiese el documento. Estas leyes pueden ser todavía mucho más humillantes para las mujeres de edad. Una abuela viuda, por ejemplo, puede tener que depender del permiso de un nieto si es su pariente masculino más cercano.

En parte a causa del riesgo de esas humillaciones, pocas mujeres saudíes trabajan fuera de casa. En 1986, las mujeres suponían sólo el cuatro por ciento de la fuerza de trabajo asalariado. En su mayor parte, el pequeño número refleja una falta de trabajos abiertos a las mujeres. En el gobierno saudí, los hombres ocupan incluso los empleos directamente relacionados con asuntos de mujeres. En la Conferencia del Año Internacional de la Mujer de las Naciones Unidas en 1975, en México, y en la conferencia de la Década para las Mujeres de Nairobi en 1985, la «delegación femenina» de Arabia Saudí estaba enteramente compuesta por hombres.

Pero incluso en los campos en que las mujeres pueden trabajar, algunos maridos son reacios a dejarlas. El marido de Faiza, un libanes, estaba orgulloso de lo que ella había conseguido. Y algunos maridos saudíes sienten lo mismo. Pero a menudo hay una tensión entre el orgullo por los logros de la esposa y el temor de adonde puede conducirle el trabajo. Un hombre de negocios alardeaba de la licenciatura de su mujer en la facultad de medicina, pero después me dijo que esperaba que se especializara en cirugía, «así sus pacientes estarán inconscientes cuando ella los toque».

El tema del trabajo de las esposas aparecía frecuentemente en los periódicos saudíes, especialmente en las páginas de religión.

«¿Cuáles son las condiciones para que una mujer salga a trabajar fuera de casa? ¿Está permitido en el Islam, y si lo está, bajo qué circunstancias?», preguntaba «Esposa trabajadora de Yidda» en una carta al editor religioso de la Saudi Gazette. El editor respondía: «Hay derechos legales y morales que devienen consecuentes al matrimonio. A causa de sus diferentes estructuras fisiológicas y funciones biológicas, cada sexo tiene un papel asignado en la familia... Es el marido el que se supone que proporciona el sustento a la familia. Si no puede ganar lo suficiente para mantener a la familia, o si sus ingresos son demasiado bajos para proporcionar un nivel de vida relativamente aceptable, y siempre que la mujer lo desee, ambos pueden trabajar. Sin embargo:

»1. El marido tiene derecho a hacer que la mujer deje el trabajo cuando lo crea necesario.

»2. Tiene derecho a poner objeciones a cualquier trabajo si cree que podría exponer a su esposa a algún daño, seducción o humillación.

»3. La mujer tiene derecho a dejar de trabajar cuando quiera.

Una vez, volando hacia Arabia Saudí, me senté junto a un saudí que había estado tratando de resolver durante un año el tema de cuál sería el trabajo adecuado para su mujer. Su ocupación eran los negocios, y él cada vez estaba más nervioso a medida que nuestro avión se aproximaba a Yidda. Cuando dimos la vuelta para aterrizar, se secó la frente con un gran pañuelo blanco. Estaba preocupado por la ropa interior que llevaba en el equipaje.

—Más de doscientos sujetadores —susurró—. Los compré en Londres, en Marks and Spencer. Todos hechos en Israel. —Arabia Saudí imponía un boicot hacia los artículos que provenían de la tierra a la que se referían como «la entidad Sionista». Por lo tanto la noche antes, en su hotel de Londres, se había sentado con un grueso rotulador y estuvo hasta tarde escribiendo precios en riyal saudíes encima de las etiquetas ofensivas, para hacer ilegible el país de origen—. Pero al final estaba muy cansado —dijo—. Si me he dejado alguno, y en la aduana lo ven, tendré muchos problemas —se enjugó otra vez la frente—. ¿Qué voy a hacer? Soy comerciante, y estos son los sujetadores que quieren comprar las mujeres saudíes.

Los registros de la aduana saudí eran minuciosos. Un americano que había ido a trabajar allí vio cómo rompían delante de él la Biblia que había pasado por cinco generaciones de su familia, porque contravenía la prohibición del reino de introducir artículos religiosos no musulmanes. Los saudíes tomaban la prohibición de otros símbolos religiosos hasta tal extremo que el avión en el que yo volaba acababa de ser repintado, junto con todos los demás de la flota de Saudia Airlines, debido a una queja islamista de que el espacio entre la ese y la a en el logo anterior de Saudia formaba una cruz cristiana.

Yo pensé que había depurado mi equipaje de cualquier cosa que pudiera ser interpretada o malinterpretada como religiosa. Pero en el mostrador de la aduana en Yidda el inflexible joven inspector me miró severamente y sacó dos piezas de contrabando de mi bolsa: un libro de consulta titulado Diccionario Político del Mundo Árabe y un libro acerca de los viajeros europeos por Arabia llamado Peregrinos Apasionados. Puso objeciones al primero porque la palabra «político»

en el título lo hacía potencialmente sedicioso; al segundo porque la palabra «apasionado» tenía un potencial pornográfico, mientras que la palabra «peregrinos» podía tener referencias religiosas.

El comerciante, Mohamed, había sido más afortunado. Lo vi en el vestíbulo de llegada, sonriendo ampliamente. El sujetador ilegal había pasado la inspección. Para celebrarlo, dijo, yo tenía que ir al día siguiente a comer a su casa y conocer a su mujer, Adela.

Mohamed compartía un pequeño edificio de apartamentos con su extensa familia: padre y madre en los bajos; los hermanos, sus mujeres e hijos en los pisos superiores. Incluso en las modernas ciudades saudíes, las familias todavía seguían los modelos tribales del desierto. Los hombres saudíes, cuando se casaban, llevaban a sus mujeres a casa de sus padres. Las familias ricas solucionaban esto con varias villas repartidas en torno a un jardín. Las familias más pobres construían casas por capas, que crecían un piso cada vez que un hijo se casaba.

Como resultado, las ciudades saudíes parecían salpicadas de edificios inacabados. Unas crestas de barras de acero que sobresalían reforzaban los tejados de los pisos como si las casas lucieran peinados «punk». A mí, que tenía mi familia repartida en tres continentes, tenerlos a todos juntos en un solo edificio me parecía envidiable. Pero Mohamed había empezado a encontrarlo asfixiante. Cuando subí las escaleras hacia su apartamento, las puertas se abrieron en cada piso, mientras sus hermanos y pequeños sobrinos y sobrinas escudriñaban para ver a quién llevaba Mohamed a casa. Para tener cierta intimidad, había empezado a construirse una casa nueva, sólo para él, Adela y sus tres hijos. Pero no sabía si podría mudarse a ella.

—Es difícil convencer a mi padre de que el traslado es buena idea —suspiró. Mohamed tenía treinta y cinco años, pero la palabra de su padre todavía era ley.

Como la mayoría de los saudíes, Mohamed trabajaba desde las siete de la mañana hasta la una del mediodía, y después volvía a sus negocios unas pocas horas por la tarde. Las escuelas y oficinas cerraban durante las horas más calurosas del día, y las familias se reunían para comer juntas. Mohamed y Adela comían en una mesa al estilo occidental, en lugar de extender un mantel en el suelo según la forma tradicional árabe. Tomaban un conjunto de especialidades árabes (humeantes cuencos de arroz, cordero braseado en salsa de azafrán, brochetas de pollo asado) y un plato de patatas fritas al estilo occidental. Después de comer, la familia se arrellanó frente al televisor, y dejó pasar los canales saudíes

pesadamente religiosos para captar la vacilante señal de Egipto, con su programación más atrevida de películas y espectáculos de variedades.

Adela tenía dieciséis años y estaba todavía en la escuela cuando se casó con Mohamed. Después terminó una licenciatura en sociología mientras tenía a sus hijos.

—La mayoría de las mujeres de mi curso hacían lo mismo —decía ella.

Muchas escuelas saudíes proporcionan guarderías para los hijos de sus estudiantes. Los exámenes se pueden ajustar para acomodarlos a la llegada del niño. Después de la universidad, cuando sus dos hijos y su hija empezaron a ir al colegio, Adela se sintió fatal.

—Es un aburrimiento terrible cada mañana cuando los niños se van —decía.

En el pasado, simplemente hubiera tenido más niños. En las áreas rurales, muchas mujeres saudíes todavía se reproducen hasta el máximo de su capacidad. Un doctor británico que ocupaba un destino de dieciocho meses en un hospital de Yidda, pensaba que su intérprete le había entendido mal durante un examen prenatal a una beduina de veintiocho años. —Le pregunté cuándo había tenido su último periodo, y ella dijo: ¿Qué es un periodo? Resultó que nunca lo había tenido. Se había casado a los doce años, antes de la pubertad, y había estado embarazada o lactando desde entonces.

Pero para la mayoría de los saudíes urbanos como Adela y Mohamed, el imperativo tribal de una amplia familia ya no se aplicaba. Por lo tanto, cada vez más y más mujeres educadas competían por los pocos trabajos islámicamente autorizados en medicina, educación o bancos de mujeres. Los bancos, dirigidos por mujeres saudíes y con mujeres también como trabajadoras, abrieron en 1980 porque, aunque el Corán da a las mujeres control sobre sus propios bienes, las normas saudíes de segregación les negaban el control efectivo al prohibirles la entrada a los bancos usados por los hombres. Aun cuando la herencia de las hijas era sólo la mitad de la de los hijos, en una Arabia Saudí post petróleo eso a menudo constituía también una fortuna. Los nuevos bancos fueron segregados meticulosamente, se sometieron a auditoras que inspeccionaban las cuentas de las sucursales femeninas y se pusieron guardias en la puerta para controlar que ningún hombre entrase por error. Normalmente, el guardia estaba casado con una de las mujeres que trabajaban dentro, para que si había que entregar documentos pudiera tratar el tema con su mujer antes que arriesgarse al mínimo contacto entre

miembros de ambos sexos no casados.

La medicina, única carrera en la cual la segregación no es obligatoria, está bajo un constante ataque de los islamistas, que se oponen a las mujeres médicas que tratan a pacientes masculinos.

Su campaña ha tenido poco éxito hasta la fecha, porque el gobierno ha podido demostrarles que todavía no hay bastantes hombres saudíes médicos para satisfacer la demanda.

Había un empleo vacante en el ministerio de Salud para el cual Adela estaba cualificada, pero Mohamed se opuso porque suponía algún contacto con hombres.

—Ella tendría que haber llevado siempre el pañuelo puesto, no reírse nunca, ni siquiera sonreír... si sonriera a un hombre, él pensaría: «Ah, ella me ama» — explicaba Mohamed. Mientras estaba sentado en el sofá cambiando los canales del televisor, hizo una pausa durante un minuto en un canal saudí en el que una mujer locutora, con el pelo cuidadosamente tapado, leía las noticias—. Esto es nuevo — dijo. La televisión había tenido mujeres presentadoras antes, pero raramente saudíes.

—¿Qué pasaría si Adela quisiera ser locutora de televisión? —le pregunté.

—Nunca consentiría en ser vista en público así, y yo no se lo permitiría — dijo firmemente Mohamed.

Pronto Adela empezaría a trabajar en el único empleo que había podido encontrar y que ella y Mohamed juzgaron adecuado: un trabajo de oficina en una escuela de chicas. El empleo estaba por debajo de su capacidad, «pero el horario es bueno, y es mejor que pasarme todo el día durmiendo», decía ella. Sin trabajo, Adela tenía poco que hacer para llenar sus horas aparte de la televisión, vídeos y reuniones de mujeres para tomar el té. No había teatros ni cines en Arabia Saudí, y no podía ir de tiendas sola sin arriesgarse a miradas y persecuciones.

Cuando la tarde iba avanzando, Mohamed sugirió un paseo en coche por Yidda, a la orilla del mar. Antes de poner un pie fuera, Adela se cubrió el cabello con un largo pañuelo negro, envolvió un trozo de tela en torno a su cara como un «malo» del Oeste americano, dejando sólo sus ojos al descubierto, luego se puso una abaja encima de todo eso, cubriendo su vestido de colores largo hasta el suelo. Las dos nos sentamos en el asiento posterior del coche con los niños, y Mohamed y su tío delante. A lo largo de la costa del Mar Rojo, grupos de hombres vestidos de

blanco se sentaban un poco separados de los grupos de mujeres, con sus negros mantos ondulando en la cálida brisa del mar mientras preparaban sus meriendas campestres.

Aparcamos y fuimos paseando por el muelle, en tanto que el blanco pavimento desprendía el calor acumulado durante el día. Cuando el sol se ocultó en el mar, la ciudad detrás de nosotros explotó en la cacofonía de las llamadas a la oración de la tarde. Mohamed fue al portaequipajes de su coche a buscar las alfombrillas de oración. El y su tío se pusieron uno junto al otro, alzaron las palmas hacia Dios, y se inclinaron hacia la cercana ciudad de La Meca. Adela no se unió a ellos, y me explicó que las mujeres saudíes usualmente no hacen las plegarias en público. Mientras esperábamos, ella buscó a tientas un pañuelo y se levantó el negro velo para secarse la cara empapada de sudor. Sin embargo, Adela parecía estar disfrutando de esa modesta salida. Era una de las pocas cosas que ella y Mohamed todavía podían hacer juntos. Unos pocos meses antes podían haber llevado a los niños a un parque de diversiones, o a una pista de patinaje donde el plástico blanco sustituía al hielo. Pero ambos lugares habían cedido bajo la presión del estamento religioso y ahora ofrecían sólo horas separadas para hombres y para mujeres que hacían imposibles las visitas familiares.

Algunos hombres de negocios saudíes estaban hartos de los efectos de la segregación en sus compañías. Hussein Abuda-wood, cuyas fábricas producían la lejía Clorox en Arabia Saudí, había querido hacer una investigación de mercado al estilo occidental para ver cómo lavaban su ropa los hogares saudíes.

—Obviamente, no podía enviar a encuestadores masculinos para hablar con las mujeres. Pero tampoco podía mandar a mujeres saudíes, porque podían mezclarse con los hombres en las casas. ¿Y dónde encontraba yo aquí las suficientes mujeres que hablasen árabe y no fuesen saudíes?

Finalmente reunió a unas cuantas entrevistadoras egipcias y libanesas, que pasaban un mal rato dando explicaciones en un país donde los extraños no llaman a la puerta de uno.

—En la mayoría de sitios tienen un guardia en la puerta con instrucciones de no admitir a nadie que no tenga una cita previa —decían.

Hussein encontraba el sistema repleto de contradicciones.

—Si una mujer saudí quiere un nuevo sujetador o unas medias tiene que

discutir el tema en un mostrador de una tienda llevada por un montón de muchachos hindúes. Pero si es una mujer de negocios que necesita remitir un documento a un ministerio gubernamental, no puede poner un pie allí... tiene que mandar a un hombre.

Hussein formaba parte del grupo de hombres de negocios a los que se pidió comentar un borrador del plan económico del ministerio de Desarrollo. Había discrepado de una línea del borrador que establecía que el gobierno promocionaría el trabajo de las mujeres de acuerdo con las normas islámicas.

—Yo fui y les dije: «Aquí hay media línea sobre las mujeres en un plan de desarrollo de treinta y seis páginas y tenían que poner "de acuerdo con las normas islámicas". ¿Qué pasa entonces con las otras treinta y seis páginas? ¿Quieren decir que el resto no está de acuerdo con las leyes islámicas? ¿Están tratando de contentar a los extremistas?».

Los extremistas eran casi imposibles de contentar. Incluso los puestos de trabajo segregados estaban en peligro. La Compañía de Cable Saudí, la empresa industrial más grande del reino, había lanzado una propuesta para construir una factoría en la cual todos los trabajos, desde la línea de producción hasta la dirección, serían cumplimentados por mujeres. En un país con una aguda falta de trabajo como ése, yo pensé que un plan semejante sería aclamado por su iniciativa. Pero cuando fui a ver al funcionario a cargo del proyecto, él me rogó que no escribiera sobre el plan.

—Ya hemos despertado demasiado interés —dijo.

Le preocupaba que el proyecto pudiera ser echado a pique si los islamistas iniciaban una campaña desaprobándolo por tentar a las mujeres y apartarlas de sus hogares. Sin embargo, me presentó a su mujer, Basilah, que dirigía la magnífica escuela para chicas Dar al-Fikr.

Después de enseñarme la escuela, Basilah me invitó a su casa a tomar el té. La villa de piedra clara, con su piscina con reflectores, alfombras persas y elegante mobiliario, dejaba bien claro que el trabajo de ella no era un caso de «necesidad económica», como el editor religioso de la Saudi Gazette hubiera aprobado.

—Yo no trabajaba al principio, cuando me casé —decía ella—. Me pasaba la mayor parte del día en la cama, y cuando Fawaz volvía a casa cansado después del duro día de trabajo, yo estaba tan aburrida que insistía en que me sacara de

compras. Después de un tiempo ambos decidimos que la situación era absurda, y que yo debía hacer algo con mi vida que representara algún tipo de contribución.

Basilah había invitado a una amiga que ayudaba a su madre a dirigir una floreciente compañía de construcción para que tomara el té con nosotras. Al morir su padre, ella y su madre habían esperado que sus parientes masculinos llevaran el negocio y las mantuvieran a ella y a sus hijos. Pero ellos eran perezosos e incompetentes, y parecía que todo lo que su padre había luchado tanto por construir se iba a perder.

—Finalmente, mi madre asumió la dirección —explicó la mujer—. Fue al ministerio de Construcción con los papeles que necesitaban aprobación oficial. Ninguna mujer había estado allí antes. Los funcionarios le dijeron que saliera. Ella se negó. Se sentó allí hasta que se vieron obligados a tratar con ella. Resultó ser una gerente muy buena, y salvó el negocio.

Mientras las doncellas se deslizaban arriba y abajo con vasos de té y unas maravillosas bandejas de pastelitos y pastas franceses, la conversación recayó en cómo reaccionaba mi marido ante el hecho de que yo tuviera que viajar tanto por mi trabajo. Le dije a Basilah que a ninguno de los dos nos gustaba estar separados tanto tiempo, pero, como él también era periodista, entendía los requisitos del trabajo.

Entonces, alardeando un poco, le dije cómo había ajustado él su propia carrera para acomodarla a la mía.

—Cuando mi periódico me ofreció el puesto de Oriente Próximo —dije—, él abandonó su propio trabajo para que yo pudiera aceptar.

Había esperado que Basilah se sorprendiera; Tony y yo estábamos acostumbrados a que en Oriente Próximo se diera por sentado que era su trabajo el que nos había llevado allí. Pero la expresión en la cara de Basilah estaba más allá de la sorpresa. Parecía completamente consternada, como si yo hubiera admitido que mi marido había cometido un asesinato en serie. Basilah manoseó su vasito de té, se aclaró la garganta y cambió de tema.

Era difícil obtener información de las mujeres que trabajaban en puestos fuera de las esferas relativamente seguras de la educación de niñas, los bancos para mujeres y la medicina. Pedí ayuda al ministerio de Información y me la negaron. Busqué otros contactos.

—No se te ocurra ni tocar ese tema a menos que el ciento por ciento de lo que escribas sea positivo —me advirtió un hombre de negocios libanes de Yidda. Cuando le dije que eso era improbable, rehusó presentarme a nadie. Yo había oído hablar de mujeres en Yidda y Riyad que eran directoras de empresas tan diversas como estudios de fotografía, fábricas de ropa y escuelas de informática. Pensaba que la Cámara de Comercio podría darme algunas orientaciones.

—No hay problema —dijo un funcionario muy colaborador—. Le prepararé algunas citas.

Al día siguiente, me dijo que fuera a la oficina administrativa del aeropuerto de Yidda a las dos de la tarde. Pensaba que iba a encontrar allí a una mujer ejecutiva con la que poder hablar. Pero cuando llegué, me encontré con que me habían programado una «visita oficial» agotadora, que no tenía absolutamente nada que ver con las mujeres. Estuve allí durante horas, viendo vídeos, recorriendo salas de ordenadores y abrumada con estadísticas oficiales (un aumento del 625 % en el tráfico de pasajeros entre 1975 y 1988, un aumento del 870 % en el tráfico de carga, una terminal del tamaño de ochenta campos de fútbol sólo para los peregrinos que hacían el Hajj, techada con una cubierta de vidrio recubierto de teflón para desviar el calor...). No había ninguna forma educada de interrumpir el recorrido. Los países en desarrollo siempre se quejan de que los reporteros no escribimos sobre sus logros; dicen que sólo nos fijamos en las tradiciones tribales llenas de colorido y olvidamos el progreso tecnológico. Sin embargo, yo estaba muy irritada con la Cámara de Comercio por hacerme perder el tiempo a mí y también a los funcionarios del aeropuerto.

Como después se demostró, sólo una parte del brillante aeropuerto moderno tuvo relevancia para mi historia sobre la situación de las mujeres en Arabia Saudí. Pero no formaba parte del recorrido. No lo vi hasta que ya me iba del país, dos semanas después. Mientras esperaba en el vestíbulo de salida tuve que usar el servicio de mujeres.

Atravesé el pulido cristal y el brillante cromo de las áreas públicas y empujé la puerta de clara madera marcada con el estilizado dibujo de una cabeza velada.

Dentro, sentí náuseas. El suelo estaba inundado de excrementos. Las tazas de los inodoros atascados rebosaban de inmundicias. No habían limpiado aquel lugar desde hacía semanas. Ninguna persona lo había denunciado porque allí no iba nunca nadie que importase.

Arabia Saudí es el extremo. Pero ¿por qué recrearse en el extremo, cuando sería tan fácil escribir sobre un país musulmán como Turquía, gobernado por una mujer, donde uno de cada seis jueces es una mujer, y una de cada treinta compañías privadas está dirigida por una mujer?

Creo que es importante mirar en detalle la desconsoladora realidad de Arabia Saudí porque es éste el tipo de mundo estéril y segregado que Hamas palestino, muchas de las facciones mujahiddin de Afganistán, muchos radicales de Egipto y el Frente Islámico de Salvación de Argelia están solicitando, ahora mismo, para sus países y para todo el mundo islámico. Ninguno de estos grupos dice: «Imitemos a Turquía y separemos Iglesia y Estado». En lugar de eso, lo que desean es una represión de las mujeres teocráticamente impuesta al estilo de Arabia Saudí, envuelta en insulsos tópicos acerca de que el lugar de la mujer está en el paraíso de su hogar.

En la inmensa mayoría de los países musulmanes, las barreras al empleo de las mujeres habían caído tanto en los últimos cincuenta años que parecía que iba a ser imposible reedificarlas, incluso aunque unos gobiernos islamistas de línea dura llegasen un día al poder.

Pero bajo la superficie a menudo hay ambivalencia en cuanto al trabajo de las mujeres, lo que hace vulnerable su posición.

En Egipto las mujeres están por todas partes en las fuerzas de trabajo: en los campos, donde siempre han estado, sembrando y plantando; y sentadas en las aceras de las ciudades, vendiendo sus productos; Pero también están en posiciones que hubieran sido impensables en la primera mitad de este siglo, cuando sólo las más pobres y miserables familias sujetaban a sus mujeres a la «indignidad» de trabajar fuera de casa. Las egipcias son doctoras, directoras de cine, políticas, economistas, académicas, ingenieras. La mayoría de ellas son funcionarias, piezas del engranaje de la hinchada burocracia del país. Ahora, es casi impensable que una joven mujer egipcia no trabaje, al menos hasta que se casa. A menudo encontrará a su futuro marido entre sus compañeros de trabajo.

Fue el presidente Nasser el que abrió el camino a las mujeres en el gobierno, prometiendo un trabajo a todos los egipcios que tuvieran un título universitario. Ahora, muchas mujeres educadas de clase media encuentran trabajo como muwazzaf o funcionaria, mecanografiando, archivando o trabajando con papeles seis días por semana desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde. El enorme volumen de la burocracia significa que muchos de los empleados en

realidad no tienen trabajo, y la mayoría, hombres y mujeres, se pasan la jornada laboral murmurando, cuchicheando y bebiendo inacabables tazas de té azucarado.

Aunque la paga es despreciable (menos de 40 dólares al mes), el dinero da a las mujeres al menos un pequeño grado de discrecionalidad en sus gastos, y el prestigio que viene de contribuir al presupuesto familiar.

La mayoría de las mujeres jóvenes y solteras que conocí disfrutaban de la libertad de tener un salario y el desafío de un puesto de trabajo, aunque fuese poco exigente. Pero mis amigas casadas solían verlo de forma diferente. A menudo, el trabajo mismo era un descanso, encajado con gran dificultad entre horas de agotadoras labores domésticas.

Una tarde que pasé con una mujer que se había casado recientemente resultó así. Después de viajar con un abono durante cerca de una hora y media en un autobús tan lleno que tres o cuatro pasajeros colgaban fuera de la puerta con un pie en el estribo, ella se abrió paso a codazos en la parada que estaba a ochocientos metros de su apartamento e hizo cola durante veinte minutos en una tienda de comestibles del gobierno, para conseguir la comida que allí vendían, más barata. Cargó con los comestibles hasta casa, a su cocina con agua fría y sin frigorífico, e inmediatamente hizo el té para su marido, que había llegado a casa del trabajo y se había dejado caer en el sofá a charlar con su padre y un joven sobrino. Después subió al palomar que tenía en el terrado del edificio de apartamentos, dio a los pájaros el pan del día anterior, eligió a los dos más regordetes y les retorció el cuello allí mismo.

Desplumó los pájaros, los destripó y los cocinó, hirvió trigo partido y fideos para el relleno, sirvió la comida a los hombres, que parecían un poco malhumorados por haber tenido que esperar hasta tan tarde para comer; hizo y sirvió más té, fregó las ollas y los platos, quitó el polvo omnipresente de El Cairo de los suelos y muebles, lavó toda la ropa a mano y la dejó en un cubo para tenderla en la terraza antes de irse a trabajar al día siguiente; puso unas lentejas a remojar para la comida del día siguiente, y finalmente se sentó, con alguna prenda para coser en su regazo, sobre las nueve de la noche, pero diez minutos después ya se levantaba para hacer otra ronda de té para algunos vecinos que habían entrado de visita. Sólo había dos cosas inusuales en la situación de la mujer: la ausencia de otra mujer en la casa (cuñada o suegra) que pudiera ayudarla con las tareas del hogar, y que todavía no tenía niños que añadir a sus responsabilidades.

Mientras las mujeres ahora comparten la carga económica de sus familias,

muy pocos hombres egipcios están preparados para compartir el trabajo del hogar. Para las mujeres que corren agotadas del trabajo a casa, para tener una gran comida lista para una familia exigente, el mensaje de los islamistas sobre el lugar de la mujer en el hogar a veces tiene cierto atractivo.

Los maridos también oyen ese mensaje. Educados en su mayoría por mujeres que no trabajaban fuera de casa, estaban acostumbrados a un hogar donde sus camisas estaban planchadas, los suelos barridos, la comida elaboradamente preparada y siempre a punto. Ahora, un hombre joven puede conocer a su novia como compañera de trabajo en su oficina. Antes de casarse, él disfruta de la suerte de admirar su belleza, compartir una broma y charlar con ella. Pero una vez se convierte en su mujer, a él le disgusta que otros hombres en la oficina tengan el placer de su compañía. Si ella no lleva velo, él puede empezar a presionarla para que lleve el hijab.

Cuando la vida del hogar con una mujer trabajadora resulta ser menos agradable que con las mujeres no trabajadoras de su juventud, no piensa en echarle una mano con las tareas, porque nunca ha visto que un hombre haga tal cosa. En lugar de eso, maldice al gobierno por la arruinada economía que hace necesario el salario de su esposa. Y cuando oye a un imam o jeque que predica sobre el lugar de la mujer, y promete mejores tiempos bajo un régimen islamista, él mira la pila de ropa por planchar, el suelo lleno de polvo y el sencillo almuerzo que su exhausta mujer ha tirado descuidadamente sobre la mesa, y se pregunta si una causa semejante no merece ser apoyada.

Para ver qué ocurre si él da el siguiente paso y se une a los revolucionarios, es necesario mirar hacia Irán.

Incluso cuando una revolución tiene éxito, no siempre alcanza todo lo que sus extremistas habían imaginado. Una cosa es mantener tenazmente, como hace Arabia Saudí, tradiciones que habían existido sin cambios durante siglos, y otra completamente diferente, es reimponer aquellas tradiciones después de que el cambio hubiera configurado ya otra cultura.

Desde 1920, los gobernantes de Irán, los Pahlavi, habían tratado de occidentalizar su nación, algunas veces por la fuerza, abandonando miles de años de separación tradicional de hombres y mujeres. Cuando los revolucionarios iraníes expulsaron al sha en 1979, había peluqueros para mujeres, modistos, profesores masculinos en clases de chicas.

Los extremistas empezaron a acabar con todo eso. Dijeron a los ginecólogos masculinos que debían encontrar otra especialidad médica, intentaron instalar cortinas para dividir las salas de lectura de las universidades en secciones para hombres y para mujeres, y prohibieron a los peluqueros que tocasen la cabeza de las mujeres.

Aparte de los peluqueros, pocas medidas más tuvieron éxito. Los extremistas no se habían dado cuenta de que, en lo que respecta a la segregación de sexos, Jomeini no estaba del todo con ellos. Jomeini, que fue siempre un literalista escrupulosamente exacto, leyó las palabras del Corán y los hadith y no hizo extrapolaciones. Cuando leyó que las mujeres del profeta debían permanecer en sus casas, interpretó que esto se refería a las mujeres del profeta, y sólo a las mujeres del profeta. Las otras mujeres musulmanas tenían un papel que jugar fuera de sus casas, y él las alentó. Desde el principio animó a las mujeres a que salieran a la calle para manifestarse y alabó su papel como revolucionarias, al luchar en las calles codo a codo con los hombres.

Para él, las normas estaban claras: los hombres y mujeres no emparentados no debían estar solos juntos, no debían tocarse, excepto en situaciones médicas; y las mujeres debían llevar hijab. Obviamente, como los peluqueros tocaban a sus clientes y las veían sin hijab, ya no habría más personal masculino en los salones que atendieran a mujeres. Lo mismo ocurría con los instructores de gimnasia cuyas alumnas se entrenaban en ropa deportiva, y los reporteros que cubrían las actividades femeninas para las que no se llevaba hijab.

Pero eso no significaba que esas actividades fueran a cesar. Lo que ocurrió, en cambio, fue que hubo un repentino florecimiento de oportunidades de trabajo para mujeres. La prohibición de que los hombres y las mujeres estuviesen solos creó una gran demanda de profesoras de conducción para mujeres. En los medios de comunicación, la necesidad de mujeres que cubrieran ciertos deportes practicados por mujeres y otros acontecimientos segregados abrió la oportunidad de trabajo para productoras, directoras, reporteras e ingenieras de sonido.

Los hadith indicaban claramente que el profeta había aprobado que las mujeres curasen las heridas de guerra de los hombres, y por lo tanto no había segregación en la medicina. Pero como la nueva atmósfera islámica hacía que muchas mujeres prefiriesen ser tratadas por doctoras, hubo un súbito ascenso de la demanda de plazas femeninas en las facultades de medicina. Las enfermeras y comadronas vieron que su consideración social aumentaba. Mientras las escuelas fueron rápidamente segregadas para proteger a las jóvenes impresionables, la idea

de poner cortinas en las aulas de la universidad fue abandonada en la mayoría de los lugares. Ya que las universidades debían ser completamente islámicas, y para la admisión de los aspirantes a estudiantes se requería una recomendación de la mezquita local, no había necesidad de separar a esos jóvenes devotos, que automáticamente se separaban solos. En las clases, los hombres se sentaban a un lado del aula y las mujeres al otro. Sólo la colocación de los estrados para los profesores causaba algunos problemas. En algunas aulas, los constructores lo erigieron en el suelo en el lado masculino de la clase, con la premisa obsoleta de que todos los profesores son hombres. Eso dejaba al creciente número de mujeres profesoras de pie al lado de las mujeres por consideración a las nuevas convenciones, pero sin ningún lugar donde dejar sus notas. En la universidad de la ciudad sureña de Awaz, conocí a una joven estudiante que se había beneficiado de los cambios posrevolucionarios. Ella estudiaba medicina y vivía en un colegio mayor lejos de su familia rural, extremadamente religiosa. Sus padres, dijo ella, nunca le hubieran permitido ir a la universidad bajo el régimen del sha, vivir fuera de casa o trabajar en un hospital.

Pero ahora ellos veían las universidades y los hospitales como parte del sistema islámico, y por lo tanto, lugares seguros para su hija.

Fuera de casa, ella tenía la libertad de conocer a hombres, aunque en circunstancias muy controladas, y había encontrado hacía poco a aquél con quien quería casarse. Sus padres, para asombro suyo, habían aceptado su elección, convirtiéndola en la primera mujer de la historia de su familia que se casaba por amor.

En el gobierno teocrático de Irán, las mujeres han alcanzado el rango de diputada, y en cada elección Rafsanjani ha llamado a los votantes a enviar más mujeres al Parlamento. En los negocios, conocí a una mujer que dirigía una fábrica de válvulas y otra una compañía de camiones. Nasi Ravandoost, que dirigía la fábrica, dijo que no tenía problemas con su negocio en Irán.

—Mis problemas vienen todos del extranjero —comentó. A menudo era complicado viajar para comprar piezas en el extranjero, debido a los embargos y los obstáculos para conseguir visados.

La mujer que dirigía una compañía de transportes dijo que el éxito era una cuestión de sentido común y tacto, justamente lo mismo que sucedía con los negocios en cualquier otro sitio. —Obviamente, yo no puedo ir al ministerio de Transportes así vestida —decía, palpando el traje de seda floreado que llevaba

para una fiesta nocturna en el norte de Teherán.

En la actualidad, las mujeres han consolidado tanto su lugar en la sociedad postrevolucionaria que algunas de ellas han empezado a criticarla abiertamente. En las oficinas de la revista satírica Golagha, algunas de las caricaturas políticas más agudas son escritas por mujeres. Pero más significativo aún es que en el número de otoño de 1991 del Iranian Journal for International Affairs, una importante publicación sobre política extranjera iraní, una ayudante de antropología llamada Fa-temeh Givechian escribiera un artículo que criticaba las persistentes huellas de la política de segregación por sexos.

«No hay duda», escribía ella, de que esa política conducía a «más conciencia del propio sexo, pero no necesariamente a un incremento en el conocimiento del sexo opuesto. La segregación sexual hasta ese extremo no es natural... Emergerá una sociedad dividida en dos partes, masculina y femenina, extrañas la una a la otra e ignorantes ambas de los anhelos del otro.»

Políticas con y sin voto

«Di: “¡Oh, Dios mío! ¡Soberano de la realeza! Das la realeza a quien quieres, y despojas de la realeza a quien quieres...”»

El Corán Azora III: «La familia de Imrán»

Un año después de la Guerra del Golfo, en las montañas y valles del Kurdistán iraquí, las filas de mujeres parecían extenderse hasta el infinito. Primaverales rayos de sol destellaban en sus brillantes vestidos de plata y oro. Se habían puesto sus mejores galas porque aquél era un día de celebración. Por primera vez en sus vidas, las mujeres del Kurdistán estaban en fila para votar a sus representantes.

Un año antes, durante el levantamiento kurdo que siguió al fin de la guerra, yo había visto unos vestidos parecidos, de colores brillantes, rotos y desechados en una pila polvorienta junto a la puerta de un cobertizo prefabricado en el interior de una prisión iraquí. Un colchón manchado yacía tirado en el interior del cobertizo.

Las mujeres kurdas habían sido conducidas a ese lugar, las habían desnudado y violado. Para algunas, la violación fue parte del régimen de torturas que habían sufrido como prisioneras políticas. Otras habían sido violadas como tortura a sus padres maridos o hermanos en prisión. La idea era romper el espíritu de los hombres destruyendo su honor mediante la violación de los cuerpos de sus mujeres. El procedimiento era tan rutinario que los burócratas de la prisión habían emitido una ficha para uno de los empleados, un tal Aziz Saleh Ahmad. Neta y metódicamente, en la esquina inferior izquierda, él consignó su profesión: luchador del Ejército Popular, y su «actividad»: violación del honor de las mujeres. Aziz Saleh Ahmad era, en otras palabras, un empleado que trabajaba en la prisión como violador. Saddam Hussein había llamado a su campaña contra los kurdos el Anfal, a partir de un capítulo del Corán que habla de los saqueos de la guerra santa. Era difícil imaginar una apropiación más perversa de la religión.

Durante la mayor parte de sus vidas, éste había sido el sentido de la política para las mujeres del Kurdistán: una actividad peligrosa y posiblemente mortal que llevaba a lugares como el colchón manchado, o a celdas excavadas en la tierra, sin

ventilación y con olor a heces.

Para mí, era como un milagro que el significado hubiera cambiado, en sólo un año, a algo tan diferente como filas de sonrientes mujeres alineadas para votar. Y más sorprendente todavía era ver nombres de mujer en las papeletas.

El camino hacia el poder político está lleno de obstáculos para las mujeres en la mayoría de las sociedades musulmanas. En países como Kuwait, las mujeres tienen todavía que ganarse el derecho al voto, así que mucho menos podrán gobernar. E incluso en los lugares donde se supone que el sistema está abierto a las mujeres, reclamar una plaza en él a menudo supone enfrentarse a insultos y amenazas de violencia física. En las elecciones jordanas de 1993, una mujer candidata tuvo que luchar por el derecho incluso de hablar en una reunión política, porque los extremistas musulmanes se oponían a que sonase una voz femenina en una reunión mixta.

En 1994, las mujeres dirigían tres países musulmanes. Aunque a menudo su posición en la cumbre tiene pocos efectos en la vida de las mujeres en la base. Mientras Tansu Ciller concentraba su atención en rehacer la economía turca, a las jóvenes turcas sorprendidas relacionándose con hombres en las áreas rurales se las obligaba a sufrir «pruebas de virginidad» en las comisarías de policía locales. Mientras la hegum de Bangladesh Jaleda Zia se convertía en la primera mujer musulmana jefe de estado que se dirigía a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1993, los extremistas usaban amenazas de muerte para intentar silenciar a una escritora de Bangladesh [Taslima Nasrim] que criticó algunos aspectos del Islam. En su primer mandato, Benazir Bhutto de Paquistán dejó en vigor las leyes de violación que castigaban a la víctima como «fornicadora» y dejaban libre al violador. En su retorno al poder en 1993, pareció que podría hacerlo mejor, y prometió establecer comisarías de policía especiales para mujeres y designar mujeres jueces.

Parte de la dificultad para las mujeres líderes de los países musulmanes es que a menudo su propia posición es muy débil, y siempre existe el riesgo de una reacción violenta. En Turquía salieron a la superficie algunos signos de resentimiento por el sexo de Ciller en una conferencia que dio en agosto de 1993 el anterior primer ministro Mesyut Yilmaz, cuando los delegados empezaron a cantar: «Mesyut koltuga, Tansu mut-faga» (Mesyut, vuelve al poder; Tansu, vuelve a la cocina).

Las mujeres políticas musulmanas tienden a ser una casta especial. El día de

las elecciones en Kurdistán, en mayo de 1992, una candidata, Hero Ahmed, no llevaba ningún vestido brillante, sino los mismos pantalones abolsados y la ceñida camisa de tonos terrosos que había llevado desde 1979, cuando huyó a las montañas para unirse al Peshmerga, las guerrillas kurdas cuyo nombre significa «Nosotros que nos enfrentamos a la muerte». Durante sus doce años en las montañas, Hero, una psicóloga, aprendió a usar un rifle de asalto y una batería antiaérea. Pero más que nada hizo películas. Sus imágenes más famosas muestran nubes de gas que alcanzaban el pueblo de Yak Sammer en 1988... una de las pocas películas conocidas que existen de un ataque iraquí con gas venenoso.

El día de las elecciones, las mujeres permanecieron en fila todo el día para votarla a ella. Algunas, analfabetas, nunca habían cogido un lápiz antes. Al final del recuento, siete mujeres, incluida Hero, habían sido elegidas para el Parlamento de ciento cinco escaños.

Lo que ocurrió a continuación siguió un patrón que se repite en muchos estados islámicos en los que las mujeres han ganado voz política. Casi siempre, las políticas tratan de reformar las injustas leyes de estatuto personal que rigen el matrimonio, divorcio, custodia de los hijos y propiedad. En Kurdistán, las parlamentarias empezaron a hacer campaña para reformar las leyes basadas en la sharia que las privaban de los mismos derechos que los hombres. Entre sus peticiones: prohibición de la poligamia, excepto en el caso de enfermedad mental de la mujer, y cambio de las leyes de herencia para que las hijas reciban una parte igual de los bienes que los hijos, en lugar de la mitad de lo que corresponde a los hijos.

Hero pensó que el Parlamento probablemente aceptaría la ley antipoligamia. En el Corán, la poligamia se presenta como una opción para los hombres, no como un requisito. En la sociedad árabe del siglo VII, no había habido restricciones en cuanto al número de mujeres que podía tener un hombre. El Corán, al estipular un máximo de cuatro, estaba estableciendo límites, no dando permiso. Una lectura atenta del texto sagrado sugiere que se prefiere la monogamia. «Si no eres capaz de tratarlas equitativamente, (toma) sólo una», dice el Corán, y luego establece: «Nunca puedes ser justo e imparcial entre las mujeres incluso aunque éste sea tu ardiente deseo».

El tema de la poligamia es análogo al de la esclavitud, que fue gradualmente prohibida en los países islámicos. Arabia Saudí estuvo entre los últimos en legislar en contra de ella, en 1962, cuando el gobierno compró la libertad de todos los esclavos del reino a tres veces su valor. Al igual que con la poligamia, el texto del

Corán permite la esclavitud, pero la desaconseja. La sunna de Muhammad incluía la liberación de muchos de sus esclavos cautivos de guerra. Ya que liberar a los esclavos es ensalzado como la acción de un buen musulmán, la mayoría de los musulmanes aceptan hoy que las condiciones han cambiado lo suficiente desde el siglo VII para permitirles legislar en contra de una práctica que probablemente el profeta hubiera deseado también prohibir, si su tiempo se lo hubiese permitido. La poligamia está también en declive en todo el mundo islámico, y muchos eruditos musulmanes no ven ningún obstáculo religioso en una prohibición legal de esta práctica.

Para el Parlamento kurdo, las dificultades vendrían con peticiones de cambio en cosas que el Corán no presenta como opcionales, como la división de una herencia que da a los hijos el doble que a las hijas.

El Corán expone la fórmula para la herencia como una instrucción que todos los creyentes deben seguir. En la Arabia del siglo VII, la fórmula del Corán era un gigantesco salto adelante para las mujeres, que hasta entonces habían sido consideradas usualmente como bienes muebles susceptibles de ser heredadas, más que como herederas y propietarias en derecho propio. La mayoría de las mujeres europeas tuvieron que esperar otros doce siglos para alcanzar los derechos que el Corán otorgaba a las mujeres musulmanas. En Inglaterra, en 1870, finalmente el Acta de Propiedad de las Mujeres Casadas abolió la ley que ponía las posesiones de las mujeres bajo control de sus maridos en el matrimonio.

Hoy en día, las autoridades musulmanas defienden la división desigual de la herencia señalando que el Corán requiere a los hombres mantener a sus esposas e hijos, mientras que las mujeres pueden conservar todas sus posesiones enteramente para su propio uso. En la práctica, por supuesto, esto raramente sucede así. Hero encabezaba el capítulo local kurdo de Save the Children, una organización cuyas investigaciones han probado repetidamente que el dinero en manos de las mujeres favorece a las familias mucho más que el dinero que va a parar a los hombres.

Fui a visitar a Hero en enero de 1993, cuando el Parlamento estaba listo para debatir la plataforma de las mujeres. Su oficina era una pequeña habitación en una gran casa que había pertenecido una vez a los oficiales más altos de Saddam Hussein. Hero había desnudado la habitación de muebles y tratado de recrear la atmósfera de un alojamiento tradicional kurdo de las montañas. Kilims kurdos y cojines cubrían el suelo. Plantas trepadoras serpenteaban por las paredes y las vigas. Cerca del techo, una ardilla entraba y salía velozmente de un pequeño

zurrón tejido a mano que colgaba de una viga.

Para Hero, la legislación era sólo el principio.

—No creo que ciertos hábitos y formas de pensar puedan cambiarse promulgando unas nuevas leyes —dijo ella—. Se necesita tiempo, publicidad, educación; primero hacer que la gente lo entienda, después, gradualmente, llevarlos a aceptarlo.

Por aquella época, miembros del comité formado por mujeres parlamentarias estaban viajando por Kurdistán, tratando de obtener apoyo para las leyes de reforma. Visitaban a las mujeres en ciudades y pueblos remotos y llevaban una petición en favor de la reforma. En agosto de 1992, la petición contaba ya con 3.000 firmas. Un año después, habían firmado 30.000 personas.

En principio, el apoyo de diez parlamentarios es todo lo que se requiere para que una propuesta de reforma de ley sea votada por los legisladores. En septiembre de 1993, treinta y cinco habían firmado las propuestas. Pero las reformas estaban atascadas. Los diputados tímidos decían que era necesario esperar a lo que ellos llamaban el momento «adecuado» para presentarlas.

No estaba claro cuál sería ese momento «adecuado». Y hacia el verano de 1994, parecía que no iba a llegar nunca. Por entonces, el parlamento kurdo había naufragado en medio de una agria lucha entre los dos partidos principales kurdos. Parecía improbable que emanara de allí ningún cambio significativo.

Y aunque lo hubiera habido, la reforma legislativa de la ley basada en la sharia difícilmente hubiera sido un éxito perdurable. Túnez reemplazó en 1956 su ley coránica por un código unificado para musulmanes, cristianos y judíos que prohibía la poligamia y el repudio, y daba a las mujeres igual pago e iguales derechos en el divorcio. Pero la ley estaba tan lejos de las actitudes públicas que nunca consiguió crear un cambio profundo. Caminar hoy por las calles de Túnez es verse transportado a un planeta en el que las mujeres prácticamente no existen. Aparte de algunas turistas extranjeras, no se ven mujeres en los lugares públicos.

En Irán, las leyes del sha prohibiendo la poligamia y los matrimonios infantiles fueron abolidas después de la revolución. En Egipto, lugar de origen del movimiento feminista árabe moderno, la reforma legal tiene una historia accidentada. En 1919 las mujeres con velo salieron a la calle para protestar contra las leyes coloniales británicas. En 1956, con la ley británica prohibida, el presidente

egipcio Gamal Abdel Nasser otorgó el voto a las mujeres. Pero hasta 1979 las leyes restrictivas del estatuto personal prohibían a una mujer salir de casa de su marido sin su permiso o una orden judicial.

En su novela Palacio del deseo, el novelista ganador del Premio Nobel, Naguib Mahfuz, escribe de forma conmovedora sobre Amina, que deja su casa solamente una vez en veinticinco años de matrimonio para visitar una mezquina cercana. Cuando su marido sabe que ella le ha desafiado y ha salido, le ordena que deje la casa. «Su orden cayó sobre ella como un golpe fatal. La mujer estaba atónita y no articulaba una palabra.

»No podía moverse... ella había alimentado muchos temores: que él pudiera verter su rabia sobre ella y ensordecerla con sus gritos y maldiciones. Ni siquiera había descartado la violencia física, pero la idea de ser expulsada nunca la había preocupado. Había vivido con él durante veinticinco años y no podía imaginar que nada pudiera separarlos o arrancarla de esta casa de la cual ella había devenido una parte inseparable.

Quizás incluso peor que la amenaza de destierro, sin embargo, era la ley de Bait el Taa, o Casa de Obediencia. Esta ley disponía que el marido podía obligar a su esposa separada o fugitiva a volver a casa y tener relaciones sexuales con él, no importa cuan grande fuera el odio o la aversión de ella. Si fuera necesario, se podía avisar a la policía para que arrastrase a la mujer a la casa de su marido. Otras leyes establecían que las mujeres egipcias podían estar divorciadas sin ni siquiera saberlo ellas. A los maridos polígamos no se les requería legalmente hablar a sus mujeres de la otra. Algunas lo descubrían sólo a la muerte del marido, cuando aparecía una «nueva» familia para reclamar una parte de la herencia.

Gradualmente, las mujeres egipcias se iban adentrando en la política.

En 1962, Hakmet Abu Zeid se convirtió en la primera mujer en el gabinete, como ministra de Asuntos Sociales. Pero fue en 1978, respaldada por la mujer del presidente, Jehan Sa-dat, cuando su sucesora, Aisha Rateb, empezó una sostenida campaña para reformar las leyes del estatuto personal. Fueron reformas moderadas, que solicitaban al marido informar a la mujer del divorcio, o de su intención de tomar otra mujer. Si se casaba con otra, la primera mujer tenía derecho a divorciarse de él en el plazo de doce meses. Las reformas también daban a las mujeres divorciadas la custodia de los hijos al menos hasta la edad de diez años para los niños y doce para las niñas, extensible, por orden judicial, hasta los quince y hasta el matrimonio. Se iban a dar mejores pensiones de divorcio, se

impondría el derecho de una esposa con hijos a conservar el hogar familiar y el derecho de recurrir ante los tribunales contra una imposición del marido de Bait el Taa.

Pero a pesar de su moderación, las reformas inmediatamente provocaron gritos de «Las leyes del Islam no son las leyes de Jehan». Los jeques radicales estigmatizaron a Jehan Sadat y Aisha Rateb como ateas y enemigas de la familia. Los tumultos estallaron en Al Azhar, la antigua universidad islámica. «¡Una, dos, tres, cuatro!», gritaban los estudiantes. «¡Queremos una, dos, tres, cuatro esposas!» De hecho, las leyes no habían impugnado el derecho a la poligamia o al divorcio unilateral. Ni siquiera habían mencionado la clitoridectomía.

En 1979, Anwar Sadat promulgó las leyes por decreto presidencial, durante un receso del parlamento. También estableció nuevas cuotas dirigidas a aumentar el número de mujeres en el gobierno. Pero los opositores continuaron la batalla en los tribunales. En 1985 tuvieron éxito en derribar la «ley de Jehan». Ahora la lucha se ha ampliado, y los islamistas aspiran a derrocar el gobierno egipcio en favor de lo que ellos dicen que es el sistema islámico puro. Este sistema está reñido con todas las formas de gobierno que existen actualmente, incluyendo la democracia occidental.

En su forma ideal, el estado islámico no es una nación en ningún sentido moderno de la palabra. No tiene fronteras. Sería una unión política y religiosa de todos los musulmanes, concebida según el modelo de la comunidad que Muhammad estableció en Medina. No habría partidos políticos, sólo una única umma o comunidad islámica. A su cabeza estaría un califa, literalmente, sucesor, que seguiría las huellas del profeta Muhammad como autoridad dirigente política y religiosa de los musulmanes.

El califa debe ser un hombre, ya que parte de su deber es conducir a la comunidad de los creyentes, y a una mujer no le está permitido dirigir a los hombres en sus plegarias, no fuese que el sonido de su voz excitase pensamientos carnales más que espirituales. El califa debe ser elegido por los miembros distinguidos de la comunidad e idealmente debería ser alguien que sirve a regañadientes, mejor que uno que se propone a sí mismo para la elección.

Bajo el califa están las ramas legislativas y judiciales del gobierno: un majlis as shura, que se parece a un parlamento en algunos puntos, aunque su papel es más consultivo que legislativo; un consejo de expertos que sirve a los asesores más cercanos del califa, y los cadís o jueces, que de acuerdo con numerosas fuentes

deben ser también hombres, ya que las mujeres se consideran demasiado emocionales para juzgar.

Las leyes del estado islámico derivarían de la primera forma del Corán. Pero como sólo seiscientos de sus seis mil versículos están relacionados con la ley, y sólo unos ochenta de ellos tratan directamente de crímenes, castigos, contratos y ley de familia, hay que consultar también otras fuentes. La sunna llena muchos huecos.

Una tercera fuente de legislación, en materias no tocadas ni en el Corán ni en los hadith, son las prácticas decididas sobre el acuerdo unánime de la comunidad islámica, ya que se cree que Muhammad estableció que «mi comunidad no estaría de acuerdo nunca en un error». Mientras los musulmanes pueden votar a sus representantes en un estado islámico ideal, el sistema no puede ser una democracia en el sentido de tolerar las ideologías en competición, ya que a ninguna ideología terrenal (incluso aunque esté soportada por el deseo de la mayoría) se le puede permitir contradecir las leyes divinas del Corán. Cuando el gobierno argelino convocó elecciones que parecía que iban a llevar probablemente a un gobierno islámico al poder en 1992, lo hizo sabiendo que los islamistas, una vez elegidos democráticamente, dismantelarían las instituciones democráticas argelinas. Miembros del principal partido islámico, el Frente Islámico de Salvación, incluso bromeaban con que su eslogan fuese: «Un hombre, un voto. Una sola vez». Cómo podrían participar las mujeres en un estado islámico ideal, es un tema de debate. Mientras ellas no pueden ser califa o cadí, la historia de la comunidad de Medina muestra que las mujeres tomaban parte en decisiones claves y estaban presentes en las discusiones políticas. Las mujeres a menudo discutían con Muhammad y los califas que le sucedieron, y algunas veces sus opiniones probaron ser decisivas.

Sin embargo, en la Universidad Islámica de Gaza las estudiantes tenían una visión decididamente más pesimista de su posible papel en un futuro estado islámico.

—La política requiere una cierta habilidad mental —explicaba Ahmad Saati, el portavoz de la universidad—. Pocas mujeres tienen este tipo de mentalidad.

Encontré su respuesta extraña, teniendo en cuenta que la figura política palestina más prominente del momento era Ha-nan Ashrawi, la portavoz palestina en las conversaciones de paz en Washington. Hanan es una cristiana casada con un musulmán.

—Pregúntale al marido de Ashrawi. Pregúntales a sus hijos —respondió Ahmad Saati—. Si es una buena esposa, y una buena madre, y una buena hermana... si está cumpliendo perfectamente todos esos papeles, y si además de eso tiene alguna habilidad para participar, entonces sea bienvenida en la política. Pero si su marido y sus hijos están sufriendo por su ausencia o sus preocupaciones políticas, entonces eso no es el Islam.

Era un hecho ampliamente conocido que 'el marido musulmán de Hanan cuidaba de sus dos hijas en las ausencias de ella, se sentía a gusto en la cocina y estaba orgulloso del trabajo de su mujer. Ahmad Saati ni entendía ni aprobaba nada de eso.

—¿Cómo -^preguntaba desdeñosamente— puedo crear hogares para otros mientras mi propio hogar se está derrumbando?

En Irán, que había tratado de diseñar muchas de sus instituciones políticas tomando como modelo las de la comunidad original islámica, la participación política de las mujeres había sido fomentada desde las manifestaciones que trajeron la revolución. Había mujeres en el Parlamento, y algunas habían alcanzado altos rangos como diputadas.

Después de la revolución, Irán se inclinó una sola vez en la dirección de una democracia al convocar un referéndum que preguntaba: República islámica, ¿sí o no? Un aplastante «sí» abrió el camino a la prohibición de los partidos políticos y de ejercer cualquier función que no apoyara los objetivos de la revolución islámica. En Irán, todas las personas mayores de dieciséis años tienen derecho al voto. Como el hecho de votar se considera un deber religioso, la concurrencia es alta. Pero la elección de candidatos está estrictamente limitada a los que son aceptados por la teocracia.

Marziyeh Dabbagh, una de las cuatro mujeres elegidas para el primer Parlamento posrevolucionario de Irán, es un ejemplo típico de los políticos de éxito probable en el sistema iraní. Encorvada debido a las duras palizas sufridas, parece tener muchos más de sus cincuenta y tres años. Sus muñecas llevan un brazalete de cicatrices de quemaduras de cigarrillo, infligidas en las cárceles de la policía secreta del sha. Antes de la revolución, Marziyeh usaba la librería de su padre como fachada para pasar armas de contrabando y fabricar bombas. La policía la localizó y atrapó, y trató de obtener información de ella mediante torturas, y le introdujeron electrodos en la vagina, causándole una infección tan grave, según dice ella, que «el jefe de la Savak* no venía a mi celda a causa del olor». En un

esfuerzo final por arrancarle una confesión, la policía torturó a su hija de doce años. Pero incluso eso falló.

—Cuando oía gritar a mi hija —decía Marziyeh—, recitaba el Corán.

* Policía secreta iraní. Disuelta en 1979. (N. del T.)

Marziyeh probablemente habría muerto en la prisión de Savak si una pariente suya no hubiera aceptado tomar su lugar mientras Marziyeh salía furtivamente disfrazada con el chador. Cuando recobró la salud, volvió a hacer contrabando de armas y a entrenar comandos en las bases del Líbano. Durante el exilio de Jomeini en París, se convirtió en jefa de seguridad de su casa. Ella me dijo que nunca había perdonado a la prensa por hacer que se perdiera el histórico vuelo de vuelta a casa de Jomeini en 1979. El día anterior, un reportero francés había tratado de obtener una exclusiva trepando por encima de la valla trasera de la casa del ayatollah.

—Yo le agarré y me torcí el tobillo —me confió.

Cuando volvió a casa, encontró que sus habilidades militares estaban muy solicitadas. Durante seis meses comandó una Guardia de Corps revolucionaria en su ciudad natal de Ham-dan. Los hombres, decía ella, no tenían problemas en recibir órdenes de una mujer.

—Yo sabía cómo disparar, y ellos no.

Después de su elección al Parlamento, se convirtió en una de las dos enviadas de Jomeini a Mijail Gorbachev cuando Irán restauró las relaciones con la Unión Soviética. Cuando Gorbachev tendió su mano para saludarla, ella recuerda que hubo un momento de alarma. A las mujeres musulmanas no les está permitido tocar a hombres extraños, pero ella no quería insultar al líder soviético en un momento diplomático tan delicado. Resolvió el problema extendiendo la mano envuelta en el chador.

En el Parlamento, Marziyeh normalmente votaba con la línea dura en los temas de política exterior y reforma económica. Pero siempre apoyaba las iniciativas para las mujeres, como facilitarles el acceso a pensiones, mejorar las prestaciones para las madres solteras y acabar con la discriminación en la distribución de las becas de estudio en el extranjero.

Parecía irónico que mujeres como Marziyeh pudieran ser elegidas en un

país de línea dura como Irán, mientras mujeres de países islámicos mucho más moderados a menudo no lo conseguían. En Jordania las mujeres consiguieron el voto en 1973. Desgraciadamente, como el Parlamento se había disuelto en 1967, no tuvieron la oportunidad de ejercerlo hasta que el rey Hussein finalmente convocó elecciones en 1989. Toujan Fai-sal, una presentadora de televisión de cuarenta y un años, pensaba que había tenido mucha suerte al obtener un escaño. Un año antes, Toujan había sido moderadora de un nuevo programa de entrevistas llamado Temas de Mujeres, que trataba cada semana un tema particular de especial significación para las mujeres. Rápidamente, se había convertido en el programa de televisión más controvertido en la historia de Jordania. Una de las emisiones en la que se lamentaba la alta incidencia de malos tratos a las mujeres acarreó cientos de cartas de hombres enfurecidos, que insistían en que golpear a sus mujeres era un derecho otorgado por Dios.

Para las feministas musulmanas, pocos temas eran más polémicos que éste. «Las buenas mujeres son obedientes —dice el Corán—. En cuanto a esas de las que temes rebelión, amonéstalas, mándalas a otro lecho, y azótalas.» Las feministas musulmanas sostenían que «azótalas» es sólo una de las posibles traducciones de la palabra usada en el Corán, dharaba. Dicen que la palabra también se puede traducir como «golpéalas con una pluma». En el contexto del Corán, donde en todas partes se recomienda un tratamiento benévolo para las mujeres, afirman, es ilógico pensar que la palabra se esté usando en su acepción más severa. El pasaje, dicen, debe leerse como una serie de pasos: primero, amonéstalas; si eso falla, privalas del sexo; y como último recurso, golpéalas ligeramente. Ningún musulmán que emule a Muhammad iría nunca tan lejos como para llegar al tercer paso.

Mientras se sabe que el profeta había privado del sexo a sus mujeres como castigo, no hay ninguna evidencia de que nunca hubiera levantado una mano contra ellas. Un hadith muestra a Muhammad diciendo a sus seguidores: «Algunas de vuestras mujeres vinieron a mí quejándose de que sus maridos las habían golpeado. Yo juro por Allah que esos no son los mejores de entre vosotros». Toujan ahondó profundamente en el hadith para defender su tesis sobre el necesario final de la violencia doméstica. Pero una lectura literal del Corán aprueba claramente los golpes, y los hombres que la atacaban se apresuraron a tacharla de herética.

Cuando la emisora de televisión canceló el programa después de casi un año de amenazas, Toujan decidió presentarse a las elecciones. Parte de su plataforma era la reforma de la ley de familia para dar más derechos a las mujeres. Los islamistas respondieron a su candidatura presentando cargos contra ella ante

los tribunales religiosos, acusándola de apostasía.

Aunque el Corán prescribe la muerte para los apóstatas, Jordania no sanciona esas ejecuciones. Sin embargo, si la condenaban, Toujan se enfrentaría a la disolución de su matrimonio y la pérdida de la custodia de sus hijos. Insatisfechos con ello, sus acusadores también pidieron que se levantaran las penas contra cualquier musulmán que quisiera asesinarla. En sus apariciones ante los tribunales, Toujan tuvo que ser protegida por la policía de la horda de fanáticos que gritaban.

—Empecé a recibir llamadas a media noche, tanto de hombres como de mujeres que me insultaban —decía ella—. Me juraban que moriría.

Toujan tuvo que hacer su campaña rodeada de guardaespaldas. Su marido, un ginecólogo, tuvo que cerrar su clínica a causa de los intensos hostigamientos. En las elecciones, Toujan acabó tercera de seis candidatas. Su escaño fue uno de los dos en los que los agentes electorales encontraron evidencias de posible fraude. Ninguna mujer candidata ganó un escaño en el Parlamento. Los islamistas acabaron siendo la facción dominante, con veinte escaños para los Hermanos Musulmanes y otros doce para independientes de línea dura.

Inmediatamente, el bloque islámico empezó a hacer una campaña para segregar las escuelas, prohibir el alcohol y acabar con los pagos de intereses. En el Parlamento introdujeron debates sobre temas tan triviales como prohibir los peinados masculinos para las mujeres. Cuando algunos fueron nombrados ministros, los ministerios que controlaban se convirtieron en lugares difíciles para las mujeres. Algunas se vieron obligadas a cubrirse la cabeza; otras, especialmente las casadas, tuvieron que dimitir y dejar sus puestos a hombres parados.

Pronto Toujan tuvo una corriente continua de mujeres que aparecían en la puerta de su pequeño apartamento.

—La mayoría de ellas venían a decirme cuánto sentían no haberse tomado las elecciones más en serio —decía ella.

Los jordanos más moderados, los ricos y bien educados, se habían mostrado escépticos con las elecciones y no habían creído que el rey de Jordania realmente tuviera el propósito de dar al Parlamento un poder efectivo. Pasaron el día de las elecciones de vacaciones, en la playa de Aqaba o de compras en Damasco, y no se habían molestado en votar.

—Todos dijeron que votarían la siguiente vez —decía Tou-jan—. Espero que

para entonces no sea demasiado tarde.

Cuando los jordanos volvieron a las urnas en noviembre de 1993, más del sesenta por ciento del electorado votó, sobre el cuarenta y uno por ciento de 1989. Los votos extra fueron suficientes para eliminar a casi la mitad de los islamistas y llevar a Toujan al Parlamento como primera mujer jordana elegida como representante.

El resultado se debía en parte a un pequeño empujón del rey Hussein, que ordenó leves cambios en las leyes electorales para reducir el avance islamista en las áreas urbanas, donde sus seguidores eran más fuertes. En un discurso justo antes de levantar una prohibición de reuniones políticas amplias, Hussein advirtió a los que «se suben a los pulpitos... que haya temor a Dios en lo que dicen». La habilidad del rey estuvo en contener la influencia de los islamistas sin excluirlos del proceso político y llevarlos a la clandestinidad, como había sucedido en Argelia.

Pero incluso sin los cambios electorales, el apoyo a Toujan había aumentado. Muchos jordanos admiraban su coraje en una campaña en la que los extremistas una vez más indicaron que era un deber religioso «verter su sangre». Un candidato rival en Ammán presentó una plataforma prometiendo «arrebatar con violencia los derechos constitucionales de las mujeres».

—Lo que hice fue ser yo misma, y salió bien —decía Toujan, eufórica con su victoria. A otras mujeres candidatas no les fue tan bien. Nadia Bouchnaq, una mujer de cincuenta años con un récord de treinta años de servicio social, fue apedreada después de dejar los debates en los que los islamistas pidieron que fuera un hombre quien respondiera las preguntas que le dirigían a ella, aduciendo que la voz de la mujer es demasiado tentadora para ser oída en una reunión mixta. Nadia aceptaba su fracaso filosóficamente.

—Vendrá un tiempo en que la gente se acostumbre a tener mujeres en el parlamento —dijo.

Toujan ciertamente se proponía hacerlo así, y no andaba con contemplaciones. Su primer logro como legisladora fue una modesta pero efectiva reforma de una de las muchas leyes que menospreciaban a las mujeres. Ella aspiraba a cambiar una vieja regulación de viajes que requería a las mujeres pedir permiso a sus maridos para dejar el país.

También quería alterar los pasaportes de las mujeres que las clasifican como «mujer de», «viuda de», o «divorciada de» un marido o exmarido, en lugar de darles la dignidad de su propio nombre.

Es demasiado temprano aún para saber lo que Toujan será capaz de hacer en el parlamento. Pero los extremistas saben que ella ya ha conseguido algo sumamente significativo sólo por estar allí, en lugar de uno de aquellos que trataron por todos los medios de destruirla.

En algunos países islámicos, incluso la idea de tener mujeres políticas sigue siendo un sueño lejano. En Kuwait fueron las mujeres, durante la ocupación iraquí de siete meses, quienes se enfrentaron a las balas iraquíes, manifestándose por el regreso del emir. Las mujeres mantuvieron vivo el pequeño movimiento de resistencia, pasando de contrabando armas y comida, escondiendo a los extranjeros y a los soldados. Pero cuando el emir volvió, les demostró su aprecio al rechazar concederles el voto en las elecciones al parlamento de 1992.

Antes de la invasión, una estudiante de medicina llamada Arij al-Jatib intervenía en su organización política desde el teléfono del coche de su Mercedes deportivo dorado. Los iraquíes le quitaron el coche, con sus adhesivos en el parachoques de I Love Democracy y todo. Mientras los padres socialistas de Arij no se preocupaban por la tradicional visión de la mujer de Kuwait, la propia Arij recorría su camino cuidadosamente y moderaba sus propios puntos de vista feministas, teniendo muy en cuenta hasta dónde podía llegar para ser escuchada por un amplio espectro de sus compañeros estudiantes en la universidad. Con el fin de respetar las tradiciones de Kuwait de segregar los sexos, preparaba habitaciones separadas para las mujeres en las reuniones políticas, con un sistema de conexión de altavoces para que pudieran escuchar el debate.

Al otro lado de la frontera, en Arabia Saudí, incluso la noción de debate es anatema. Arabia Saudí virtualmente no tiene cultura política.

—No necesitamos democracia, tenemos nuestra propia «democracia desértica» —explicaba Nabila al-Bassam, una mujer saudí que dirigía su propia tienda de ropa y regalos en Dhahran. A lo que se refería era a una antigua tradición del desierto conocida como el majlis, reuniones semanales celebradas por miembros de la familia reinante, donde cualquiera de sus subditos era libre de presentar peticiones o denunciar agravios. De hecho, el majlis era una escena intensamente feudal, con respetuosos subditos esperando humildemente la oportunidad de susurrar durante unos segundos al oído de su príncipe.

Nabila me habló de una amiga que recientemente había pedido a la esposa del rey Fahd que permitiera la importación legal de equipos para salones de peluquería. Técnicamente, las peluquerías están prohibidas en Arabia Saudí, donde el estamento religioso desapruueba cualquier cosa que saque a las mujeres de sus casas. De hecho, hay salones prósperos que pertenecen a distinguidos saudíes y dirigidos por filipinas o sirias, que hacen un buen negocio.

—Mi amiga está harta de tener que llevar su negocio en secreto — decía Nabila. Pero hasta entonces no había recibido respuesta a su petición—. Las peticiones funcionan. Pero en esta sociedad tienes que hacer las cosas a través de amistades, como una familia. Puedes pedir cosas, pero no puedes cogerlas como si tuvieras derecho a ellas.

Un peticionario rechazado no tiene más elección que aceptar la decisión de los al-Saud. Sin prensa libre y sin ningún modo de movilizar a la opinión pública, los al-Saud gobiernan como quieren.

Si había una cosa que las mujeres saudíes estaban dispuestas a criticar acerca de su suerte, era la prohibición de conducir. Durante la Guerra del Golfo, la visión de las militares estadounidenses con cola de caballo conduciendo camiones y Humvees en las carreteras de Arabia Saudí animó un largo debate sobre el tema. Las estadounidenses no eran las únicas mujeres conductoras que había traído la guerra. Muchas kuwaitíes, huyendo de la invasión iraquí, habían llegado a Arabia Saudí sin velo y al volante del Mercedes familiar.

En octubre de 1990, los artículos acerca de mujeres saudíes que pedían el derecho a conducir habían empezado a aparecer en la prensa fuertemente censurada. Las mujeres citadas en esos artículos decían que se sentían alarmadas al darse cuenta de que no hubieran podido transportar a sus hijos y ponerlos a salvo como habían hecho las mujeres kuwaitíes. Algunas adujeron razones económicas, calculando que el veinte por ciento de los ingresos de una familia media saudí se gastaba en conductores, que tenían que ser alimentados y alojados y a los que había que pagar un salario. Arabia Saudí tenía 300.000 chóferes privados a tiempo completo... un número asombroso, pero todavía lejos de proporcionar un conductor a cada mujer saudí que necesitase movilidad. Las mujeres sin conductor propio sólo podían salir al capricho de sus maridos e hijos. Algunas de las que proponían permitir conducir a las mujeres jugaban la carta del Islam, señalando cuan indeseable resulta para una mujer verse forzada a tener un hombre extraño como parte del servicio, y salir en coche sola con él.

Un martes por la tarde a principios de noviembre, cuarenta y siete mujeres, conducidas por sus chóferes, convergieron en el estacionamiento del supermercado Al Tamimi en el centro comercial de Riyadh. Allí, despidieron a sus conductores. Una cuarta parte de ellas entonces se colocó en los asientos del conductor de sus coches, y el resto tomó las plazas de los pasajeros. Condujeron en convoy a través de la transitada vía pública. Pocas manzanas más allá, los mutawain del Comité para la Promoción de la virtud y la Prevención del Vicio, con sus cañas, detuvieron los coches en un cruce, y ordenaron a las mujeres que salieran del asiento del conductor. Pronto llegó la policía ordinaria, y las mujeres les pidieron que no las llevaran a los cuarteles generales de los mutawain. Hubo una refriega entre los mutawain, que gritaban que las mujeres habían cometido un crimen religioso, y la policía de tráfico, que decía que aquello era asunto suyo. Al final, la policía llevó los coches de las mujeres hasta la comisaría con un mutawa en el asiento del pasajero y las mujeres detrás.

Las mujeres que habían tomado parte en la manifestación eran todas de lo que los saudíes llaman «buenas familias» (clanes ricos y distinguidos con estrechos lazos con la dinastía gobernante de los al-Saud). Todas las mujeres que realmente condujeron eran profesionales maduras que tenían permisos de conducir internacionales que habían conseguido en el extranjero. Muchas de ellas eran de la rama de mujeres de la Universidad de Riyadh, como Fatin al-Zamil, una profesora de medicina. Otras eran mujeres de grandes logros como Aisha ai-Mana, que tenía un doctorado en sociología por la Universidad de Colorado y dirigía un consorcio de negocios gestionado por mujeres, desde moda hasta escuelas de informática. Aunque algunas de esas mujeres normalmente no llevaban velo en la cara, para la manifestación todas se cubrieron y dejaron sólo los ojos a la vista.

Antes de la manifestación, las mujeres habían enviado una petición al gobernador de Riyadh, príncipe Salman bin Abdul Aziz, a quien consideraban un miembro bastante progresista de la familia reinante.

La petición rogaba al rey Fahd que abriera su «paternal corazón» a lo que ellas calificaban como su «humana petición» de conducir. Sostenían que las mujeres de la era del profeta montaban en camellos, la principal manera de transporte de esos días. La evidencia, según escribieron en su petición, estaba en el Islam, «tanta es la grandeza del profesor de la humanidad y el maestro de hombres en dar lecciones que son tan claras como la luz del día para disipar la oscuridad de la ignorancia».

Mientras las mujeres estaban retenidas en la comisaría, el príncipe Salman

convocó a un grupo de prominentes religiosos y expertos legales para discutir sobre lo que ellas habían hecho. Los eruditos legales concluyeron que no se había producido ninguna violación de la ley, ya que todas las mujeres tenían permisos de conducir internacionales reconocidos por la ley saudí. Los representantes religiosos encontraron que no había ningún problema moral implicado, ya que las mujeres llevaban velo y el Corán no dice nada que pueda ser interpretado como prohibición de un acto como el de conducir. Las mujeres fueron liberadas.

En Yidda y Dhahran, las mujeres se reunieron para planear manifestaciones paralelas, alentadas por lo que vieron como un tácito apoyo de la familia reinante. Pero entonces vino la reacción.

Las noticias de la manifestación se extendieron rápidamente, a pesar de una total falta de cobertura en los medios saudíes. Cuando las mujeres que habían tomado parte llegaron al trabajo al día siguiente en la universidad, esperaban ser recibidas como heroínas por sus estudiantes, todas mujeres. En lugar de eso, algunas encontraron las puertas de sus despachos em-bardurnadas con pintadas que las criticaban como anti islámicas. Otras sufrieron un boicot en sus clases por gran número de estudiantes conservadoras. Pronto llovieron denuncias de las mezquitas. Los panfletos inundaron las calles. Bajo un titular: «Nombres de las Promotoras del Vicio y la Lascivia», las participantes de la manifestación aparecían en una lista, junto con sus números de teléfono, y una designación como «secularista americana», o «comunista» detrás de cada nombre. «Estas son las raíces del desastre» clamaban los folletos. «¡Arranquémoslas! ¡Arranquémoslas! ¡Arranquémoslas! Purifiquemos la tierra del monoteísmo!»

Predeciblemente, los teléfonos de las mujeres empezaron a sonar como locos con llamadas insultantes. Si contestaban sus maridos, les decían que se divorciasen de sus esposas prostituidas, o les reprendían por ser incapaces de controlarlas.

La familia real cedió inmediatamente a las presiones extremistas. Las decisiones del comité del príncipe Salman fueron enterradas rápidamente. Por el contrario, el gobierno suspendió a las mujeres en sus trabajos y les confiscó los pasaportes. La policía de seguridad también arrestó a un influyente hombre saudí, bien relacionado, acusado de filtrar noticias de la protesta a un equipo de filmación británico. Le sometieron a un agotador interrogatorio que incluyó golpes y fue arrojado a una celda durante varias semanas.

La familia reinante podía haber apoyado a las mujeres con una base islámica. Lo que los extremistas estaban haciendo era enteramente contrario al

Corán, que reprende a quien pone en tela de juicio la reputación de una mujer y lo sentencia a ochenta latigazos.

Pero una semana después de la manifestación, el príncipe Naif bin Abdul Aziz, ministro del Interior, se unió a los difamadores. En una reunión en La Meca denunció la manifestación como un «acto estúpido» y dijo que algunas de las mujeres implicadas habían crecido fuera de Arabia Saudí y «no habían sido educadas en un hogar islámico». Entonces leyó una nueva fatwa o resolución con fuerza de ley, del jeque Abdul Aziz bin Baz, diciendo que las mujeres conductoras contradicen «las tradiciones islámicas seguidas por los ciudadanos saudíes». Si conducir no había sido ilegal antes, lo era ahora. Los comentarios de Naif obtuvieron una cobertura de primera página, la primera mención de la manifestación de conductoras que había aparecido en la prensa saudí.

Aunque yo había estado en contacto con alguna de las mujeres conductoras antes de la manifestación, ninguna de ellas quiso responder después a mis llamadas. Les habían advertido que no hablaran con la prensa extranjera o las volverían a arrestar. Todas estaban seguras de que sus teléfonos estaban pinchados y sus casas vigiladas. Recibí una triste carta, firmada simplemente como «Una orgullosa mujer saudí»-, explicando la «caza de brujas» que estaba en marcha. «Los fanáticos —escribía— están obligando a las estudiantes a firmar peticiones denunciando a las mujeres». Estaban «usando este incidente para manifestar su fuerza y fomentar los sentimientos antiliberales, antigubernamentales y antiamericanos». Otra mujer me envió un simple mensaje: «Lo hice porque quiero que mis nietas puedan decir que yo estaba allí».

También hablé con un pariente de una de las mujeres que habían tomado parte.

—Yo la animé —dijo él, tristemente—. Pensaba que el momento era propicio. Ahora la causa ha retrocedido diez años... enterrada bajo veinte toneladas de cemento. Es muy fácil para la gente como yo (el hijo de un diplomático crecido en el extranjero y educado en Estados Unidos) equivocarse totalmente sobre este país y lo que está dispuesto a aceptar.

Los juegos de las mujeres musulmanas

«¡Oh, los que creéis! No se os prohíben los manjares que Dios ha declarado lícitos, pero no seáis transgresores. Dios no ama a los transgresores.»

El Corán Azora V: «La mesa»

La portadora de la antorcha de la ceremonia inaugural de los primeros Juegos Islámicos de Mujeres entró en el estadio, y diez mil espectadores prorrumpieron en un aplauso ensordecedor. Con su zancada larga y rítmica, la atleta corrió alrededor de la pista mientras las llamas de la antorcha lamían el aire sobre su cabeza encapuchada.

Arriba en las gradas, entre la multitud, su padre casi estallaba de orgullo. La portadora de la antorcha, Padideh Bolou-rizadeh, de dieciocho años de edad, había sido campeona de Irán desde que tenía siete años. Pero esta era la primera vez que su padre la veía correr.

Su padre podía mirarla porque Padideh llevaba el primer hijab de carreras del mundo. La blanca capucha del traje tapaba hasta el más mínimo mechón de cabello, y una túnica blanca larga hasta los tobillos caía bajo un largo jersey y aleteaba alrededor de los tobillos de sus pantalones de entrenamiento.

En el centro de la pista, los equipos femeninos de diez países musulmanes se alineaban detrás de sus banderas nacionales. De vez en cuando, entre los contingentes de Siria y Turkmenistán, se podía ver una mano furtiva que arreglaba nerviosamente un inhabitual pañuelo de cabeza.

Al día siguiente, cuando las competiciones empezaron en serio, las atletas se quedaron con sus acostumbrados pantalones cortos de lycra y someras camisetas. En el estadio de baloncesto, mientras la capitana del equipo iraní corría a toda velocidad por la pista entre las azerbaiyanas para lanzar un tiro a canasta, las exaltadas espectadoras que llenaban las gradas dejaron escapar un alarido digno de una muchedumbre del Metrodome, en un partido de las Twins' World Series. Fuera de las puertas del estadio, unos policías armados caminaban a lo largo de la acera, para asegurar que no entrase ningún hombre. Dentro, desde la pared del

estadio, un gran retrato de Jomeini miraba hacia las sudorosas atletas, vestidas con pantalones cortos. En el arte, como en la vida, su escabrosa expresión no le daba ni el más mínimo atisbo de una sonrisa.

Yo había oído hablar de los primeros Juegos Islámicos para Mujeres a principios de febrero de 1993, cuando Mary Glen Haig, una representante británica del Comité Olímpico Internacional, me telefoneó a casa en Londres para pedirme consejo acerca de lo que una mujer occidental debería llevar en el equipaje para ir a Teherán. El Comité Olímpico Internacional, decía ella, había sido invitado a los juegos como observador y ella (antigua campeona olímpica de carreras de obstáculos) iba a ser la enviada.

Pocos días más tarde, después de conseguir una invitación a mi vez, fui a buscarla entre las contendientes y espectadoras en las pistas y el estadio, para ver qué pensaba de los acontecimientos hasta el momento. Alguien me señaló una mesa oficial, donde una mujer con una capucha negra se sentaba junto a una esbelta y deportiva figura con corto cabello rubio, una chaqueta de dril de algodón sobre una camisa estampada con flores Liberty, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas Asics. Yo le había explicado por teléfono que no era necesario vestir bijab en las reuniones sólo para mujeres, pero me sorprendió que se vistiera tan deportivamente. Fui hacia allí y me presenté. La rubia sonrió y me dio la mano.

—Faezeh Hashemi —se presentó—. Vicepresidenta del Comité Olímpico Iraní.

—Esta es —dijo, señalando a la mujer con la capucha negra—, nuestra invitada británica del Comité Internacional.

Faezeh Hashemi, de treinta años, es hija del presidente Hashemi Rafsanjani y el cerebro que se encontraba detrás de los Juegos Islámicos de Mujeres. El deporte femenino había desaparecido prácticamente después de la revolución islámica, cuando los mullah acabaron abruptamente con los entrenamientos mixtos y las competiciones que habían tenido lugar bajo el régimen del shah. La idea de las chicas vistiendo reveladores trajes atléticos, entrenándose junto a los chicos, había vuelto a muchos iraníes religiosos contra los deportes, especialmente para las mujeres.

«No hay diversiones en el Islam», había dicho Jomeini a su congregación en un sermón radiofónico en 1979. Durante su vida, la ciudad de Teherán reflejó su opinión. La combinación de una guerra con Iraq económicamente ruinosa y los

ojos acechantes de los fanáticos convirtieron la ciudad en un lugar gris, lleno de edificios reforzados con sacos de arena y ciudadanos circunspectos. Todos los antiguos lugares nocturnos prerrevolucionarios habían desaparecido. Incluso los Hilton y los locales de Kentucky Fried Chicken fueron completamente remozados. Habían nacido híbridos terribles, como el anterior Intercontinental Hotel en el antiguo Los Angeles Boulevard, que se había convertido en el Hotel Flor del Martirio en la calle Hijab, donde florecía el moho en los cuartos de baño y en el vestíbulo había un cartel que rezaba «Abajo los Estados Unidos». Pero ni siquiera Jomeini había sido completamente ajeno a la necesidad de ejercicio físico. Su propia rutina diaria incluía un corto paseo... alrededor del patio de su casa.

El clan rico y hacendado de los Rafsanjani se había aproximado al deporte de una forma mucho más liberal, incluso divirtiéndose un poco, de una forma impropia de un mullah. En la intimidad de su propio hogar familiar, las dos hijas de Rafsanjani y sus tres hijos nadaban, iban en bicicleta, jugaban al tenis de mesa y al voleibol. Antes de que las obligaciones de la presidencia le ocuparan todo su tiempo, el mismo Rafsanjani a menudo se unía a sus hijos en la piscina o la mesa de ping-pong.

Después de la revolución de 1979, la mayoría de las instalaciones deportivas iraníes simplemente habían sido entregadas a los hombres. El gobierno creó un altisonante «Directorio de Asuntos Deportivos Femeninos» en 1980, pero en realidad no fue más que un nombre hasta 1985, cuando un pequeño grupo de mujeres iraníes empezó una paciente campaña para conseguir que los deportes femeninos volvieran al orden del día. Algunas de las activistas eran antiguas atletas iraníes (unas pocas, competidoras con nivel olímpico), que habían sido obligadas a dejar el deporte y a llevar hijab. Las atletas que no se habían exilado, adoptaron finalmente una filosofía de «si no puedes vencerlos, únete a ellos» y tendieron la mano a grupos de mujeres dentro del estamento religioso para que las ayudaran. Estaba Faezeh Hashemi, que podía hablar el lenguaje de los mullah radicales, los cuales habían probado ser sus mejores aliados. Faezeh tenía muchas ventajas, incluyendo el respaldo de su padre. Como estudiante de administración de empresas en la Universidad de Teherán, sabía mucho de dirigir organizaciones.

Como la mayoría de las mujeres religiosas que querían hacer algo, ella basó los fundamentos de su caso en un hadith del profeta. Muhammad recomendaba que los musulmanes tuvieran «cuerpos fuertes». También dijo: «Debéis sobresalir en todos los aspectos si sois creyentes». Faezeh afirmaba que los deportes debían ser parte de la búsqueda de la excelencia, y que estas recomendaciones se aplicaban igual a hombres y a mujeres. Las mujeres, como elementos de cohesión

de la familia islámica, necesitaban los beneficios físicos y mentales que los deportes podían proporcionarles. Bien, respondieron los conservadores; dejémoslas seguir un programa de ejercicios en la intimidad de sus hogares. Faezeh respondió que las mujeres y las chicas no debían ser desposeídas de los beneficios sociales del equipo y la competición.

Se decía que el profeta alababa tres deportes en particular: la natación, el tiro con arco y la equitación. Ya que el hadith: «Enseña a tus hijos a nadar y a tirar con arco», usaba la palabra árabe awalaad, que puede traducirse como «chicos» o «hijos», y no la más específica de awalaad wa hinaat (hijos e hijas), algunos padres estrictos sostenían que sólo los chicos debían tomar parte en ese tipo de actividades. Pero el equivalente moderno del tiro con arco, el disparo con pistola o fusil, era una habilidad muy útil en un país revolucionario recientemente en guerra, y era uno de los pocos deportes que podía hacerse con chador. Por lo tanto los campos de tiro estuvieron entre las primeras instalaciones deportivas en admitir mujeres, primero como miembros de las milicias de defensa civil, y después simplemente como un hobby para las mujeres que les permitía salir de casa.

Faezeh arguyó que el gobierno islámico del Irán podía diferenciarse del antiguo régimen del sha demostrando que estaba interesado en los «deportes para todas las mujeres», más que en el equipo de atletas de élite que el sha había favorecido, para su ostentación en medio de la «corrupción» de las competiciones internacionales mixtas. Sus argumentos consiguieron que las instalaciones deportivas dedicaran cada semana ciertas «horas de mujeres», y que se pusiera más énfasis en los deportes en las escuelas femeninas. Finalmente, el boscoso «Parque de los Corredores» de Teherán se cerró para los hombres tres días a la semana, entre ocho y cuatro, para que las mujeres pudieran correr sin hijab.

Entonces Faezeh empezó a abordar la cuestión mucho más difícil de la competición internacional. Muchos países islámicos mantenían a sus mujeres fuera de los foros internacionales: a veces a causa de consideraciones sobre el pudor, a veces por falta de dinero, y a veces por ambos motivos. Países con ajustados presupuestos de deportes como Paquistán, que tenía muchas competidoras de clase olímpica, no mandaron a ninguna de ellas a los Juegos Olímpicos de Barcelona.

—Los hombres, básicamente, son mejores que nosotras, y el gobierno selecciona a aquellos que tienen alguna oportunidad —decía Firhana Ayaz, una periodista deportiva del Pakistán Observer. Pero ella también veía una creciente

influencia islámica tras esas decisiones. En Paquistán la mayoría de mujeres atletas jugaban con modestos conjuntos de camisetas largas y sueltas sobre pantalones largos, pero eso ya no parecía adecuado en determinados círculos—. Los mullah han estado criticando últimamente el jockey sobre hierba, porque tienes que correr y agacharte. Durante los juegos olímpicos, ninguna de las competiciones de mujeres fue televisada, por culpa de la presión de los mullah.

Cuando Hassiba Boulmerka, la corredora argelina, ganó una medalla de oro para su país en los juegos de Barcelona, hizo un emotivo discurso sobre su victoria, diciendo que estaba contenta de poder mostrar que una mujer musulmana puede conseguir esas cosas. Pero no todo el mundo islámico celebró su triunfo. En Argelia, el partido islamista mayoritario, el Frente para la Salvación de Argelia, la denunció en las mezquitas por correr «medio desnuda» con pantalones cortos y camiseta, y la obligó a dejar el país para evitar los acosos mientras se entrenaba.

Muchas iraníes se unieron a las críticas y tacharon a Hassiba de «falsa musulmana», pero Faezeh Hashemi vio un peligro en esas denuncias de los islamistas, que no ofrecían ninguna alternativa positiva. Los musulmanes, decía ella, deberían sentirse felices si cualquier mujer musulmana sobresalía en los deportes. Todos los países musulmanes tienen diferentes tradiciones, decía ella, y correspondía a Irán demostrar la superioridad de un sistema verdaderamente islámico. Ella afirmaba que los «opresores», es decir, los países occidentales, usaban la ausencia de las mujeres musulmanas de los campos de deporte como un ejemplo de la posición inferior de la mujer en los países islámicos.

—Si los países islámicos no pueden salir adelante con sus propios principios en la competición de mujeres —dijo en un discurso ampliamente difundido—, entonces nos será impuesto el camino dictado por los países opresores occidentales.

Irán manda equipos masculinos a las competiciones internacionales.

¿Por qué no dejar, decía ella, que las mujeres que sobresalgan en cualquiera de los cinco deportes que pueden hacerse con hijab vayan también?

En septiembre de 1990, ella ganó la partida, y cuando el equipo iraní se unió a la marcha de apertura de los Juegos Asiáticos en Pekín, seis mujeres vestidas con chador (el equipo de tiro iraní) dirigían la marcha. Una de ellas, una estudiante de dieciocho años llamada Elham Hashemi, se las arregló para romper el récord iraní masculino.

Para los Juegos Olímpicos de Atlanta de 1996, Faezeh espera ser capaz de mandar también un batallón de amazonas vistiendo hijab. Yo dudaba que ella ganara esa batalla. Es posible participar en el concurso de saltos vistiendo una toca que tape el cuello bajo el casco de equitación, y una túnica que cubra las piernas hasta el borde de las botas de montar, pero ¿qué pasaría si una de las amazonas se caía del caballo y la fotografiaban con los miembros extendidos y, los cielos nos protejan, el pañuelo torcido? Los conservadores ya se oponían a la idea de permitir competir a las mujeres arqueras junto a los hombres, porque el ademán de tirar hacia atrás de la cuerda del arco era demasiado revelador, aun con el chador.

Para la mayoría de las atletas iraníes (corredoras, nadadoras, saltadoras de altura) competir con hijab no era ni siquiera una posibilidad remota. Para ellas, Faezeh había dado la idea de unos juegos olímpicos alternativos, los Juegos Islámicos de Mujeres, donde atletas de los países musulmanes pudieran reunirse con el hijab para una ceremonia de apertura a la que pudieran asistir tanto hombres como mujeres. Después, las atletas se quitarían sus mantos y competirían unas contra otras con sólo mujeres como espectadoras.

La paradoja de su plan era que los estrictos países musulmanes cuyas mujeres podían haberse beneficiado del entorno de los juegos sólo para mujeres no tenían atletas que enviar. En Arabia Saudí y la mayoría de los estados del Golfo, no había organizaciones deportivas de mujeres de ningún tipo. La competición de mujeres, aunque fuera estrictamente segregada, no existía. Las mujeres ricas que querían mantenerse en forma tenían gimnasios bien equipados en sus casas y contrataban a entrenadoras personales. El resto llevaban vidas completamente sedentarias.

Los países que se apresuraron a aceptar la invitación de Irán fueron las antiguas repúblicas soviéticas musulmanas, cuyas mujeres atletas habían sido entrenadas en la enorme maquinaria de los deportes soviéticos. Ninguna de ellas había llevado velo jamás; pocas habían abierto el Corán en su vida. Pero con el colapso del sistema soviético, repúblicas nominalmente musulmanas como Azerbaiyán estaban sin fondos para lujos como los deportes.

—Nuestro presupuesto completo para este año sólo nos permite mandar una atleta a una competición... y adiós muy buenas si no es en Europa —suspiraba Alyev Mouslim, el director del equipo de Azerbaiyán. Para él, un viaje con todos los gastos pagados para ciento veinte mujeres atletas (aunque tuvieran que ponerse el velo y viajar en autobús durante veintiséis horas desde Bakú) era una oferta demasiado buena para rechazarla.

Como siempre en Irán, la política juega un papel importante. Irán estaba dispuesto a pagar a los grandes equipos de las antiguas repúblicas soviéticas porque estaba ansioso de extender su influencia allí. Pero se negaba a pagar la cuenta de los países como Sudán, que ya estaba firmemente en su órbita.

Por lo tanto los necesitados sudaneses no mandaron mujeres a los juegos. Tampoco lo hicieron países como Egipto, que tenía unas agrias relaciones con el gobierno iraní.

Otros mandaron pequeños equipos como gesto de buena voluntad.

—Estamos aquí para decir «sí» al sistema iraní —decía una diminuta jugadora de tenis de mesa del equipo de cinco mujeres de las islas Maldivas—. Pero desde el punto de vista deportivo, es absurdo para nosotras —decía ella, tiritando mientras una ligera nevada caía sobre el centro de tenis de mesa de Teherán, mal caldeado—. Somos del Ecuador. Aquí es imposible entrar en calor.

Al final, resultó que las antiguas repúblicas soviéticas tenían los equipos más grandes, en todos los sentidos. En conjunto, cuatro repúblicas mandaron a 332 atletas, la mayoría de ellas altas, rubias, de larga osamenta, que destacaban entre las 51 mujeres de los pequeños equipos enviados por Malaysia, Siria, Pakistán, Maldivas y Bangladesh.

Algunas de las mujeres eran campeonas nacionales; una o dos eran olímpicas. Pero para todas, excepto para el equipo de tiro iraní de 122 miembros, esta oportunidad de competición internacional era la primera. Bajo los chador, sus caras resplandecían mientras caminaban hacia el estadio Azadi de 12.000 localidades.

Durante los juegos los hombres tuvieron prohibida la entrada a las gradas excepto las del campo de tiro. En el complejo de natación, las escolares llenaban las gradas de los espectadores, mirando curiosamente el espectáculo poco familiar de las juezas de pista iraníes uniformadas con atractivas minifaldas color púrpura y camisetas verde claro.

En las pistas del estadio, Padideh, la portadora de la antorcha, se había quitado su hijab y llevaba unos pantalones cortos de lycra negra y literalmente se había crecido para la ocasión, añadiendo nueve centímetros a su marca personal en el salto de altura. Su salto de 1,67 metros no era lo bastante bueno como para batir a la campeona del Kirguizistán, pero rompió el récord iraní, establecido antes de la

revolución. Esa tarde, de vuelta al hotel de las atletas, Padideh estaba exultante. En los calentamientos de la carrera de los 400 metros había acabado en cuarta posición, y estaba empezando a tener esperanzas de conseguir una medalla al día siguiente.

Aunque la madre de Padideh había sido deportista durante los días del sha, Padideh había crecido sin saber nada de los deportes segregados.

—Esto es muy bonito para nosotras —decía, moviendo una mano en dirección al vestíbulo lleno de mujeres atletas—. Nuestra manera de pensar, nuestra cultura es así —decía Padideh—. Sería duro para nosotras, ahora, competir delante de los hombres.

Las traductoras oficiales se mezclaban entre las atletas, facilitando las conversaciones. Cada una de ellas usaba el habitual atavío iraní (capucha negra y túnica larga) pero con una chaqueta de calentamiento de un vivo color codificado puesta encima, de forma incongruente. Añil y verde claro significaban que la traductora hablaba inglés; rosa y amarillo, ruso; verde lima y azul celeste, árabe. Las conversaciones empezaron a saltar del farsi al urdu y al inglés, y el vestíbulo del hotel se llenó con un cuchicheo agradable, femenino. Me recordaba el día de los deportes en mi instituto sólo de chicas.

Pero en un rincón estaba sentado un grupo de hombres cohibidos, que murmuraban entre ellos en ruso, sin ayuda de las jóvenes traductoras.

Alyev Moulsim, el delegado del equipo de Azerbaiyán, suspiró mientras se apoyaba en la pared, esperando que el ascensor marcara «Especial para Hombres». Encontraba difícil controlar a unas atletas que desaparecían temprano en autobuses sólo para mujeres, hacia campos de deportes a los que él no podía entrar.

—Realmente —decía—, no lo tengo tan mal; no tengo que estar con ellas. — El entrenador de voleibol de Kirguizistán tenía que esperar fuera durante los encuentros de su equipo a que una de las mujeres cogiera un pañuelo y saliera a decirle qué estaba pasando, para que él pudiera tomar decisiones o elegir tácticas. Alyev se encogió de hombros—: Si se puede jugar al ajedrez sin mirar el tablero, ¿por qué no esto también?

Yo me preguntaba si no se aburriría, sin poder ir a los partidos.

—No, en absoluto —decía—. Tengo montones de problemas con mi equipo

intentando aclimatarse a todas estas regulaciones. —Algunas de las mujeres se habían peleado con los iraníes porque sus grandes pañuelos floreados les resbalaban de la cabeza—. Parece que la falta más grave aquí es que alguien te vea el pelo. Pero si a Dios no le gusta, ¿por qué nos dio ojos?

Otras se sentían agraviadas por la ley que impedía a las mujeres ir solas a ver la ciudad entre sus competiciones. Los funcionarios iraníes estaban tomando una actitud tremendamente protectora hacia sus invitadas, e insistían en que viajaran sólo en autobuses oficiales y acompañadas por una traductora oficial. Yo, que había caminado por las calles de Teherán a todas horas sin ser molestada, encontraba esa norma absurda y susceptible de dar una impresión errónea. Teherán es una de las ciudades más seguras del mundo para una mujer sola.

Murshida Mustakim pensaba también que la norma era bastante estúpida. Ella había dejado pasmado a uno de los guardias armados revolucionarios masculinos que trató de detener su salida del hotel.

—Le dije que era una superintendente retirada de la fuerza de policía de Malaysia, y que había pasado toda mi vida dando órdenes a chicos como él —contaba—. Y después le dije que se apartara de mi camino.

Murshida, una mujer notable, con los hombros de un estibador, había llegado a Teherán como entrenadora del equipo de tiro, que eran todas policías de Malaysia.

Para ella, viajes a los países como Irán y Arabia Saudí, que había visitado como peregrina a La Meca, eran como visitas al pasado.

Durante su existencia como estado, Malaysia se había apartado de la aproximación doctrinal al Islam.

—Cuando yo era más joven, había grandes dificultades para que las chicas hicieran deporte descubiertas —decía. Aun cuando los sarongs apretados en torno a la figura de las mujeres de Malaysia no hubieran sido aceptados como hijab en Teherán, los malaisios conservadores creían que su longitud hasta el tobillo proporcionaba un grado suficiente de pudor musulmán. Murshida había sido corredora de obstáculos: «Solía desenvolver mi sarong justo antes del pistoletazo de salida, corría la carrera en pantalón corto, y después rápidamente me volvía a poner el sarong en la línea de llegada».

Durante aquellos días, continuó diciendo, la mayoría de los musulmanes de

Malaysia estaban relajados en su fe y aceptaban el derecho de las mujeres a vestir como quisieran y participar en la sociedad junto a los hombres. Pero ni siquiera su distante país había sido completamente inmune al renacimiento del Islam, y muchas mujeres jóvenes habían empezado a llevar largos velos que les cubrían la cabeza y la parte superior del cuerpo. En un estado, Kelantan, los electores locales habían introducido recientemente un miniestado islamista, incluso con «patrullas morales» para atrapar a las parejas no casadas en sus citas.

Me senté junto a Murshida en el autobús de una de las salidas oficiales de los iraníes: un viaje a la tumba del ayatollah Jomeini.

La mayoría de las excursiones habían seguido un tema similar: una visita al Museo de Reversión y Admonición, también conocido como antiguo palacio del sha, una visita a una exposición titulada: «La dignidad y el prestigio de las mujeres en el sistema islámico».

Antes de que los autobuses partieran para el largo viaje al mausoleo de Jomeini, de doradas cúpulas, en el extremo sur de la ciudad, subieron a bordo unas funcionarías iraníes vestidas con chador que llevaban cajas de pañuelos de papel. Al principio yo tuve la extravagante idea de que se preparaban para el arranque de emoción que sin duda sentiríamos a la vista de la tumba de Jomeini. Pero luego me di cuenta de que lo que les preocupaba era el pintalabios que llevaban algunas de las atletas no iraníes. Murshida tomó un pañuelo de papel que le ofrecían y se limpió los brillantes labios rojos.

—Bueno —dijo—, hay algo bueno aquí: puedo ahorrar una fortuna en maquillaje.

No necesariamente. El último día de competiciones, las atletas y funcionarías sin maquillaje salieron una por una de los autobuses y pasaron junto a los guardias de las puertas del estadio. Dentro, se desprendieron del hijab y corrieron disparadas hacia el vestuario de mujeres para empolvase la nariz y aplicarse rímel. Todas querían tener el mejor aspecto posible para la grabación en vídeo de los juegos que estaba haciendo una mujer, que se proyectaría después en las reuniones de mujeres de todo Irán.

Padideh, la corredora iraní, se sentaba aparte, manoseando nerviosamente un sarta de cuentas, mientras esperaba la señal de salida de la final de 400 metros. La noche antes, yo compadecía a una corredora paquistaní que se había quedado atrás en la carrera eliminatoria y había perdido la oportunidad de pasar a la final

en su mejor prueba. Fue un desastre para ella, pero al día siguiente ya estaba buscando otra oportunidad en los Juegos Asiáticos, o los PanPacíficos, o alguna de la media docena de competiciones internacionales a las que podría asistir al año siguiente o al otro.

Para Padideh, todo gravitaba sobre esa única y breve carrera. Pasarían cuatro años antes de que tuviera otra oportunidad en una competición internacional. Mientras se acuclillaba en la línea de salida, su piernilarga figura como de potro parecía frágil, delicada, junto a las musculosas atletas de Turkmenistán, Kirguizistán y Azerbaiyán. Al oír el trueno del pistoletazo de salida, ella salió a toda velocidad con largas zancadas, manteniendo el paso igualado al de sus competidoras, más robustas que ella.

Pero fue una breve ilusión de paridad. A un tercio del camino de la carrera ya la habían dejado atrás, y el cansancio de su esfuerzo inicial se mostraba en su rostro. Para Padideh, el entrenamiento tenía que encajar entre las clases universitarias, en las breves horas para mujeres permitidas en su estadio más cercano. Nunca había trabajado con pesas ni había sido preparada por un entrenador profesional. Llegó a la línea de meta más de tres segundos detrás de la ganadora y casi dos segundos más tarde de la tercera. Desplomándose en el suelo, se agarraba el pecho ansiosamente con un puño y aspiraba el aire jadeando entre sollozos de dolor y decepción.

Era imposible saber si Padideh hubiera podido ser una campeona en un lugar y una época diferente, en un sistema que se preocupara menos por el pudor y más por el entrenamiento metódico. Pero su tiempo en los cuatrocientos metros, aunque de ningún modo estaba cerca de ser lo suficientemente bueno para ganar la competición, había arañado ocho segundos de su marca personal previa.

En la cena de despedida después de la ceremonia de clausura de los juegos, Padideh había recuperado de nuevo su compostura y hablaba orgullosamente de la medalla de bronce que había ayudado a ganar para el equipo de relevos iraní.

—Por supuesto, me habría gustado tener yo también una medalla —decía—. Y ya nunca la tendré. —Le recordé que tanto Paquistán como Azerbaiyán habían hablado de albergar unos Juegos Islámicos de Mujeres en el plazo de cuatro años. Quizá podría ganar su medalla entonces.

Ella movió la cabeza y emitió una ligera, triste sonrisa.

—No —dijo, mirando a otra parte—. Otra quizá la gane. Para mí ya es demasiado tarde.

Un tambor diferente

«¡Oh, los que creéis! ¡Volved a Dios con arrepentimiento sincero! Es posible que vuestro señor borre vuestras maldades y os introduzca en unos jardines en los que, por debajo, corran los ríos.»

El Corán Azora LXVI: «La prohibición»

Soheir el-Babli, la decana de la escena de El Cairo, parecía tenerlo todo. Una de las más grandes atracciones de taquilla en una ciudad que ha amado siempre a sus intérpretes, su papel estelar como «Attiya, la mujer terrorista» había llenado de bote en bote durante un año el Teatro de Arte Egipcio, de 700 localidades.

Entonces, de repente, cuando la representación estaba a punto de empezar su segunda temporada en julio de 1993, ella la dejó.

Renunciaba por las buenas, según dijo, al mundo del espectáculo, y adoptaba el velo islámico.

El retiro de Soheir era parte de una ola de renunciadas de mujeres artistas que había empezado con las bailarinas de la danza del vientre de El Cairo a fines de los ochenta. Pronto, docenas de cantantes y actrices también colgaron las lentejuelas, se quitaron el maquillaje, se pusieron el hijab y sermonearon a su antiguo público sobre las perversidades del mundo de los artistas. Hacia la primavera de 1992, lo impensable había ocurrido: los espectáculos musicales con danzas que animaban las celebraciones nocturnas del Ramadán fueron prohibidos como noislámicos, privando de trabajo a centenares de artistas. Pero cuando Soheir se retiró, el mundo de los artistas quiso rebelarse. El productor y director de la obra había reescrito ya el guión de la segunda temporada para incluir referencias a la reciente ola de bombas terroristas de los extremistas islámicos. Para reemplazar a Soheir, eligió a su propia hija de veintidós años, que era estudiante en la universidad americana de El Cairo, y cuya única experiencia teatral habían sido producciones estudiantiles.

En la noche de reestreno de la obra, todo el «quién es quién» del mundo artístico egipcio asistió para mostrar su apoyo. Era el principio de un retroceso: por

primera vez, los artistas se habían mantenido unidos en la crítica a las renunciadas por motivos religiosos y la presión islamista sobre los espectáculos. Un chiste empezó a correr por El Cairo: ¿Quiénes son las segundas mujeres mejor pagadas de Egipto? Las bailarinas de la danza del vientre, por supuesto, porque los turistas saudíes tiran billetes de cien dólares a sus pies cuando danzan. ¿Y quiénes son las mejor pagadas? Las bailarinas que se han retirado por Allah, por supuesto, porque los jeques saudíes ponen billetes de mil dólares en sus cuentas bancarias cuando se retiran.

Las súbitas renunciadas tendían a seguir todas el mismo patrón. Una famosa actriz aparecía en un popular programa de televisión del jeque Mohamed Sharawi, el equivalente egipcio de los «telepredicadores».

Allí denunciaba su carrera anterior como no-islámica, tomaba un velo del anciano jeque y se lo ponía, con su bendición.

Los cínicos egipcios creían que los saudíes habían abierto una cuenta de gastos especial para Sharawi, para que atrajese a las mujeres artistas.

—Si no es por dinero, ¿por qué hacerlo en la televisión? ¿Por qué no en privado, con Allah como testigo? —preguntaba Nawal Saadawi, la feminista egipcia más abierta.

Las mujeres recién veladas ciertamente parecían tener mucho dinero.

Una de las primeras en velarse, Shams al-Barudi, había gastado una fortuna comprando los derechos de exhibición de películas en las que ella misma había aparecido escasamente vestida, incluyendo una escena particularmente osada en una bañera, en la que aparecía casi desnuda.

Estaba decidida, dijo, a que esas películas no volvieran a ser vistas jamás. Declinó comentar la fuente del dinero que estaba usando para comprar los derechos de sus propias películas, pero las murmuraciones en el mundo del cine de El Cairo decían que se lo había proporcionado un eminente clérigo.

Nawal Saadawi observó cínicamente que muchas de las mujeres habían pasado ya su mejor momento como actrices y bailarinas, de cualquier manera.

—Saben que pronto tendrán que retirarse, entonces, ¿por qué no irse con una llamarada de publicidad? Ya has oído el chiste que corre por la calle: la gente dice que esas bailarinas son felices por hacer fortuna de los pecados de su

juventud. Ahora, en su edad madura, quieren compartir el placer del paraíso con los pobres.

Pero la propia afirmación de Nawal proporcionaba otra explicación para que se precipitaran en correr tras el velo. Como siquiatra y funcionaria de alto rango del ministerio de Sanidad en los años sesenta, había visto los efectos físicos y emocionales de la mutilación genital en las mujeres egipcias. Su primer libro, *Mujeres y sexo*, publicado en 1970, había sido una condena de la distorsionada enseñanza islámica que ella creía responsable de arruinar la vida de las mujeres. Aunque perdió su trabajo y pasó tres meses en prisión, continuó escribiendo sobre temas tabú en más de treinta libros. Describió el trauma infantil de su propia clitoridectomía y cómo la había dejado incapaz de sentir orgasmos, escribió acerca del requisito de restitución del himen prenupcial en los quirófanos de El Cairo, y desenmascaró una epidemia de incestos en las familias egipcias.

En los periódicos y reuniones públicas, atacaba a los poderosos jeques. En uno de sus programas de televisión, el jeque Sharawi criticó mordazmente a aquellos que pusieran música clásica occidental para dormir en lugar del monótono sonido de una lectura del Corán.

Pocos días después fueron arrestados unos jóvenes extremistas del norte de Egipto por asaltar un concierto y romper los instrumentos musicales. Nawal escribió un artículo periodístico preguntando por qué arrestaba el gobierno a los jóvenes, y no a Sharawi, cuyas ideas les habían enardecido.

En el verano de 1992, al Yihad Islámica puso a Nawal Saadawi en su lista de muerte, junto con el escritor Farag Foda. Cuando Farag fue asesinado al salir de su despacho, el gobierno egipcio que había perseguido a menudo a Nawal le proporcionó una guardia constante, día y noche. Consciente del hecho de que el asesino de Sadat había formado parte de una célula extremista islámica* dentro del ejército egipcio, Nawal encontraba la presencia de reclutas del ejército junto a su puerta muy poco tranquilizadora.

—Tengo más miedo de ellos que de nadie —confiaba. En 1993 se fue al exilio y ocupó una plaza de profesora en la universidad estadounidense de Duke.

* Precisamente, de Yihad Islámica. (N. del T)

Si los autores son considerados ya como blanco, razonaba Nawal, sólo era cuestión de tiempo que artistas menos políticos sufrieran ataques directos. Las

bailarinas que habían renunciado a su profesión a menudo hablaban de la ansiedad y el temor que había sido reemplazado por la tranquilidad una vez dejaron los escenarios. Una famosa bailarina, Halah al-Safi, habló de un sueño que había tenido: ella caminaba junto a una mezquita y se sentía muy asustada porque no llevaba la ropa adecuada. De repente, dijo, en su sueño un hombre se quitó el manto y la cubrió con él. Nawal indicó que no era necesario ser siquiatra para interpretar el miedo en el sueño de Halah como una respuesta inconsciente a la presión de los extremistas religiosos.

En 1993, la predicción de Nawal resultó ser correcta. Cuando Farida Seif al-Nasr decidió volver a los espectáculos después de haber anunciado su retiro, un asaltante desconocido intentó matarla a tiros.

En mi oficina, Sahar disfrutaba con perversa satisfacción de cada nueva historia de una artista que volvía al velo. Una mañana, ella me leyó un artículo de uno de los periódicos locales sobre una famosa bailarina que había querido hacer el Hajj. Las autoridades religiosas habían rehusado dar a la mujer los papeles necesarios a menos que ella abandonara la danza. Sahar aprobaba su decisión.

—¿Por qué tendría que ir ella, gastando un dinero ganado con el pecado, y permanecer en la llanura de Arafat como si fuera una buena musulmana? —decía Sahar.

Pero a mí me dolía ver cómo se denigraban y amenazaban las bellas danzas tradicionales egipcias. Yo había visto a la primera bailarina egipcia a través de una neblina provocada por el jet-lag después de llegar a El Cairo, cuando un amigo nos invitó a cenar en la sala de fiestas del Nile Hilton. Los egipcios se acuestan tarde, y durante la cena yo luchaba por no dejar caer la cabeza en mi plato de pichón relleno. Pero una vez empezó la danza me olvidé del cansancio.

Souhair Zaki remolineaba por el escenario siguiendo la música. El lento ascenso y descenso de las notas de la flauta serpenteaba en oleadas a través de su cuerpo. Por primera vez, la atonal música árabe parecía tener sentido para mí. Yo podía verla, trenzándose a través del espacio en elaborados arabescos. Y podía ver también algo más: la belleza de un cuerpo femenino que no era ni delgado ni joven. Souhair Zaki era la bailarina más celebrada de El Cairo, pero hacía tiempo que pasaba de los treinta años. La carne colgaba pesadamente sobre sus caderas. Su abdomen estaba abultado como una pera madura. Nunca había visto danzas tradicionales orientales antes, pero reconocí cada movimiento. Lo que ella estaba haciendo con su cuerpo es lo que hace el cuerpo de una mujer, los movimientos

naturales del sexo y el alumbramiento. La danza conducía los ojos hacia las caderas y el abdomen, el verdadero centro de la feminidad.

Cuando era niña aprendí los movimientos profundamente antinaturales del ballet occidental, cuyo objetivo era hacer que el cuerpo pareciera tan incorpóreo como el aire. Con su insistencia en el alargamiento y la ondulación de las extremidades, el ballet niega la feminidad, y requiere a las bailarinas adultas que conserven la figura de muchachas adolescentes. Cuando yo tenía catorce años, el estudio donde daba mis clases era un lugar triste, lleno de estudiantes que sabían que nunca serían primeras figuras. Sus cuerpos las habían traicionado y se habían vuelto demasiado altos, demasiado redondeados, demasiado femeninos. Yo decidí que, antes de abandonar Egipto, trataría de aprender esa otra danza mucho más antigua, cuyos movimientos, todos y cada uno, celebraban el cuerpo de la mujer como realmente es.

La presión religiosa había forzado ya a las bailarinas de El Cairo a llevar trajes de una pieza para no mostrar sus estómagos desnudos.

Cualquier cosa demasiado reveladora garantizaba una visita de un escuadrón especial conocido como la «policía de urbanidad». Artículos ocasionales en el periódico documentaban batidas en los clubes nocturnos donde las actuaciones de las bailarinas eran demasiado eróticas o sus vestidos mostraban demasiado. A una bailarina en particular, Sahar Hamdi, siempre la estaban llevando a prisión.

Buscando en los periódicos, Sahar me leía esos artículos sobre su tocaya, sacudiendo su velada cabeza con desaprobarción. Sahar Hamdi era la favorita de los turistas ricos saudíes. Algunas noches bailaba en un escenario cubierto por billetes de banco y sus pies cansados por la danza eran bañados con champaña. Pero en 1993, se suponía que también ella había visto la luz y hablaba de retirarse a causa de la religión. Los islamistas, impacientes con el lento ritmo de las retiradas de artistas, querían que el gobierno prohibiese las danzas del vientre de una vez, y por las buenas. Pero la danza del vientre era una gran atracción para los ricos árabes del golfo Pérsico que llegaban en abundancia a El Cairo cada verano. Para contentar a ambos bandos, el gobierno adoptó una de sus famosas resoluciones «a medias»: dejó de conceder permisos para nuevos artistas aparte de los artistas de folclore clásico, pero no prohibió la danza abiertamente. Cuando decidí escribir una historia sobre esta controversia, Sahar miró al suelo

y no dijo nada.

—¿Quieres que busque a otra persona para que lo traduzca? —le pregunté. Movi6 la cabeza negativamente. No quer6a visitar los clubes nocturnos de El Cairo ni hablar con las bailarinas. Me hab6a dicho una vez que Suhair Zaki hab6a bailado en la boda de sus padres. Ahora, Sahar cre6a que la forma en que Suhair ense6aba su cuerpo era pecaminosa.

Pero ni siquiera Sahar se sent6a c6moda con las peticiones de que el gobierno prohibiera esto y lo otro. Ella cre6a que la religi6n era un tema personal que no deber6a convertirse en una obligaci6n pol6tica.

La revoluci6n isl6mica que ella quer6a vendr6a de la gradual persuasi6n al pueblo, no mediante la fuerza. Esta actitud hab6a prevalecido en Egipto y parec6a haber servido bien al pa6s. Era f6cil comprar alcohol en El Cairo, pero ninguno de mis amigos egipcios lo beb6a. Mientras que los saud6es ten6an que ser empujados a la oraci6n por la polic6a religiosa, los egipcios se volcaban voluntariamente en las mezquitas. Muchos ten6an la oscura, permanente magulladura del devoto en la frente, adquirida por toda una vida de tocar con la cabeza en el suelo en oraci6n.

Si se prohib6a la danza del vientre, se establecer6a un inquietante precedente y se dar6a pie a que aumentase el clamor por posteriores restricciones isl6micas. Para ver cuan serias eran las nuevas normas, fui a visitar a Mahmud Ramadan, un funcionario del departamento de Inspecci6n Art6stica. Mahmud hab6a sido el jefe inspector de las bailarinas, y emit6a permisos para los artistas cuyos trajes y coreograf6a no fueran demasiado subidos de color.

—Ten6a un trabajo maravilloso en aquellos tiempos —suspiraba 6l.

Hab6a visto actuaciones de todos los principales artistas egipcios.

Para 6l, las verdaderas estrellas hab6an brillado en la d6cada de los cincuenta, cuando todas las pel6culas egipcias inclu6an una secuencia con la danza del vientre. Las bailarinas hab6an sido idolatradas y retribuidas hasta con tres mil libras por noche para actuar en los escenarios y en bodas lujosas.

Ahora, Mahmud ve6a c6mo esas mujeres se hac6an mayores, y no hab6a aprendizas para reemplazarlas.

—La generaci6n siguiente ya no es tan buena, y despu6s de ellas, bueno... —su voz se apag6 mientras hac6a un adem6n se6alando el vac6o escritorio que ten6a enfrente.

Las restricciones también amenazaban al grupo de mujeres artesanas que cosían los elaborados trajes de las bailarinas. La modista más famosa de Egipto vivía en un pequeño cubículo en medio del vasto bazar dejan el Jalili. Dentro, una brillante profusión de abalorios de cristal y telas brillantes abarrotaba las cajas amontonadas hasta el techo. Los clientes podían hojear un libro de fotografías que mostraba posibles diseños (faldas bordadas con rayos de sol formando llamaradas de anaranjado y oro, o pavos reales color añil y verde agua). Una anciana costurera apuntaba los pedidos y las medidas de las dientas.

—Ya no hay egipcias —se lamentaba ella. Aquel día, sus clientes habían sido una finlandesa y una alemana. Mientras palpaba los abalorios y me probaba los cinturones, entró otra mujer. Le habló a la costurera con un duro acento árabe, lleno de guturales sonidos «ch».

—Perdóneme —le dije en inglés—. ¿Es usted israelí?

—Sí —dijo ella—. He llegado hoy en autobús desde Jerusalén.

Antes del tratado de paz entre Egipto e Israel, ella había tenido que enviar a sus amigos europeos para que le compraran los trajes.

—Nunca me sentaban bien del todo —dijo—. La paz ha sido muy positiva para mis actuaciones.

Sin embargo, no era tan buena la atención que estaba recibiendo en Israel por parte de los integristas judíos. Como sus compañeros musulmanes, ellos querían que se prohibiese la danza del vientre.

Amenazaban con retirar el certificado kosher (prueba de que la comida está preparada de acuerdo con la ley judía) a los hoteles en los que ella actuaba. Como hija de judíos ortodoxos ella misma, tenía poca paciencia con los rabinos.

—Esta danza es parte de nuestra herencia —decía—. La madre de Moisés probablemente sabía cómo bailarla. No podemos permitir que unos cuantos viejos nos digan que tenemos que abandonarla.

De vuelta a casa, desarrollé lo que había comprado: un traje barato de prácticas compuesto de falda, cinturón y sujetador. Mientras examinaba el traje, Sahar remoloneaba por la oficina y el salón. Esperé que frunciera el ceño en desaprobación. En lugar de eso, palpó la tela transparente de la falda con las yemas de los dedos.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó. Se lo dije.

—¿Puedes hacerme un plano de dónde esta la tienda?

—¿Por qué? —pregunté, preocupada de que ella pensase mandar un piquete de sus amigos islamistas a aquel lugar, o algo peor.

—Quiero comprarme un traje como éste —dijo—. Soy una bailarina muy buena. Bailaré para mi marido cuando nos casemos.

Mi propio intento de convertirme en una buena bailarina no iba demasiado bien. Las chicas egipcias adquieren la habilidad para bailar tan naturalmente como la habilidad para andar, mirando a sus madres, hermanas y tías. En casa de mi amigo Sayed, su hija de tres años ya sabía hacer movimientos de caderas y pasos de tijera. Las hermanas de Sayed intentaron enseñarme lo mejor que pudieron, pero era difícil para ellas enseñar algo que realmente nunca habían aprendido.

—Necesitas una maalimah —decían. Las awalim eran las mujeres expertas en artes egipcias, que bailaban, cantaban, tocaban instrumentos y transmitían las tradiciones a sus aprendizas. Encontrar una maalimah podía haber sido fácil unas cuantas décadas antes.

Durante siglos, clanes de artistas de los pueblos del Nilo dirigieron la forma más pura de la antigua danza de Egipto de generación en generación. Cuando esas familias se establecieron en El Cairo, se arracimaron en un barrio de artistas. Sus huellas todavía estaban allí, a lo largo de la calle Mohamed Alí, en las pequeñas tiendas de acre olor a cola y virutas de madera de los grabadores de instrumentos de cuerda y las hediondas pieles de pescado puestas a secar de los fabricantes de tambores. Desde las puertas abiertas, el lamento de las flautas o el bum-tap-tap de los tambores indicaba que allí había un artesano probando sus artículos.

Pero las bailarinas habían desaparecido.

—Se cansaron de que la policía las incomodase —explicaba un anciano artesano—. La policía las trataba como prostitutas, entraban en sus apartamentos para ver si había hombres allí. Ahora, ninguna anima a una hija suya para que siga una carrera en la danza.

La presión es excesiva. Pero esto pasará. Volverán algún día.

El hombre parecía casi lo bastante viejo como para haber estado allí antes,

cuando todo eso ocurrió otra vez. Cuando Gustave Flaubert visitó El Cairo en 1850, encontró que las famosas bailarinas habían sido prohibidas en la ciudad porque el gobernador pensaba que fomentaban la prostitución. Tuvo que viajar por el Nilo arriba para encontrar a las artistas. Sus diarios hablan de bailarinas tan eróticas que los músicos que las acompañaban tenían que cubrirse los ojos con un pliegue de sus turbantes, para evitar excitarse demasiado y no poder tocar.

Con una mano que parecía demasiado paralizada para su oficio, el viejo garabateó una dirección en árabe en un trozo de papel rasgado del periódico.

—Vaya aquí —dijo, y me lo entregó—. Dígale que la envía el encordador de instrumentos.

El taxi recorrió durante casi una hora la densa mezcolanza de edificios de apartamentos de El Cairo. Justo antes de que la ciudad se acabase abruptamente en el desierto, el conductor se paró para preguntar la dirección. Como siempre en Egipto, los dos hombres a los que preguntó señalaron direcciones diferentes. Finalmente encontramos el sitio: una bonita casa rodeada de adelfas. La música se filtraba tenuemente a través del bajo muro de ladrillos. La puerta estaba abierta, y yo entré. Dentro, media docena de mujeres y niñas bailaban con unas cañas en equilibrio sobre la cabeza, mientras sus caderas se movían vigorosamente. Las mujeres me dijeron que podía unirme a ellas.

Traté de seguir sus movimientos lo mejor que pude, pero su velocidad y flexibilidad estaban aún lejos de mi alcance. Una hora después me rendí, exhausta. Me dejé caer en un rincón, y miré cómo las otras continuaban. Una mujer, claramente la más graciosa y dotada, dirigía la danza. Pero si enseñaba era sólo a través del ejemplo. Ella no decía nada a las otras para corregir su postura o sus movimientos.

Finalmente, una de las mujeres se detuvo, sudando, y salió para traer un poco de agua. Yo la seguí, y le pregunté quién era la profesora. La mujer bebía el agua lentamente. Estábamos, dijo, en la casa de una de las artistas más queridas de El Cairo. Si yo quería aprender, las podría encontrar allí los martes y jueves por la tarde.

Había encontrado mi maalimah. A partir de entonces fui a aquella casa siempre que pude. Gradualmente, aprendí cómo aislar cada grupo de músculos para que la caña permaneciera en la cabeza. Aprendí a escuchar la música y seguirla con mi cuerpo. Mirando a las otras mujeres, aprendí a moverme sin las

toscas sacudidas y los exagerados meneos de caderas que los occidentales asociamos instintivamente con la danza oriental. En su forma más pura, lo menos es más, y los movimientos más potentes son a menudo las sacudidas más pequeñas y controladas.

Empecé a desear que hubiese alguna forma de oponerse a la campaña de los islamistas contra esta artística danza. Finalmente decidí que, como pequeño acto de solidaridad con las bailarinas que rehusaban ser empujadas detrás del velo por los islamistas, yo saldría al escenario en algún lugar de El Cairo, para una actuación ilegal.

Confié mis planes a mi amigo Ian, el embajador australiano. El enterró la cabeza entre las manos con fingida desesperación.

—Ya puedo verlo: me sacarán de la cama a las dos de la mañana para contestar a una angustiada llamada australiana, y serás tú... arrestada por bailar la danza del vientre.

El problema más inmediato era encontrar un escenario lo suficientemente modesto para hacer juego con mis talentos. Volví a la calle Mohamed Alí para pedir consejo. Había hecho amistad allí con un joven fabricante de tambores, cje tocaba en la banda de una famosa bailarina llamada Lucy. Él descartó inmediatamente los hoteles de lujo y los clubes a lo largo de la carretera de las Pirámides.

—Van desde la primera categoría hasta la quinta —dijo en tono meditativo Jalid—. Lo que tú necesitas realmente es algo de décima categoría.

Sugirió el club nocturno New Arizona, cuya entrada costaba noventa céntimos. Seguida por Tony, inspeccioné aquel antro. Entre el público había hombres y mujeres, el nivel de los artistas no era demasiado alto, y la dirección parecía lo bastante permisiva con el riesgo de la danza sin licencia, siempre que mi actuación pareciera ser el impulso del momento. Si la policía de urbanidad aparecía, yo pretendería haber sido impulsada por mis pies debido al irresistible poder de la música.

Mientras me sentaba esperando mi entrada, unas cuantas noches después, yo dudaba que fuera capaz de sostener una defensa de la danza del vientre espontánea. Bajo el abrigo llevaba un traje negro y dorado con suficientes abalorios para comprar un pequeño atolón del Pacífico.

Yo iba en mitad del programa, después de la tercera bailarina, Ashgan.

Como muchos de los artistas, ella era una mujer de mediana edad con una figura bastante más allá de lo «rubensiano». Su danza era indiferente, pero al auditorio no parecía importarle. Juzgando por sus turbantes, la mayoría torcidos a esa hora tardía, el grueso de los clientes eran saydis, campesinos egipcios, que pasaban una noche de juerga en la ciudad. Salpicados entre ellos, podía ver una o dos mesas de árabes del Golfo con sus característicos pañuelos de cabeza a cuadros rojos. El lugar parecía de una categoría demasiado baja para los árabes ricos: o bien habían bebido tanto esa noche temprano que no podían notar la diferencia, o el hundimiento de los precios del petróleo era más serio de lo que yo pensaba.

Finalmente Ashgan se despidió, abandonó la escena y me condujo al escenario. Yo miraba hacia abajo, hacia un mar de turbantes, y sentí una oleada de pánico. Pero con un insistente bum-tap-tap del tambor, la música arrancó y yo empecé, perdiéndome en sus giros y zigzags. La danza oriental es improvisada, y requiere un entendimiento intuitivo entre los músicos y la bailarina. Mientras el tamborileo ganaba velocidad e intensidad, yo tenía que adaptarme al ritmo con una acumulación progresiva de frenéticos movimientos de caderas que agitaban los miles de abalorios dorados de mi cinturón. Después el ritmo se hizo más lento hasta que casi se detuvo: sólo se sacudían unos pocos músculos siguiendo las prolongadas, lentas notas de la rebaba.

Parecía como si hubiera estado en el escenario durante mil y una noches. Finalmente, oí el cambio en la música que permite a la bailarina acabar su danza con un gracioso salaam. Saludé y dejé el escenario. Un saudí se levantó de un salto, agitando un billete egipcio de diez libras, y pidió una repetición. Para mi asombro, el resto del auditorio golpeó ruidosamente el suelo pidiendo más. Ashgah, con el arabesco más gracioso de la noche, cogió el billete de diez libras con una mano y mi muñeca con la otra, y me empujó bajo los focos. Hicimos la repetición juntas. A mitad de camino, ella se inclinó hacia adelante y miró curiosamente la parte delantera de mi traje, y entonces se volvió hacia el auditorio. «¡Mafish! —gritó en árabe—. ¡No tiene nada aquí!» Dejamos el escenario juntas entre un aplauso atronador.

Después el director, Samy Sallam, dio de mi actuación una visión más realista.

—Su baile —me dijo—, es bastante bueno técnicamente. Pero no tiene todavía suficiente sensibilidad. Debe aprender también la emoción junto con los

pasos.

Me dio su tarjeta de visita e insistió, de una forma bastante ambigua, en que le llamase. Sabía que yo no lo haría. Ya había hecho mi pequeña protesta acerca del derecho de las mujeres a bailar.

Salí del club lleno de humo hacia el inernal aire de la noche. Aunque eran pasadas las tres de la mañana, las calles y cafés estaban todavía llenas de gente, riendo juntos, divirtiéndose. En Egipto parecía improbable que un austero islamismo negador de la diversión pudiera nunca realmente asumir el mando durante mucho tiempo. Los egipcios se parecen demasiado a los italianos: oyen cortésmente al Papa, pero consiguen enviar a una estrella porno al Parlamento.

La mayoría de los egipcios son demasiado piadosos para aceptar el injustificable tiroteo de los extremistas a los turistas o escritores o gente que se encontraba en un lugar equivocado al lanzar un ataque en las calles de Assiut y El Cairo. A pesar de las vidas de privaciones y frustración debido a un gobierno inactivo y corrupto, era difícil imaginar que los egipcios volvieran la espalda a la tolerancia y el buen humor que hacía sus populosas ciudades y fangosos pueblos tan amables y habitables.

El viejo encordador de instrumentos de la calle Mohamed Alí tenía razón. Podían tardar un poco, pero las bailarinas volverían.

Conclusión: cuidado con el dogma

«Di: “¡Oh, incrédulos! ¡No adoraré lo que adoráis! Vosotros no adoráis lo que yo adoro, y yo no adoro lo que habéis adorado. Vosotros no adoráis lo que adoro. Tenéis vuestra religión. Yo tengo mi religión” .»

El Corán Azora CIX: «Los incrédulos»

Yo había aprendido a vivir siguiendo el ritmo de las plegarias de otras personas. En El Cairo, me despertaban al amanecer las voces de los muecines y programaba mi pausa para el almuerzo con la llamada a la oración del mediodía. No hay muecines donde vivo ahora, en una calle de antiguas casas londinenses construidas hace doscientos años por refugiados franceses. Los refugiados, todos católicos, también construyeron una pequeña capilla cerca de sus casas, y por eso, ahora, es la campana del Ángelus la que me despierta por la mañana y me manda al mediodía a la cocina en busca de comida.

Un día del verano de 1992 tenía a un huésped para almorzar. Un detective llegó primero, para registrar mis armarios y asomar la cabeza en el ático. Un filamento de polvo colgaba de su pelo cuando dio la señal de que no había peligro a través de un walkie-talkie. Los coches pasaban rápidos y estruendosos por la calle.

—Deje ahora la puerta abierta —dijo el detective. El huésped no podía arriesgarse a entretenerse en el umbral. Entró, repentinamente, en el centro de una nube de guardaespaldas. Un flexible sombrero de fieltro de ala ancha marrón tapaba su cara. Unas gafas de sol escondían la característica caída de sus párpados y el increíble circunflejo de sus cejas. Después de cuatro años escondido, la piel de Salman Rushdie tenía el aspecto translúcido de pez, de un hombre que nunca ve el sol. Su postura se había convertido en la retraída, desgarbada postura de un adolescente que no quiere que se fijen en él.

Yo vivía en El Cairo cuando se desató la tormenta sobre Los versos satánicos. Justo después de que Jomeini condenara a Salman Rushdie a muerte, llevé mi ejemplar de la novela a Naguib Mahfuz, el premio Nobel egipcio, cuyas propias novelas habían sido censuradas por motivos religiosos. Yo esperaba que él escribiera una defensa de Rushdie: un alegato por la tolerancia, por la libertad de ideas.

Mahfuz cogió el libro de mis manos y lo empujó hacia el lado más lejano de su escritorio, donde no tuviera que verlo. Estaba cansado, dijo: agotado por sus propias batallas contra el islamismo. No pensaba comprometerse ahora.

Quizá fue sabio. El día que Salman Rushdie vino a comer a mi casa, hablamos de un artículo que yo estaba escribiendo sobre el desalentador efecto que la fatwa estaba teniendo en todos los escritores que trataban con el Islam. Yo misma había notado ese efecto, sentada en una soleada terraza al sur del Líbano con un dirigente religioso del Hezbollah. Por entonces, yo estaba acostumbrada a la mirada desviada de los devotos musulmanes, y me parecía normal conversar con alguien cuyos ojos estaban enfocados en una baldosa del suelo a dos centímetros de mi zapato. Dudaba en presentarme a su mujer. Encontraba preocupante que mi libro mencionara a las mujeres y las hijas del profeta Muhammad.

—Tendrá que ser usted muy cuidadosa —dijo. De repente, levantó su cabeza con turbante y me dirigió una única, penetrante mirada—. Asegúrese de no cometer ningún error.

Rushdie y yo no sabíamos, mientras hablábamos de estas cosas, que el escritor egipcio Farag Foda yacía muerto, ese mismo día, por heridas de bala infligidas por la Yihad Islámica en represalia por sus elocuentes y frecuentes críticas mordaces del extremismo religioso.

En la revista progresista Shií Dialogue, Alí Allawi escribe sobre las dificultades de potenciales conversos europeos al Islam para separar la fe de «los prejuicios y el bagaje social de los países islámicos». Una vez los occidentales «son capaces de disociar el Islam de ese ruido de fondo —escribe—, son capaces también de apreciar rápidamente su veracidad».

Pero actualmente el ruido de fondo es muy intenso. Y cada día las noticias parecen aumentar los decibelios. El World Trade Center explota con la aparente mera orden de un predicador islamista. Un informe sobre derechos humanos de las Naciones Unidas encuentra los castigos de Sudán, basados en el Corán, en conflicto con los acuerdos sobre derechos humanos que el país ha firmado. En respuesta, el gobierno de Sudán amenaza al autor del informe, de nacionalidad rumana, a muerte. En Egipto, un clérigo militante llamado Alí Yahya ordena a sus seguidores echar abajo las pirámides y todos los demás monumentos de la época de los faraones, porque las civilizaciones que existían antes del Islam estaban basadas en la idolatría. En Argelia, dos mujeres han sido tiroteadas en una parada

de autobús porque no llevaban velo. En Arabia Saudí, un editor de periódico va a la cárcel porque su periódico de habla inglesa publica una tira cómica, «BC», que el gobierno saudí considera herética. La ofensiva historieta es una tira de dos viñetas en la que un hombre de la Edad de Piedra está de pie en una colina y pregunta: «Dios, si estás ahí, dame una señal». En la segunda viñeta, el hombre está empapado por un súbito chaparrón. «Bueno —dice—, sabemos dos cosas: El está ahí, y además tiene sentido del humor.» Los saudíes encarcelaron al editor, un hindú, por publicar una tira cómica en la que se cuestionaba la existencia de Dios.

Como lafatwa de Rushdie, estos incidentes nos atacan desde un lugar tan profundo del «lado oscuro» que nosotros, como occidentales, no podemos pensar de una forma coherente en ellos. Nos encogemos de hombros. Esos extranjeros raros. ¿Quién los entiende? ¿Y quién necesita entenderlos?

Y sin embargo, mientras yo establecía mi hogar en Londres, y sacudía gradualmente las últimas finas motas de polvo de El Cairo de las páginas de mis libros, encontré que el ruido de fondo del Islam permanecía siempre ahí, en la distancia, como un martilleo cercano. Y finalmente acepté que no era ni posible ni acertado ignorarlo.

Ese verano, no mucho después de que Salman Rushdie viniera a comer, yo hablé por teléfono con un aturdido amigo cuya vecina había muerto apuñalada. La mujer muerta era la hija de un imam del Sudán. La había apuñalado su marido, también sudanés.

Era invierno cuando el caso llegó a juicio. Cada día durante cinco días atravesé la helada llovizna de Londres hasta un pequeño juzgado en Oíd Bailey. Para la gran maquinaria de la justicia británica, aquél era un caso rutinario. Los bancos de la prensa estaban vacíos. Un simple asunto «doméstico» entre una pareja de mediana edad de clase media suburbana era demasiado ordinario para ser interesante.

Los hechos del crimen no estaban en discusión. Justo antes de la hora de cenar, en la cocina de su bonita casa victoria-na, Omar apuñaló a su mujer, Afaf. Con el cuchillo goteante aún en su mano, llamó por teléfono a su mejor amigo para contarle lo que había hecho, y después llamó a la policía.

En la pequeña galería pública, yo me sentaba entre los hermanos del hombre y los vecinos de la mujer. Los hermanos, que habían volado desde el Sudán para el juicio, tiritaban con sus trajes de verano. Las vecinas, jóvenes madres

acicaladas que conocían a la víctima de reuniones nocturnas de la asociación de padres y excursiones entre semana a los centros de suministros de jardinería, parecían incómodas con los procedimientos de la recia policía de Oíd Bailey. Escribían en cuadernos apoyados en sus rodillas, como si su meticuloso registro ayudase de alguna manera a dar sentido a lo que había ocurrido en su tranquila calle con árboles a los lados. Sólo una vez en los cinco días, cuando el fiscal sujetó el arma (un cuchillo de cocina Sabatier de buena calidad), y preguntó a un patólogo por las heridas exactas que había provocado al hundirse cinco veces en el pecho y abdomen de la víctima, una de las mujeres dejó su lápiz y sollozó incontrolablemente.

Lo que estaba en discusión en el tribunal era si el acto fue un crimen premeditado o, como reclamaba la defensa, un homicidio no premeditado que tuvo lugar mientras el acusado se encontraba en estado de enajenación mental transitoria, como resultado de una «reacción depresiva» producida por el conocimiento de que su mujer tenía un amante, y que ella, la mañana del apuñalamiento, había obtenido una orden judicial prohibiéndole llevarse a sus hijos fuera de Gran Bretaña para vivir con su familia en Sudán.

Al oír los hechos del caso, pude interpretarlos de dos maneras diferentes. La manera occidental, tal como el jurado los estaba interpretando, conducía a una descripción de algo que todos entendíamos: un crimen pasional en un arrebatado de locura. La otra manera, la que yo había aprendido viviendo entre las mujeres del Islam, describía algo muy diferente: una limpieza del honor familiar, un crimen premeditado que conduciría, bajo las leyes británicas, a una sentencia de prisión de por vida.

Desde donde se sentaban en su estrado, los hombres y mujeres del jurado no podían ver a Omar cuando se ponía de pie cada mañana junto a su policía de guardia, esperando ser escoltado ante el tribunal.

Pero desde la elevación de la galería pública yo podía verle, y también sus hermanos. Cada mañana él miraba hacia ellos y levantaba un puño cerrado en un desafiante saludo de victoria. Sus pasos al acercarse al banquillo eran casi despreocupados.

Afaf, que tenía treinta y ocho años cuando murió, era una pariente suya que se había casado con él en un matrimonio arreglado. Ella tenía apenas quince años; él tenía ya treinta. Que Omar fuese pariente suyo, además de marido, implicaba quizás más que ningún otro hecho en el caso. Como pariente, como hombre de su

misma sangre, la tradición lo consideraba deshonrado por el adulterio de ella.

Afaf había sacado el mayor partido posible de una vida que le ofrecía pocas elecciones. No había tenido elección cuando le extirparon el clítoris, la casaron con un hombre que apenas conocía y la mandaron a miles de kilómetros de su hogar, a una ciudad cuya lengua no hablaba.

Afaf vivió en Londres con Omar mientras él hacía su doctorado. En 1985, incapaz de encontrar un puesto académico en Gran Bretaña, él empezó a buscar trabajo en Arabia Saudí. Durante diez meses cada año, Afaf criaba sola a sus cuatro hijos. A la vez que trabajaba como oficinista, se las arreglaba para terminar la escuela superior y un curso de informática para poder empezar una carrera universitaria de ciencias sociales. Era una mujer corpulenta, con una amplia sonrisa y carácter abierto, que consiguió romper la reserva británica y hacer amigos. Para Omar, que volvía sólo una vez al año desde la austera atmósfera religiosa de Arabia Saudí, no era tan fácil. Era hostil a algunos de los más cercanos amigos de Afaf, especialmente una pareja no casada que vivía al otro lado de la calle. El creía que esos vecinos creaban una «atmósfera atea» para sus hijos.

Gradualmente, las largas separaciones y el cambio de Afaf de joven y dócil esposa a mujer independiente y realizada empezaron a desgastar los frágiles lazos del matrimonio. En 1987, Afaf y Omar dejaron de compartir el dormitorio. Pero Afaf tenía miedo de pedir el divorcio, temiendo que Omar quisiera llevarse en secreto los niños con él a Sudán, donde la ley islámica no le daría a ella ningún derecho sobre su custodia.

Entonces uno de sus compañeros de trabajo, un divorciado alto y de pelo rubio llamado Andrew, se enamoró de ella. Al principio ella mantuvo las distancias, pero lentamente su apoyo en la oficina se extendió a ayudas en el hogar, donde los años de ausencia de Omar habían dejado trabajos sin hacer y habitaciones descuidadas. Fue Andrew quien explicó a Afaf que las leyes británicas protegerían sus derechos sobre sus hijos. En enero de 1991, ella escribió a su marido y le pidió el divorcio.

Omar aceptó. Pero entonces, en su siguiente viaje a casa, supo que Andrew había estado en su casa e incluso había dormido allí una vez que se quedó hasta tarde pintando la galería. Omar se sintió ultrajado de que los vecinos pudieran haberlo notado. Su principal preocupación era mantener las visitas secretas porque, según le dijo al tribunal, estaba preocupado por el honor de su familia si la relación de Afaf con otro hombre se hacía pública. De acuerdo con el testimonio de

Andrew en el juicio, Omar le dijo que no tenía inconveniente en que se encontrara con Afaf, siempre que ocurriera fuera de su casa y de la fisgona mirada de los vecinos. Afaf podía haber vivido para divorciarse de Omar y casarse con el hombre que había elegido si no hubiera sido por un día largo, lleno de discusiones sobre el derecho de Omar de salir solo con los dos niños más pequeños, que Afaf temía que tratara de raptar. Omar, frustrado y furioso, fue a visitar a un amigo sudanés, se descompuso, perdió el ánimo y le confió sus sospechas de la infidelidad de su esposa.

Ese amigo, llamado como testigo ante los tribunales, describió cómo había estallado en llanto después de que Omar habló. Esas lágrimas (directas desde el corazón de un amigo sudanés que conocía la profundidad del deshonor de Omar) podían haber causado la muerte de Afaf. El intelecto occidentalmente educado de Omar podía haber sido capaz de ganar la guerra contra su bagaje social si, tal como él se proponía, la relación de su esposa hubiera permanecido secreta. Pero una vez que ese amigo lo sabía, el deshonor era un hecho consumado que sólo podía borrarse a la manera antigua y sangrienta. Que la primera llamada de Omar después del crimen fuese a su amigo (no a un doctor, ni a una ambulancia, ni a la policía) me parecía la prueba más grave presentada en el tribunal sobre los motivos del crimen. Sin embargo, la acusación nunca estableció esa relación.

Al final de la semana, el jurado llegó a un veredicto de homicidio no premeditado bajo los fundamentos de «responsabilidad disminuida». Por acabar con la vida de su esposa, Omar recibió una sentencia de prisión de seis años. Descontando el tiempo que ya había transcurrido desde el asesinato y una posible remisión de dos años por buena conducta, probablemente quedará libre en julio de 1996.

Dados los hechos presentados en esa pequeña sala de tribunales, había pocas oportunidades de obtener otro veredicto. Lo que faltaban no eran pruebas, sino la comprensión de los prejuicios y bagaje social de los países islámicos que Omar había traído consigo desde Sudán, su país de nacimiento, y de Arabia Saudí, el país en el que trabajaba diez meses de cada año.

Nada en su propia cultura o experiencia equipaba a ese jurado de gente inglesa normal y corriente a comprender que lo que se había descrito en el tribunal era un crimen de honor, uno de los cientos que cada año reclaman las vidas de las mujeres musulmanas.

Este no era un caso aislado; simplemente era uno del cual yo había oído

hablar. En un estudio británico sobre la violencia en la familia que se terminó poco después de la muerte de Afaf, los investigadores encontraron que las mujeres casadas con hombres de origen musulmán tenían ocho veces más posibilidades de ser asesinadas por sus maridos que cualquier otra mujer en Gran Bretaña. Sin embargo los abogados, jueces y jurados británicos continúan evaluando esos crímenes según un patrón que es completamente inadecuado para medir lo que ha pasado realmente.

Cuando se les presentan estadísticas sobre la violencia hacia las mujeres, o enfrentados al furor de la fatwa de Rushdie, musulmanes progresistas como Alí Allawi, Rana Kabbani y otros nos piden que culpemos a una amplia gama de villanos: la historia colonial, la amargura de la inmigración, la tradición beduina, la cultura preislámica africana. Sin embargo, cuando el Corán autoriza los malos tratos a la esposa o la ejecución de apóstatas, no puede ser totalmente exculpado de una epidemia de asesinatos de esposas y sentencias de muerte a escritores.

Al final, lo que Rana Kabbani y Alí Allawi están proponiendo es tan artificial como ejercicio como lo propuesto por los marxistas que afirman que el socialismo en su forma más pura no debería ser calumniado y rechazado por culpa de las deficiencias del «socialismo realmente existente». En algún punto toda religión, especialmente una que implica toda una forma de vida y un sistema de gobierno, tiene que ser criticada por el tipo de vida que ofrece al pueblo en los países donde predomina.

Es insuficiente mirar al Islam sobre el papel, o al Islam en la historia, y extenderse en las innegables mejoras que trajo a la vida de las mujeres en el siglo VII. Hoy en día, la tarea más urgente y relevante es examinar de qué forma esta fe ha probado ser un terreno fértil para casi todo tipo de costumbres antifemeninas que encontraba en su gran marcha fuera de Arabia. Cuando encontraba velos y reclusión en Irán, los absorbía; cuando encontraba la mutilación genital en Egipto, la asimilaba también; cuando encontraba sociedades en las que las mujeres nunca habían tenido voz en los asuntos públicos, sus propias tradiciones de viva participación de las mujeres languidecían.

Sin embargo, hay algunas excepciones. Al entrar en la India los ejércitos del Islam, los musulmanes se sintieron horrorizados por la práctica del sati, en el que las viudas, a la muerte de su marido, debían quemarse vivas en su pira funeraria. En 1650 el viajero Jean-Baptiste Tavernier escribió sobre las viudas hindúes, a las que su fe les prohibía volverse a casar y que se hallaban reducidas a la muerte de sus maridos a la penuria y el desprecio, y elegían por tanto en lugar de eso acabar

sus vidas por medio del sati. «Pero hay que observar —escribía—, que una mujer no puede quemarse sin haber recibido un permiso del gobernador del lugar donde ella reside, y estos gobernadores, que son musulmanes, mantienen esta espantosa costumbre de autodestrucción con horror, y no dan permiso fácilmente.» Al menos, el Islam puede tener el crédito de haber salvado las vidas de esas mujeres. ¿Pero por qué una fe tan poderosa y adaptable no mantiene su terreno más a menudo frente a «costumbres espantosas» como ésta?

Una vez empecé a trabajar en este libro, busqué por todas partes ejemplos de mujeres que trataran de reclamar los mensajes positivos del Islam, intentando llevar la cuenta en el siglo XX del celo reformista con el que Muhammad había rehecho las vidas de muchas mujeres (aparte de sus propias esposas y las cautivas de guerra del ejército musulmán) en la primera comunidad musulmana de Medina. Se convirtió en una búsqueda frustrante. En la mayoría de los sitios, la dirección del debate parecía ser exactamente la contraria. Las mujeres palestinas, egipcias, argelinas y afganas estaban viendo caer una cortina sobre décadas de liberación de la mujer, mientras los líderes islámicos de sus países volvían a las interpretaciones, más excluyentes e injustas. Para esas mujeres que luchan contra la marea, los resultados forman un trío desalentador de marginación, acoso y exilio.

En Marruecos, la erudición coránica de Fatima Mernissi* ha hecho una formidable causa por el Islam como religión de igualdad y dignidad humana, cuyo mensaje ha sido simplemente enterrado a lo largo del tiempo para provecho propio de misóginos en posiciones de poder. Sin embargo sus trabajos se leen mucho más en las universidades occidentales que en las mezquitas marroquíes. No importa lo precisa que sea su investigación sobre los hadith, el estamento dominante masculino islámico no parece dispuesto a abrir sus oídos al saber de una mujer musulmana que no lleva velo, o de lo contrario harían ostentación de su piedad.

* Autora entre otras obras de *L'harem politique*; en *El miedo a la modernidad* ha sido publicada en castellano. (Ediciones de Oriente y el Mediterráneo, Madrid, 1992.)

Quizás esa es la razón por la que encontré la más brillante esperanza de un cambio positivo camuflada entre los negros chador de las mujeres devotas iraníes. Ni los islamistas de mentes más estrechas pueden criticar las credenciales islámicas de mujeres como la hija de Jomeini, Zahra Mostafavi, o la hija de Rafsanjani, Faezeh Hashemi. Su llamativa adhesión a las normas religiosas les da legitimidad con la cual jugar su baza por los derechos de las mujeres. Hasta el momento, ellas

han usado su posición escasamente, sólo para dar a las mujeres una voz política más amplia, más oportunidades de trabajo y el derecho a participar en los deportes. Seguramente esas mujeres nunca echarán abajo los muros de la tradición. Nunca usarán los argumentos que «pueden» usarse dentro del razonamiento islámico contra el velo o la poligamia. Pero dentro de esos muros tradicionales ellas pueden construir un refugio mucho más seguro para las mujeres contra el riesgo del abuso y la explotación en nombre del Islam.

Para las mujeres occidentales, eso no parece demasiado. Es fácil ver a esas sombrías figuras con sus pesados sudarios como símbolos de lo que está equivocado, más que de lo correcto de las mujeres en el Islam. Pero para las mujeres musulmanas en otras partes, en los lugares más estrictos del mundo islámico, la mujer iraní que va a trabajar montada en su motocicleta, aunque lleve su ondulante chador sujeto firmemente con los dientes, parece una figura envidiable.

—Son nuestras supermujeres —decía Imán Fadlallah, la tímida esposa de veinticuatro años del jeque del Hezbollah del sur del Líbano, que se sentó en su terraza y me dio algunos consejos sobre este libro.

El padre de Imán, el más destacado clérigo del Hezbollah en Beirut, dio por concluida bruscamente su educación cuando tenía catorce años, y le buscó un marido al que ella no llegó a conocer hasta el matrimonio. Ahora ella permanecía principalmente en su casa criando a sus hijos. En Irán, donde había vivido con su marido mientras continuaba sus estudios religiosos, ella había entrevisto un mundo mucho más amplio, incluso para las mujeres más devotas. Imán hablaba con añoranza de las oportunidades de estudio y trabajo de las mujeres iraníes. «Tenemos que luchar para ser tan fuertes como ellas», decía.

Cada uno tiene su propia forma de recordar sus viajes. Algunos llevan diarios. Otros hacen fotografías. Yo voy al dormitorio y abro mi armario. Hay muchos recuerdos colgados allí, huellas de seis años y veinte países. Allí está el pañuelo rojo y blanco hecho en casa, todavía suavemente perfumado con humo de leña del fuego de campaña de la mujer kurda que se lo desató de su propio pelo para envolverlo en torno al mío. Ahí está el largo vestido palestino que la madre de Raed, Rah-me, hizo para mí, para que pudiera sentarme junto a ellos cómodamente en el suelo. Todavía tengo el traje de seda rayada italiana, el «traje rey», con un discreto zurcido que esconde el desgarrón del día en que fui de visita con Hussein al desierto de Jordania. Tiré mis zapatos de boda (los que llevaban la marca roja de sangre de camello). Y conservo el propósito de regalar el par de

calcetines negros acrílicos que tuve que comprar aprisa y corriendo porque el inspector islámico del vestido en el banco de Teherán puso pegasa a los dos centímetros de media fina, demasiado transparente, que asomaban entre el borde de mis zapatos y el dobladillo del chador.

En una percha cuelga flaccidamente el propio chador, el gran pedazo cuadrado de seda y tejido sintético que yo despreciaba. Pero ese raído trapo negro, manchado por el dobladillo y roto en el hombro, se ha convertido en un viejo amigo. Como vestido de éxito de los ochenta, fue el camuflaje que me ayudó en mi trabajo en un mundo en el que yo no era demasiado bienvenida.

Cuando miro el chador, ya no siento el pequeño estremecimiento de temor o el arrebato de cólera que sentía normalmente al ver las más extremas formas de vestido islámico. Hoy en día mis sentimientos son mucho más complejos. Los chador están ligados en mi mente con las mujeres de las que me sentí tan cercana, a pesar del abismo de creencias que nos separaba.

Mientras yo vivía entre las mujeres del Islam, formé parte de un mundo que es todavía, en la última década del siglo XX, intensamente privado. En público, muchas mujeres se mueven como sombras, constreñidas físicamente por su hijab o mentalmente por códigos de conducta que las inhiben. Sólo detrás de las altas vallas y las puertas cerradas las mujeres se sienten realmente libres.

Para mí, entrar en ese mundo removía emociones que habían estado dormidas durante mucho tiempo. Desde que tuve mi primer trabajo, como reportera novata en la sección de deportes del The Sydney Morning Herald, mi carrera me había impulsado a un mundo de hombres. Cuando me convertí en corresponsal en el extranjero, la mayoría de mis colegas eran hombres. Hasta que llegué a El Cairo y empecé a fijarme en las mujeres musulmanas no me di cuenta de que no había tenido una amiga íntima desde que dejé la escuela.

Había olvidado cuánto me gustaba estar entre mujeres. Y sin embargo siempre hay una amargura latente, oculta en los más dulces encuentros.

De cuclillas en el suelo de la cocina de una amiga kurda, ayudando a la mujer a hacer pan, me di cuenta de qué cosa tan agradable era estar completamente rodeada de mujeres, tener una tarea que sólo era nuestra. Los hábiles dedos de la mujer arrojaban bolas de masa bajo mi rodillo y el fuego rugía por debajo de una plancha de cocer pan de metal ennegrecido, y me sentí contenta de compartir un trabajo bien hecho.

Pero después de una hora de trabajo, me dolían los hombros y un sudor ardiente se me escurría por la espalda, y empecé a sentirme agraviada por el niño pequeño que iba tranquilamente a la humeante pila de pan recién hecho y cortaba apetitosos trozos con sus manitas gorduzuelas. Su hermana, no mucho mayor que él, era ya parte de nuestro equipo de trabajo. ¿Por qué debía aprender él tan joven que el papel de ella era trabajar duramente para su placer?

Las ropas monjiles, metidas en el fondo de mi armario, me recordaban toda esa mezcla de sentimientos. Cada vez que mi mano acaricia la suave tela del cbador, pienso en Nahid Aghtaie, la estudiante iraní de medicina que abandonó una vida fácil en Londres para volver a casa y trabajar en empleos mal pagados para contribuir a los objetivos de la revolución. La recuerdo en Qum, deslizándose hacia mí a través de la mezquita de suelo de mármol para decirme que había rogado por mí, «para que tengas hermosos hijos». Y pienso en su bella cara (el pequeño triángulo visible entre las cejas y los labios) radiante la mañana del asesinato del traductor japonés de Rushdie en julio de 1991.

—Esto —decía triunfante— muestra hasta qué punto es poderoso el Islam.

Le dije que a mí eso me mostraba tanto el poder del Islam como un soldado israelí que disparase a un niño palestino me mostraría el poder del judaísmo. ¿Por qué no citar, le pregunté, el «poder del Islam» en el trabajo humanitario que Irán estaba haciendo con el flujo de refugiados iraquíes que habían estado saliendo a montones a través de sus fronteras?

—Porque nadie se da cuenta cuando se hacen esas cosas —dijo ella—. Pero todos los telediarios del mundo informarán de esa ejecución.

Finalmente, llegué a cansarme de esas conversaciones. Las amistades con mujeres como Nahid suponían un conflicto emocional: ¿cómo era posible admirarlas por el coraje de sus convicciones, si sus convicciones llevaban a razonamientos tan odiosos?

Justo después de ese viaje a Irán, cansada de meses de cubrir la guerra con Iraq y sus consecuencias, volví a casa, a Austra-Ha, para unas breves vacaciones. Mi avión aterrizó en Sydney junto a un vuelo de Yakarta. Mientras esperaba mi equipaje, las puertas del vestíbulo de llegada se abrieron a una multitud de indonesios-australianos, que esperaban para saludar a sus parientes. Casi todas las mujeres llevaban velo. Un repentino pensamiento se disparó a través de mi cerebro que sufría el jet-lag: «Oh, no, por favor. Aquí también, no». No había sido educada

para ser una fanática. Mis padres consideraban un pecado la intolerancia religiosa. Mi madre la había sufrido mucho en su niñez, entre los inmigrantes irlandeses rurales católicos. El matrimonio de su madre con un nocatólico había sido un acto de valor.

La suya fue una historia típicamente australiana: en sólo dos generaciones, se había sacudido el polvo de los prejuicios de su antiguo país y adoptado la «religión» australiana (un laicismo muy tolerante). Le pasó a casi todo el mundo.

Una de las estadísticas más reveladoras que nunca conocí sobre mi país se refería a los doce miembros de la Junta directiva de la principal sinagoga de Sydney. En 1890, aquellos doce hombres estaban entre los judíos más observantes de la ciudad. Menos de cien años después, ninguno de los doce tenía un solo descendiente judío identificable.

Los matrimonios mixtos y el canto de las sirenas del secularismo los habían encantado a todos ellos.

Me preguntaba si esto sucedería también con la nueva oleada de inmigrantes musulmanes. ¿Aprenderían también sus hijos a dudar de los mandatos del Corán sobre cómo vivir, que no admiten dudas?

¿Comprobarían que Australia, donde es habitual elegir a ateos como primeros ministros, es una sociedad mucho más agradable y benévola que los regímenes religiosos de lugares como Arabia Saudí o Sudán? ¿O aspirarían, si su número aumentaba, a imponer sus valores en mi cultura? Durante el alboroto creado por Rushdie, los musulmanes australianos se habían manifestado, tal como era su derecho. Pero las fotos de sus niños pequeños con pancartas que decían «Rushdie debe morir» habían enviado un mensaje de escalofrío a la sociedad.

Una amiga iraní que vive en Londres, una amable mujer de mediana edad que practica la medicina familiar, dice que la única guerra en la que ella lucharía de buen grado sería una para que el islamismo dejara de decirle cómo tiene que vivir su vida. Ella es zoroastriana, miembro de la antigua fe persa en la que luz y oscuridad, bien y mal están para siempre trabados en una lucha por la supremacía.

¿Debemos luchar también para que los extremistas islámicos dejen de decir a otras personas cómo tienen que vivir sus vidas? Como occidentales, profesamos la creencia de que los derechos humanos son un valor universal inmutable, independiente de los usos culturales y las circunstancias políticas. En la

conferencia de Ginebra de la Declaración Internacional de los Derechos Humanos en 1993, Irán estaba entre el puñado de países que argumentaron en contra. Envolviendo sus argumentos en vestidos a la moda como el del relativismo cultural, los delegados de Irán y Cuba, China e Indonesia adujeron que Occidente había impuesto su ideología de los derechos humanos a naciones cuyas muy diferentes historias políticas y religiosas les daban el derecho de elegir por sí mismos. Para mí, este argumento quedaba reducido a una espantosa e insostenible proposición: un derecho humano es lo que el déspota local dice que es.

El concepto de universalidad de los derechos humanos prevaleció en la conferencia, y la carta no fue enmendada. Y sin embargo la carta ha hecho poco hasta ahora por las mujeres del mundo mutiladas sexualmente, recluidas a la fuerza, privadas de derechos civiles.

¿Es aún nuestra lucha? Como prueba mental, yo siempre trato de invertir el género. Si a cerca de noventa millones de niños se les amputara el pene, ¿habría actuado el mundo para evitarlo a estas alturas? Apuesten.

A veces sustituir sexo por raza también es un ejercicio interesante.

Digamos que un país, un aliado cercano y asociado en los negocios occidental, tiene una población mitad blanca, mitad negra. Los blancos tienen control total sobre los negros. Pueden pegarles si les desobedecen. Les privan del derecho de abandonar sus casas sin permiso; no pueden caminar sin ser molestados sin llevar el vestido oficial segregador, ni tener un trabajo decente en la administración o trabajar en absoluto sin el permiso de los blancos que los controlan. ¿Habrá conmoción en nuestros países a estas alturas?

¿Habríamos impuesto sanciones comerciales y sujetado a ese país al oprobio internacional? Apuesten. Sin embargo países como Arabia Saudí, que privan a la mitad de su población de esos derechos básicos, no han sido sometidos a ninguna de esas cosas.

Es posible, supongo, sostener que la presión exterior es contraproducente, ya que todo esto proviene de tradiciones vistas como religiosas, aunque de hecho no lo sean. Los intentos tempranos de prohibir la mutilación genital por decreto de los gobiernos coloniales fueron desconsoladores fracasos. Pero, incluso si declinamos actuar en lo que sucede dentro de las fronteras de otros, no hay excusa para no actuar dentro de las nuestras.

En una época de sensibilidad cultural, tenemos que declarar que cierto bagaje cultural es contrabando en nuestros países y no debe ser admitido. Ya trazamos una línea sobre la poligamia; no reconocemos el divorcio diciendo: «me divorcio de ti». Hemos prohibido estas cosas aunque el Corán las apruebe. Sería más fácil tomar postura contra prácticas que no tienen la aprobación del Corán. Los asesinatos «por honor» tienen que ser identificados ante los tribunales y castigados como los crímenes premeditados que son. Las mujeres jóvenes deben ser protegidas contra matrimonios arreglados durante las precipitadas vacaciones en el extranjero de adolescentes demasiado jóvenes para dar un consentimiento informado. Y, lo más urgente de todo, la clitoridectomía debe ser ilegalizada.

En 1994, Estados Unidos todavía no tenía leyes prohibiendo a los inmigrantes de países como Somalia y el Sudán que mutilasen los genitales de sus hijas, y la operación tenía lugar en comunidades de inmigrados a lo largo de todo el país. El primer proyecto de ley sobre el tema fue introducido en el Congreso por la diputada demócrata por Colorado Patricia Schroeder. Aunque proponía la educación de los inmigrantes y la sanción de leyes contra las mutilaciones en los Estados Unidos, en cambio no se ofrecía ningún medio de protección para evitar que las niñas fuesen llevadas fuera del país para realizarlas.

Hay algo más que podemos hacer: adelantar el derecho de asilo con la base de «fundado miedo a la persecución» para las mujeres de cualquier país donde padres, maridos y hermanos reclaman un derecho religioso para reprimir su libertad. En enero de 1993, el gobierno canadiense, después de casi dos años de consideración, concedió asilo a una estudiante saudí que lo había pedido con la base de persecución por su sexo. Era, dijeron, «una excepción». ¿Por qué debe ser así? Nada, como desea ser llamada ella, sintió el mismo acoso violento que cualquier mujer sujeta por las autoridades del país por el «crimen» de salir de su casa sin llevar la cabeza cubierta. Si Nada se hubiera quedado en Arabia Saudí, y hubiera continuado desobedeciendo, podía haberse visto en prisión y hasta haber sido torturada sin formularse siquiera cargos formales contra ella.

Desgraciadamente, no existe la posibilidad de que garantizar un automático asilo a mujeres que sufren esta persecución sexual supusiera un gran flujo de refugiadas. Sólo una minoría tiene los medios para dejar su país, o incluso su casa, dado que los hombres controlan las llaves de las puertas y del coche, y deben firmar una aprobación para el viaje más corto. Pero un paso semejante supondría enviar una señal a regímenes cuyas restricciones no tienen nada que ver con la religión que ellos reclaman defender. Y esta señal sería que nosotros también tenemos ciertas cosas que consideramos sagradas: entre ellas está la libertad, la

igualdad, la búsqueda de la felicidad y el derecho a la duda.

Ha pasado mucho tiempo desde que yo me quedé de pie ante la mirada de Rafsanjani durante una conferencia de prensa en Irán y le dije que llevaba chador «como muestra de mutuo respeto». En aquel momento, de pie con mi sudario negro bajo los ardientes focos de televisión, tenía una imagen mental de mí misma tal como quería estar en verano, con la piel desnuda en la playa cerca de la casa de mis padres. El «mutuo respeto» que yo tenía en mente pedía que él, y los que son como él, reconozcan mi derecho a tostarme al sol en esas arenas australianas y, si lo elijo así, llevarme Los versos satánicos como lectura de playa.

El año pasado, cuando estaba en Sydney, me tumbé en esa playa junto a una familia musulmana que parecía no estar turbada en absoluto por la exhibición de carne que les rodeaba. Mientras el hombre chapoteaba en la orilla con los niños pequeños, la mujer estaba sentada en la arena, con el largo vestido suelto colocado a su alrededor. Me entristeció pensar que la hija pequeña de aquella mujer, chapoteando tan felizmente con su padre y su hermanito, sería un día, pronto, obligada a olvidar ese placer. Pero esa sería su lucha, no la mía. Al menos, en Australia, ella tendría una oportunidad. Elegiría entre los valores de su familia y lo que veía por todas partes.

De vez en cuando la madre de la pequeña manoseaba nerviosamente su pañuelo, que ondulaba en la brisa marina. Esa mujer había hecho su elección: era diferente de la mía. Pero sentadas allí, compartiendo la cálida arena y el aire suave, nos aceptamos la una a la otra. Cuando levantó la cara hacia el sol, ella sonreía.

Glosario

Abaya: Manto negro con aberturas para los brazos que cae desde la cabeza hasta los tobillos. Generalmente, se lleva en los países del Golfo Pérsico.

Abu: Padre.

Allah: El núcleo de la fe islámica es su monoteísmo. Al Lah es simplemente el nombre árabe de Dios.

Andarun: En los hogares tradicionales persas, las habitaciones privadas o interior donde viven las mujeres, cerradas al contacto con el mundo exterior.

Anfal: Literalmente, botín de guerra. El nombre de una Azora del Corán y el nombre en clave dado por Saddam Hussein a su campaña de terror contra los kurdos.

Aqd: Contrato de matrimonio.

Ayatollah: Literalmente, reflejo de Dios. En el Islam shií, el más sabio de los eruditos religiosos e intérpretes de la ley recibe este título.

Burka: Máscara hecha de piel o de tela tiesa, que visten las mujeres de los países del Golfo. Cubre toda la cara excepto los ojos.

Califa: Literalmente, el que viene después. Los sucesores de Muhammad como dirigentes de la primitiva nación musulmana.

Chador: Cuadrado de tela que cae desde la cabeza hasta los tobillos y se sujeta con la mano o con un broche bajo la barbilla. Lo llevan en Irán y las mujeres shiíes libanesas.

Dhow: Barco muy común en el Golfo Pérsico.

Esma: Cláusula en el contrato de matrimonio que da a la mujer el derecho al divorcio.

Farsi: Lengua oficial de Irán.

Fatwa: Opinión legal formal o decisión de un atur (singular de ufema) en materia de ley religiosa.

Fiesta del Sacrificio: Tres días festivos con los que concluye el Ramadán. Todos los peregrinos, y los otros musulmanes que pueden sufragarlo, sacrifican una oveja y distribuyen su carne entre los pobres. Se compra ropa nueva a los niños.

Fitna: Caos, guerra civil. En algunos países árabes, es también un término de argot para referirse a una mujer hermosa.

Hadith: Anécdota o dicho del profeta Muhammad sobre él o sus enseñanzas que proviene de fuentes contemporáneas a él.

Hajj: Peregrinaje a La Meca que todos los musulmanes están obligados a hacer al menos una vez en sus vidas, y si pueden sufragarlo. También es el mes del calendario islámico en el que tiene lugar el peregrinaje.

Halal: Religiosamente legal, adecuado, permitido.

Hanafí: Una de las principales escuelas de pensamiento religioso sunní.

Hanbalí: La más estricta de las cuatro escuelas islámicas de pensamiento.

Haram: Religiosamente prohibido. Hay que abstenerse de lo que es haram. Si alguien realiza un acto haram, será castigado por un tribunal islámico, o en el más allá, o en ambos lugares.

Harem: Habitaciones privadas de una casa, o habitaciones de las mujeres. También las mujeres de una familia.

Hezbollah: Literalmente, el Partido de Dios. Grupo político-religioso libanes vinculado con Irán. Influyente entre los shiíes libaneses.

Hijab: Literalmente, cortina. En general, cualquier vestido de mujer que sigue los principios islámicos.

Hijrah (Hégira): La huida de Muhammed y sus seguidores desde La Meca a Medina el 16 de julio del año 622 del calendario cristiano. Fecha en la que empieza

el calendario musulmán.

Husseinyya: Centro shií de estudio y oración.

Imam: Dirigente de los rezos comunitarios. También, entre los shiíes, los primeros doce dirigentes de su comunidad llevaron este título. Muchos iraníes resucitaron el título para Jomeini.

Jalabiya: Abrigo abotonado hasta el cuello, largo hasta los pies, que llevan las mujeres, o túnica suelta que llevan los hombres.

Kaffiyh: Pañuelo de cabeza a cuadros rojos y blancos o negros y blancos, ampliamente usado por los hombres en el mundo árabe, pero particularmente asociado con los palestinos, para los cuales se ha convertido en una especie de símbolo nacional.

Kunya: Práctica que consiste en nombrar a un hombre o una mujer por el nombre de su primer hijo. Una mujer conocida como Umm Walid (madre de Walid) tiene un hijo mayor llamado Walid.

Kurdo: Pueblo no árabe, mayoritariamente musulmán, que vive en la región montañosa entre Iraq, Irán, Siria, Turquía y la antigua Unión Soviética.

Maalimah: En Egipto, mujer experta en música folclórica y danza que enseña sus conocimientos a otras.

Madrassa: Escuela.

Magneh: Cobertura para la cabeza similar a una toca de monja, llevada por las mujeres sobre todo en Irán.

Majlis: Reunión o consejo. Majlis-shura es un consejo consultivo, el concepto más cercano al de parlamento en las enseñanzas islámicas.

Makruh: Religiosamente desaconsejado, inconveniente. Si uno realiza un acto makruh, no será castigado como sí fuera un acto haram; pero si uno se abstiene de hacerlo, será recompensado.

Malikí: Una de las mayores escuelas islámicas de pensamiento.

Mezquita: En árabe, masjid. Lugar de devoción musulmana. Puede ser una

habitación sencilla o un magnífico edificio de mármol.

Minarete: La torre de una mezquita desde la que tradicionalmente el muecín llama a los fieles a la oración. En los tiempos modernos, a menudo éste último es sustituido por unos altavoces que emiten una grabación.

Minbar: Pulpito en las mezquitas.

Muecín: El que canta o recita la llamada a la oración.

Mujtahid: Entre los shiíes, experto que es una autoridad en la ley islámica y puede aconsejar a los demás.

Mullah: Clérigo o dirigente religioso.

Musulmán: Literalmente, el que se somete a la voluntad y las leyes de Dios.

Mutawain: Policía religiosa de Arabia Saudí.

Muwazzaf: Burócrata gubernamental.

Niqab: Velo que usan las mujeres y que les cubre completamente la cara.

Roosarie: Nombre iraní para un pañuelo de cabeza.

Salivar kameez: Túnica larga hasta media pierna que se lleva sobre unos pantalones.

Shahada: El primer pilar de la religión islámica. Literalmente, profesión de fe. «Yo testifico que no hay más Dios que Dios y que Muhammad es el mensajero de Dios.»

Sharia: Ley islámica. Literalmente, «el camino hacia el agua».

Shayla: Nombre árabe para el pañuelo de cabeza.

Shií: Partidario de la facción islámica que surgió en el siglo VII en la división de opiniones sobre quién debía ser califa o sucesor de Muhammad. Los Shiat, o partidarios de Alí ibn Abu Taleb, primo y yerno de Muhammad, creían que Alí era el legítimo sucesor y que el liderazgo debía permanecer entre los descendientes de Muhammad. El número de shiíes en el mundo se estima en alrededor de noventa

millones, alrededor del nueve por ciento de musulmanes. Son la abrumadora mayoría en Irán y una ligera mayoría en Iraq, Dubai y Bahrain. En otros lugares, como Líbano y Arabia Saudí, han sido tradicionalmente una minoría en desventaja.

Sigheh: Matrimonio temporal reconocido por los shites.

Sunna: Conjunto de tradiciones del profeta Muhammad. Aquellas cosas que hizo por sí mismo, o aprobadas por él, o que se hicieron en su presencia sin ganar su desaprobación.

Sunnat: Recomendado, deseable, de acuerdo con las tradiciones de Muhammad. Uno no puede ser castigado por no realizar actos sunnat, pero será recompensado si los hace.

Sunní: Musulmán ortodoxo. Literalmente, el que sigue la tradición de Muhammad.

Talaq: Divorcio por repudiación. El marido simplemente repite las palabras «Me divorcio de ti» tres veces.

Thohe: Larga túnica, habitualmente hecha de algodón blanco, que llevan los hombres de la península arábiga.

Ulema: Corporación de eruditos religiosos que interpretan la ley islámica para la comunidad.

Umm: Madre.

Umma: La comunidad islámica en todo el mundo.

Wahhabí: Movimiento puritano y ultraconservador fundado en 1740 en lo que es ahora Arabia Saudí por un predicador llamado Muhammad ibn Abdul Wahhab. A las mujeres bajo este movimiento se les niegan muchos derechos que se les conceden de acuerdo con lecturas más ortodoxas del Corán y los hadith. Respaldadas por la riqueza saudí que procede del petróleo, sus enseñanzas están acrecentando su influencia a lo largo del mundo islámico.

Wajib: Acto religiosamente obligatorio. Uno puede ser castigado en el más allá por descuidar un acto wajib, como la oración diaria o la limosna anual.

Yihad: Esfuerzo santo, o lucha, o guerra para defender el Islam. El equivalente más cercano en nuestro idioma es «cruzada».

Zakat: Entrega obligatoria de caridad a los pobres. Uno de los cinco pilares de la fe islámica: todos los musulmanes deben dar un porcentaje de sus ganancias cada año, normalmente calculado sobre los beneficios netos más que sobre los ingresos brutos.